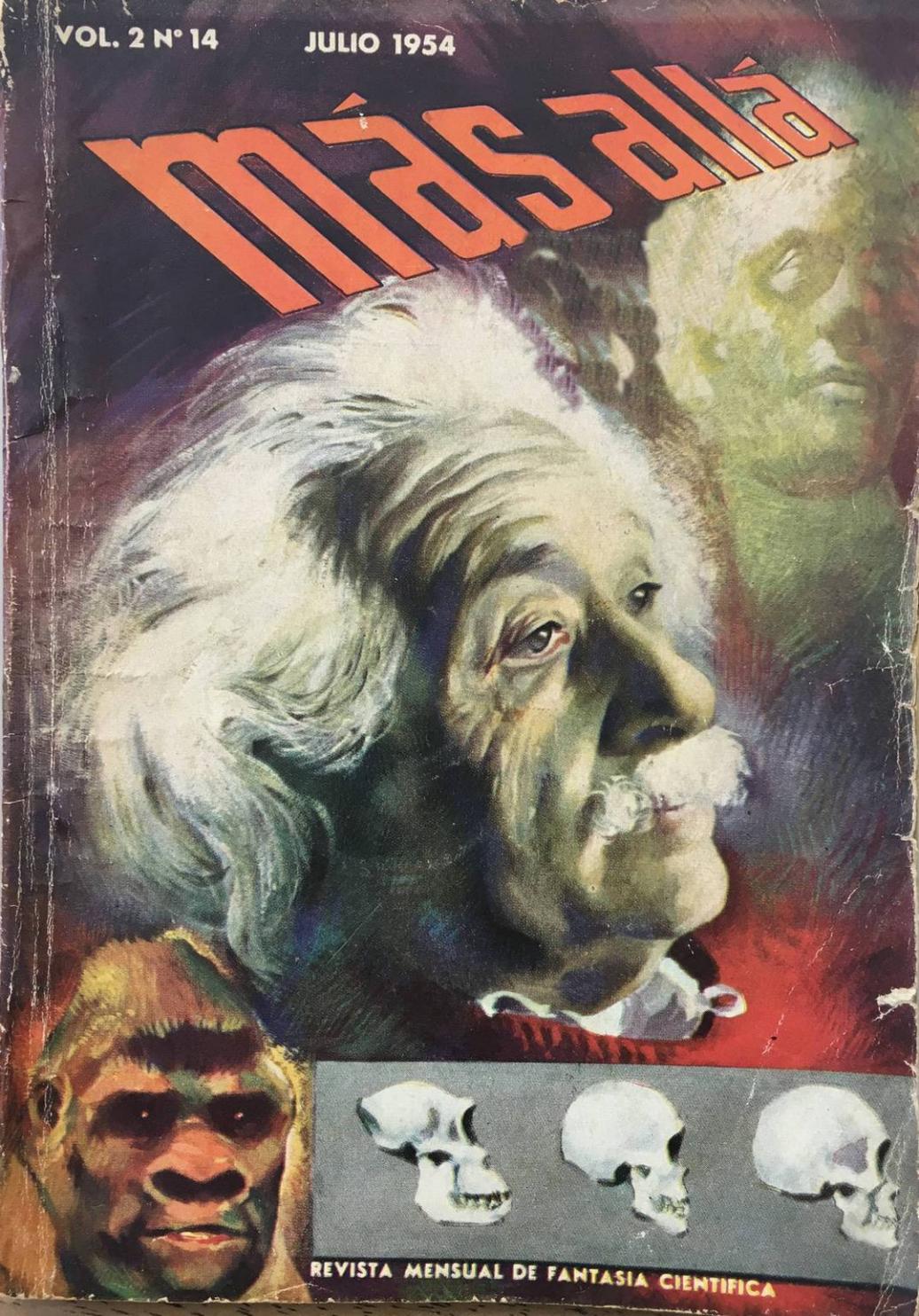


VOL. 2 N° 14

JULIO 1954

Mirada



REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

MAQUINA DE FUMAR

Esta máquina se fuma 60 cigarrillos al mismo tiempo mientras su creador, el doctor Grahams, la observa atentamente.

La máquina simula los hábitos humanos en lo que a cigarrillos se refiere, y sirve entre otras cosas para obtener los residuos del humo del cigarrillo necesarios para los experimentos con ratas. (Véase artículo Humo EN EL AMBIENTE).





**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASÍA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

SUMARIO

**ILUSTRACION
DE LA TAPA**

por CAMPS

Un paso hacia el pasado, y aparece el Pithecanthropus Erectus; uno hacia el porvenir, y se vislumbra una humanidad superdotada. El genio de hoy es el eslabón decisivo.

Redac. y Administ.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Arg.

NOVELA (conclusión):

LAS CAVERNAS DE ACERO, por ISAAC ASIMOV
¿Podrán los robots vivir con los hombres?..... 44

NOVELA CORTA:

BOBBY TIENE TRES AÑOS, por THEODOR STURGEÓN
"Yo soy nosotros": la realidad mental en el espejismo de la personalidad total 4

CUENTOS:

PLANETA DE ARENA, por MURRAY LEINSTER
La vida palpita bajo el desierto sin huellas 51

DOS EJEMPLARES PARA UN MUSEO, por DANIEL GRAU D.
El hombre no tiene el monopolio de la curiosidad... 74

MORIR SOLO, por A. PÉREZ ZELASCHI
Salvación fulminante de todos... menos uno..... 90

IDA Y VUELTA, por H. B. HICKEY
Los misteriosos caminos por los cuales persiste la vida 110

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS:

UN MUNDO DE VIEJOS 88

HUMO EN EL AMBIENTE 101

EL TAMAÑO DE LOS ÁTOMOS 113

NOVEDADES CÓSMICAS:

LA VIDA EN EL UNIVERSO: MERCURIO, por GRON AGUIRRE Y ÁNGEL GIDE 44

ESPACIOTEST 72

CONTESTANDO A LOS LECTORES 105

EL FULGOR DE MARTE (Editorial) 2



EL FULGOR de MARTE



EL mismo día en que el presente número de MAS ALLA aparece en las calles de Buenos Aires, 24 de junio, el Sol, la Tierra y Marte se encuentran en la misma recta. Pocos días después, el 2 de julio, Marte se encontrará a una de las distancias mínimas a las cuales puede llegar de nuestro planeta: sesenta y cuatro millones de km. (mientras que a veces se encuentra a trescientos noventa y nueve millones de km.); y, por la noche, será extraordinariamente fulgido.

Si estuviésemos ya en la época de los viajes interplanetarios, el tráfico Tierra-Marte sería intensísimo, las espaciales aprovecharían el acercamiento de los satélites para realizar el viaje en la forma más rápida; y en estos momentos muchas de ellas estarían viajando hacia Marte o de Marte hacia la Tierra.

En ese entonces, el misterio de los habitantes del planeta rojo se habrá disipado, y la imaginación se estará aventurando hacia otros mundos y otras conquistas... y algún erudito descubrirá en las amarillentas páginas de un viejísimo número de una revista de fantasía científica del siglo XX una de las predicciones más exactamente correspondientes a la realidad marciana (LA EXPLORACION DE MARTE, por Hugo Gernsback, en el próximo número 15 de MAS ALLA, agosto de 1954).

En tiempos idos, el inusitado resplandor del planeta en las últimas noches de junio y en las primeras de julio habría dado lugar a conjeturas fantásticas sobre su influencia funesta o benéfica. Se lo habría interpretado como un presagio de buenas cosechas o como una advertencia de un dios en-

furado. En nuestros tiempos, escépticos y calculadores, ya no daremos implicaciones morales, religiosas o prácticas a este extraordinario fenómeno, y nuestras acciones no serán guiadas por él. Con cierta pena, comprobamos que la ciencia, con la escueta frialdad de sus fórmulas matemáticas, ha destruido la poesía de las leyendas, el encanto de la candidez, la espontaneidad de las supersticiones, la ingenuidad de una humanidad infantil y crédula. Algunos, imbuidos del prejuicio inmortal de que "todo tiempo pasado fué mejor", lloran románticamente, añorando ese mundo más simple. Nosotros admitimos que las tradiciones son dignas de respeto y de veneración, que ellas son parte indeleble de nosotros; sin embargo, los comentarios de ideas son el escenario del triunfo de las ideas nuevas. No es verdad que todo tiempo pasado haya sido mejor: no es verdad que la ignorancia sea felicidad. Es verdad, sí, que el mucho saber da al hombre la posibilidad de sufrir más, porque su

sensibilidad crece y se afina; más, por lo mismo, le da la posibilidad de infinitos placeres nuevos.

Esta es la razón por la cual la fantasía es una forma literaria singularmente moderna: porque ahora el saber no es dominio exclusivo de un porcentaje mínimo de privilegiados. Al divulgarse la cultura, se ha esfumado la superstición y se ha difundido el deseo de conocer más y más allá; y la novela común ya no satisface la mentalidad del hombre moderno, que no se azora ante el esplendor de Marte, sino ante las demostradas posibilidades de desintegración del planeta a consecuencia de explosiones atómicas; que no tiembla ante un eclipse, sino que lo considera una oportunidad para comprobar la exactitud de sus cálculos y descubrir algo más del infinito misterio de la naturaleza; que no pregunta el porvenir a entrañas palpitantes o a hojas llevadas por el viento, sino a las fórmulas de la química y a las ecuaciones de las matemáticas. ✦



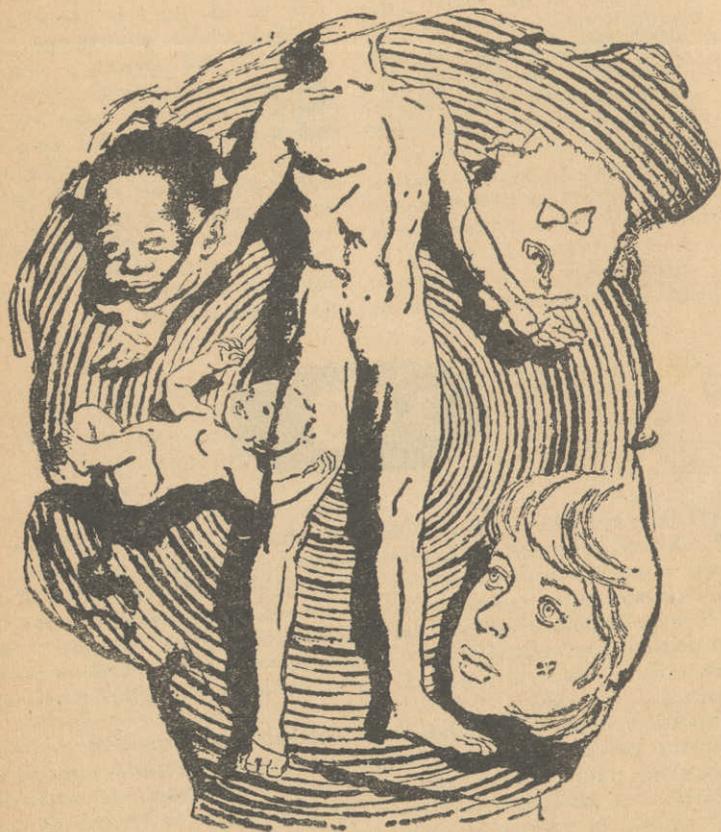
BOBBY TIENE TRES AÑOS es un desafío; un desafío al tesón intelectual del lector, un desafío a la lógica de la llamada normalidad, un desafío al valor del editor de MAS ALLA. BOBBY TIENE TRES AÑOS no es solamente un cuento difícil, no es solamente fantasía: representa un tipo de fantasía científica del cual hay muy pocos ejemplos; y éste es el primero que se publica en idioma castellano. Léalo usted con mente descansada, y prepárese a una de las experiencias intelectuales más apasionantes de su vida.

Luces y sombras, distorsiones de la realidad, ecos y silencios: con estos elementos artísticos, Theodor Sturgeon sondea el increíble carnaval de la psicología humana. Sturgeon es un escritor que gusta de sorprender al hombre en actitudes grotescas y de desentrañar la verdad sin conceder nada a la vulgaridad, a la simplicidad y a la facilidad, pero sacrificándolo todo a su solapado humorismo.

MAS ALLA se enorgullece de publicar este cuento, y aguarda con ansiedad el juicio de los lectores.

BOBBY

por THEODORE STURGEON



ilustrado por DON SIBLEY

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TIENE TRES AÑOS

Psicoanálisis, hipnotismo, telepatía, teleportación...: nuevos rumbos abiertos a la reorganización humana.



POR fin llegué al consultorio del doctor Stern. No era hombre viejo. Sentado a su escritorio, levantó los ojos, me lanzó una rápida mirada y tomó su lápiz.

—Siéntese ahí, niño.

Permanecí de pie hasta que alzó de nuevo la vista, y dije:

—Oiga: si entrara aquí un enano, ¿le diría usted "Siéntese ahí, enanito"?

Dejó el lápiz y se levantó. Dibujó una sonrisa tan rápida como su mirada.

—Fue un error —dijo—. Pero ¿cómo había de suponer que usted no quiere que le llamen niño?

Mejoraba la situación; pero seguí enojado.

—Tengo quince años, y no tiene por qué gustarme que me lo restriegan por la nariz.

—Está bien —dijo, sonriendo de nuevo mientras yo me sentaba—. ¿Cómo se llama usted?

—Gerard.

—¿De nombre o de apellido?

—De ambos.

—¿Es cierto?

—No. Y tampoco me pregunte dónde vivo.

—De ese modo no iremos muy lejos.

—Eso es cuestión suya. ¿Qué le preocupa? ¿que yo sea rebelde? Pues lo soy, sí, señor. Pero hay muchas otras

BOBBY TIENE TRES AÑOS

cosas que me perturban. Si no, no estaría aquí. ¿Va usted a interrumpir su labor por eso?

—No; pero...

—¿Y qué otra cosa le inquieta?; ¿lo que va usted a cobrar? —saqué un billete de mil dólares y lo puse sobre la mesa—. Tome. Así no necesita pasarme la cuenta. Dígame cuando se haya consumido, y le daré más. Conque no precisa mi dirección. ¡Espere! —dije cuando él iba a recoger el dinero—. Primero quiero asegurarme de que nos entenderemos.

CRUZÓ Stern las manos y dijo:

—Yo no trabajo de ese modo, niñit..., digo, Gerard.

—Pues conmigo ha de ser así. Y llámeme Guerry.

—Es usted difícil, ¿eh? ¿Dónde consiguió los mil dólares?

—Gané un concurso de chistes. Esto sí es cierto.

—Bien —dijo, y esperó a que yo continuara.

—Antes de empezar...; si empazamos —dije yo—, quiero saber una cosa. Lo que yo le diga..., lo que salga a relucir mientras usted me examina..., ¿quedará entre nosotros, como confesado a un sacerdote o abogado?

—Absolutamente —respondió.

—¿Sea lo que sea?

—Sea lo que fuere.

Lo creí.

—Tome su dinero —le dije—. Trato hecho.

Sin moverse, me contestó:

—Como usted dijo antes, eso es cuestión mía. En este trabajo hemos de colaborar los dos, y si uno falla, no sirve de nada. Usted no puede ir al primer psiquiatra que halla en la guía telefónica, y compararlo como si fuera un caramelo.

—Yo no lo busqué en la guía. Ni ahora sé si usted me va a servir de nada —dije, ya aburrido—. He discer-

nido entre más de una docena de asientacabezas, antes de decidirme por usted.

—Gracias —dijo en tono algo bur-lón—. ¿Discernido ha dicho? ¿Y cómo?

—Por cosas que se oyen y se leen. No voy a decírselo, sepa. Conque anótelolo con mi dirección.

—Me miró largamente por primera vez. Después tomó el billete.

—¿Cómo empezamos? —pregunté.

—Hemos comenzado desde que usted entró.

Me hizo gracia.

—Está bien; no lo sabía. Pero, al principio, ignoraba adónde iría usted a parar; de modo que no podía yo adelantarme.

—Eso es muy interesante —dijo Stern—. ¿Acostumbra usted a calcular todo por adelantado?

—Siempre.

—¿Y cuántas veces acierta?

—Todas; salvo... Pero no tengo por qué decirle salvedades.

—Comprendo —dijo, sonriendo ahora francamente—. Le ha hablado alguno de mis clientes.

—Ex clientes. Sus clientes no hablan.

—Les pido que no lo hagan. Y a usted también. ¿Qué le dijo?

—Que usted, por lo que el paciente dice y hace, averigua lo que está por decir y hacer; y que unas veces se lo permite y otras no. Bueno, por aquí no vamos a ninguna parte, ¿no le parece?

Se encogió de hombros.

—Depende de adonde usted quiera llegar. ¿En qué valiosa descripción de la psiquiatría cree usted por ahora?

—¿Cómo? No entiendo.

STERN abrió un cajón del escritorio y sacó su ennegrecida pipa.

—La psiquiatría —dijo— ataca la cabeza del individuo y va quitando capa por capa, hasta llegar al núcleo puro del ego. O: perfora como en un pozo de petróleo, hacia abajo, hacia un lado, más hacia abajo, hasta dar con la

capa surtidora. O también: toma un puñado de motivos sexuales y los echa sobre el corazón, y allí rebotan contra los íntimos episodios. ¿Quiere más?

—La última es bastante buena.

—Todas son malas —repuso—. Todas tratan de simplificar lo que es complejo por naturaleza. Lo único valioso que yo puedo decirle es esto: nadie conoce lo que a usted le pasa, sino usted; nadie puede hallar el remedio, sino usted mismo; nadie más que usted puede comprobar que es un remedio, y, una vez hallado, sólo usted puede aplicarlo. —Entonces, ¿para qué está usted aquí?

—Para escuchar. Pero usted sabe que yo escucho selectivamente. ¿Qué quiere usted conocer de sí mismo, que le hacía temer que yo lo contase a otros?

—Quiero descubrir por qué maté a alguien —respondí en el acto.

No se inmutó.

—Échese en esa camilla.

Me tendí del todo. Mantuve largo silencio. Él se levantó y se sentó en una silla detrás de mí, donde yo no podía verlo.

—Todavía puede renunciar a la prueba, niñito. Estoy dispuesto a cumplir sus deseos.

Apreté tanto las mandíbulas, que me dolieron las muelas. Después quedé en completo reposo y laxitud. Fué maravilloso. De pronto me preguntó:

—¿Qué edad tiene usted?

—Esto... quince.

—Esto... quince —repitió—. ¿Qué significa el "esto"?

—Nada. Tengo quince.

—Usted ha vacilado ante mi pregunta porque le asaltó algún otro número. Lo descartó y lo sustituyó por "quince".

—¡No vacilé un cuerno! ¡Tengo quince!

—No niego que los tenga... Vamos —insistió con voz serena—, ¿cuál era el otro número?

Volví a enojarme.

—¡No había ningún otro número! ¿Adónde quiere usted llegar, entresacando de mis exclamaciones esto o lo otro, y combinándolo para que signifique lo que a usted le parezca?

Guardé silencio.

—Tengo quince —dije desafiante—. Detesto no tener más, y usted ya lo sabe. No es que quiera insistir sobre los quince.

Siguió esperando sin decir una palabra. Me juzgué derrotado.

—El número era 'ocho' —dije.

—Luego tiene usted ocho. ¿Y su nombre?

—Guerry —me incorporé y torcí el cuello para mirarlo—. Guerry, sin ningún "esto"...

Muy bien —dijo suavemente, haciéndome sentir ridículo.

Me recosté de nuevo y cerré los ojos.

Ocho, pensé. Ocho.

—Aquí hace frío —me quejé.

Ocho. Ocho años, regaños, escuela, cazuela. Teniendo ocho años, estuve en la escuela, comí la cazuela y odié los regaños. No me gustó nada esto, y abrí los ojos. Estaba todo en orden

Radar para ciegos

EL OPTAR (Optical Automatic Ranging) permite, merced a la combinación de principios electrónicos y fotográficos, revelar los obstáculos que se hallan a una distancia de varios metros. Es un radar pequeño que los ciegos pueden llevar en su solapa o en una mano y, de ese modo, manejarse en forma semejante a lo que hace un barco en la niebla. Toda la electricidad que requiere el aparatito, es suministrada por una pila eléctrica de las comunes.

Respiré hondamente y los volví a cerrar. Ocho. Ocho años de edad. Años, regaños. Edad, frialdad. ¡Al diablo! Me torcía y retorció sobre la camilla, procurando contrarrestar su frialdad. Teniendo ocho años, estuve en la escuela, comí la...

REZONGUÉ y mentalmente reuní los ochos y las rimas y todo, y lo convertí en un borrón. Pero tenía que poner algo en él; de modo que tracé un gran ocho luminoso y lo dejé allí colgando. Mas el ocho se acostó de lado, y dentro de sus dos asas comenzó a titilar. Parecía una película estereoscópica. Yo tenía que mirar a la fuerza por aquel binóculo. De pronto dejé de resistirme. Los dos círculos empezaron a aproximarse cada vez más, y allí estaba yo.

Ocho. Ocho años de edad, frialdad. Frío como un andrajo en el tajo de la zanja junto a la vía. El campo de rastrojo, todo rojo. Y la tierra, primero resbalosa por el barro y luego endurecida por el frío, salpicada de blanca escarcha, helada como la luz invernal que asomaba por las colinas.

Me moría de frío en aquella zanja. Tan buena como era anoche para dormir, lo era ahora para morir. Ocho años de edad... el dulzacho sabor a tocino y pan húmedo de los desperdicios ajenos... el estremecimiento de terror cuando uno está robando una arpillera y oye pasos...

Y oí pasos.

Yo me había acurrucado, enroscado sobre la cintura, porque a veces le dan a uno patadas en el vientre, y me cubría la cabeza con los brazos, que es todo lo que podía hacer.

Al cabo, abrí los párpados sin moverme. Vi un gran zapato y un tobillo que salía de él, y al lado otro zapato. Me quedé quieto, esperando los puntapiés. No me importaba ya gran cosa; pero aquello era tan vergonzoso... Tantos

meses sin que nadie me descubriera ni se me acercara, y ahora esto. Me eché a llorar.

El zapato me entró bajo la axila, pero sin golpearme: me hizo girar. Yo estaba tan aterido de frío, que caí del otro lado como un tablón. Sólo mantuve los brazos sobre la cara y la cabeza, y allí quedé con los ojos cerrados. Como no podía esperar ayuda de nadie, dejé de llorar.

Al ver que nada ocurría, separé un poco los brazos para poder mirar. Ante mí había un hombre más alto que una torre. Era barbilampión. Llevaba pantalón de lienzo raído y una vieja chaquetilla estilo Eisenhower.

—Levántate —dijo.

Miré a sus pies, y al ver que no me pegaba, empecé a incorporarme; pero casi me caigo de espaldas si él no me sujeta con sus manazas. Luego, me levanté hasta poner una rodilla en tierra.

—Vamos —dijo—. Ven conmigo.

Juro que presentí la rotura de mis huesos; pero, al levantarme, alcé un canto rodado con mis heladas manos; y ya de pie, le dije:

—Lárguese, o le casco los dientes con este guijarro.

El alargó y bajó su mano tan rápidamente que ni me enteré cuando metió un dedo entre los míos y la piedra y la lanzó fuera de mis garras. Comencé a insultarlo; pero él me dió la espalda y, subiendo por el terraplén hacia la vía, volvió la cabeza y dijo:

—Bueno. ¿Vienes o no?

COMO aquel hombre no me seguía ni me pegaba, eché a andar tras él. Me esperó; me alargó una mano, y yo se la escupí. Entonces él continuó hasta lo alto de la vía, fuera de mi vista. Yo subí trepando, y la sangre empezó a circular por mis pies y manos. Cuando llegué al balasto, allí estaba el hombre, esperándome.

La vía del tren corría por allí hori-

zontal; pero miré a lo largo de ella, y me pareció elevarse por una colina, cada vez más y más empinada, hasta volverse sobre mi cabeza. Cuando me di cuenta, estaba caído de espaldas, mirando al cielo.

El hombre se me acercó y se sentó junto a mí, sin tocarme. Abrí la boca con ansia de respirar; en seguida sentí que me repondría si pudiera dormir aunque fuese un minuto... sólo un minuto. Y cerré los ojos. Él me clavó los dedos en las costillas, hasta hacerme daño.

—No te duermas — me dijo —. Estás yerto de frío y muerto de hambre. Quiero llevarte a mi casa a que te calientes y comas. Pero hay una gran tirada por esta vía, y tú no la resistirías andando. ¿Te daría lo mismo si yo te llevara en brazos?

—¿Qué me va usted a hacer cuando lleguemos?

—Ya te lo he dicho.

—Bueno.

Cargó conmigo a lo largo del carril. Si llega a decirme cualquier otra cosa, allí me quedo tendido donde estaba, hasta morir congelado. Pero ¿por qué me preguntó si quería ir andando o en brazos? ¡Si yo no podía dar un paso!

Dejé de pensar, y me dormí.

Me desperté cuando él doblaba a la derecha de la vía y se internaba en un bosque. Otra vez me desperté oyendo el crujido del hielo que cedía bajo sus pies, al atravesar un estanque helado. Él siguió caminando, sin preocuparse, y yo volví a amodorrarme.

Al fin me bajó de sus brazos. Habíamos llegado. Estábamos en una habitación bien templada. Me depositó en el suelo, y yo me puse en guardia inmediatamente. Lo primero que busqué fué la puerta. La vi; salté hacia ella y apoyé mi espalda en el quicio, por si quería escaparme. Entonces miré a mi alrededor.

La pieza era grande; tenía una pared de piedra y las otras de madera con barro embutido. Un gran hogar ardía en una oquedad de la pared de piedra. Sobre una repisa de la pared opuesta, había una batería de auto, de cuyos cables colgaban dos lámparas eléctricas con luz amarillenta. Había una mesa, algunos cajones y un par de banquetas de tres pies. El aire estaba impregnado de humo y olor a comida, tan excelente y apetitoso que la boca se me hizo agua.

El hombre dijo:

—¿Sabes lo que te traigo, Bobby?

Y la pieza estaba llena de chicos. Bueno; eran tres, pera parecían más. Había una niña como de mi edad (quiero decir, de unos ocho años), con una mejilla manchada de azul. Tenía un caballete, una paleta llena de pinturas y un manajo de pinceles; pero en aquel momento extendía la pintura con las manos. También había una negrita de unos cinco años, que me miraba con grandes ojos saltones. Y en una especie de cunita de madera, reposaba un bebé, que yo supuse de tres o cuatro meses de edad, y que hacía lo de todos los bebés: babaear, echar pompas por la boca, manotear sin ton ni son y patelear.

CUANDO el hombre habló, la niña del caballete me miró, y miró al bebé. El bebé pateó y babaear. La niña dijo:

—Se llama Guerry. Está enfadado.

—¿Por qué? — preguntó el hombre al bebé.

—Por todo y por todos — contestó la niña.

—¿De dónde viene?

—¡Eh! — dije yo —. ¿Qué significa esto?

Nadie me hizo caso. El hombre seguía preguntándole al bebé, y la niña, respondiendo. La mayor locura que yo haya visto.

—Se escapó de una escuela pública —continuó la niña—. Lo alimentaban bien; pero nadie conredaba con él.

Así dijo: “conredaba”.

Abrió la puerta, y entró una ráfaga de aire frío.

—¡Usted, delator — le dije al hombre —, usted es el que viene de la escuela!

—Cierra la puerta, Jenny — ordenó el hombre.

La niña del caballete no se movió; pero la puerta se cerró de golpe. Traté de abrirla, tironeando y rugiendo; y no la pude mover.

—Creo que debes quedarte en aquel rincón — dijo el hombre —. Llévalo al rincón, Jenny.

Una de las banquetas voló hacia mí, osciló en el aire, giró hacia un lado y me chocó de plano con el asiento. Salté hacia atrás, se me echó encima, me ladeé y quedé en el rincón. La banqueta volvió a acercarse, la golpeé para derribarla, me lastimé la mano, traté de montarme en ella; pero entonces rodó por el suelo, y yo también. Volví a levantarme y me apoyé temblando en el rincón. Por fin se paró la banqueta frente a mí. El hombre dijo:

—Gracias, Jenny —después se volvió hacia mí—. Quédate ahí tranquilo y no armes tanto bochinche. Ya habla-

remos —y luego se dirigió al bebé—. ¿Tiene éste lo que necesitábamos?

Nuevamente contestó Jenny:

—Seguro que sí.

—Pues sea bien venido. Guerry, puedes vivir aquí. Yo no soy de la escuela ni jamás te haré volver a ella.

—Sí, ¿eh?

—No lo quiere a usted —dijo Jenny.

—¿Y qué debo hacer — preguntó él.

Jenny miró a la cunita, y dijo:

—Déle de comer.

Él, entonces, se puso a trajinar junto al fuego. Jenny volvió a sus pinturas. El bebé seguía en su cuna. A todo esto, la negrita de los ojos saltones se mantenía en un rincón, observándome. Yo me encaré con ella, y le grité:

—¡Qué diablos miras tan embobada?

Se me echó a reír.

—Guerry, ¡jo, jo! — dijo, y desapareció como por encanto.

Su vestidito quedó donde ella estaba; se infló en el aire y cayó allí mismo, formando un montoncito en el suelo. Así desapareció.

—Guerry, ¡ji, ji! — oí por otro lado.

Levanté la cabeza, y allí estaba, totalmente desnuda, encaramada en un pequeño saliente de la pared de piedra, junto al techo. En el mismo instante en que la miré, desapareció de nuevo.

—Guerry, ¡jo, jo!

Reacción versus dólares

EL Boeing 707 es el primer proyecto americano de avión de transporte a reacción. Tendrá un peso de 86 toneladas, una velocidad de crucero superior a los 900 km/hora y una autonomía de 4.300 km., pudiendo transportar 100 pasajeros. Pero sus cuatro reactores (de 5.000 kg. de empuje cada uno) consumirán tres veces más que los cuatro motores de un DC6, avión que viaja a unos 500 km/h. Los pasajeros desean andar rápido, pero, si es posible, barato. Ahora bien, el 707 no solamente consumirá tres veces más en combustible sino que también costará tres veces más. Los pasajeros, pues, deberán elegir entre llegar tarde o empobrecerse.

Ahora estaba al otro lado de la habitación, sobre la hilera de cajones que servían de armario.

—Guerry, ¡ji, ji!

Y apareció bajo la mesa.

—Guerry, ¡jo, jo!

Y estaba en mi rincón, junto a mí.

Comencé a aullar; quise huir; tropecé con la banqueta; retrocedí, y la negrita ya no estaba.

El hombre, que seguía trabajando junto al fuego, miró de refilón, y ordenó:

—Basta, chiquitas.

SE hizo silencio. De la fila inferior de cajones salió lentamente la negrita; fué por su vestido, y se lo puso.

—¿Cómo hacías eso? — le pregunté.

—¡Jo, jo!

—Es muy fácil — explicó Jenny —. Son mellizas.

—¡Ah! — exclamé.

Entonces surgió otra negrita idéntica, que se paró junto a la primera.

—Son Bony y Biny — continuó la pintora—. Éste es Bobby. Y éste — indicó al hombre — es Lone. Y yo soy Jenny.

—Ya — dije sin saber qué decir.

Lone pidió agua a Jenny. Ella le llevó una jarra. Tomó él un plato desportillado y me lo trajo lleno de guiso de carne, con muchos rellenos y zanahorias.

—Toma, Guerry. Siéntate aquí.

—¿Ahí? — pregunté, mirando a la banqueta —. No seré yo.

Agarré el plato y me senté en el suelo, contra la pared.

Al poco, me dijo Lone:

—Con calma, muchacho, que nadie te lo va a quitar. Come despacio.

Seguí comiendo más rápido que antes. No había acabado cuando lo devolví todo. Di con la cabeza contra la banqueta, se me cayó el plato y la cuchara, y quedé allí tendido, sintiéndome muy mal.

—Lo siento, muchacho — dijo Lone—. Jenny, ¿quieres limpiar eso?

Quedó el suelo limpio, y sentí la mano de Lone, que me acariciaba la cabeza.

—Biny: tráele una frazada. Y a dormir todos, que él necesita algún descanso.

Me dormí en el acto, y no sé qué hora sería cuando me desperté. De momento, no me di cuenta de dónde estaba. Vi el débil resplandor de las brasas en el hogar. Lone dormía vestido, junto al fuego; Jenny, tendida en el suelo, cerca de la puerta. Su caballete, allá entre sombras rojizas, parecía un insecto gigante. Las dos negritas reposaban sobre la mesa. Nada se movía, salvo el bebé, que cabeceaba de cuando en cuando. Y volví a emborzararme en mi frazada.

¿ESO es todo? — interrogó el doctor Stern.

Seguí acostado en la camilla, mirando al techo gris. Preguntó luego:

—¿Qué edad tiene usted?

—Quince — dije soñoliento.

Esperé hasta que yo sentí que al techo se le unían las paredes y el suelo, la alfombra, las lámparas, la mesa y la silla donde estaba Stern. Me senté, sujetándome un momento la cabeza. Él jugueteaba con su pipa y me miraba. Le pregunté:

—¿Qué ha hecho usted conmigo?

—Ya le dije que yo no hago nada.

Es usted quien actúa.

—Me ha hipnotizado.

—No, señor — afirmó sereno y con firmeza.

—¿Qué ha sido entonces todo esto? Fué... como si realmente me ocurriera todo de nuevo.

—¿Sintió algo?

—Todo... cada detalle — me estremecí —. ¿Cómo fué?

—Pasado el trance —dijo—, se sienta uno mejor. Ahora puede usted re-

petirlo cuando quiera, y cada vez sufrirá menos. Ya lo verá.

Medité sobre ello.

—Si actué por mí mismo — pregunté —, ¿cómo es que nunca me había ocurrido antes?

—Porque es preciso que alguien escuche.

—¿He hablado algo?

—Y bien rápido.

—¿Todo cuanto pasó?

—¿Cómo puedo yo saberlo? Era usted quien estaba allí, y no yo.

—No cree usted que nada de esto haya ocurrido, ¿verdad?: aquellas desapariciones de las negritas, lo de la banqueta...

—Mi misión no es creer o dejar de creer. ¿Fué real para usted?

—¡Claro que sí!

—Pues eso es lo que importa. ¿Vive usted allí con esa gente?



MAS ALLA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Hace tiempo que no: desde que Bobby tenía tres años — lo miré a la cara —. Usted me recuerda a Lone.

—¿En qué?

—No sé... No; no me lo recuerda. No sé por qué he dicho eso.

Me acosté bruscamente. El techo seguía gris. Las lámparas se amortiguaban. Permanecí así largo rato. Me parecía tener en la cabeza un tambor giratorio, en el que estaban fotografiados los lugares, objetos y personas que yo buscaba; pero giraba tan rápido que no se distinguía una figura de otra. Lo paré; quedó en un segmento blanco; lo impulsé de nuevo, y lo volví a parar.

—No pasa nada — dije a Stern.

—Algo falta. Déjelo llegar. Recuerde que Bobby tiene tres años.

—¡Ah! Eso era.

Cerré los ojos.

Eso debía de ser. Debía, podía. Claridad, oscuridad. Yo debía ver la claridad que debía haber en la oscuridad. Quizá podía ver al bebé por su claridad en la oscuridad...

NOCHE tras noche, yo me acostaba en mi manta. Muchas veces dormía de día y no de noche. Siempre había algo que hacer en casa de Lone. La habitación estaba a media luz, noche y día; el fuego, encendido, y las lámparas, pendientes de los hilos de la batería. Cuando éstos estaban demasiado mortecinas, Jenny arreglaba la batería, y volvían a relucir. Jenny trabajaba por todos. Y todos los demás trabajaban también. Lone salía a menudo y se llevaba a las gemelas para ayudarle; pero nadie las echaba de menos, porque ellas iban y venían... ¡pum!, así.

Yo también trabajaba: cortaba leña y la apilaba junto al fuego. Después iba con Jenny y las mellizas a nadar. Otras veces charlaba con Lone. Los demás hacían cosas que yo no podía, y eso me humillaba; pero nada nos



BOBBY TIENE TRES AÑOS

13

impedía conredar. Conredar, afirmaba Jenny, era una palabra que Bobby le había dicho a ella, y significaba: todos en conjunto, formando una entidad, aunque cada uno hiciera cosas distintas: dos brazos, dos pies, un cuerpo, una cabeza, en trabajo coordinado, si bien la cabeza no puede andar ni los pies pensar. Lone decía que la palabra era una síntesis de "combinar" o mezclar, y "enredar" o enlazar. Pero era mucho más.

Bobby hablaba continuamente, como una radio que transmite todo el día, y usted la oye al conectarla, pero ella sigue transmitiendo, la conecte usted o no. Cuando digo Bobby hablaba, no soy exacto; pues era más bien "semaforar". Aquellos movimientos vagos y fluctuantes de manos y brazos, cabeza y piernas, eran un verdadero semáforo; sólo que, en vez de una letra o sílaba, cada movimiento expresaba una idea completa. Así, extender la mano izquierda, agitar la derecha en alto y patear con el talón izquierdo, significaba: "Quien piense que el estornino es una plaga, ignora totalmente lo que piensa el estornino".

Ni Lone ni yo entendíamos aquellas "bobbadas". Las gemelas lo entendían, pero no le hacían caso. Jenny era la única que lo observaba siempre o le hacía preguntas, y lo interpretaba, aunque no del todo. Lone me explicó

que todos los nenes conocen ese semáforo; pero, cuando nadie se lo interpreta, lo abandonan y olvidan. Sólo les quedan algunas reminiscencias, por lo cual ciertos gestos son gracias u ofensivos en el mundo entero.

Lo que yo sé es que Jenny, mientras pintaba, miraba a Bobby, y a veces reía, a veces llamaba a las mellizas y reían juntas o, después de observarlo, se retiraban a un rincón y cuchicheaban.

Jenny, las negritas y yo íbamos creciendo; pero Bobby nunca creció. Jenny lo alimentaba y lo lavaba de vez en cuando; y allí permanecía acostado, siempre solito, sin llorar ni molestar a nadie.

CADA cuadro que Jenny pintaba se lo mostraba a Bobby, antes de limpiar la tabla para pintar otro. Había de lavar las tablas, porque sólo tenía tres, y pintaba cuatro o cinco cuadros por día. Lone y las gemelas salían volando a traerle aceite de trementina. Ella podía trasladar las pinturas del cuadro a los potecitos que tenía en el caballete; pero la trementina lo limpiaba todo mejor. Me dijo que el bebé recordaba todos sus cuadros, y por eso no tenía que guardarlos. Menos mal; porque ¿qué hubiera sido aquella casa con tantos como pintaba? Todos eran de máquinas,

Los sastres de más allá

TODAVÍA hay sastres que para hacer un traje siguen el viejo y sin duda eficaz método de tomar medidas con el centímetro. Pero ya en Nueva York, claro, han aparecido los sastres atómicos. El método, llamado "fotométrico", consiste en el empleo de una cámara fotográfica que toma fotos del cliente, al efecto vestido con un traje especial provisto de medidas visibles. Luego se proyectan las fotografías a la mitad del tamaño natural, en una pantalla provista de reglas métricas y un calculador geométrico que indica al sastre las medidas reales. El sistema es bastante rápido y vistoso, sólo que exige en los sastres estudios de fotografía, matemáticas y geometría.

juegos de engranajes, palancas articuladas, algo como circuitos eléctricos y cosas por el estilo.

Un día salí con Lone a buscar trementina y un par de jamones para picnics. Atrovesamos el bosque y anduvimos unos tres kilómetros por la vía, hasta donde vimos la luz de una ciudad. Luego, otra vez entre árboles, algunos senderos y una calleja.

Lone caminaba como siempre: pensando... pensando.

Llegamos a una ferretería; estaba cerrada. Hallamos después un gran almacén; Lone gruñó, y nos quedamos en la puerta. Miré hacia dentro. De pronto vi a Biny, desnuda, como siempre que hacía esas apariciones. Se acercó y abrió desde dentro la puerta. Entramos; Lone la cerró de nuevo, y dijo:

—Vete a casa, Biny, antes de que te enfries.

Ella me sonrió, hizo "ji, ji" y desapareció.

Adquirimos dos buenos jamones y una lata de trementina. Cuando salimos, volvió Biny, cerró la puerta, y a casa otra vez.

Estuve en aquel hogar unos tres años. Todo esto es lo que recuerdo. Lone entraba y salía, sin que apenas se notara. Las mellizas casi siempre estaban juntas. Llegué a querer mucho a Jenny; pero hablábamos poco: hablaba siempre Bobby.

Para todos había tarea, y todos conredábamos.

DE pronto me senté en la camilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Stern.

—Que esto no conduce a nada.

—Eso dijo usted cuando apenas empezó. ¿Cree que no ha conseguido ya algo?

—Algo, sí; pero...

—Entonces ¿cómo puede usted asegurar que ahora esté en lo cierto? ¿No le ha gustado esta segunda sesión?

—Ni si ni no. No aclaró nada. Pa-

labras y... sólo palabras.

—¿Qué diferencia tiene con la primera?

—¡Muchísima, diantre! La primera vez sentí que todo me ocurría realmente. Pero ahora... nada.

—¿A qué lo atribuye?

—No sé. Dígamelo usted.

—Imagínese —dijo pensativamente— que pasó usted un episodio tan desagradable que no se atreve a revivirlo.

—¿Desagradable? ¿Es que no lo fué morir de frío?

—Hay toda clase de desagradados. A veces lo que usted busca y ha de aclarar su turbación, es tan repulsivo que usted lo rehuye o lo oculta... Espere — interrumpió —; quizá "repulsivo" y "desagradable" sean palabras inadecuadas. Podría ser algo muy deseable para usted. Lo que ocurre es que usted no quiere recuperarse.

—Sí quiero.

Pareció meditar, y luego añadió:

—Hay algo en la frase de "Bobby tiene tres años" que lo aleja a usted. ¿Qué es?

—Maldito si lo sé.

—¿Quién la dijo?

—No sé... esto...

—¿Esto...? — repitió, sonriendo.

También yo sonreí.

—Yo la dije.

—Muy bien. ¿Cuándo?

Dejé de sonreír. Él se inclinó hacia mí, y luego se levantó.

—¿Qué ocurre? — pregunté.

—Nunca pensé que nadie estuviera tan loco.

No respondí. Se dirigió a su escritorio, diciendo:

—No quiere usted continuar, ¿verdad?

—No.

—Pues yo le diría que usted quiere abandonar porque está al borde de descubrir lo que desea saber.

—¿Y por qué no me lo descubre usted, a ver lo que hago?

—No pienso decirle nada. Ande; váyase si quiere. Le devuelvo su dinero.

—Bueno; pues no me voy.
Me acosté de nuevo. Stern se mantuvo impasible. Tomó el teléfono, y dijo:

—Cancele todo compromiso para esta tarde.

Y volvió a su silla, fuera de mi vista.

REINÓ absoluto silencio. El consultorio estaba construido a prueba de ruidos.

—¿A qué atribuye usted — pregunté — que Lone me permitiera vivir allí tanto tiempo, cuando yo no era capaz de hacer lo que hacían aquellos niños?

—Tal vez lo era.

—¡Oh, no! Procuraba serlo; y yo era fuerte para mi edad, y sabía guardar silencio; pero en lo demás no me diferenciaba ni creo que ahora me diferencie de cualquier chico vulgar, salvo por haber vivido con Lone y su pandilla.

—¿Tiene eso algo que ver con “Bobby tiene tres años”?

Miré al techo gris.

Tiene tres años. Tiene tres años. Por un paseo sinuoso llegué bajo la marquesina de una gran casa. Tiene tres años. Tiene...

—¿Cuántos tiene usted?

—Treinta y tres — dije, y en el acto salté de la camilla, en dirección a la puerta.

—No sea usted simple — exclamó Stern —. ¿Pretende hacerme perder toda la tarde?

—¡A mí qué me importa! Para eso pago.

—Está bien. A usted le atañe. Retrocedí.

—Me disgustan — dije — estos detalles.

—¡Bravo! Ahora estamos entrando en calor.

—¿Por qué dije treinta y tres, si no los tengo? Tengo quince. Además...

—Siga.

—... eso de “Bobby tiene tres años” es lo que me ha movido a decirlo, sí. Pero, si pienso en ello..., no, no era mi voz.

—¿Ni treinta y tres es su edad?

—Ajá — musité.

—Guerry — dijo afectuoso —, no tenga ningún temor.

SENTÍ mi respiración anhelante. Me serené, y dije:

—Es que no me gusta recordar hechos, hablando con voz ajena.

—Escuche — me dijo Stern —. Esto de asentar cabezas, como usted le llama, no es lo que muchísimos piensan. Cuando yo entro con usted en el mundo de su mente, o cuando usted entra, que es lo que importa, lo que descubrimos no es muy diferente del llamado mundo real. Al principio parece distinto porque el paciente revela toda clase de fantasías, absurdos y experiencias extrañas. Pero toda la humanidad vive en esa esfera. El antiguo proverbio, “la verdad es más extraña que la mentira”, se refiere a eso. Por todas partes estamos rodeados de símbolos y objetos tan familiares que no los observamos o los miramos sin verlos. Y nadie les presta atención alguna hasta que se encuentra en un lugar como éste. El hecho de que aquí el paciente examine acontecimientos pasados, no importa; lo que cuenta es que los ve más claros que jamás pudo, sólo porque por una vez procura verlos. Veamos ahora ese asunto de los “treinta y tres”. No creo que nadie experimente mayor desagrado que el de hallarse memorizando con cerebro ajeno. El ego es demasiado importante para tolerar tal desvío. Pero tenga en cuenta que todos sus pensamientos están grabados en cifra, y usted tiene la clave para descifrar únicamente la décima parte. Y si usted entra ahora en un sector cifrado, aborrecido, ¿no com-

prende que la única forma de hallar la clave es dejar de esquivarlo?

—¿Eso quiere decir que yo empecé a recordar con la mente de... de otra persona?

—Así le ha parecido a usted antes; lo cual significa algo. Tratemos de encontrarlo.

—Bueno.

Me sentí agobiado, decaído. Y pronto comprendí que, sentirme así, era el camino para esquivar la prueba.

—Bobby tiene tres años — insistió Stern.

Bobby tal vez. Yo, tres, treinta y tres, yo, usted Kew, usted...

—¡Kew! — exclamé —. Mire, doctor: no sé por qué, pero creo que puedo hallar el camino, y no es éste. ¿No le importa si busco otro?

—Usted es el doctor — dijo.

Sonreí, y cerré los ojos.

ALLÁ entre setos y abetos, las ventanas y persianas se elevaban del suelo al cielo. El verde césped, puro y limpio, estaba cubierto de rocío; y las flores parecían temerosas de abrir sus pétalos y deshojarse.

Caminé por el paseo hacia la casa. Llevaba zapatos, y me ardían los pies. No deseaba llegar, pero estaba obligado. Subí la escalinata entre blancas columnas. Miré a la puerta. Nada pude ver a través de ella. Era maciza y blanca; tenía un montante en forma de abanico y a cada lado una ventana cuajada de cristales de colores.

Tetrodos y pentodos con transistores

YA se ha ocupado MAS ALLA de los transistores, haciendo resaltar sus características y sus ventajas; pero hasta ese momento sólo habían diodos y triodos. Ahora ya se han fabricado tetrodos y pentodos con transistores y sólo falta estandarizarlos para poderlos fabricar en serie y con las mismas características. Además, se ha descubierto un método para poner en evidencia la “junction”, o sea, la zona que separa las dos regiones n y p que conducen los electrones y los huecos, respectivamente.

a matar a todos. Llame a la policía. Llame a la...

—¡Miriam! —graznó de nuevo la graja; y Miriam enmudeció.

En lo alto de la escalera estaba aquella mujer, con cara de ciruela y vestido de encajes. Tendría unos treinta y tres años... , treinta y tres. Era de ojos medianos y nariz pequeña.

—¿Es usted miss Kew?

—Sí. ¿Qué significa esta invasión?

—Tengo de hablar con usted, miss Kew.

—No digas "tengo de". Ponte derecho y habla.

La negra interrumpió:

—Voy por la policía.

—Sobra tiempo para eso, Miriam. Y tú, niño sucio, ¿qué deseas?

—Tengo de hablar con usted a solas —dije con aplomo.

—No se lo permita, miss Kew —gritó la negra.

—Cállese, Miriam. Te he advertido, niño, que no digas "tengo de". Y puedes hablar cuanto quieras, delante de Miriam.

—¡Ni un demonio! —las dos se asustaron, y yo seguí—. Lone me dijo que no.

—Miss Kew, ¿va usted a permitirle que diga...?

—¡Silencio, Miriam! Jovencito, vas a portarte bien ¿eh? —abrió los ojos desmesuradamente—. ¿Quién has dicho que...?

—Lone —respondí.

—¿Lone? —se quedó mirando a sus manos, y luego dijo—: Miriam, puede retirarse.

Por el tono de voz, parecía otra mujer. La negra abrió la boca; pero miss Kew extendió un dedo como una pistola, y Miriam se retiró.

—¡Eh! —le dije—. Aquí tiene su escoba.

Iba a arrojársela, pero miss Kew me la quitó de las manos.

—Pasa por aquí.

ME hizo entrar delante de ella a un salón tan grande como el estante donde nosotros nadábamos. Estaba lleno de libros. Y sobre las mesas había carpetas de cuero, adornadas con cantos de oro floreado. Me indicó una silla.

—Toma asiento. No; un momento —se acercó a la chimenea, trajo un diario y lo extendió sobre la silla—. Siéntate ahora.

Me senté en el periódico, y ella, en otra silla, pero sin periódico.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Dónde está Lone?

—Murió.

Se quedó pálida y sin respiración. Me miró hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Muerto? ¿Ha muerto Lone?

—Ajá. La semana pasada hubo una tormenta, y cuando él salió a la noche siguiente, con aquel huracán, se puso bajo un viejo roble que la lluvia había socavado por la raíz, y el árbol cayó sobre él.

—Cayó sobre él —gimió ella—. ¡Oh no...! No puede ser.

—Es seguro. Lo enterramos esta mañana, porque ya empezaba a pudr...

—¡Calla! —dijo, cubriéndose la cara con las manos.

—¿Qué le pasa, miss Kew?

Se fué hacia la chimenea y quedó frente a ella, de espaldas a mí. Yo me quité un zapato mientras esperaba que volviera. Sin volver, me preguntó:

—¿Eres tú el niño que Lone cuidaba?

—Sí. Y él me dijo que viniera a verla.

—¡Oh, niño mío! —corrió hacia mí y, arrugando un poco la nariz, dijo—: ¿Có... cómo te llamas?

—Guerry.

—Bien, Guerry; ¿te gustaría vivir conmigo en esta casa grande y... y tener ropa limpia y nueva... y de todo?

—De eso se trata. Lone me dijo que acudiera a usted, que a usted le sobraba plata que no sabía qué hacer con ella, y que usted le debía un favor.

—¿Un favor? —dijo—confusa.

—Es decir —traté de explicarle—, me dijo que una vez había hecho algo por usted y que usted dijo que algún día lo recompensaría si podía. Eso es.

—¿Qué más te contó? —preguntó, volviendo a la voz de graja.

—Ni un demonio.

—Por favor, no emplees esa palabra. Lo prometí y lo cumpliré. Desde ahora vivirás aquí, si... si tú quieres.

—Que yo quiera no hace al caso. Lone dijo que viniera.

—Aquí serás feliz —me miró de hito en hito—. Yo me encargo de ello.

—Bueno. ¿Voy por los otros?

—¿Los otros qué...?, ¿niños?

—Ajá. No soy yo solo; esto es pa todos... , pa toda la pandilla.

—No digas "pa".

Sacó un pañuelito ridículo y se lo aplicó a los labios, mirándose siempre.

—Bien; cuéntame sobre esos... esos otros niños.

—Pues una es Jenny, de once años como yo; y Bony y Biny, de ocho, que son mellizas; y Bobby. Bobby tiene tres años.

—Bobby tiene tres años —repitió ella.

DI un grito. Al punto, Stern estaba arrodillado junto a la camilla, y me sujetaba con sus manos la cabeza, que yo había estado golpeándome.

—Buen muchacho —dijo—. Lo ha encontrado usted. No sabe qué es; pero ya sabe dónde está.

—Seguro —dije con voz ronca—. ¿Tiene usted agua?

Me traje de un termos agua helada, y reposé como si viniera de escalar una cumbre.

—No podré aguantar otra conmoción

igual —le advertí.

—¿Quiere interrumpir por hoy?

—¿Y usted?

—Yo sigo mientras usted me requiera.

Pensé un momento.

—A mí me gustaría seguir; pero no quiero golpearme nada.

—Si le sirve otra comparación, aunque incorrecta, le diré que la psiquiatría es como un mapa de carreteras, en el que siempre hay distintos caminos para ir de uno a otro lugar.

—Pues voy por el más largo: el de la ruta ocho; no el de aquella colina, porque me patina el embrague. ¿Dónde viramos?

—Pasado ese camino de grava —contestó con agradable sonrisa.

—Ya anduve por él. Hay un puente derrumbado.

—Todo ese trozo lo recorrió usted antes. Empiece ahora desde el otro lado del puente.

—No se me había ocurrido. Creí que era preciso recorrerlo de punta a punta, sin interrupción.

—Tal vez no le sea necesario; tal vez sí; habrá o no en el puente algo importante; pero, cuando usted haya cumplido la otra mitad de la ruta, podrá aproximarse a él y le será más fácil cruzarlo.

Con verdadera impaciencia, dije:

—Vamos.

—¿Le molesta una sugestión?

—No.

—Hable y hable. No trate de penetrar demasiado en lo que dice. La primera tirada, cuando tenía usted ocho años, la revivió verdaderamente; en la segunda, acerca de los niños, no hizo sino hablar; después, aquella visita, cumplidos los once, la ha experimentado de nuevo. Ahora, vuelva a hablar simplemente.

—Bueno.

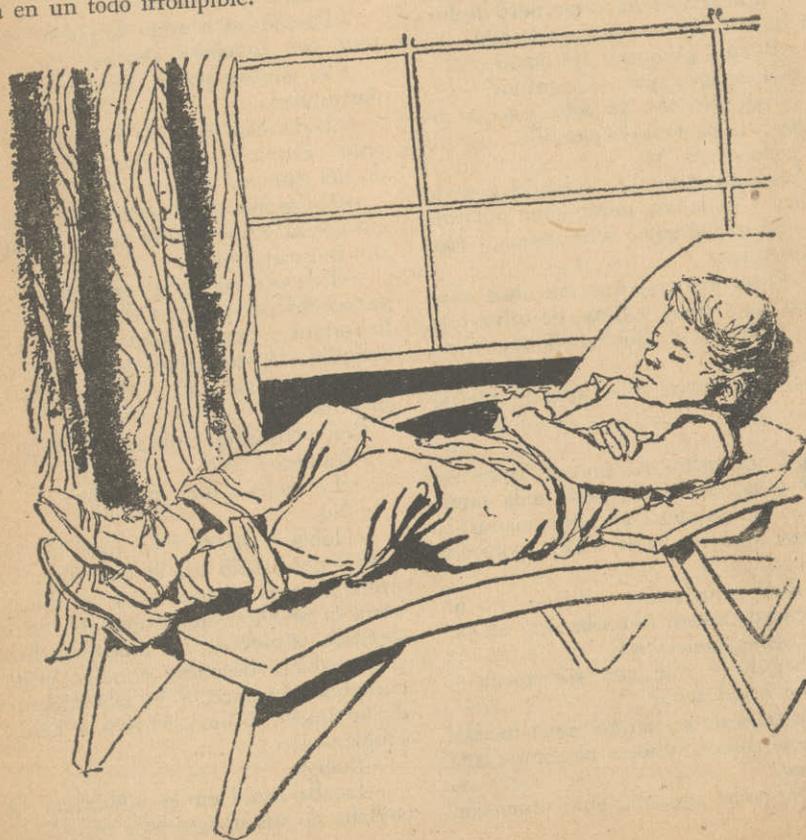
—Estaba usted en la biblioteca. Le hablaba de sus amiguitos a miss Kew.

LE hablé de ellos... y ella dijo...
Y algo ocurrió, y grité. Ella me animó, y yo blasfemé. Pero dejemos esto y sigamos.

En la biblioteca, carpetas, mesas, ver si consigo lo que mandó Lone...

Lone dijo: "En la colina, en el Barrio de los Altos, vive una mujer llamada Kew. Ella los tomará a su cuidado. Hagan todo lo que ella diga, pero siempre juntos. Ninguno se separe jamás de los otros, ¿han oído? Háganla feliz, y ella los hará felices. Ahora, cumplan lo que he dicho."

Así dijo; y entre palabra y palabra había como un cable de acero que las unía en un todo irrompible.



Miss Kew preguntó:
—¿Dónde están tus hermanitas y el bebé?

—Voy a traerlos.

—¿Es cerca de aquí?

—Bastante —dije, y me levanté—.

Vuelvo en seguida.

—Espera —dijo ella—. Yo... realmente, no he tenido tiempo de pensar. Quiero decir que... tengo que preparar las cosas, ¿sabes?

—No tiene usted nada que pensar. Todo está listo. Hasta luego.

Conforme me alejaba, la oí decir cada vez más fuerte:

—¡Eh, jovencito!, si va usted a vivir en esta casa, ha de adquirir mejores

modales... muchísimo mejores.

—¡Ya, ya! —y salí corriendo.

Era un día de sol cálido y cielo despejado. Llegué pronto a casa de Lone. El hogar estaba apagado; Bobby, sucio en su cuna; Jenny había arrumbado el caballete y estaba sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos; Bony y Biny, sentadas en una sola banqueta, se apretaban con sus bracitos entrelazados por la cintura, como si tuvieran frío.

Le pegué un codazo a Jenny, para sacarla de su abstracción. Levantó la cabeza. Sus verdes ojos estaban húmedos como agua lechosa. Pregunté qué ocurría, y contestó Jenny.

—¿Qué ocurre de qué?

—De toda esta gente.

es —Que no valemos un cuerno. Eso



—Bueno, bueno —dije—; pero tenemos de hacer lo que mandó Lone. Vamos; andando.

—Nada de andando.

Miré a las mellizas, y me volvieron la espalda.

—No ha comido —dijo Jenny; y luego, como explicándolo todo—: Ya no sabemos conredar.

—Oigan —dije, sentándome—: ahora tengo yo de hacer de Lone.

Jenny miró pensativa al bebé; éste pataleó, y ella me dijo:

—Tú no sabes.

—Yo sé de dónde traer la carne y la trementina; sé dónde encontrar el fango musgoso para embutir entre los maderos, y sé cortar leña y todo.

Lo que no sabía era dirigirlos a ellos, para que pudiéramos conredar. Y así, quietos, estuvimos largo rato. Crujió luego la cunita. Jenny fué a mirar.

—Está bien —dijo—. Vamos.

—¿Quién lo ha dicho?

—Bobby.

—Pero ¿quién manda ahora?, ¿Bobby o yo?

—Bobby —afirmó Jenny.

Me levanté con intención de darle una trompada, pero me contuve. Si el bebé conseguía que hicieran lo que mandó Lone, tenía que hacerse. Y yo no podía obtenerlo a golpes. Jenny echó a andar hacia la puerta. Bony desapareció. Biny alzó del suelo el vestido de Bony y salió tras Jenny. Yo monté al bebé sobre mis hombros. Y andando.

AVANZABA el día, el sol calentaba, y al aire libre mejoró nuestro ánimo. Mientras Jenny y yo marchábamos juntos, las gemelas retozaban como ardillas entre los árboles. Ya cerca de la ciudad, yo deseaba que todos nos reuniéramos; pero no me atreví a decirlo. Lo dijo Bobby. Se acercaron las dos mellizas; Jenny les dió sus vestiditos, y caminaron muy formales delante de nosotros.

¡Y qué me dice! cuando llegamos a la casa, ya habían limpiado la puerta. Como yo llevaba en hombros al bebé, sujetándole con una mano un brazo y con la otra un tobillo, pegué con el pie a la puerta, y la volví a manchar.

—Aquí —advertí a Jenny— hay una mujer que se llama Miriam. Si dice algo, mándala al cuerno.

Se abrió la puerta, y apareció Miriam. Al vernos, saltó hacia atrás. Entramos uno tras otro. Miriam tomó aliento, y gritó:

—¡Miss Kew! ¡Miss Kew!

—Váyase al cuerno —dijo Jenny.

Miss Kew bajó por la escalera. Llevaba otro vestido, pero tan ridículo y lleno de puntillas como el anterior. Abrió la boca y no la cerró hasta no sé cuándo. Finalmente exclamó:

—¡Santo Dios de los cielos, protégelos!

Las mellizas la miraron asombradas. Miriam se escurrió por las paredes hasta la puerta, y la cerró.

—Miss Kew —dijo—, si son éstos los niños que van a vivir aquí, yo me despidió.

—Váyase al cuerno —dijo Jenny.

En aquel momento, Bony se puso en cuclillas sobre la alfombra, Miriam chilló y saltó sobre ella, la atrapó por el brazo y tiró para levantarla; pero Bony se evaporó, dejando a Miriam con el

vestidito en la mano y con cara de espanto. Biny se desternillaba de risa y agitaba los brazos como loca. Miré adonde ella miraba, y allá estaba Bony, en lo alto de la baranda de la escalera, más desnuda que vino al mundo.

Miss Kew la vió y cayó sentada en un escalón. Miriam también cayó sentada, como si le hubieran dado un garrotazo. Biny le subió el vestido a Bony, pasando junto a miss Kew, que miraba atónita. Se lo puso Bony, y las dos bajaron de la mano, hasta donde yo estaba. Allí se plantaron mirando boquiabiertas a miss Kew.

—¿Qué le pasa a la señorita? —me preguntó Jenny.

—Tiene angustias a cada momento.

—Pues vámonos a casa.

—No; espera.

MISS Kew, agarrándose a la baranda, se puso de pie. Con los ojos cerrados, mantúvose apoyada en ella durante un rato. De pronto se irguió y vino solemne hacia nosotros.

—¡Gerard! —graznó; y luego agregó, dominándose—: Por el amor de Dios, dime, ¿qué es eso?

—Sin saber a qué se refería, miré a mi alrededor.

—¿El qué?

—¡Eso! ¡Eso!

—¡Ah! —comprendí—. Es Bobby.

¿Por qué casi no hay helio en la atmósfera?

EN la atmósfera superior existe una débil luminosidad, conocida con el nombre de "aurora no polar", constituida por radiaciones del mismo tipo que las auroras boreales. Es producida por átomos de oxígeno en un estado especial, llamado "metaestable". Estos átomos, al ser chocados por otros, les entregan su energía, y en el caso del helio, sus átomos alcanzan velocidades superiores a los 11,5 kilómetros por segundo, que es la velocidad de escape de la Tierra. Lo mismo pasa con el hidrógeno; en cambio, el oxígeno y el nitrógeno, que son mucho más pesados, no consiguen tanta velocidad. Por eso hay tan poco helio en la atmósfera: mucho menos de lo que deberíamos esperar, teniendo en cuenta su formación en los procesos radioactivos.

Lo bajé de mis hombros y se lo acerqué para que lo viera. Ella lanzó como un lamento, me lo arrancó de los brazos, lo miró de frente, soltó otro lamento, le llamó pobrecito, y fué y lo colocó en un asiento largo con almohadones, bajo la ventana de colores.

—¿Desde cuándo está así?

Jenny y yo nos miramos. Yo contesté:

—Siempre ha estado como está.

Entonces corrió ella a donde estaba Miriam caída en el suelo, y le dió dos bofetadas. Miriam nos miró, cerró los ojos estremecida y, trepando con las manos por el vestido de miss Kew, se puso de pie.

—Vuelva en sí —dijo miss Kew, apretando los dientes—. Traiga una palangana con agua caliente y jabón. Paños. Toallas. ¡Rápido!

Le dió un empujón. Miriam fué a parar a la pared, y luego salió corriendo. Miss Kew volvió hacia el bebé, refufufuando.

—No haga tanto barullo con Bobby —dije yo—. A él no le pasa nada, y nosotros tenemos hambre.

Me miró como si le hubiera atravesado el corazón.

—¡No me hables!

—Oiga —dije—: a nosotros nos molesta todo esto tanto como a usted. Si Lone no nos lo hubiera mandado, nunca no habríamos venido.

—No digas "nunca no".

Después de mirarnos uno por uno, sacó aquel pedacito de pañuelo y se lo aplicó a la boca.

—¿Ves? —le dije a Jenny—. Siempre tiene angustias.

—¡Jo, jo! —dijo Bony.

Miss Kew la miró fijamente.

—Gerard —dijo con voz ahogada—, yo entendí que estas criaturitas eran hermanas tuyas.

—¿Y qué pasa?

—Nosotros no tenemos hermanitas negras, Gerard.

Jenny replicó:

—Nosotros sí.

Empezó miss Kew a pasearse de lado a lado, y, hablando consigo misma, decía:

—Aquí hay mucha, mucha tarea.

Volvió Miriam con una jofaina alargada y paños y toallas. Lo puso todo en el asiento largo. Miss Kew metió la mano en el agua; después metió al bebé, y éste empezó a patear.

—¡Eh! Un momento —dije, avanzando hacia ella—. ¿Qué está usted haciendo?

—Cállate, Guerry —dijo Jenny—. Bobby dice que está bien.

—¿Qué está bien? ¡Si lo va a ahogar!

—No lo ahoga. Y a callar.

SACANDO espuma del jabón, miss Kew frotaba al bebé, lo volvía boca arriba y boca abajo y le restregaba la cabeza. Luego, lo asfixiaba envuelto en una toalla. Miriam estaba turulata. Al fin le ató un paño de cocina, formándolo como unas bragas. Y ya no parecía el mismo bebé. Terminado aquel trajín, respiró miss Kew, satisfecha de sí misma. Le alargó el niño a Miriam, y le dijo:

—Tome esta pobre criatura y póngala en...

—Lo siento, miss Kew; pero yo me marchó —dijo Miriam, retrocediendo.

Miss Kew volvió a graznar.

—¡Usted no puede abandonarme en semejante situación! Estos niños necesitan ayuda. ¿No lo ve usted misma?

Miriam nos miró inquisidora. Temblaba.

—Usted peligrá, miss Kew. No sólo es que estén sucios. ¡Pa mí que están locos!

—Son víctimas del abandono, y quizá no sean peores que usted o yo, si nos hubieran abandonado. Y no digas "pa", Gerard.

—¿Qué?

—Que no digas... ¡Oh!, querido. Tenemos muchísimo que hacer, muchísimo. Gerard, si tú y tus... y esos niños, han de vivir aquí, tienen que cambiar radicalmente de conducta, ¿entendido?

—Seguro. Lone dijo que la obedecíamos en todo y la hicieramos feliz.

—¿Harán todo lo que yo les diga?

—¿Pues no es eso lo que he dicho?

—Gerard, has de aprender a no hablarle en ese tono. Y si les mando que obedezcan a Miriam, ¿la obedecerán también?

Yo interrogué a Jenny; Jenny le preguntó a Bobby; Bobby cabeceó y babeó, y Jenny me dijo:

—De acuerdo.

Miss Kew me amonestó:

—Gerard, te he formulado una pregunta.

—Calma, calma —contesté—. Tenía de consultar, ¿eh? Bueno, sí; si usted quiere, obedeceremos también a Miriam.

—¿Oye usted eso, Miriam?

Miriam observó a todos, meneó la cabeza y extendió un poco las manos hacia Bony y Biny. Las dos corrieron a unírsele, y cada una se colgó de un brazo, sonriéndole. Miriam frunció los labios, y dijo:

—Esta bien, miss Kew.

Miss Kew le entregó el bebé. Miriam echó escaleras arriba, con el bebé en sus manos, y una negrita de cada brazo. Miss Kew se unió a Jenny y a mí. Ascendimos todos por la escalera. Desde entonces comenzaron a ocuparse de nosotros, y no pararon en tres años.

—**A**QUELLO era un infierno —le dije a Stern.

—Tenían mucha tarea a realizar.

—Me imagino. Pero nosotros también. Por encima de todo, íbamos a cumplir el mandato de Lone. Estábamos dispuestos a obedecer hasta los úl-

timos caprichos de miss Kew. Ella y Miriam no tenían más que hacernos comprender lo que deseaban, y lo cumpliríamos. Muy bien entendía yo la orden de no meterme en la cama con Jenny. Pero cuando miss Kew decía algo así como: "Han de portarse como damitas y caballeros", o "¡Ah, ah!", o "¡Lenguaje, lenguaje!", yo no le hallaba sentido alguno. Y la mayoría de sus órdenes eran por el estilo. Muchísimo tiempo estuve sin entenderlas. Al fin le pregunté qué demonios quería decir, y entonces me lo explicó. ¿Comprende usted?

—Ciertamente —dijo Stern—. Y, con el tiempo, ¿mejoró la situación?

—Sólo tuvimos dos grandes disgustos: uno a causa de las mellizas y otro por el bebé.

—¿Qué sucedió?

—¿Con las mellizas? Pues, cuando llevábamos allí como una semana, Jenny y yo empezamos a notar que casi nunca veíamos a las gemelas. Parecía que la casa tuviera dos partes: una para miss Kew, Jenny y yo, y otra para Miriam y las negritas. Creo que lo habríamos notado antes, si al principio no hubiera habido tanto trastorno con lo de vestimos ropa nueva, bañarnos, dormir toda la noche y esto y lo otro. Pero aquí viene el asunto. Veníamos de jugar juntos en el parque e íbamos a almorzar, cuando se llevaron a las negritas a comer con Miriam, mientras nosotros almorzábamos con miss Kew. Y entonces dijo Jenny:

—¿Por qué no comen las mellizas con nosotros?

—Miriam se ocupa de cuidarlas, querida —dijo miss Kew.

—Pues que coman aquí, y yo las cuidaré.

Miss Kew apretó los dientes.

—Ellas son negritas, Jenny. ¡Eal!, a comer.

—Pero eso —dije yo— no es explicarnos nada ni a Jenny ni a mí. Yo quie-

ro que coman con nosotros. Lone dijo que debíamos mantenernos juntos.

—Y juntos están —explicó ella—. Todos vivimos en la misma casa. Todos comemos lo mismo. Y no discutamos más.

Nos miramos Jenny y yo, y Jenny preguntó:

—Entonces, ¿por qué no vivimos y comemos aquí mismo?

Miss Kew dejó el tenedor.

—Ya lo he explicado y he dicho que no se discuta más.

Pensé que estábamos perdidos. Cuando volví la cabeza, y grité:

—¡Bony! ¡Biny!

Y, ¡pum!, allí aparecieron. Y se armó la tormenta.

Miss Kew las mandó salir, y no querían. Vino Miriam, bufando, trayendo los vestiditos; pero no las podía pescar. Miss Kew empezó a graznar. Dijo que ya era demasiado. Y nos echó a la calle.

Fuí a buscar a Bobby, y, seguido de Jenny y las mellizas, salimos de la casa. Apenas habíamos salido cuando miss Kew echó a correr hacia nosotros, nos pasó y se plantó frente a mí. Todos nos detuvimos.

—¿Es así —preguntó— como cumplen la voluntad de Lone?

Dije:

—Así.

Ella dijo:

—Lone quería que vivieran conmigo, ¿no es así?

Dije:

—Así. Pero más quería que permaneciéramos juntos.

Nos dijo que volviéramos y que hablaríamos. Jenny consultó con Bobby; Bobby dijo que bueno, y volvimos. Hicimos un trato. En vez de comer en el comedor, lo haríamos en una galería lateral de cristales, con puertas al comedor y a la cocina. Desde entonces, miss Kew comió sola. Pero, a raíz de aquel desbarajuste, se produjo otra novedad bastante curiosa.

Fué cosa de Miriam. Ella se mostraba como siempre; pero, entre las comidas empezó a darnos golosinas. Me costó años comprender lo que aquello implicaba. Lo digo en serio. Por lo que luego he aprendido sobre las gentes, parece que estuviesen divididas en dos bandos que luchan por las razas: el uno por separarlas, el otro por unir las. Pero yo no veo por qué se preocupan tanto. ¿Por qué no olvidan el asunto?

—No pueden, Guerry —contestó Stern—. La gente necesita creerse superior en algo. Lone, los chicos y usted, por ejemplo, eran una estrecha unidad. ¿No cree usted que fueran algo mejores que el resto del mundo?

—¿Mejores? ¿En qué podíamos serlo?

—Digamos diferentes.

—Eso puede ser. Diferentes, sí; pero no mejores.

—Es usted un caso único —dijo Stern—. Bien; cuénteme ahora el otro disgusto: el de Bobby.

Casi hasta el tope de la atmósfera

SE han llevado a cabo numerosos viajes hasta una altura de unos 30.000 metros, o sea, hasta un 99 % de la atmósfera, en globos de material plástico de muy poco espesor (0,025 milímetros), que eran portadores de instrumentos científicos. El objeto inmediato ha sido obtener informaciones sobre los rayos cósmicos. Por supuesto que en esos viajes no había pasajeros humanos. En aviones cohetes, especialmente acondicionados para el piloto, el hombre se ha elevado hasta 24.000 metros. Un 96 % de la atmósfera quedaba debajo de él.

BOBBY, sí. Bueno. Esto ocurrió unos dos meses después de trasladarnos a casa de miss Kew. Todo marchaba como una seda por entonces. Habíamos aprendido el "Sí, señorita" y "No, señorita", e íbamos regularmente a la escuela, mañana y tarde. Jenny ya no se ocupaba de Bobby. Las gemelas iban y venían a su antojo. Miss Kew no podía creer lo que veía; la enloquecían aquellas continuas y desnudas apariciones. Ellas dejaron de hacerlo. Y miss Kew estaba feliz, tanto por esto como por otras muchas cosas. Hacía años y años que no veía a nadie. Hasta los registros de agua y luz estaban fuera de la casa, para que nadie tuviera que entrar. Pero, con nosotros dentro, empezó a reanimarse. Se puso vestidos casi humanos, y hasta comía a veces con nosotros.

Mas un buen día me desperté con una sensación extraña: como si me hubieran robado algo durante el sueño. Salté por la ventana, y por la cornisa pasé al dormitorio de Jenny. Estaba dormida. La desperté. No tuve que decirle que algo raro pasaba. Lo adivinó, y dijo lo que era.

—¡No está Bobby!

Ya no nos preocupábamos de si alguien se despertaba. Nos lanzamos fuera del dormitorio, atravesamos el hall y entramos en la habitación donde Bobby dormía. ¡Increíble! Él y todos sus preciosos muebles, hasta los sonajeros, habían desaparecido, y en su lugar vimos un escritorio.

No hablamos una palabra. Giramos en redondo y, sin pedir permiso, irrumpimos en la alcoba de miss Kew. Estaba en la cama, con sus trenzas hechas. Antes de que cruzáramos la habitación, se incorporó sobre el respaldo de la cama. Nos lanzó una mirada escalofriante.

—¿Qué significa esto? —preguntó.
—¿Dónde está Bobby? —grité yo.
—Gerard: no es preciso dar voces.

Jenny era muy sosegada; pero en aquella ocasión exclamó:

—Mejor será que nos diga usted dónde está Bobby.

Y usted se hubiese espantado de verla cuando lo dijo. Tanto, que miss Kew cambió de expresión.

—Hijitos —dijo—, lo lamento mucho; pero he hecho lo mejor que podía hacer. Lo he enviado a donde vivirá con otros niños como él. Aquí no podíamos hacerlo feliz, como ustedes saben.

—Nunca nos dijo él que no fuera feliz —repuso Jenny.

Y miss Kew comentó con falsa risa: —¡Como si pudiera hablar el pobre-cito!...

—Será mejor —dije yo— que usted lo vuelva a traer. No sabe con quién está jugando.

Contuvo su ira, e insistió:

—Trataré de explicarme, queridos. Tú y Jenny, e inclusive las negritas, son niños normales y sanos. Pero el pobre bebé es... diferente. Nunca crecerá mucho más, ni podrá andar ni jugar con los otros niños.

—Eso no importa —interrumpió Jenny—. Nadie le ha pedido que se lo lleve.

Y yo agregué:

—¡Eso es! Y tráigalo rápido.

Entonces prorrumpió exaltada:

—Entre las muchas cosas que les he enseñado está la de no ordenar a sus mayores. De modo que ahora vayan y vístanse para el desayuno. Y se acabó el asunto.

—Miss Kew —dije, lo más amable posible—, usted tendrá a bien traerlo ahora mismo; pero inmediatamente. O ya verá.

Saltando entonces de la cama, nos expulsó de su alcoba.

ME quedé callado, y Stern preguntó:

—¿Y qué ocurrió?
—¡Oh! Lo traje de vuelta.

Es gracioso cuando se piensa ahora. Tres meses recibiendo órdenes, y ella dirigiendo el gallinero, y de pronto las gallinas mandando.

Habíamos procurado amoldarnos a sus ideas; pero, por Dios, que esa vez llegó demasiado lejos. Empezó a ganársela en cuanto nos cerró la puerta.

Tenía ella un cacharro de china bajo la cama. Voló por el aire y se estrelló contra el espejo del tocador. Se abrió uno de los cajones, y un guante se le estampó en la cara. Fué a subirse en la cama, y allí cayó un trozo de enlucido del techo. El agua del baño empezó a correr, con el tapón puesto, y cuando ya rebasaba, todos los vestidos cayeron de las perchas. Quiso salir de la habitación; pero la puerta estaba atrancada, y mientras ella tiraba de la manija, la puerta se abrió de golpe; ella rodó por el suelo; la puerta volvió a cerrarse de un portazo, y otro trozo de yeso le cayó encima. Entramos de nuevo en la alcoba. La vimos llorar.

—¿Nos va usted a traer a Bobby? —le pregunté.

Siguió llorando. La ayudamos a sentarse en una silla. Miró a su alrededor, y suspiró.

—¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué a ocurrido aquí?

—Que usted se llevó a Bobby. Eso. Se levantó y dijo en voz baja, mitad medrosa, mitad firme:

—Parece que ha habido un terremoto. Después hablaremos de Bobby.

—¡Dale más, Jenny!

Un jarro de agua le bañó cara y pecho. El camisón se le pegó al busto. Se le deshicieron las trenzas, y luego cayeron lacias sobre su cuello. Abrió la boca para gritar, y los polvos del tocador se la taponaron. Sacándoselos con los dedos y llorando de nuevo, dijo:

—¿Qué están haciendo? ¡Santo Dios! ¿Qué están haciendo?

Jenny la miró, cruzó las manos a la espalda, y contestó:

—No hemos hecho nada.
—Todavía no —aclaré yo—. ¿Trae usted a Bobby?

—¡Basta! ¡Basta! —gritó entonces—. ¡No hables más de ese idiota mongoloides! ¿Cómo he podido nunca hacer creer que era mío?

—Vengan las ratas, Jenny.

Se oyó un chirrido a lo largo del zócalo de madera. Miss Kew se tapó la cara con las manos, se acurrucó en la silla, y exclamó:

—¡Ratas no! ¡Aquí no hay ratas!

Pero sonó un agudo chillido, y se descompuso. Yo no había visto a nadie descomponerse, y aquello me pareció excesivo; pero estaba hecho una furia por lo de Bobby. Tardó dos horas en reanimarse y poder llamar por teléfono. Y, antes del almuerzo, teníamos a Bobby en casa.

Tres semanas después, la oí hablar con Miriam. Decía que los cimientos de la casa se habían hundido de pronto, y que el bebé salió ileso, gracias a haberlo enviado antes para aquel examen médico. Creo que estaba convencida de lo que decía.

Stern intervino.

—Tal vez lo estuviera. Es bastante común que no creamos lo que no queremos creer.

—¿Cuánto cree usted de todo esto? —le pregunté bruscamente.

—Ya se lo dije. Para mí no es cuestión de creer o no.

—¿Y a mí no me pregunta lo que yo creo?

—No lo necesito. Esté usted tranquilo por ese lado.

—¿Es usted buen psiquiatra?

—Eso creo —contestó—. ¿A quién mató usted?

La pregunta me pilló de sorpresa.

—A miss Kew —le dije renegando—. No era eso lo que quería decirle.

—No se preocupe. ¿Por qué lo hizo?

—Eso he venido a averiguar.

—Debía usted de odiarla realmente.



Me eché a llorar. ¡Quince años, y llorando así!

Stern me dejó desahogarme. Finalmente volví a hablar.

El primer recuerdo de mi vida es un puñetazo en la boca. Un puño como mi cabeza. Porque yo estaba llorando de hambre... o de frío. Después, los grandes dormitorios comunes, y el que más robaba, más tenía. Una patadura si era uno malo, y una gran recompensa si era bueno. Gran recompensa: dejarlo a uno solo. ¡Trate usted de vivir donde el mayor encanto de este mundo maldito es que lo dejen a uno solo!

Por eso me hechizaron Lone y sus criaturas. Era maravilloso: se convivía. Dos lamparitas y un hogar iluminaban el mundo, ni más ni menos.

Después, el gran cambio: ropa limpia, ricos manjares, cinco horas diarias de colegio, Cristóbal Colón, el rey Arturo y un libro de Civismo que explicaba la septicidad de las aguas estancadas. Y luego, aquel enorme bloque de hielo con vestido de encajes, al que a duras penas se le derretían los ángulos por causa nuestra. Ella era demasiado circunspecta para decírnoslo; pero lo delataba el ambiente. Lone nos prohibió porque éramos parte de su vida. Miss Kew nos tomó a su cargo porque quería cumplir algo que era extraño a la suya.

Ella tenía ideas raras sobre lo "correcto" y equivocadas sobre lo "incorrecto"; mas se aferraba en hacernos bien con sus ideas. Las muchísimas cosas que ni entendía ni podía entender, las achacaba a su propia falta. Lo que salía bien era éxito nuestro; lo que salía mal, error suyo. El último año fué... bien bueno.

Conque fuí y la maté.

Le contaré a usted rápidamente todo cuanto recuerdo.

La víspera, me desperté al entrar el



sol por mi ventana, y sentí la tersura de las sábanas. En la planta baja andaba Miriam, preparando el desayuno. Las negritas reían *con ella*, no entre sí como hacían antes. En la habitación inmediata, Jenny se levantaba cantando.

Y yo me levanto. Agua caliente, *caliente*; mucho cepillo por encías, dientes y lengua; mi traje a medida, y escaleras abajo. Allí están todos. Nos alegramos de vernos. Y, no bien nos sentamos a la mesa, baja miss Kew, y todos la llamamos a la vez.

Sigue la mañana en la escuela. Luego, el descanso en el gran living. Las mellizas, con la lengua fuera, garrapateando el abecedario. Jenny pintando un verdadero cuadro, con su vaca y árboles (las hojas están dibujadas como manda miss Kew) y una tapia amarilla que se pierde en la distancia. Y aquí estoy yo, perdido entre los dos miembros de una ecuación de segundo grado, y miss Kew inclinada sobre mí para ayudarme. Y levanto la cabeza por oler mejor el perfume de su vestido. Y allá, en la cocina, oigo el trasego y tintineo de las cacerolas.

Y transcurre la tarde por el estilo: más escuela, algo más de estudio, y a correr y reír al parque. Bobby ya no se mueve apenas: es un animalito de exposición; lleva repleto su estómago, y está más limpio que una patena.

Y llegan la cena y la noche. Y miss Kew nos lee una novela, y cambia de

voz para cada personaje que habla, y... Y yo tenía que ir y matarla. Eso es.

—NO ha dicho usted el porqué — observó Stern.

—Pero... ¿es usted tonto? —grité.

Stern no contestó. Me volví boca abajo sobre la camilla; levanté la cara, apoyándola en mis manos, y lo miré. Parecía perplejo.

—He dicho el porqué.

—A mí no.

Comprendí que le exigía demasiado, y expliqué lentamente:

—Todos nosotros nos despertábamos a la misma hora. Todos obrábamos por voluntad ajena. Realizábamos todo el día costumbres ajenas, pensando con pensamiento ajeno y hablando palabras extrañas. Jenny pintaba cuadros extraños. Bobby no semaforaba con nadie. Y todos estábamos felices así. ¿Lo ve usted ahora?

—Todavía no.

—¡Dios mío! —exclamé, y pensé un momento—. No conredábamos.

—¡Ah! Pero tampoco conredaban después de muerto Lone.

—Eso fué distinto: fué como un coche que se queda sin nafta. Ahí está el coche, entero y esperando. Pero, desde que miss Kew se entregó a nosotros, el coche se deshizo, ¿comprende?

Ahora le tocó a Stern pensar. Finalmente dijo:

—La mente nos hace realizar algunos

Fin del mundo por sequía

HANS Patterson, profesor sueco de oceanografía, afirma que "la desaparición del agua de nuestro planeta ya ha comenzado; dentro de algunos millares de años no quedará absolutamente nada". Según este sabio, la Tierra se está secando, fenómeno típico de planetas que envejecen. El agua oceánica se va transformando en compuestos sólidos, que pasan a formar parte de la corteza terrestre. Termina el doctor Patterson con estas siniestras palabras: "La Tierra terminará en el mismo estado que su vecino Marte. Todos sus océanos habrán desaparecido, y con ellos también los oceanógrafos."

actos, al parecer irrazonables, erróneos o demenciales; pero el fundamento de la obra que ejecutamos estriba en una cadena de indestructible lógica entre causa y efecto. Profundizando en ese terreno hallamos dicha cadena. Digo "lógica" o razón: no "corrección", "rectitud" o "justicia". Lógica y certeza son también muy diferentes, aunque a menudo surgen como idénticas en el razonamiento lógico. Cuando la mente se sumerge en razonamientos contrarios a los propósitos de la razón superficial, viene la confusión. Ahora bien; en su caso yo veo adónde usted se dirige, y es: que, a fin de preservar o reconstruir ese vínculo peculiar entre ustedes, los muchachos, usted tenía que librarse de miss Kew. Pero no veo la lógica de que el recuperar la tal "conredación" fuese motivo suficiente para destruir la seguridad recién hallada, que era placentera según usted.

Yo dije desalentado:

—Quizá no hubiera motivo.

Stern me apuntó con su pipa.

—Lo hubo. Puesto que lo impulsó a usted a cometer el hecho. Pero ni yo veo ahora el porqué, ni usted tampoco.

—¿Y cómo vamos a descubrirlo?

—Vayamos directamente a lo más desagradable, si está usted dispuesto.

—Lo estoy —dije, acostándome.

—Bien. Dígame todo lo que ocurrió justamente antes de matarla.

ENTRE mis sensaciones de aquella víspera, me rondaba ahora la de las sábanas. La deseché por ser del principio del día; pero volvió entre los recuerdos de la noche. Y hablé a Stern.

—Decidido por fin a matar a miss Kew, me fuí a la cama. Allí estuve unas cuatro horas pensando, antes de volverme a levantar. Todo era oscuridad y silencio. Salí de mi cuarto, bajé al hall, entré en la alcoba de miss Kew, y la maté.

Bobby tiene tres años

—¿De qué manera?

—¡Eso es todo! —grité a voz en cuello; y luego me calmé—. Todo era horribles tinieblas... como ahora. No sé. No quiero saberlo. Ella me quería; lo reconozco. Pero tenía que matarla.

—Bueno, bueno —dijo Stern—. No hay que horrorizarse tanto.

Es que no veo aún esa lógica de que usted hablaba —y dando sobre la camilla un puñetazo por cada palabra, seguí—. ¿Por - qué - tenía - yo - que ir - y - hacer - eso?

—Basta; se va usted a hacer daño. —Debería hacérmelo.

Me acerqué al escritorio, y bebí agua.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Dígame lo que hizo usted desde que la maté hasta que vino aquí.

—No mucho —dije—. Fué anoche mismo. Volví estupefacto a mi habitación. Me vestí y, con los zapatos en la mano, bajé a la calle. Vagué mucho tiempo. Fuí al correo, cuando lo abrieron. Hallé aquel cheque para mí, por el concurso que antes mencioné. Lo cobré en el banco. Abrí una cuenta. Saqué mil cien dólares. Tuve la idea de consultar a un psiquiatra. Y he pasado el día buscándolo hasta llegar aquí. Y nada más.

—¿No tuvo inconvenientes para cobrar el cheque?

—Nunca los tengo para conseguir de la gente lo que quiero.

Hizo una exclamación de sorpresa.

—Ya sé lo que piensa —dije—: porqué no lo conseguí de miss Kew.

—Algo de eso era.

—Para obtenerlo, tenía ella que dejar de ser miss Kew. En cambio, al banquero le hice obrar solamente como banquero.

STERN seguía entretenido con su pipa. Comprendí que lo hacía para no dejarse ver los ojos.

—Usted la mató —dijo, cambiando de tema— y destruyó una situación apreciable para usted. Debía usted de valorarla menos que la posibilidad de rehacer la otra situación a que estaba acostumbrado con aquellos niños. Y usted no está seguro de tales valores. ¿Está así bien descrita su turbación?

—Así, más o menos.

—¿Sabe usted lo único que mueve a matar?

Como no contesté, siguió:

—La supervivencia: salvar el yo o algo que se identifique con el yo. Y en este caso, dicho móvil no puede aplicarse, porque su situación con miss Kew valía más para la supervivencia de usted y de su grupo que la situación anterior.

—Luego no tuve quizá razón suficiente para matarla.

—La tuvo usted, puesto que lo hizo. Y ya la conocemos; pero no sabemos por qué tenía suficiente importancia. La respuesta está en algún rincón de usted mismo.

—¿Dónde?

Se levantó y dió unos paseos por la habitación.

—Tenemos aquí el relato coordinado de una vida, mezcla de hechos y fantasías; pero con principio, desarrollo y final. Y no estoy seguro, pero la respuesta quizá esté en ese puente que usted no quiso pasar. ¿Recuerda?

—Lo recuerdo muy bien. Pero, ¿por qué ha de ser ahí? ¿No podemos buscar otro camino?

—Eso ya lo dijo usted. ¿Por qué anda usted desviándose del verdadero?

—No agrande los pequeños detalles —dije fastidiado—. Me molesta ése. No sé por qué, pero es así.

—Algo se oculta en él. Y usted lo hostiga, y se oculta más. Cualquier cosa que lucha por ocultarse, es posible-mente lo que buscamos. Lo que a usted le perturba está oculto, ¿no es así?

—Efectivamente —contesté, y volví

a sentir aquel malestar y decaimiento; pero de pronto decidí seguir adelante, sin interrupción.

—Vamos a buscarlo —dije.

Me acosté. Stern me dejó un momento en silencio, y luego dijo:

—Está usted en la biblioteca. Acaba usted de conocerla, ella le pregunta, y usted le habla de los niños.

Seguí tendido, estirado. No ocurría nada. Me puse rígido, cada vez más, hasta sentirme mal, y nada ocurría. Oí los pasos de Stern hacia el escritorio. Sonó un chasquido, un chirrido leve, y de pronto mi propia voz:

"Pues una es Jenny, de once años como yo; y Bony y Biny, de ocho, que son mellizas; y Bobby. Bobby tiene tres años".

Y el sonido de mi propio grito, y la nada.

VOLVÍ a la luz, berreando y sacudiendo los puños. Al abrir los ojos, Stern estaba agachado junto a mí, sujetándome trabajosamente las muñecas. Dejé de forcejear. Estaba empapado.

—¿Qué a ocurrido?

—¡Caramba! —dijo—. ¡Qué acomedida!

Me trajo una toalla, y me sequé.

—¿Qué me acometió?

—Lo he tenido hablando sobre el dictáfono, todo el tiempo —explicó—. Cuando usted no quería entrar en esos recuerdos, prefirió caer inconsciente. Entonces yo he tratado de empujarlo, usando su propia voz. A veces se obtienen maravillas.

—Pues las ha obtenido —rezongué—. Creo que me hacía el loco.

—En efecto. Y era su última trinchera defensiva.

—Mi última trinchera defensiva es que me caiga muerto.

—No caerá. Ese episodio lo ha guardado usted en el subconsciente mucho tiempo, y no lo ha matado.

—¿Y cómo sabe usted que no lo hará cuando lo saquemos afuera?

—Lo verá usted. Ya está en nuestras manos. Ahora, una última prueba.

Lo miré de reajo. Me asustó verlo tan decidido.

—Usted conoce ahora de sí mismo —me explicó suavemente— mucho más que en aquella ocasión. Puede reconcentrarse. Puede valorar los hechos que vayan surgiendo, lo suficiente como para protegerse a sí mismo. No tema. Confíe en mí. Yo pararé a tiempo. Ahora, laxitud. Mire al techo. Piense en los dedos de sus pies. No los mire. Mire hacia arriba. Sus dedos. Sus dos dedos gordos. No los mueva; no haga sino sentirlos. Cuente a partir del dedo gordo, dedo por dedo. Uno, dos, tres. Sienta el tercer dedo. Siétanlo. Sienta cómo se duerme, se duerme, se duerme... Los dos siguientes, en ambos lados, se duermen. Y porque están dormidos, duérmase. Todos sus dedos están dormidos...

—¿Qué está usted haciendo? —le grité.

El continuó con la misma voz sedosa:

—Usted confía en mí, y así sus dedos confían en mí. Están todos dormi-

dos, porque usted confía en mí. Usted...

—Usted quiere hipnotizarme. Y yo no se lo voy a permitir.

—Va a hipnotizarse usted mismo. Todo lo hace usted mismo. Yo indico el camino. Yo dirijo sus dedos hacia el camino. Solamente dirijo sus dedos. Nadie puede obligarlo a ir adonde no quiera; pero usted quiere ir adonde sus dedos están dirigidos, adonde sus dedos están dormidos, adonde...

Dale que dale que dale. ¿Y dónde estaban los vistosos colgantes de oro, y la luz en los ojos, y los trances místicos? Stern no estaba ni siquiera sentado ante mi vista. ¿Cuándo venía la pregunta de si ya estaba dormido? Bueno; él sabía que yo no estaba dormido ni quería estar dormido. Yo sólo quería estar como mis dedos, como un dedo dormido, dormido como un dedo dormido. No hay cerebro en un dedo, un dedo para ir, ir, ir, once veces, once, tengo once...

Me dividí en dos, y todo estaba perfecto: la parte que observaba la parte que volvía a la biblioteca, y miss Kew inclinada hacia mí, sin acercarse demasiado; yo con el periódico crujiendo.

Efectos del frotamiento con el aire

EL frotamiento del aire con el ala y el fuselaje de un avión que se desplaza con velocidad supersónica, da lugar a la producción de bastante calor, que hace subir la temperatura a unos 1.100°. Por supuesto, es necesario recurrir a métodos de enfriamiento del material. Ahora bien, las temperaturas producidas por frotamiento y compresión, son independientes de la densidad del aire, y aun en la atmósfera superior, el avión irá envuelto por una película de aire caliente; pero allí parece más fácil el proceso de enfriamiento. No obstante, aun no se sabe bien hasta qué velocidad podrá adquirir un avión sin ponerse incandescente. Todavía no se ha llegado a entender bien el mecanismo de transferencia de calor entre la envoltura caliente que rodea el avión y éste, particularmente a muy bajas presiones. Una vez que se lo consiga, indudablemente se le encontrará solución al problema, con lo cual se habrá superado otro de los obstáculos que tenemos antes de llegar a la Luna.

do debajo de mí en la silla, y con un zapato quitado y mis dedos dormidos, colgando... Y sentí cierta sorpresa. Porque aquello era hipnosis; pero yo estaba plenamente consciente, enteramente allí en la camilla, con Stern susurrando a mi espalda, y yo era capaz de sentarme y hablarle y marcharme si quisiera; sólo que no quería. ¡Oh!, si fuera así el hipnotismo, me parecería muy bien y me sometería a gusto. Así es perfecto.

Ahí, en la mesa, puedo ver cómo el oro cubre las carpetas, y puedo estar junto a la mesa con usted, con miss Kew, con miss Kew... "...y Bony y Biny, de ocho, que son mellizas; y Bobby. Bobby tiene tres años."

—Bobby tiene tres años —repitió ella.

Hubo una opresión, una expansión y una... una ruptura. Y con agonía desgarrante y explosión de triunfo que ahogó al dolor, todo acabó.

Esto es lo que ella llevaba dentro. Todo en un relámpago, pero todo esto.

¿TIENE tres años Bobby? Mi bebé tendría tres si existiera un bebé, que nunca existió...

Lone, mi cabeza está abierta para ti. Abierta; ¿está bastante abierta?

Sus pupilas como discos de fuego. Estoy segura de que giraban. Aquella sonda invisible que salía por sus ojos y penetraba hasta mi cerebro. No sabía él lo que aquello significaba para mí. Él me lo vaciaba, y yo lo llenaba siguiendo sus órdenes; él bebía, esperaba y volvía a beber, sin mirar nunca la copa.

La primera vez que lo vi, estaba yo bailando de volatines en el bosque; giré, y allí estaba él en la sombra frondosa, mirándome. Lo odié. No fué mi vallecito tachonado de oro, enmarañado de helechos, lo que me quitó, sino mi baile, que congeló con su presencia. Odié su modo de mirarme, su planteo con las piernas hundidas en los húme-

dos helechos, su aspecto de árbol con pies por raíces y su traje color de tierra. Cuando paré, echo a andar. Entonces era un hombre, un sucio animal de hombre, y mi odio se convirtió en miedo, y me quedé helada.

Conoció él lo que había hecho, pero no le importó. Bailando... y no bailar nunca más, ni evocar mi baile sin recordar que él me había visto. ¡Oh, cómo lo odié!

Bailar a solas, donde nadie lo supiera, era mi único secreto cuando todos me conocían por miss Kew: aquella pudorosa victoriana, anticuada y juiciosa, correcta, atesada, toda encajes y holandas y siempre solitaria. Ahora sí que sería eternamente lo que ellos decían; porque aquel hombre me había privado de lo único que yo osaba ocultar.

Salió de la sombra y vino hacia mí, andando bajo el sol, con su gran cabeza algo ladeada. Me quedé allí mismo, helada hasta los huesos, petrificada por la ira y el temor, todavía con el brazo extendido y doblada la cintura en actitud de bailar. Cuando se detuvo, respiré con alivio.

—¿Lee usted libros? —me preguntó.

Yo no podía soportar su presencia, pero menos podía moverme. Alargó su recia mano y me tocó la barbilla, levantándome la cabeza hasta que tuve que mirarlo a la cara. Me encogí hacia atrás, pero mi cara no se apartó de sus manos, aunque él no la sujetaba, sino que la levantaba simplemente.

—Usted tiene de leer libros para mí. Yo no sé leer.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—Lone —respondió—. ¿Va usted a leer libros para mí.

—No. Déjeme ir. Déjeme.

Se rió. Él no me sujetaba.

—¿Qué libros? —exclamé.

ME alzó un poco más la cabeza, me dió una suave cachetada, y bajó la mano. Sus ojos, sus pupilas, parecía que iban a girar.

—Abra esos ojos —dijo—. Abra y déjeme ver dentro.

En mi cabeza había libros. Él miraba los títulos... no; no los miraba, porque no sabía leer. Miraba a lo que yo sabía de los libros.

—¿Qué es eso? —dijo abruptamente.

Comprendí a lo que se refería. Lo había encontrado en un rincón de mi cabeza.

—Telequinesia —respondí.

—¿Cómo se hace?

—Nadie sabe si puede hacerse. Es mover objetos físicos ¡con la imaginación!

—Puede hacerse —afirmó—. ¿Y esto otro?

—Teleportación. Es lo mismo... o casi. Mover el propio cuerpo por la fuerza imaginativa.

—Ya, ya; comprendo —dijo con aspereza.

—Interpenetración molecular —continué—. Telepatía y clarividencia. No conozco nada de eso. Yo creo que son fatuidades.

—Léalas. No hace al caso si las entiende o no. ¿Y esto?

Eso estaba en mi cerebro y en mis labios.

—Gestalt.

—¿Y eso qué es?

—Grupo. Algo como el curar con un solo tratamiento una porción de enfermedades: como expresar muchas ideas en una frase. El total es mayor que la suma de las partes.

—Lea sobre eso también. Lea mucho de eso: lo máximo que pueda. Es importante.

Dió media vuelta y se marchó. Y cuando sus ojos se apartaron de mí, fué como si algo se rompiera. Vacilé y caí sobre una rodilla. Él se internó en el bosque, sin mirar atrás. Recogí mis bártulos y me fuí a casa, atormentada por la ira e impelida por el temor.

Y leí los libros. Y volví al bosque; unas veces de día; otras, por no haber

hallado determinado libro, tardaba diez días en volver. Allí estaba él, siempre, en la hondonada, y tomaba lo que quería de mis libros, y nada de mí.

Me hizo leer libros que yo no entendía; sobre evolución, organización social y cultural, mitología y muchísimos de simbiosis. No conversábamos; a veces no se cruzaba entre nosotros más que un ¡ah! de sorpresa o un ¿eh? de interés.

Me arrancaba él los libros como se arrancan las bayas de un arbusto: todos de un tirón. Oía a sudor y tierra y a los jugos verdes que estrujaba con su gran cuerpo al caminar por el bosque.

LEGÓ un día en que, sentado él junto a mí, planteó este problema:

—¿Qué libro habla de algo como esto? Las termitas no digieren la madera. Los microbios que viven en el vientre de las termitas, sí. Y las termitas comen lo que esos microbios dejan atrás. ¿Qué es eso?

—Simbiosis. Dos clases de vida diferentes, cuya existencia depende una de otra.

Lone extraña el significado y desechaba las palabras.

—Ya —contestó—. ¿Y hay algún libro acerca de cuatro o cinco clases que dependen de ese modo?

—¿Donde cada organismo forme parte del todo, pero por separado? No creo..., a no ser organizaciones sociales, como un equipo o una cuadrilla de obreros, que todos reciben órdenes del mismo amo.

—No —dijo en el acto—; así no. Como un solo animal.

—¿Quiere usted decir una forma de vida Gestalt? Eso no es una fantasía.

—Tengo de aprender sobre eso —afirmó rotundamente—. Eso existe. Una parte que busca, otra que imagina, otra que encuentra y otra que habla.

—Sólo hablan los seres humanos.

—Ya lo sé.

Se levantó y se fué.

Busqué y busqué aquel libro, sin hallar nada parecido. Volví y se lo dije. Me escudriñó con aquellas pupilas...

—Usted estudia, pero no piensa — dijo, y miró largo rato al horizonte—. Ocurre punto por punto, a la vista de la gente, y no lo ven. Ustedes son lectores imaginativos. Aprenden que la gente puede mover objetos con la imaginación; que pueden moverse a ellos mismos con la mente; que alguien puede averiguar cualquier cosa con sólo pensar uno en preguntárselo. Lo que no conocen es la persona que puede impulsarlos a todos juntos, como el cerebro impulsa en conjunto las partes que apresan y atraen y sienten calor y andan y todo lo demás. ¡Yo soy esa persona!

Permaneció entonces tanto tiempo callado, que creí que se había olvidado de mí.

—Lone —le dije—, ¿qué hace usted aquí en el bosque?

—Espero. No estoy terminado aún, es decir, todavía no estoy... completo. ¿Usted sabe que, cuando se parte un gusano, vuelve a crecer por entero? Pues suponga que, sin partirlo, creció así desde el principio, ¿comprende? Yo estoy completando mis partes. Y necesito un libro sobre la clase de animal que yo seré cuando esté completo. Sé que cuando lo esté no podré envanecerme. Seré un cuerpo más fuerte y ágil que ningún otro anterior, pero sin

la clase adecuada de cabeza, quizás por ser uno de los primeros: lo que usted imaginaba...: un cavernícola.

—El hombre de Neanderthal.

—Eso es. Un ensayo de algo nuevo. Pero tal vez venga la cabeza adecuada cuando yo ya esté totalmente organizado. Entonces seré algo.

Carraspeó satisfecho y se fué.

BUSQUÉ durante días, sin hallar lo que él deseaba. Una revista hablaba de que la próxima evolución principal del hombre sería psíquica más bien que física; pero no decía nada de... llamémosle organismo *Gestalt*. Algo había sobre mohos del fango, aunque más se refería a un enjambre pululante de amibas que a simple simbiosis.

Por lo tanto, al declinar una fría tarde otoñal, cuando volví a verlo, tomé lo poco que había en mis ojos y se apartó enojado, diciendo una palabrotita que no quiero recordar.

—No sabe usted encontrarlo —me dijo—. Nunca no vuelva más.

Se alejó hacia un añoño abedul y se recostó al pie, atento a las sombras movilizadas entre el murmullo del viento. Él, que palpitaba como animal asustado cuando yo le hablaba de muy cerca, parecía estar ahora tan ensimismado en sus extraños pensamientos, que ni me oyó seguramente al acercarme.

—Lone —le dije—, no me culpe por no encontrarlo. Yo lo intenté.

Dominó su sobresalto y fijó en mí aquellos ojos...

—¿Culpar? ¿Quién culpa a nadie?

Lugar seguro

Es corriente oír hablar de catástrofes con centenares de muertos en laboratorios o fábricas de explosivos. Pero hasta ahora son contadísimos y modestísimos los accidentes en laboratorios atómicos. Paradojalmente, eso es debido a los enormes peligros que estos lugares encierran y al correlativo cuidado que se tiene. Como diría Chésteron: "Estaba a salvo de cualquier accidente: vivía en una fábrica atómica".

—Está usted furioso por mi fracaso. Me miró tanto tiempo que me sentí cohibida.

—No sé de qué habla usted.

Yo no quería que se alejara. Me habría abandonado para siempre; no por crueldad o arrebatado, sino porque le era tan indiferente como para un gato el ver abrirse un tulipán.

Lo sacudí por los hombros, que era como intentar sacudir una muralla.

—¡Usted *sabe* ver! Conoce lo que yo leo. Debe conocer lo que pienso. Yo soy persona, mujer. Usted me ha utilizado y utilizado, sin darme nada. Me hizo perder mis costumbres, leer a toda hora, venir a verlo bajo la lluvia o el sol, y no me habla ni me mira ni conoce nada de mí, y le soy indiferente. Ha ejercido usted una fascinación sobre mí, que yo no podía vencer. Y cuando ya no me necesita, dice: "No vuelva más".

—¿Tengo de dar algo por lo que recibí?

—Eso hace la gente.

—¿Eh? ¿Qué quiere que le dé? Yo no tengo nada.

Me aparté de él, sintiendo... no sabía qué. Él se encogió de hombros y me volvió la espalda. Salté entonces sobre él, atrayéndolo de nuevo.

—Yo quiero de usted...

—¿Qué demonios quiere?

No podía mirarlo ni apenas hablar.

—No sé... es algo que... no sabría explicar... Usted —añadí apretándole los brazos— ha leído los libros dentro de mí. ¿No sabe usted... leerme a mí?

—Nunca lo intenté —dijo, acercándose y alzándose la cara—. ¡A ver!

SUS ojos lanzaron sobre mí aquella sonda extraña. Grité y procuré evadirme. No era eso lo que yo deseaba, estoy segura. Forcejeé. Me levantó en vilo con sus manazas. Así me mantuvo hasta que acabó de mirarme, y me sol-

tó. Caí en tierra, sollozando. Se sentó junto a mí, sin intentar tocarme. Al fin me tranquilicé, y esperé allí agachada.

Después me senté, apoyando mi cara en las rodillas y mirándolo.

—¿Qué ha visto?

—¡Un revoltiño del demonio! Treinta y tres años... ¿Y para qué quiere vivir así? Diez años consigo misma y nadie más... salvo una persona que trabaja para usted.

—Los hombres son bestias. Y las mujeres...

—¡Usted las odia! Todas conocen algo que usted ignora.

—No deseo saberlo. Soy enteramente feliz a mi manera.

—¡Ni un demonio!

No contesté. Detesto esa forma de hablar.

—Dos cosas desea usted de mí. Ninguna tiene sentido —dijo, mirándose con expresión de admiración profunda, que por primera vez veía yo en sus ojos—. Quiere saber todo lo mío: de dónde vengo; cómo he llegado a lo que soy...

—Sí; eso lo quiero. ¿Qué es lo otro, que usted ya sabe y yo no?

Ignorando mi pregunta comenzó:

—Nací en algún sitio, y crecí como la cizaña: la gentuza que no es digna ni de entrar en un hospicio. Viví algún tiempo con otros de mi ralea. Fuí a la escuela, y no me gustó. Era un pueblo demasiado chico para tener colegios especiales para retardados como yo, ¿sabe? Conque anduve suelto, como preparándome pa ser el tonto del pueblo. No lo fuí, porque, en vez de quedarme, me marché al bosque. En el pueblo, de acá para allá, había visto bastante: muchas formas de vivir; pero no me servía ninguna. Aquí puedo vivir como quiero.

—¿Cómo vive?

—Como lo que quería leer en sus libros.

—Nunca me lo dijo usted.

POR segunda vez insistió:
—Usted estudia, pero no piensa. Lo mío es una especie de... bueno, de persona. Está toda hecha de partes separadas, pero es una sola persona. Tiene como manos, como piernas, como boca que habla y como sesos. Eso soy yo: los sesos de esa persona. Maldito lo que valen, pero no conozco mejores.

—Usted está loco.

—No —dijo sin ofenderse y convencido—; no lo estoy. Ya tengo la parte que es como manos. Las puedo mover adonde sea, y hacen lo que yo quiero, aunque son demasiado jóvenes para hacerlo muy bien. También tengo la parte que habla; ésa es muy buena.

—Pues yo creo que usted no habla muy bien, y no lo entiendo.

—¡No me refiero a mí! —dijo sorprendido—. Me refiero a ella, la que está allá con los otros.

—¿Ella?

—La que habla. Ahora necesito quien discorra, quien pueda tomar una cosa, añadirla a otra y hallar la solución. Y cuando todas las partes estén acostumbradas al conjunto, yo seré eso nuevo de que le he hablado, ¿sabe? Sólo que... quisiera una cabeza mejor que la mía.

La mía me daba vueltas.

—¿Por qué empezó usted a hacer eso?

—¿Y por qué empezó usted a crecer? —preguntó, mirándome gravemente—. Eso no se piensa: ocurre, como cuando los pájaros hacen su nido al llegar la época.

—¿Qué es lo que... lo que hace usted cuando me mira a los ojos?

—No sé cómo se llama ni cómo lo hago. Lo que sé es que puedo conseguir de la gente lo que quiero; como sé que usted me olvidará.

—Yo no quiero olvidarlo.

—Lo hará. Me odiará y, después de un tiempo, me estará agradecida. Al-

guna vez podrá usted hacer algo por mí, y se alegrará de hacerlo. Pero olvidará todo, sí, todo menos cierta sensación y... mi nombre tal vez.

No sé qué me impulsó a preguntarle, pero lo hice desesperadamente.

—¿Y nadie sabrá jamás lo que hubo entre tú y yo?

—Imposible —dijo—; salvo... bueno, salvo la cabeza del animal, como yo u otra mejor.

Se levantó.

—¡Oh, espera, espera —grité.

Era un hombre sucio, gigante y bestial, pero me tenía terriblemente atrapada en sus redes.

—No me ha dado lo otro... sea lo que sea.

—¡Ah, ya! —dijo—. Esto.

Se fué como un relámpago. Hubo una opresión, una expansión y una... una ruptura. Y con agonía desgarrante que ahogó al dolor, todo acabó.

SALÍ del trance por dos planos distintos.

En el uno tengo once años; estoy anhelante por el shock de la agonía transferida a mí durante esa increíble penetración en el ego ajeno.

En el otro tengo quince años, yazgo en la camilla, mientras Stern susurra:

—Tranquilamente, tranquilamente dormido, sus tobillos y piernas tan dormidos como sus dedos del pie, su vientre se ablanda, su nuca está tan dormida como su vientre, está quieta y laxa y todo está flojo y más dormido que dormido...

—Me senté, con las piernas colgando hacia el suelo, y exclamé:

—¡Bueno! ¡Ya!

Stern pareció algo molesto.

—Esto va a dar resultado —dijo—; pero únicamente si usted coopera.

Acuéstese.

—Ya lo ha dado.

—¿Qué?

—Completo; de pe a pa; estupendo.

Me miró intrigado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Estaba ahí, donde usted decía: en la biblioteca; cuando yo tenía once años; cuando ella dijo "Bobby tiene tres años". Y eso hizo estallar algo que durante esos tres años bullía en ella. Me pegó el estallido con toda fuerza. Yo, niño, desprevenido, indefenso, vi allí tanto... tanto dolor como no sabía que existiera. No por lo que era en sí, sino por lo que fué para mí. Fué un jirón de su propio ser, un montón de escenas que ocurrieron durante cuatro meses, con todos sus detalles. Ella conocía a Lone...

—¿Quiere usted decir una serie de acontecimientos?

—Eso es.

—¿Y usted los ha captado de una vez, en medio segundo?

—Seguro. Mire, doctor: en ese medio segundo yo he sido ella, ¿no comprende? He sido todo cuanto ella hizo, todo lo que pensó, oyó y sintió, en perfecto orden. Le digo que he sido ella y que desde ese instante puedo recordar todo lo que ella recordara hasta entonces. En ese solo relámpago.

—Un Gestalt —murmuró Stern.

—Ajá —dije, pensando sobre eso y otras cosas; y luego pregunté—: ¿Por qué no supe todo esto antes?

—Tenía usted una poderosa obstrucción, que se oponía al recuerdo.

NERVIOSAMENTE, me levanté de la camilla.

—No veo por qué. Ni veo la obstrucción.

—Repulsión natural —opinó—. A usted le repugnaba asumir una personalidad femenina, aun por un segundo.

—Usted mismo me dijo al principio que yo no tenía tal problema.

—Bien. ¿Y qué opina de esto otro?; usted no quería evocar ese episodio, por miedo a revivir el dolor que le produjo.

—Déjeme pensar... Sí, sí; ése es un motivo... eso de penetrar en la mente de otro. Ella me abrió la suya porque yo le recordaba a Lone. Entré. No estaba preparado. Nunca lo había hecho. Llegué hasta el fondo, y fué demasiado. Allí estaba oculto, encerrado su pensamiento. Y conforme yo crecía, aumentaba mi fuerza de penetración. Y cada vez sentía más hondamente la necesidad de matar a miss Kew antes de que ella matara... lo que yo era. ¡Dios mío! —grité—. Sabe usted lo que soy yo?

—No. Si usted quiere decírmelo...

—Me gustaría decírselo. ¡Oh, sí!; me gustaría.

Umohoíta

No es el nombre de ningún nuevo planeta, sino el de un nuevo mineral que contiene uranio, molibdeno, hidrógeno y oxígeno, que se ha encontrado en una mina de Utah, en los Estados Unidos. Su contenido en uranio —naturalmente, es lo que en esta era atómica más interesa— es de 48 %, o sea que todavía es un poquito menos rico que la pechblendá, que, como todos sabemos, es el mineral radioactivo por excelencia y que hasta ahora ha sido la principal fuente de uranio en nuestro mundo. Y decimos en nuestro mundo porque suponemos que pronto, en algún viaje interplanetario, han de descubrirse nuevos minerales más ricos aún en uranio. Si existiera el planeta Vulcano, no vacilaríamos en decir que allí sería; pero ya que este planeta no se digna aparecer, lo lógico es pensar que sea en Plutón; de otro modo no nos explicamos por qué les hayan podido poner esos nombres.



Poseía Stern esa expresión comprensiva del profesional que ni cree ni duda, sino que oye y asimila. Yo tenía que decirle lo que yo era; pero en el acto me di cuenta de que me faltaban palabras: conocía los hechos, pero no sus nombres. Recordé:

"Lone extraía el significado y dese-
chaba las palabras."

Y también: "Usted tiene de leer li-
bros para mí"

Y la luz de sus ojos: aquellos...
"discos de fuego".

Me acerqué a Stern. Lo miré de cer-
ca. De momento, se sobrecogió; pero,
reaccionando, se aproximó más a mí.

—¡Qué extraño! —murmuró—. Nun-
ca había visto ojos así. Juraría que esas
pupilas han girado como discos de fue-
go...

STERN leía más libros que yo ima-
ginaba pudieran haberse escrito. Y
entré en su cerebro a buscar lo que yo
deseaba. Extraje lo que quise, en un
abrir y cerrar de ojos. Fué más fácil
para mí, que lo había sido para Lone.
Me erguí, apartándome de Stern, que
quedó como agobiado y atemorizado.

—Está muy bien —dije.

—¿Qué me ha hecho usted?

—Necesitaba algunas palabras. Tran-
quilícese. Sea buen profesional.

Se restregó con los dedos la frente
y la mejilla y, ya tranquilo, dijo:

—¿Qué es usted?

—Voy a decírselo. Soy el ganglio
central de un organismo complejo,
constituído por: Bobby, supercalculista;
Bony y Biny, teleportadoras; Jenny, te-
lequinética, y yo mismo, telémeta y
coordinador central. No existe nada en-
tre nosotros que no tenga precedente
documentado: la teleportación, en los
yoguis; la telequinesia, en ciertos tahú-
res; el supercálculo, en matemáticos
autosabios. Y lo que es más: el due-
de, el *poltergeist* de los alemanes, en
la movilización de los objetos caseros,

mediante el instrumentalismo de una adolescente. Sólo que, en mi caso, cada una de las partes rinde máxima eficacia. Lone lo dirigía. Yo substituí a Lone; pero estaba poco desarrollado cuando él murió. Además tuve una obstrucción mental cuando aquel estallido de miss Kew, que, como usted dijo, me provocó un temor subconsciente de descubrir el fondo. Pero había otra buena razón obstruccionista en aquel "Bobby tiene tres años". Y llegamos ahora al problema de por qué yo valía más que la seguridad que nos daba miss Kew. ¿Comprende ahora? Mi organismo *Gestalt* estaba a punto de morir por aquella seguridad. Yo pensé que había que matar a miss Kew, o yo, el organismo, moriría. Y mis partes, ¡ah!, tenían que vivir: dos negritas con impedimento en el habla; una niña introspectiva, inclinada al arte; un idiota mongoloide, y yo, noventa por ciento corto de luces, y diez por ciento delincuente juvenil. Había que matarla en autodefensa del *Gestalt*.

—Pero no creo que...

—Su misión no es creer —dije, riendo—. Usted habló de obstrucciones. Pues bien; yo no podía pasar el puente de "Bobby tiene tres años", porque allí radicaba lo que yo realmente soy. Y no podía descubrirlo, por miedo a recordar que yo había fallado en la salvación del *Gestalt*.

—¿Fallado, cómo?

—Vea, doctor. Yo me enamoré de miss Kew. No había querido antes a nadie. Sin embargo tenía razón para matarla. Ella tenía que morir, y yo no podía asesinarla. ¿Qué hace la mente humana al enfrentar una disyuntiva cuyas dos alternativas son total y mutuamente excluyentes?

—Debe... simplemente renunciar. Como usted dijo hace un momento: debe "hacerse el loco", retirarse, negarse a actuar en ese terreno.

—Bueno; yo no hice eso. ¿Qué más?

—Incurrirá entonces en la delusión, o ilusión engañosa, de que ya ha elegido una de las dos actuaciones.

A SENTÍ satisfecho.

—¡Pues no la maté! —dije finalmente—. Decidí hacerlo; me levanté, me vestí, y cuando me di cuenta, estaba en la calle, vagando y muy confuso. Cobré mi dinero y empecé a buscar un asientacabezas. Encontré uno bueno.

—Gracias —dijo anonadado—. Y ahora que ya sabe todo, ¿qué resuelve? ¿Qué va usted a hacer?

—Volver a casa —contesté con alegría—; reactivar el superorganismo, ejercitarlo secretamente, en forma que no disguste a miss Kew. Permaneceremos con ella mientras le plazca. La haremos feliz como nunca soñó. Merece esa bendición su pobre corazón de encajes almidonados.

—¿Y no podrá ella matarles... el organismo *Gestalt*?

—Ya es imposible.

—Bien. Ahora va usted a hacer feliz a una solterona. ¿Y después?

—¿Después? —bromeé, encogiéndome de hombros—. El hombre de Pekín, al ver andar erecto al *Homo sapiens*, ¿preguntó qué haría éste después? Viviremos como el hombre, como el árbol, como todo lo que vive. Nos defenderemos. Habremos de comer, crecer, experimentar y reproducirnos —le alargué la mano—. Y nos dedicaremos a lo que sea natural.

—Ustedes son el único organismo semejante.

—No creo. Las partes vienen existiendo durante milenios: telépatas, duendes... Lo que les falta es el hombre cabeza, que los una y organice. Lone fué uno; yo soy otro; debe de haber más. Cuando maduremos habremos de hallarlos.

—¿Todavía no están maduros?

—¡Oh, no! Somos como un niño de tres años... ¿Ve?; ya vuelve aquello. Pero ahora me place. "Bobby tiene tres años". Y cuando este bebé agrupado tenga cinco, puede que quiera ser bombero; y a los ocho, cowboy o soldado de las unidades de Islandia; y cuando sea maduro, quizá construya una ciudad o llegue a Presidente.

—¡Dios mío! —dijo Stern—. ¡Dios mío!

—¿Teme usted al *Homo gestalten-sis*?

Con forzada sonrisa dijo:

—Esa terminología es bastarda.

—Nosotros también lo somos. Siéntese ahí, doctorcito.

CRUZÓ Stern hasta el escritorio. Se sentó. Lo miré de cerca, y se quedó dormido con los ojos abiertos. Fui a llenar de agua el termos. Lo puse en la mesa. Estiré los ángulos de la alfombra. Coloqué una toalla limpia en la cabecera de la camilla. Volví al lado del escritorio. Lo abrí y miré la película del dictáfono.

Al alcance de mi mano surgió Biny, con sus ojos saltones.

—Mira aquí —le dije—. Mira bien. Quiero borrar esta cinta. Pregúntale a Bobby cómo se hace. Me guinó un ojo, y en un santiamén había ido y venido. Se acercó, giró dos llaves, movió una manilla hasta que hizo tac, tac, y la película corrió rechinando hacia atrás, hasta el principio.

—Eso es —dije—. Largo de aquí.

Se evaporó. Yo fui hacia la puerta. Stern seguía sentado, con la mirada fija.

—Buen asientacabezas —murmuré. Salí contento. Esperé. Y volví. Stern me miró.

—Siéntese ahí, niñoito.

—¡Caramba! —dije—. Me equivoqué de oficina. Perdón, señor.

—De nada, señor.

Volví a salir y cerré la puerta. Todo el camino hasta la florería, donde iba a comprarle un ramo a miss Kew, fui riéndome de cómo se explicaría el doctor Stern el haber perdido una tarde, ganando mil dólares. ♦

Gigantes y enanas

LAS estrellas se nos aparecen como hermanitas, formando cuatro razas muy diferentes: dos razas gigantes (azules y rojas) y dos enanas (rojas y blancas), como si dijéramos pieles azules y rojas y pigmeos rojos y blancos. La clasificación tiene que ver con sus tamaños, y es natural que en un principio solamente se conocieran las enanas rojas, que son estrellas relativamente frías y oscuras, de diámetros más bien chicos, y las gigantes azules, que son estrellas brillantes, luminosas y grandes; eso estaba de acuerdo con el principio de que las estrellas de luminosidad más alta poseen temperaturas de superficie más elevadas y diámetros mayores, y recíprocamente. Pero no hay regla sin excepción, y así es como posteriormente se han hecho presentes las enanas blancas, tales como la Compañera de Sirio, y las gigantes rojas, como Capella, o alfa, del Cochero. Se cree que nuestro Sol, después de unos cuantos miles de millones de años, se parecerá a la Compañera de Sirio; pero, ya para esa época, los habitantes de la Tierra se habrán muerto de calor debido a la creciente actividad solar previa el estado de enana blanca.

LA VIDA EN EL UNIVERSO

II. MERCURIO

LA ETERNA NOCHE DE MEDIO MERCURIO

EN la cara oscura de Mercurio, expuesta a la eterna noche del espacio, la temperatura extremadamente baja y la falta de atmósfera hacen poco probable la existencia de formas de vida desarrolladas y complejas. A lo sumo, podríamos esperar encontrar allí, en las cercanías de volcanes o de fuentes termales, seres capaces de vivir con un metabolismo a base de hierro y azufre, a partir de los cuales obtendrían energías mediante oxidaciones. En la Tierra existen ejemplos de pobladores tan primitivos como éstos: son las sulfobacterias y los ferroorganismos, manifestaciones de la vida en sus formas más elementales.

La región intermedia entre la cálida y la gélida, región que da vuelta como una faja a todo el planeta, no es templada, sino que está expuesta a violentos cambios de temperatura. Éstos pueden hacer más estragos que las tempe-

raturas extremas pero constantes, por cuanto, si es verdad que pueden existir organismos capaces de resistir altísimas o bajísimas temperaturas, gracias a un proceso de adaptación milenario, ninguno, en cambio, puede ser expuesto a oscilaciones repentinas sin que sufra graves perjuicios. En la Tierra utilizamos las variaciones bruscas de temperatura para destruir elementos vivientes: es éste el principio de la pasteurización, de amplia aplicación industrial. Una de las razones por las cuales se estima que en la Luna no existe vida, es que allí se producen grandes diferencias de temperatura entre la noche y el día, y porque, durante un eclipse, la temperatura de la superficie lunar desciende unos 150° C, en menos de una hora, y ningún organismo sería capaz de resistirlo. En la faja intermedia entre el eterno día y la eterna noche de Mercurio, las diferencias son aún más acentuadas, y por esta razón se considera muy dudoso que allí existan organismos vivientes.

por GRON AGUIRRE
y ANGEL GIDE



La rata canguro

EN MERCURIO NO HAY NI AIRE NI AGUA

CUANDO la primera espacionave llegue a la cara iluminada de Mercurio (el más cercano al Sol entre los planetas), es posible que no se atreva a "aterrizar", si no está provista con equipo muy eficiente aislador y refrigerador. Y es casi seguro que nadie de la tripulación preferirá dar un paseo sobre tierra firme en lugar de permanecer dentro de la bien protegida astronave. En efecto, los rayos del Sol, que está tan cerca, elevan la temperatura de la superficie a 400° C; y en esas condiciones el plomo está fundido, el zinc comienza a fundirse, no hay una sola gota de agua. Mercurio, además, no posee atmósfera respirable: debido a su pequeño tamaño y a la elevada temperatura, no ha podido retener prácticamente ninguno de los gases livianos que rodean la Tierra, salvo una pequeña cantidad de anhídrido carbónico. En este paisaje desolador, seco,

sin mares o ríos, sin nubes, es muy probable que no existan formas de vida evolucionadas. Sin embargo, en nuestra Tierra existen organismos, como las bacterias del heno, capaces de aguantar un hervor de 24 horas; y hay esporas que resisten hasta temperaturas de 300° C. En las hipótesis de la existencia, el primer eslabón de la cadena es siempre el más difícil. Si podemos admitir la existencia de organismos (bacterias) que puedan aprovechar el anhídrido carbónico de la rarificada atmósfera de Mercurio para fabricar sus propias substancias alimenticias, dejando en libertad el oxígeno que sería aprovechado por organismos más complicados, ya tenemos este primer eslabón, y el resto de la cadena seguiría sin excesivas dificultades.

Pero la vida no es incompatible con la carencia de oxígeno: es muy reciente el descubrimiento de ciertos tipos de invertebrados (además de muchas clases de bacterias conocidas hace mucho tiempo) que no utilizan el oxígeno

LA VIDA EN EL UNIVERSO

45

atmosférico. Tampoco la ausencia de agua en la superficie constituye un obstáculo insalvable: la provisión de agua podría obtenerse de fuentes subterráneas o termales, cuya existencia es muy posible. Pero, aun si ellas no existieran, los mercurianos pueden haber desarrollado métodos para aprochar el agua de cristalización de los minerales y de las rocas. En este caso, la fuente sería inagotable, pues hasta el granito resultaría como una jugosa esponja...

Estas formas de vida, probablemente, no se desarrollan en la superficie abrasada del planeta. Pero, como nosotros en la Tierra vivimos tranquilamente a poca distancia del magna incandescente que se halla a escasa profundidad bajo nuestros pies, así en Mercurio la fauna y la flora aprovecharían, a la inversa que nosotros, la propiedad aisladora del calor que poseen las rocas inanimadas. A pocos cen-

tímetros debajo de la superficie, podremos encontrar todo un mundo vivo y variado. En la Tierra hay bacterias, plantas sin clorofila, artrópodos minadores, insectos, peces subterráneos, mamíferos, etc., que viven enterrados. Y en los mayores desiertos de nuestro planeta, que parecen despoblados a los ojos del observador, bajo las piedras o metidos en cuevas, numerosos animalitos se protegen de los ardientes rayos del Sol durante el día. Es cierto que, a falta de agua, utilizan los jugos de los cactus y de otras plantas. Pero la adaptación ha llegado en algunos a extremos admirables. Por ejemplo: en el calurosísimo Valle de la Muerte, en Arizona, existe un animal que, con ciertas modificaciones, podría resistir las rigurosas condiciones de la vida en Mercurio. Es la rata canguro, que no bebe jamás agua ni ingiere vegetales verdes o jugosos: se alimenta exclusivamente

de los pastos más resecos, porque posee en su estómago un eficaz sistema para producir agua sintética mediante la oxidación y la extracción de hidrógeno de los hidratos de carbono.

LA CIVILIZACIÓN MERCURIANA

SIN atmósfera, ninguno de los seres vivientes de Mercurio tendrá alas. Si es que desarrollan su vida debajo de la superficie, tampoco tendrán ojos (inútiles en la oscuridad), como no los tiene en la Tierra la mayoría de los animales que viven en tinieblas perpetuas. Por supuesto, se desplazarán por otros medios, y por otros medios conocerán el ambiente en que viven: la falta de visión agudiza otros sentidos hasta suplirla, como sucede con los insectos cavernícolas, que poseen enormes antenas, o con el murciélago, que vuela

a ciegas, emitiendo ondas y recibiendo sus ecos.

Por lo visto, la "sociedad", o si queremos la "civilización" de Mercurio debe de ser muy diferente de la nuestra. Esos seres vivirán en cavernas o en túneles, serán ciegos y subsistirán gracias a la labor de otros organismos de los cuales dependen. Sus casas y sus ciudades crecerán en profundidad, y no en altura; y el problema más serio de la industria edilicia mercuriana no será conseguir las materias primas, sino su acarreo y descarga, posiblemente en la superficie del planeta.

Si los mercurianos dependen de bacterias para el abastecimiento de oxígeno, es probable que dispongan de órganos especiales para almacenarlo, algo así como los pulmones de los delfines, las focas y otros vertebrados acuáticos, que les permiten quedar sumergidos durante mucho tiempo; o, más probablemente, algo parecido a los globitos de aire que algunos coleópteros llevan a las profundidades, reteniéndolos gracias a unos pelitos especiales.

No sabemos si en las galerías subterráneas de Mercurio habrá gases; si no los hubiera, y puesto que los sonidos no se transmiten en el vacío, ¿cómo podrán comunicarse entre sí sus habitantes, tanto más siendo ciegos? Sin duda tendrán medios de comunicación telepáticos, como parecen tenerlos ciertas aves migratorias y aun (dentro de ciertos límites muy discutidos) el hombre.

Se requiere un gran esfuerzo de imaginación para figurarse un mundo así, tan diferente del nuestro. La civilización mercuriana, de la cara iluminada del planeta, si tal civilización existe, debe de tener las características que corresponden a un ambiente infranqueablemente limitado. Los posibles seres pensantes habrán desarrollado técnicas muy refinadas para permitir una progresiva expansión de sus dominios subterráneos, gracias, probablemente, a

Sabemos de

— Brilla en el cielo, por las mañanas o por las tardes, cerca del horizonte, precediendo o siguiendo de cerca al Sol. Cuando se encuentra más próximo al astro central, la luz de éste dificulta su estudio.

— En los polos no se ha notado achatamiento de consideración. Su diámetro es de 5.000 km (Tierra: 12.700 km); su volumen es veinte veces menor que el de la Tierra. Es el planeta de menor tamaño de todo el sistema solar; uno de los satélites de Saturno y dos de Júpiter son más grandes que Mercurio.

— Su densidad es bastante menor que la de la Tierra. Siendo la densidad del agua igual a 1, la de Mercurio equivale a 2,86, y la de la Tierra, a 5,52.

— La gravedad en su superficie es igual al 27% de la gravedad terrestre: un objeto que pese 1 kg en la Tierra, pesaría 270 gr en Mercurio.



MERCURIO que:

— Su temperatura, en la superficie del hemisferio expuesto al Sol, se estima en alrededor de 350° en promedio, y en la cara eternamente oscura es de -100° más o menos.

— Hay dudas acerca de la presencia de atmósfera en dicho planeta: su pequeña masa no ha permitido la conservación de una capa de gases; sin embargo, se han observado nebulosidades que hacen sospechar la existencia de atmósfera o, por lo menos, de nubes de polvo finísimo.

— No tiene satélites.

— Su velocidad orbital es, en promedio, de 176.400 km por hora: es el más veloz de los planetas. La Tierra viaja a 109.890 km por hora.

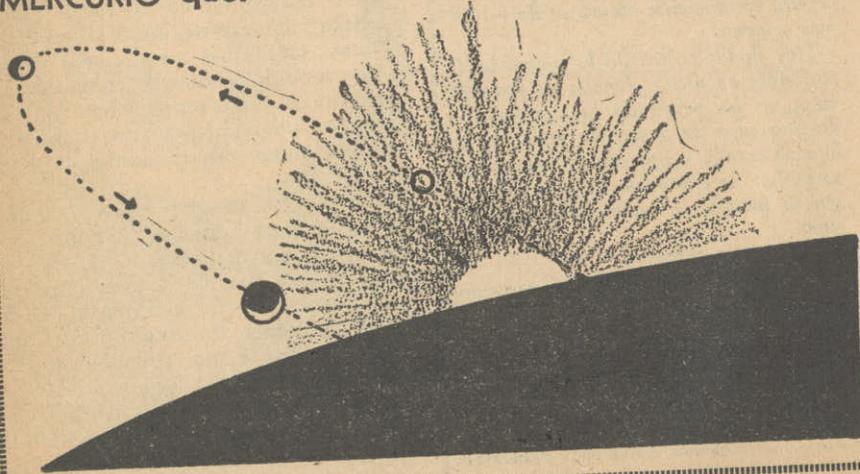
— El año, es decir, el tiempo que tarda en recorrer su órbita alrededor del Sol, es de 88 días terrestres.

(Sigue en la pág. siguiente)

una utilización cada vez más racional y completa de la ilimitada fuente de energía constituida por las radiaciones solares, intensísimas en la superficie. ¿Qué aspecto tendrá la vida social de esos seres? Aparte de la técnica, ¿cómo habrán satisfecho los anhelos estéticos y espirituales que son la prerrogativa de la inteligencia? ¿Qué clase de arte, de literatura, de tradiciones (esas sedimentaciones de la cultura) habrán podido formarse en un mundo en el cual el placer estético no puede existir por cuanto todos son ciegos y probablemente mudos y sordos? Allí, posiblemente todos los individuos tengan iguales conocimientos, si es que la cultura se transmite telepáticamente y puede ser absorbida sin dificultad; y habrá probablemente castas de seres dedicados a las actividades necesarias para asegurar la existencia de otras castas, ocupadas en un sublime e indescriptible intercambio extrasensorial de ideas y de imágenes.

Entender en su sentido verdadero las manifestaciones de vida y los sentimientos de los habitantes de Mercurio, requerirá de la mente humana un esfuerzo sin par: tendremos que "meterlos en los zapatos" de unos seres que no conciben su propia existencia sino como parte de un todo; de una comunidad de individuos ligados entre sí por los lazos invisibles, pero invencibles, de una completa interferencia de pensamientos. Ningún proyecto utópico de misioneros, de socialistas o de comunistas, ninguna Ciudad del Sol o Falansterio ha llegado a visualizar una vida *comunitaria* de esta clase. Al nacer un individuo (cualquiera que sea el sistema de reproducción), un frémito de regocijo recorre hasta las últimas fibrillas del sistema; de la comunidad: el placer de la madre al contemplar a su hijo es difundido telepáticamente a todos los seres mercurianos que están en constante alerta para captar todos los sentimientos, las

Sabemos de MERCURIO que:



— La inclinación de su órbita sobre el plano de la órbita terrestre es de $7^{\circ}0'12''$. Es la órbita planetaria de mayor inclinación.

sensaciones, las ideas de sus "conciudadanos". Y el joven recién nacido, a medida que sus órganos de percepción van perfeccionándose, capta de inmediato el conjunto de conocimientos que forman el patrimonio de su raza. No hay escuelas: la cultura es simplemente transmitida, con rapidez asombrosa: el individuo, al entrar a formar parte de la sociedad, recibe la herencia cultural de sus antepasados.

LA CONCIENCIA COMÚN

ESTA comunidad total hace que el progreso, en el sentido que nosotros le damos, no sea concebible. Para nosotros, el progreso consiste en una serie de aportes individuales, de iniciativas personales, que en el curso del tiempo se van juntando unos a otros: son los miembros más inteligentes de la humanidad los que aportan las piedras, los guijarros o la arena que van formando el piso de la gran calle que, luego, recorren los demás integrantes

— Su distancia a la Tierra oscila desde un mínimo de 75 millones hasta un máximo de 225 millones de km.

— Su rotación es muy lenta: igual a 88 días terrestres e igual al tiempo que tarda el planeta en recorrer su órbita. En consecuencia expone siempre la misma cara al Sol.

— Por la posición de su órbita y por su velocidad de traslación, es el planeta que más rápidamente se mueve en el cielo: en cada día terrestre se desplaza $4,09$ grados. Venus tiene un movimiento diario de $1,60$ grados; Marte, de $0,52$; Saturno, de $0,03$.

— Su albedo (su poder reflector de la luz solar) es uno de los más bajos del sistema solar: refleja tan sólo el 7% de la luz que recibe. Dicho albedo es igual al de la Luna. Marte tiene un albedo de 15% ; Júpiter, de 44% ; Venus, de 59% .

de la multitud. Entre nosotros, todo se debe, en último análisis, al esfuerzo y a la voluntad individual; en Mercurio, todo se debe al esfuerzo y a la voluntad colectiva. Entre nosotros, todo acontecimiento histórico, desde las invenciones mecánicas y los descubrimientos, hasta las revoluciones y las guerras, tiene su origen en la desconformidad de los individuos con las condiciones en las cuales se encuentran. Para resolver su problema de inadaptación, el individuo no tiene sino un método: la protesta. Pero no la protesta en el desierto: la protesta ante sus semejantes, para obtener de ellos aprobación, ayuda y apoyo para concretar sus ideales. Solo, un hombre nada puede modificar del mundo que lo rodea; pero indirectamente, comunicando sus intenciones, puede lograrlo todo.

Infinitos, por supuesto, son los aspectos que asume la protesta: la construcción de un telar mecánico es queja contra la ineficiencia de los telares manuales; el descubrimiento de América es queja contra la estrechez de la vida europea; todo el arte no es sino la manifestación rítmica, rimada o coloreada, de la afanosa congoja del hombre que trata de expresar su desazón o sus ideales, que aspira a algo mejor, que trata (y esto es lo más importante) de comunicar sus ideas a sus contemporáneos.

La lentitud del progreso humano, a la par que la belleza heroica de este esfuerzo tesonero, deriva de la dificultad o imposibilidad de llevar a cabo en forma cabal y rápida esta comunicación de ideas.

En Mercurio no hay dificultades de comunicación; por lo tanto, no hay descontento, y por lo tanto, el progreso es un proceso sin luchas. Las diferencias de opinión se sumergen en la infinita autoridad de la conciencia común, que es la suma de los pensamientos de cada uno de los individuos que la componen, matizada a lo largo

del tiempo por la incorporación de los elementos más variados. Un ejemplo: yo, individuo mercuriano, hago un aporte a la tecnología de mi tiempo, como podría ser la invención de la rueda. Mi invención entra a formar parte del acervo común de los conocimientos de la raza; como tiene indudable valor y evidente utilidad práctica, es aplicada de inmediato, sin discusiones y sin críticas; si no tuviera valor, si no sirviera para nada, la conciencia común me lo haría saber en seguida, y como la conciencia común es *mi* conciencia, yo no podría ser tan testarudo como para insistir en querer demostrar cualidades inexistentes en mi invención. Nadie, en Mercurio, tiene que luchar para que sus ideas se impongan: porque si ellas son buenas, son aceptadas de hecho; y si son malas, ni el mismo autor quiere imponerlas.

En este ambiente no es fácil ver qué limitaciones puede tener el desarrollo técnico y espiritual de los seres pensantes. La ausencia absoluta o casi absoluta de iniciativa individual puede parecernos una limitación categórica, porque nosotros pensamos y actuamos individualmente, por más que nuestros ideales y aspiraciones se identifiquen con aquellos de los demás. Pero en Mercurio puede existir, por más extraño que parezca, una comunidad inteligente que esté de acuerdo consigo misma, y cuyos integrantes pueden pensar con originalidad e independencia, sin estar en conflicto con el pensamiento común. Esto es posible gracias al mecanismo de comunicación telepática instantánea y universal, lo

cual permite que se realice la fusión completa del individuo con la comunidad.

El progreso técnico de una civilización basada sobre estos principios, puede ser increíblemente rápido. En nuestra Tierra, ¿cuántas ideas geniales son desperdiciadas?, ¿cuánta duplicación de esfuerzos se hace continuamente?, ¿cuánto tiempo se pierde en aprender cosas ya conocidas, en resolver problemas ya resueltos, en pisar huellas, en seguir rastros? En Mercurio, lo que fué, es presente; lo que se supo, se sabe; lo que uno sabe, todos lo saben.

¿Por qué ocurre un accidente automovilístico? Porque el chofer A ignoraba que detrás de la curva X viajaba el camión del chofer B; o porque el motociclista C no sabía que detrás del auto A estaba estacionado el camión B; o porque la niebla impedía la visión de A, B y C, que se ignoraban mutuamente. En Mercurio, yo tengo igual conciencia de mí mismo que de los demás; un choque es una imposibilidad. Y asimismo, cualquier accidente, así como cualquier crimen, en cualquier campo, es teóricamente imposible: el camino del progreso no estará, como en la Tierra, sembrado de desastres y de víctimas.

El progreso en Mercurio puede haber alcanzado niveles infinitamente más altos que el terrestre, y probablemente inimaginables para nuestra mentalidad, en campos técnicos y espirituales completamente fuera de nuestro alcance. Pero también puede ser que la civilización mercuriana aún no haya dado el primer paso... ✦

En el próximo número: VENUS.



Allí no había
más que arena; y
sin embargo,
las huellas
indicaban que
había vida...

PLANETA de ARENA

por MURRAY LEINSTER

ilustrado por CSECS

STAN Buckley, teniente de la Guardia del Espacio, ya no podía resistir más el encierro en la celda de la nave "Stallifer", en ruta hacia la Tierra. El hecho de ser inocente de los cargos que le hiciera su superior Rob Torren no lo aliviaba en nada. Ira y odio venían acumulándose en su espíritu desde semanas atrás.

El "Stallifer" atravesaba el espacio. A través de sus ventanillas el universo ya no parecía esa fría cortina de estrellas inmóviles y hostiles que contemplaran los primeros viajeros interestelares. A mil doscientas veces la velocidad de la luz, las es-

trellas se movían visiblemente. Cuarenta veces por segundo cambiaba el campo de Bowdoin-Hall producido por las maquinarias del "Stallifer" y cada vez que se invertía, la nave recibía el impulso que regulaba su velocidad.

Y las estrellas iban pasando y quedando atrás; el universo parecía pequeño y acogedor. El "Stallifer" había partido del planeta Rhesi II hacia pocas semanas, habiendo recorrido ya una distancia realmente fabulosa.

Pero en su celda, Stan sólo podía ver cuatro paredes, y dedicaba su tiempo a alimentar su cólera. No

PLANETA DE ARENA

51

tenía idea de la hora que era cuando oyó abrirse la puerta del corredor que daba a las celdas. No era el guardián que traía la comida; de eso estaba seguro. Stan levantó la vista desde su asiento y casi rugió de cólera. Rob Torren lo estaba contemplando.

Hubo un instante de silencio en que ambos hombres cambiaron una mirada de odio más allá de todo límite. Luego Torren habló:

—Por suerte estos barrotes nos separan, o no podríamos hablar. O me matarías, y te colgarían por asesino, o te mataría yo, y Esther no querría saber más nada conmigo. He venido a sacarte de aquí si aceptas mis condiciones.

Stan emitió un gruñido inarticulado.

—Sí, ya sé —dijo Torren—; fui yo quien te acusó, y cuando te juzguen te haré condenar. No podrás casarte con Esther. Pero lo malo es que ella tampoco querrá casarse conmigo si soy el culpable de tu ruina. Por eso te ofrezco un trato. Te ayudaré a escapar... si me das tu palabra de encontrarte después conmigo para un duelo... a muerte.

—¡Donde quieras y cuanto antes mejor! —rugió Stan.

—Las condiciones son —dijo Torren—: Yo te ayudaré a escapar. Escribirás una carta a Esther contándole y hablándole del duelo también. Por mi parte escribiré una carta a la Guardia del Espacio retirando mis cargos en tu contra. El sobreviviente romperá su carta y usará la del otro. ¿Estás de acuerdo?

—¡Estoy de acuerdo con cualquier arreglo que me permita poner las manos encima!

—He desconectado el sistema de alarma y tengo la llave de tu celda... ¿Me das tu palabra de esperar hasta que escapes y yo te vaya a buscar, antes de tratar de matarme? Si lo haces aquí, te cuelgan...

Stan Buckley titubeó un largo rato. Luego asintió:

—Te doy mi palabra.

De inmediato Torren abrió la puerta de la celda, dejó pasar a Stan y la volvió a cerrar; colgó la llave en su lugar y volvió a conectar el sistema de alarma.

—Nadie sospechará que no estás en tu celda hasta que llegue la hora de la comida —dijo.

—No sé para qué hago esto —contestó Stan secamente—. Si de todos modos es imposible salir de la nave.

En efecto, ¿quién soñaría en abandonar el "Stallifer" en medio del vacío y a una velocidad 1200 veces mayor que la de la luz? Y esconderse en la inmensa nave era inútil; no tardarían en descubrirlo.

—Eso lo veremos —dijo Torren—. Ven conmigo.

Torren abrió una pequeña puerta, y al entrar, Stan se encontró en el espacio entre los fuselajes interno y externo de la nave. Recorrieron el angosto pasaje hasta llegar a un pequeño compartimiento usado para salir a la parte superior de la nave cuando se hacía limpieza. Al lado había gran número de aparatos.

—Tengo todo preparado —dijo Torren—. Aquí tienes un traje cósmico y aquí un trineo cósmico para mineros de meteoros, con provisiones. Este cronómetro está sincronizado con las máquinas. A las dos y dos exactamente, te sueltas de la na-

ve. El campo propulsor va cambiando. Cuando pase por cero, te sueltas; al crecer, quedarás atrás.

Stan levantó las cejas. ¡Estaba bien pensado!

Un hombre aferrado a la parte exterior de la nave podía soltarse sin sufrir en lo más mínimo, cuando el campo de Bowdoin-Hall se hace cero. Claro que una fracción de segundo después quedaría solo en el vacío sin límites y eso significaba la muerte.

—Te llevarás el trineo cósmico —continuó Torren—; tiene carga para varios millones de kilómetros. A las dos y dos exactamente, el "Stallifer" pasará a la distancia mínima de Jor Alfa, que es una estrella enana blanca que se usa para marcar la ruta. Esa estrella enana con atmósfera respirable según el catálogo sideral, aunque no ha sido explorado aún. En ese planeta me esperarás. ¡Yo iré a buscarte!

Torren dió media vuelta y se alejó. Stan se quedó un momento inmóvil y luego comenzó a preparar su fuga. Cinco minutos después abrió la puerta exterior y salió al espacio vacío adhiriéndose con zapatos magnéticos a la superficie de la nave. Estaba vestido con su traje cósmico y llevaba una pequeña bolsa de provisiones, el equipo usual de emergencia, y el liviano automotor llamado trineo cósmico, un aparato usado por los mineros de meteoros, que consistía simplemente en un eje sobre el cual estaban montados el motor y el asiento, y una barra transversal que servía de dirección. Esos trineos se usaban generalmente sólo en meteoros y planetas

muy pequeños, porque consumían mucha potencia en los sitios donde la fuerza de la gravedad era grande. Para Stan, que sólo debía atravesar el espacio vacío y efectuar un solo aterrizaje, era todo lo que necesitaba.

El "Stallifer" seguía devorando distancias y dejando atrás a las estrellas mientras las agujas del reloj se movían lentamente. A las dos y dos en punto. Stan, ya instalado en su trineo, desmagnetizó sus zapatos, desligándose de la nave. Una fracción de segundo después el "Stallifer" había desaparecido y se hallaba a miles de kilómetros de distancia. Y Stan quedó solo en su trineo, en medio del universo tachonado de estrellas, una de las cuales parecía un poco más grande que las demás. Era un sol enano que brillaba pálidamente a millones de kilómetros.

Stan puso en marcha los pequeños giróscopos que permitían dirigir el trineo e inició el vuelo hacia el sol. Tenía que encontrar el planeta y descender en él. Por supuesto, todo podía ser una treta de Torren para dejarlo morir en el vacío y que nadie volviera a encontrarlo en toda la eternidad. Pero Stan tenía confianza en el odio de Torren. El volvería a matarlo, eso era seguro.

DOS días después descubrió al solitario planeta de Jor Alfa, cuando ya estaba cansado y sofocado por el aire artificial de su traje cósmico. Al acercarse más, no encontró motivos para alegrarse. El planeta parecía desprovisto de rasgos. La línea que separaba la parte oscura de

la iluminada por el sol, era perfecta. Entonces no había montañas. No había nubes. No se distinguía vegetación alguna. Había sin embargo una pequeña capa blanca en cada polo, aunque no tan brillante como las de hielo. Posiblemente fuera alguna forma de escarcha.

Ya estaba por entrar en la atmósfera cuando descubrió algo en la zona donde comenzaba el día: una enorme mancha oscura de contornos regulares y que parecía extenderse sin límites. Pero al descender más, quedó bajo el horizonte y la perdió de vista.

Al poner en funcionamiento el micrófono que permitía oír los sonidos exteriores, le llegó un ruido inconfundible: Viento; por debajo de él rugía una potente tormenta de arena. ¡Por eso no podía ver la superficie del planeta! La opaca pared de arena la ocultaba. Era imposible aterrizar.

Volvió a elevarse y se dirigió hacia la mancha oscura que había visto antes. Pero un trineo cósmico no está diseñado para usarse en la at-

mósfera; y ya tenía su carga de energía bastante agotada por el largo viaje y por un fusible que se había quemado próximo al planeta.

Sin duda el fusible había saltado porque alguna otra nave había pasado cerca de él durante el viaje. El campo Bowdoin-Hall tiene esa propiedad de quitar energía a todos los otros motores que pasan cerca, y eso es lo que impide su uso en zonas de mucho tránsito. Stan ni había visto a esa nave, debido a su enorme velocidad, pero el fusible del motor del trineo había detectado su presencia.

El esfuerzo de elevarse sobre la tormenta y volar contra la atracción del planeta le estaba agotando la poca energía que le quedaba. Cuando apareció la mancha oscura, se dirigió a ella en la más recta de las líneas, y llegó con el medidor casi en cero.

Lo que vio le pareció increíble. Era un laberinto, una red de marcos rectangulares que sostenían una cantidad al parecer infinita de inmensas baldosas negras, completa-

mente negras. El gigantesco tablero estaba sostenido por innumerables columnas delgadas y de gran altura. No había viento; la luz del alba iluminaba la escena, y Stan pudo calcular que las baldosas negras formaban como un techo sostenido por las columnas a más de cien metros del suelo. No había pisos ni escaleras ni estructura de ninguna especie entre la arena del suelo y el negro tablero.

Stan aterrizó al borde del monumento y lo examinó con sorpresa. Si era un techo, no cobijaba nada. No se trataba tampoco de una ruina, pues todo parecía en perfecto estado de conservación. Encogiéndose de hombros, el fugitivo dedicó unos minutos a ordenar sus cosas, a comer algo y luego se acostó junto a una columna quedándose instantáneamente dormido.

LO despertó un horrendo rugido en sus auriculares. Cuando trató de moverse apenas lo consiguió. Estaba casi enterrado por la arena que un ciclón endemoniado llevaba como polvo de un lado a otro. Al salir el sol habían comenzado los vientos, y Stan sospechó que éste era el estado natural del tiempo en el planeta.

Stan se ató a una columna para no ser arrastrado por el viento, y aseguró su trineo y sus provisiones. De pronto notó que el techo se movía. Las enormes baldosas giraban sobre un eje, todas al mismo tiempo, de tal modo que la arena depositada sobre ellas por el viento caía al suelo. Montañas de arena cayeron sobre Stan sepultándolo. Cuando el viento lo volvió a destapar,

las baldosas estaban nuevamente en posición horizontal sin que la tormenta dejara rastros.

Al llegar la noche disminuyó la fuerza del viento hasta convertirse en una suave brisa. Stan se desató y contempló las estrellas que brillaban en un cielo sin nubes. Evidentemente así era el clima de este planeta; durante el día formidables tormentas de arena; de noche un vasto silencio. La pequeñez de los hielos polares indicaba que apenas había agua para moderar el clima, y con esas tormentas era imposible pensar en seres vivientes. Pero si de algo estaba seguro Stan era de que esa estructura inexplicable había sido construida por seres inteligentes.

Abrió el casco de su traje cósmico. Una bocanada de aire puro refrescó sus pulmones. Entonces oyó un crujido lejano; era toda una sección de baldosas que volcaba la arena acumulada en sus caras superiores. Las baldosas volvieron a su posición horizontal, y entonces otra sección más lejana repitió el proceso, y otra y otra.

Stan controló el medidor de energía del trineo; marcaba prácticamente cero. Pensó un poco y se encogió de hombros. El "Stallifer" tardaría diez días en llegar a la Tierra; habría largas averiguaciones sobre la desaparición del prisionero. Antes de un par de meses Rob Torren no podría alquilar un yate cósmico privado y venir a buscarlo sin despertar sospechas. Luego, otro mes hasta llegar a Jor Alfa, pues los yates eran lentos. Stan no tenía comida ni agua para tanto tiempo. Si pudiera llegar a uno de los polos podría sembrar las semillas que contenía su equipo

Vida de los árboles



EN el jardín botánico de Bengala existe una higuera cuyos brotes descienden hacia el suelo, en el cual echan raíces. Se han formado así hermosas colonias de higueras que cubren una extensión de casi una hectárea. En el siglo xv, los exploradores españoles descubrieron un árbol, el drago, que les impresionó por su enorme tamaño. Una tormenta lo derribó en 1868, y su edad pudo estimarse entonces en millares de años. Otro ejemplo interesante de árbol de larga vida es el baobab, de Cabo Verde. Su edad, a juzgar por los anillos de crecimiento, es superior a los 5.000 años. Hay quienes opinan que la muerte no es atributo del árbol, sino que se produce por el ataque de los enemigos exteriores y que, debidamente protegido, el árbol sería inmortal.



de emergencia, que en pocos días producían plantas comestibles fáciles de reproducir en cualquier clima. Pero sin el trineo no podía llegar al polo.

Subió al trineo, lo puso en marcha y el frágil aparato comenzó a elevarse, más y más, pero cada vez más lentamente a medida que se agotaban sus reservas. Estaba a dos metros del techo cuando dejó de ascender. Un instante más y caería, para siempre. Stan arrojó la bolsa de provisiones, que fué a caer sobre las baldosas. Aliviado, el trineo subió un poco más, apenas lo sufi-

ciente, y descendió sobre el techo ya sin potencia motriz.

Stan recorrió con la vista el inmenso tablero sin descubrir nada nuevo. La estructura era de acero, lo mismo que las "baldosas" móviles, que tenían cojinetes para girar sobre un eje y cada tanto aparecía una pequeña protuberancia que seguramente albergaba el motor que movía cada baldosa.



Pero nada más. Nada indicaba el propósito de aquella inmensa estructura. No había señales de los que la habían construido o la usaban.

Pero Stan tenía otros problemas. Allí estaba, a cien metros del suelo, escaso de agua y comida y sin potencia para moverse. Cuando llegara el día, el vendaval lo arrancaría de allí como a una hoja.

Mientras pensaba oyó un silbido agudo y lejano en la atmósfera. Pasó por encima de su cabeza disminuyendo de tono y perdiéndose hacia el norte. Era un ruido como el que podría hacer una nave pequeña al entrar sin control a una atmósfera, aunque eso era imposible en el solitario planeta de Jor Alfa. Y Stan se sintió muy solo bajo las estrellas hostiles y con esa monstruosidad inexplicable bajo sus pies. Sin esperanzas, encendió su radio para aliviar su soledad.

¡Y de inmediato escuchó al transmisor de un yate cósmico emitiendo un mensaje de emergencia!

—Llamada de auxilio. Llamada de auxilio. Yate cósmico "Erebus" desde el planeta de Jor Alfa. Motor principal quemado. Acabo de descender en la oscuridad. ¡Si alguien me oye... por favor conteste!

Stan Buckley no podía moverse de allí. El "Erebus" había descendido en algún punto del desierto que cubría todo el planeta. Al llegar el

día el viento azotaría al pequeño yate excavando la arena por debajo hasta sepultarlo quizá a centenas de metros.

Stan conocía al "Erebus", por supuesto. Pertenecía a Esther Hume. La voz que había pedido auxilio era la de Esther, la muchacha con quien él se habría casado si Rob Torren no hubiera hecho esas acusaciones en su contra. Y mañana estaría enterrada en vida sin que él pudiera mover un dedo para ayudarla.

ESTABA hablando desesperadamente con ella cuando oyó un fuerte crujido hacia el oeste. A la luz de las estrellas vio toda una sección de baldosas metálicas girar sobre sus ejes y volcar su carga de arena. Kilómetros de baldosas apuntaron al cielo con sus bordes y en seguida volvieron a su posición normal. Luego otra sección repitió el proceso. Stan gritó en su micrófono:

—¡Esther! Corto por media hora. Te volveré a llamar; se me acaba de ocurrir una idea. ¡Hasta dentro de media hora!

Si aquellas protuberancias realmente contenían motores... No podía ignorar esa posibilidad. Sacó de la caja de herramientas del trineo un soplete y lo encendió. A un centímetro de la punta del soplete apareció una diminuta llama azul.

Dirigió la llama a la base de una

¡Qué precisión!

SE puede medir la gravedad con instrumentos de tal precisión, que revelan diferencias en aquella magnitud según que el aparato esté colocado directamente sobre una superficie o sobre un libro apoyado en ella.

protuberancia metálica. De inmediato algo que recubría al metal se quemó produciendo un humo denso. Era una capa de algún plástico preparado para resistir la acción de la arena que golpeaba constantemente.

Hizo un boquete grande en el metal e iluminó su interior. Había allí un motor, y su aspecto le resultaba familiar, aunque no idéntico a los que construían los hombres en la Tierra. Había cuatro barras de un material parecido al grafito y un eje, más cuatro cables poderosamente aislados que se perdían en la estructura. Eso era todo. Los hombres usaban ese mismo material, una forma artificial de carbono, para mover sus naves cósmicas produciendo el campo de Bowdoin-Hall.

Esperanzado, Stan cortó dos de los cables con su soplete. Luego trajo el cable de carga de su trineo y lo conectó a las puntas sueltas. Saltó una chispa y Stan observó el indicador de energía de su trineo. ¡Estaba cargando! Y a una velocidad increíble. En un cuarto de hora ya tenía la mitad de su carga máxima. Entonces se oyó el crujido alrededor.

Stan saltó de la baldosa a la estructura fija al ver que todas las placas de alrededor comenzaban a elevarse; todas menos la suya. Todas volcaron la arena acumulada, menos la que Stan había tocado. Aparecieron chispas en el motor, como si alguien hubiera aplicado mayor voltaje para mover la baldosa. Saltó un arco y luego se cortó.

Las demás lajas volvieron a su posición horizontal, y nada más ocurrió. Nada más.

Diez minutos después el trineo tenía ya su carga máxima, y de inmediato Stan montó en él y lo dirigió hacia el norte mientras llamaba a Esther por radio:

—¡Ya voy, Esther! ¡Guíame con el radiofaro, pronto! ¡Debo encontrarte antes que salga el sol!

Media hora después, a unos cien kilómetros de allí, descubrió el pequeño yate, desde el cual Esther observaba ansiosamente el cielo. Estaba preparada para abandonar su yate, con dos equipos de provisiones de emergencia, pues era inútil tratar de repararlo. Cuando se quemó el motor de un campo de Bowdoin-Hall hay que cambiar el grafito artificial, y aunque Stan había encontrado ese material en el tablero, eran barras demasiado grandes para poderlas cortar y transportar en el escaso tiempo de que disponían.

Esther subió al trineo, que se elevó con un gasto impresionante de energía. No estaba diseñado para llevar dos pasajeros en el campo gravitatorio de un planeta.

—¿Adónde vamos, Stan?

—Al polo norte. Allí encontraremos agua, y las tormentas no serán tan terribles, si es que las hay. Aquí no podríamos sobrevivir. Nos instalaremos en el polo y esperaremos a Rob Torren. Puede tardar tres meses.

—¿Rob Torren?

—Me ayudó a escapar—dijo Stan secamente—. Luego te contaré.

Mordiéndose los labios pensó en la aventura de Esther, tal como ella se la había contado por radio en cuanto establecieron contacto. Al saber que Stan estaba en peligro de ser encarcelado por las acusaciones

de Torren, Esther había decidido ir a reunirse para ayudarlo y expresarle en persona su confianza y su fe en él. Sin saber que Stan viajaba ya rumbo a la Tierra, la muchacha había equipado apresuradamente su yate cósmico particular con los condensadores necesarios para reducir la frecuencia de su campo de Bowdoin-Hall y aumentar la velocidad como para un viaje interesante. Al pasar cerca de Jor Alfa se encontró, sin saberlo, a poca distancia del trineo cósmico de Stan, y los dos campos de fuerza quedaron sobrecargados durante una fracción de segundo. El trineo sólo sufrió la pérdida de un fusible, pero el yate de Esther quemó su motor principal, es decir, se arruinaron los bloques de grafito artificial que originaban el campo. De modo que la situación en que se hallaba la muchacha se debía no sólo a su cariño por Stan sino al trineo en que él había escapado del "Stallifer".

STAN se culpó a sí mismo, pero más culpó a Rob Torren. ¡Cómo odiaba a ese canalla que había condenado a Esther a la muerte! Pero sólo dijo:

—Torren vendrá a buscarme. No sabía que este planeta era pura tormenta de arena en todas partes, salvo en los polos, o así espero. Pensé que yo podría sobrevivir hasta su llegada. ¡Y lo haremos! En el polo tendremos agua y podremos sobrevivir años.

—Me dijiste que se había agotado la energía de tu trineo.

—En efecto —respondió él—. Conseguí un poco de los habitantes locales..., si los hay.

—¿Cómo?...
Él le describió la incomprensible estructura metálica:

—Cada baldosa tiene un motor. Yo cargué el trineo con la energía de uno de ellos. Pero no puedo explicarme nada. No hay sitio donde pueda vivir una raza civilizada. ¡Ni comprendo la utilidad de esas baldosas! De todas maneras ellas me han prestado un buen servicio. Si no me las hubiera ingeniado para recoger esa energía, entonces sí que las cosas se hubieran puesto definitivamente alarmantes.

A lo lejos se veía la línea brillante del día. Volaron a gran altura sobre la zona de los vientos que ya comenzaban a levantarse. Por fin vieron la capa blancuzca que indicaba el polo.

Media hora después descendieron en el borde de la zona helada, encontrándose en un sitio donde el viento apenas formaba remolinos en la arena, que a simple vista se notaba húmeda. Toda la humedad del planeta estaba depositada en sus polos.

—Tendremos que dormir sin sacarnos los trajes cósmicos —dijo—. Este suelo ha de ser muy frío cuando no le da el sol. ¿Te has dado cuenta de que no hay señales de vegetación por aquí? ¿Ni siquiera musgos?

—¿Será por el frío?

—No —dijo Stan—. En la Tierra hay musgos con temperaturas mucho menores que ésta, y lo mismo en todos los planetas que he visitado. Basta con que haya humedad para que crezcan las plantas. ¡Y aquí no hay nada! ¡Este planeta está desprovisto de vida!

Comprendió lo absurdo de su exclamación. Aquel monstruoso table-ro era obra de seres inteligentes. Pero...

Aquellas incógnitas que se iban superponiendo unas a otras, sin dar ninguna respuesta razonable, le iban creando poco a poco una especie de exasperación. Era comprensible que en algunas zonas, sometidas a las inclemencias naturales propias de su constitución, la vida hubiera desaparecido totalmente, tal como lo había podido comprobar en otros lugares. Aun en las peores condiciones, es cierto, algún resto de vida natural se aferraba a una precaria existencia, lo que aquí no ocurría. Y lo peor era la certidumbre de que en aquel lugar, pese a la relativa acumulación de agua, la vida había sido borrada total y cuidadosamente.

—¡Al demonio! —gritó—. ¿Cómo puede haber vida? ¿Cómo podrían resistir las plantas a esas tormentas de arena? ¿Cómo podrán vivir animales sin plantas? Si en algún sitio hay vida, tiene que ser cerca del agua, y si aquí no hay nada, entonces...

Habían llegado a la cima del médano. Esther se detuvo de pronto y señaló con un dedo.

Más que el ademán, de por sí suficientemente ilustrativo, lo alarmó la expresión de ella. Rápidamente se dió vuelta para ubicar el punto que señalaba Esther, como inmovilizada por un repentino pánico.

Allí, atravesando la arena húmeda, se veían unas huellas monstruosas. Algo había venido de la zona de las tormentas de arena. Había pasado por allí en dirección al norte y había vuelto a pasar en dirección

contraria. Las huellas indicaban que tenía unas diez o veinte patas como algún ciempiés de pesadilla. ¡Pero cada huella tenía dos metros de largo!

TRES días estuvo el sol Jor Alfa sobre el horizonte, sin ponerse, pues era verano en aquel polo. En esos tres días Stan y Esther no descubrieron señales de vida. Ni pájaros, ni insectos, ni plantas ni líquenes. Habían sembrado las semillas de sus equipos de emergencia capaces de crecer en las condiciones más adversas. Al cuarto día apareció la primera de las plantas; en siete días más, podrían comer sus abundantes frutos y volver a plantar las semillas. Tenían alimento para toda la vida.

Vivían de la manera más primitiva; ni siquiera habían podido construirse un refugio, pues no tenían otro material que arena. Dormían en sus trajes cósmicos. No tenían otra ocupación que esperar..., esperar a que llegara Rob Torren.

¿Y cuándo llegaría? La presencia de Esther cambiaba todo, pensaba Stan. Ya no podían librar un duelo por ella, pues Torren perdería toda esperanza de que ella lo aceptara, conociendo la verdad de lo sucedido. Torren no tenía nada que ganar en un duelo. En cambio..., nada le convenía más que asesinarlos a ambos para que su falsía no fuera nunca descubierta.

Eso pensaba Stan, odiando más que nunca a su enemigo en su desesperación. ¡Debía encontrar una manera de defenderse! Al cuarto día se decidió.

—Salimos de viaje, Esther —dijo

a la muchacha—. Tenemos que conseguir más energía...; algo...; cualquier cosa. Averiguar qué es esa bestia...

Ellos habían seguido las huellas descomunales hasta una colina distante unos quince kilómetros de su primer aterrizaje. Allí se veía un gran pozo, y las huellas volvían atrás, a las arenas desoladas. Parecía que la bestia hubiera devorado varias toneladas de escarcha arenosa.

—Si consigo bastante energía —prosiguió Stan— podré fundir la arena y fabricar una choza de cuarzo, y sillas y una mesa.

—Y una bañera —suspiró Esther—. Ya me estoy olvidando de la vida civilizada.

Se acomodaron en el trineo cósmico y pronto se hallaron volando rumbo al sur. Stan pensaba encontrar de vuelta el campamento, por la hora en que salía el sol en ese sitio y el tiempo de viaje en línea recta.

Se elevó a gran altura hasta localizar el tablero y voló hacia él, descendiendo junto a una de las enormes baldosas, que estaba limpia de arena, señal reciente de haber volcado su carga. Esther se quedó con la boca abierta.

—¡Pero... esto fué hecho por hombres, Stan! —dijo—. Si podemos comunicarnos con ellos...



Nivel medio de vida

Las estadísticas del nivel medio de vida de los norteamericanos han dado, para los blancos, 70 años, y para los negros, diez años menos. Esto significa que, durante la primera mitad de nuestro siglo, se han ganado 21 años de vida, en promedio.

—No, Esther; no podemos —respondió Stan—. Siéntate en el borde fijo mientras cargo energía en el trineo.

Sacó su poderoso soplete y comenzó a fundir el metal que recubría el motor de la baldosa. De pronto toda aquella sección del tablero comenzó a girar. Sólo un ágil salto al borde donde estaba Esther salvó a Stan de una caída de cien metros.

—¡Eso fué a propósito, Stan! —exclamó Esther cuando pudo recobrar el aliento.

—No lo creo. En seguida se pondrán horizontales otra vez.

Pero las baldosas permanecieron inmóviles, apuntando al cielo con un borde.

—Probaremos en otro sitio —dijo Stan al cabo de un rato.

Cinco minutos después descendieron en otra sección, a varios kilómetros de la anterior. Colocándose a prudente distancia del marco fijo, Stan comenzó a fundir la tapa motor.

Con un crujido las baldosas de esa sección comenzaron a girar.

YA a salvo en el borde fijo, Stan resumió la situación:

—Sin duda hay alguna forma de vida inteligente en este planeta, y lo peor es que no quieren comunicarse con nosotros. ¡Podrían comprender que necesitamos ayuda y

que por eso tratamos de usar sus motores!

—¡Stan! —le interrumpió Esther, señalando el horizonte—. ¡Mira!

Algo se acercaba a ellos moviéndose a gran velocidad sobre el tablero. Era una máquina; una enorme plataforma metálica montada sobre altos zancos, con ruedas en su parte inferior. Las ruedas corrían por los marcos fijos de las baldosas como por vías, y la altura de la plataforma le permitía pasar sobre las baldosas aunque estuvieran levantadas. Evidentemente no volaba y debía de servir para efectuar reparaciones cuando alguna baldosa funcionaba mal.

Pero ahora se abalanzaba vertiginosamente sobre ellos amenazando arrollarlos con sus ruedas.

—¡Al trineo, Esther! —gritó Stan.

El pequeño aparato se elevó justo a tiempo. Un instante después, la máquina pasó por donde habían estado y se detuvo poco metros más allá.

Stan se alejó volando y descendió en otro sitio. Instantáneamente la máquina se puso en marcha hacia ellos, y a ambos lados se levantaron las baldosas para impedirles apartarse.

Pero el trineo se elevó a tiempo y Stan lo hizo evolucionar de un lado a otro, seguido siempre por la máquina que se movía en zigzags a lo largo de las baldosas.

—Bueno, volvamos a casa —dijo por fin Stan—. Es evidente que no podemos cargar más energía, y no es cosa de desperdiciar la poca que tenemos.

No conversaron en todo el viaje de vuelta. Las cosas habían empeo-

rado ahora que los habitantes del planeta se mostraban abiertamente hostiles. Pero al llegar al campamento, encontraron algo peor. Desde el aire vieron una máquina colosal, con varias palas y un cuerpo cilíndrico, que se paseaba por la "huerta", tan cuidadosamente sembrada, destruyendo con sus enormes pies las plantas de que dependían para comer. Ya no tendrían alimento..., y quién sabe si tendrían vida.

Pues al acercarse el trineo, la máquina giró presentándole la parte delantera, y galopó hacia ellos con sorprendente velocidad. Más allá apareció otra máquina, y otra y otra. Toda la llanura, hasta el horizonte, estaba sembrada de manchas negras que se movían acercándose al curso del trineo. Ya no podrían descender sin que las máquinas los acorralaran. Y el trineo gastaba rápidamente su provisión de energía.

DESCENDIERON en la zona nocturna, en medio del desierto de arena, a miles de kilómetros del polo.

—Aquí estaremos seguros por unas cuantas horas —dijo Stan—. Tendrán que registrar todo el planeta para encontrarnos.

—Pero..., ¿por qué nos quieren matar? —exclamó Esther.

—Sospecho que es la primera vez que ven extraños, y quieren liquidarnos como medida de prudencia.

—Pero, ¿de dónde han salido? ¿Cómo han hecho para vivir aquí?

—Se me ocurre una explicación —dijo Stan—. Jor Alfa es una estrella enana blanca; eso significa que en otras épocas explotó produciendo tanto calor, que los planetas más

cercanos han de haberse volatizado por completo. Este, que está más lejos, sufrió menos; pero de todos modos el inmenso calor reinante destruyó las posibilidades de vida del planeta, obligando a los habitantes a nuevas defensas. Ese intenso calor habrá fundido toda su superficie y destruído todas las plantas y animales.

—Pero entonces... —dijo Esther.

—Pero si la gente que habitaba el planeta era civilizada, habrán previsto la explosión de su sol y habrán construído ciudades subterráneas a enormes profundidades con atmósfera e iluminación artificiales. De esto hace tal vez cien mil años, y mientras tanto Jor Alfa ha ido enfriándose poco a poco hasta convertirse en un sol común. Las rocas de este planeta se resquebrajaron convirtiéndose en arena, y al formarse una nueva atmósfera comenzaron estas terribles tormentas que impiden la vida en la superficie. Por eso los habitantes siguen viviendo en el interior del planeta. Pero necesitan energía para sus máquinas; por eso construyeron ese monstruoso tablero que tanto cuidan.

—¿Entonces es un generador? —interrumpió Esther.

—Transforma el calor solar en electricidad. Por eso las baldosas están pintadas de negro, y por eso se inclinan cada tanto para librarse de la arena que las va cubriendo. Y por todas estas razones se enojó tanto esta gente cuando les arruinamos una baldosa. Por suerte para nosotros no tienen máquinas voladoras, pues bajo tierra no las necesitan; y parece que tampoco tienen armas de largo alcance. Tal vez el peligro

común les ha hecho olvidar las guerras.

Durante un rato Esther meditó las palabras de Stan. Luego dijo:

—Creo que tienes razón. Era deber ser la historia del planeta. Y como nunca han tenido contacto con otros mundos, no saben qué somos y quieren destruirnos para que no dañemos sus motores. ¿Qué podemos hacer?

—Stan sonrió.

—Podemos hacer mucho —dijo—. No olvides que nosotros somos bárbaros comparados con ellos. En el "Erebus" encontraremos armas para defendernos, mientras que ellos hacen rato que no usan armas para atacar.

MEDIA hora antes del amanecer Stan despertó a Esther y partieron en busca del "Erebus". Como habían dejado el radiofaro del yate en funcionamiento, no les costó trabajo localizarlo, aunque estaba cubierto por la arena. Luego, ayudados por el viento del amanecer, consiguieron dejar al descubierto la puerta, y por fin entraron, seguros, bajo un techo al reparo de los vendavales.

—¿Y ahora, Stan?

—Ahora puedes preparar algo de comer. Mientras tanto yo veré qué encuentro a bordo.

El "Erebus" era un yate pequeño, de apenas veinte metros de longitud. Por supuesto, no tenía armamento; pero a ambos lados de proa estaban montados los dos desviadores de meteoros; aparatos que apartaban del paso del yate los meteoritos que podía encontrar atravesando el espacio.

Los puso en funcionamiento, y de inmediato el soplo invisible de los

desviadores dispersó la arena que cubría el yate, desenterrándolo por completo. Stan regresó al camarote principal.

—Ya no corremos peligro de ser enterrados vivos —dijo—. Pero para salir de este planeta necesitamos la ayuda de nuestros amigos, los del tablero.

—¡Pero tratarán de matarnos! —protestó Esther—. ¡Y no tenemos armas para defendernos!

—Al contrario —dijo Stan—. Tenemos una de las armas más terribles que se hayan inventado...; sólo que no funcionaría en otro planeta que no fuera éste.

Mientras comían le explicó su plan, y la muchacha comenzó a vislumbrar alguna esperanza de salvación. Ahora el primer paso era ayudar a los habitantes del planeta a encontrarlos.

Al llegar la noche, cuando se calmó el viento, Stan prendió el transmisor de radio y le dió la máxima potencia. Luego habló:

—¡El yate "Erebus" pide auxilio! Estamos en el desierto, con el motor quemado y sin un arma para defendernos. ¿No quieren venir a buscarnos?

Sus palabras no serían comprendidas; pero todo lo que deseaba era que los habitantes del planeta captaran su transmisión, si es que poseían radio, lo cual era lo más probable. De esa manera los encontrarían rápidamente.

Durante media hora repitió su mensaje, y entonces los micrófonos del yate anunciaron con sus crujidos que algo se acercaba por el desierto. Eran pesadas máquinas, por docenas. Al acercarse al "Erebus"

se separaron y lo rodearon, manteniéndose ocultas tras los médanos. luego, como obedeciendo a una orden, comenzaron a estrechar el círculo alrededor del yate.

Los faros de aterrizaje del "Erebus" se encendieron iluminando por partes grandes zonas del desierto.

Entonces las máquinas se hicieron visibles, como un espectáculo fantástico. Sobre las dunas marchaban gigantescos monstruos de metal de numerosas patas, y cuerpos tan grandes como el "Erebus". En sus partes delanteras tenían grandes prolongaciones metálicas con dientes, usadas para cortar la arena helada de los polos, de la que extraían el agua. No eran máquinas de guerra, sino de trabajo pacífico; pero podían destruir fácilmente al yate.

Entonces Stan hizo funcionar los desviadores de meteoros del yate, aparentemente indefenso, y destrozó aquellas máquinas.

—Nosotros somos menos civilizados que ellos —dijo Stan—; por eso les llevamos ventaja en un combate... si no dura mucho.

CON los poderosos faros examinó las máquinas que yacían ahora inmóviles sobre la arena. Algunas estaban cortadas en varias partes, incluso de lado a lado a lo largo. Otras estaban sin patas y totalmente abolladas por los certeros impactos.

De estas últimas comenzaron a salir máquinas más pequeñas pero de la misma forma, como si fueran botas salvavidas de un transatlántico. Una de ellas trató de acercarse al "Erebus". Stan apuntó y la partió en dos. Las demás entonces se limitaron a recorrer los restos de las má-

quinas gigantes, aparentemente buscando sobrevivientes, y luego desaparecieron corriendo en la oscuridad.

Sólo quedó el silencio de la noche.

—Ahora saben que les preparamos una trampa —dijo Stan— y que podemos hacerlas pedazos si queremos ¿Qué pensarán de nosotros, ahora?

—Pero, ¿cómo fué? —exclamó Esther—. Todavía no comprendo qué les hiciste.

—Es que nunca viste armas como éstas. Concentré toda la fuerza de los desviadores de meteoros en un pequeño foco y les di toda su potencia. ¿Te das cuenta? Así consigo un soplo de una presión fantástica. Pero como este planeta está lleno de arena, el soplo la arrastra sin cesar y su efecto es un bombardeo continuo con partículas de arena que llegan a una velocidad tal que no hay material capaz de resistirlas. En el sitio que tocan funden el metal y lo cortan instantáneamente. Con menos potencia, la Tierra la usa para las industrias desde hace siglos.

—¡Pero ellos inventarán algo pa-

ra protegerse, o para atacarnos desde lejos! —dijo Esther.

—Si les damos tiempo, sí. Pero antes de eso revisaré esas máquinas destruídas, y si encuentro lo que espero... Bueno, para eso atacué.

—¡No salgas, Stan! ¿Y si te están esperando emboscados?

—Tienes razón —dijo Stan, después de pensarlo un momento—. Esperaré hasta que esté por amanecer.

—Entonces vete a dormir mientras yo hago guardia —propuso Esther—. Anoche no dormiste nada.

—Muy bien; no creo que ocurra nada aquí. ¡Deben estar trabajando en sus laboratorios!

Stan se echó sobre una cama y se quedó instantáneamente dormido. Esther se sentó junto a la pantalla de visión exterior.

Seguía el silencio.

Pero allá en el espacio cósmico, a muchos millones de kilómetros, apareció de pronto un diminuto punto, por la magia del campo de Bowdoin-Hall. Se quedó inmóvil un instante, como orientándose, y desapareció, para surgir una fracción de segundo más tarde a pocos miles de kilómetros del planeta.

Hielo en latas

EN el futuro, cuando usted haga la lista de alimentos y demás enseres necesarios para pasar el fin de semana en el campo, no se olvide de incluir la novedad que ha de sustituir a la heladera portátil. Se trata de una especie de "hielo" que presenta la ventaja de no derretirse. Lo único que se requiere es congelar previamente en la heladera una lata con la sustancia refrigerante, la cual es capaz de conservarse fría durante 72 horas. Claro que en esta ventaja reside también el inconveniente: como puede usarse una y otra vez con sólo enfriarla previamente en cada caso, usted no se resignará a tirar la lata y volverá con ella a cuestras.

Ya no volvió a desaparecer; descendió a velocidad moderada atravesando la atmósfera en dirección al polo de verano, y de inmediato su transmisor emitió a toda potencia el mensaje del recién llegado:

—¡Stan Buckley! ¡He venido a matarte! ¡Comunicame tu posición!

El altoparlante del "Erebus" repitió esas palabras junto a Esther, haciéndola incorporarse del sobresa'to. Reconoció la voz. ¡Rob Torren! Rob Torren aquí, dos meses antes de lo que ellos esperaban. Pero no comprendió sus palabras. Stan no había querido afligirla, contándole la verdadera causa de la cita en el planeta de arena.

—¡Rob! —exclamó Esther por su transmisor—. ¡Rob, soy Esther!

Un sonido indescriptible llegó por el parlante. Ella ajustó los diales de visión y pronto apareció en la pantalla el rostro contorsionado de ira de Rob Torren.

—¡Stan está durmiendo, Rob! —dijo Esther, sin notarlo—. No te esperábamos hasta dentro de dos meses. ¿Quieres saber cómo estoy aquí?

Sin interrumpirse Esther le contó el motivo de su viaje, el accidente y su encuentro con Stan.

—¡Y hay habitantes en este planeta —concluyó—; han tratado de matarnos!

Sólo entonces notó la expresión enfurecida de Torren.

—¡Rob! ¿Qué te pasa? ¡Estás tan raro! ¿Y por qué dijiste que venías a matar a Stan? Estabas bromeando, ¿verdad?

—¡No voy a caer en la trampa! —fué la furiosa respuesta—. ¡Estás fingiendo que no sabes nada para

que yo postergue el duelo y los lleve a un planeta civilizado! Pero ya tengo marcada la dirección de tu onda y voy a buscarlos. ¡Y si ustedes no tienen armas, yo sí! ¡Vine en un patrullero de la Guardia del Espacio! Hice que el "Stallifer" me desembarcara en Lora Beta y me encargara de buscar a Stan. Pensaba matarlo en duelo, pero ahora que ya sabes todo...

La pantalla se oscureció y el altoparlante dejó de transmitir.

La muchacha titubeó un instante y luego despertó a Stan.

—¡Esto se pone lindo! —exclamó el joven al oír el relato de Esther.

Comenzó a ponerse su traje cósmico. Esther exclamó con cierta angustia:

—¡Si sales, voy contigo!

—¡Nada de eso! Te quedarás protegiéndome con los desviadores. Voy a registrar las máquinas. ¡Si alguien me ataca tendrás que liquidarlo, pues yo no tengo ni un cortaplumas!

SALIÓ del yate llevando sólo un soplete y corrió hacia la más cercana de las máquinas destruídas.

Stan trepó a una de las mitades empuñando su soplete. Estaba buscando ciertas barras de grafito artificial que sospechaba debían encontrarse allí.

Cortó varias de las negras barras con el soplete. Ya tenía una docena en los brazos y se preparaba para regresar al "Erebus" cuando oyó un ruido a sus espaldas. Al volverse vió una nube de vapor todavía incandescente y algo que se disgregaba rápidamente en partes humeantes. Otras cosas se acercaban como queriendo



rodearlo; sólo alcanzaba a ver sus sombras, pero sabía que estaban allí. Stan corrió torpemente, con ambos brazos cargados de barras, seguido por aquellas sombras inhumanas. Iba oyendo las pequeñas explo-

siones a medida que Esther apuntaba su arma sobre sus perseguidores, temblando de horror por lo que estaba obligada a hacer. Por fin llegó a la puerta del yate y entró cerrándola de un golpe.

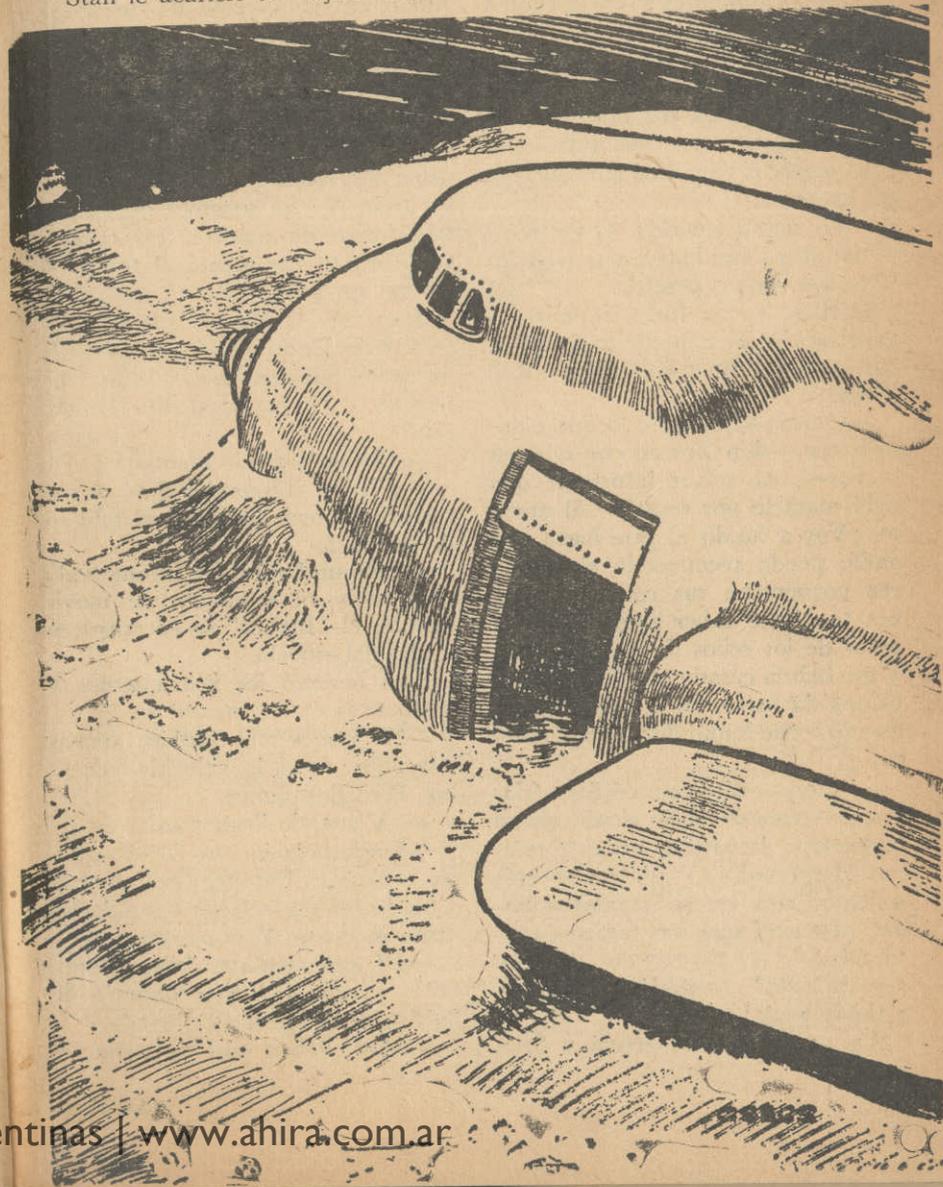
MAS ALLA

Esther salió a su encuentro con lágrimas en los ojos pero con la decisión dibujada en su semblante. —¡Trataron de matarte! —gritó furiosa—. ¡Estaban ocultos, esperándote!

Stan le acarició la mejilla con el

guante y corrió al compartimiento de motores del yate sin responderle. Ya tenía preparado todo para reparar el motor quemado.

—¡Sigue vigilando! —gritó a Esther—. ¡Por lo menos una de las máquinas debe estar esperando una



oportunidad detrás de las dunas! Trabajó con frenética prisa. Este tendría que ser el más rápido de todos los trabajos de reparación ejecutados en el universo.

Ya había puesto en su sitio dos de las ocho barras que debía reparar cuando el altoparlante de la cabina de controles volvió a hablar.

—¡Stan Buckley! ¡Contesta! ¡Estoy sobre tu yate! ¡Contesta!

Stan maldijo en voz baja. Dos barras de grafito no eran suficientes para mover el yate. Fué al encuentro de Esther.

—Lo siento, querida. Otros veinte minutos y nos habríamos salvado. Creo que hemos perdido.

La besó y con furia sintonizó el televisor. En la pantalla apareció el rostro triunfante y colérico de Rob Torren.

—Quiero anunciarte lo que pienso hacer —dijo Torren con odio en la voz—. Al volver informaré que debí matarte por resistirte al arresto. ¡Voy a fundir el yate hasta que nadie pueda reconocerlo si alguna vez encuentran sus restos! ¡Y tal vez te alegre saber que fuí yo el autor de los robos de que te acusé! Y me habría casado con Esther también, si la suerte no la hubiera conducido a este inmundo planeta. Ahora...

—Ahora —interrumpió Stan fríamente—, nos atacarán desde veinte kilómetros de altura, aunque estamos desarmados. Y ni te atreverás a bajar para ver si estamos muertos. ¡No creí que me tuvieras tanto miedo!

—¿Miedo? —rugió Torren—. ¡Ahora verás!

La pantalla se oscureció y Stan

saltó a los controles de los desviadores de meteoros.

Hubo un silencio cargado de tensión. La pantalla mostraba un cielo tachonado de estrellas, indiferentes a la tragedia...

De pronto la pantalla pareció explotar en un torrente de luz. Algo se puso incandescente en el cielo... y se extinguió.

Stan suspiró.

Parece que los habitantes de este planeta han conseguido fabricar un arma eficiente más rápido de lo que yo creía. Ya no tenemos más nada que temer de nuestro leal amigo, pero pronto nos tocará el turno, si no me apresuro.

Stan volvió junto al motor y siguió trabajando frenéticamente. A los veinte minutos hizo la última conexión, y en ese momento Esther gritó:

—¡Están llegando máquinas!

—¡Voy! —respondió Stan, y comenzó a mover llaves en el tablero de comando.

Apretó un botón. Sin un intervalo perceptible ni sensación de movimiento, el "Erebus" se encontró en medio del espacio.

Stan observó los instrumentos y dijo:

—No vamos muy rápido; apenas seiscientas veces la velocidad de la luz. Pero llegaremos.

—¿Y cuando lleguemos?...

—Declararás lo que le oíste decir a Torren. Entonces examinarán a fondo las acusaciones y me declararán inocente. Y nos casaremos.

—¿Y los habitantes de ese planeta? —preguntó Esther después de haber sido debidamente besada.

—Ahora saben que hay otras es-

pecies inteligentes en el universo. Tendremos que hacernos amigos de ellos, y pronto; antes que se les ocurran ideas raras. Pediré que me asignen a la primera expedición que vaya a establecer contacto con ellos.

—¡Todavía no nos hemos casado y ya estás pensando en dejarme! —protestó Esther.

—No te quejes —dijo Stan sonriendo—. Te prometo que pasaré todas las vacaciones contigo. ✦



Mesones V artificiales

Los mesones V se conocen desde hace bastante tiempo, habiéndose encontrado entre las muchas partículas y radiaciones que constituyen los rayos cósmicos. Pero todavía no había sido posible producirlos en el laboratorio. Por eso es sumamente interesante el resultado que se acaba de publicar en la "Physical Review", según el cual se ha conseguido fabricar dos partículas V. La razón por la cual no se había logrado hasta ahora ha quedado en claro: se necesitaba una energía muy grande, hasta muy recientemente no alcanzada. Mas ahora que se dispone del famoso cosmotrón, del que se ocupara MAS ALLA en su número 2, se ha encontrado que con 7.200 millones de electrón-voltios ya empiezan a aparecer. Dicen que esto representa un importante paso en la comprensión del núcleo atómico. Lástima que ahora haya una nueva partícula más. Si seguimos a este paso, pronto no vamos a saber qué hacer con tantas partículas raras, especialmente mesones.

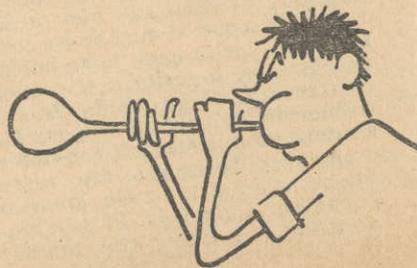
Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted ha leído los números anteriores de MAS ALLA, le será fácil contestar a estas 7 preguntas. Indique en los cuadritos que siguen las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 109 de este volumen. Si usted no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio; si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio de las personas cultas. Si ha acertado dos o menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio. Y los únicos exámenes que hay que rendir son los Espaciotests...

Pregunta N° 1:	<input type="checkbox"/>	Pregunta N° 4:	<input type="checkbox"/>
Pregunta N° 2:	<input type="checkbox"/>	Pregunta N° 5:	<input type="checkbox"/>
Pregunta N° 3:	<input type="checkbox"/>	Pregunta N° 6:	<input type="checkbox"/>
Pregunta N° 7:	<input type="checkbox"/>		

N° 1. ¿Qué es el vidrio común?

- A) Un sólido cristalizado.
- B) Un líquido muy compacto.
- C) Un agregado de microcristales.
- D) Un sólido no cristalino.
- E) Ni sólido ni líquido.



N° 2. ¿Cuál de los siguientes gases es más venenoso?

- A) Argón.
- B) Anhídrido carbónico.
- C) Nitrógeno.
- D) Óxido de carbono.



N° 3. ¿Cuál de los siguientes líquidos necesita temperatura más baja para congelarse?

- A) Alcohol.
- B) Agua pura.
- C) Agua de mar.
- D) Mercurio.

N° 4. ¿Cuál de los siguientes planetas se mueve con mayor velocidad alrededor del Sol?

- A) Venus.
- B) La Tierra.
- C) Júpiter.
- D) Saturno.
- E) Plutón.

N° 5. ¿Cuál de las siguientes sustancias abunda más en la Tierra?

- A) Hierro.
- B) Magnesio.
- C) Platino.
- D) Uranio.
- E) Oxígeno.



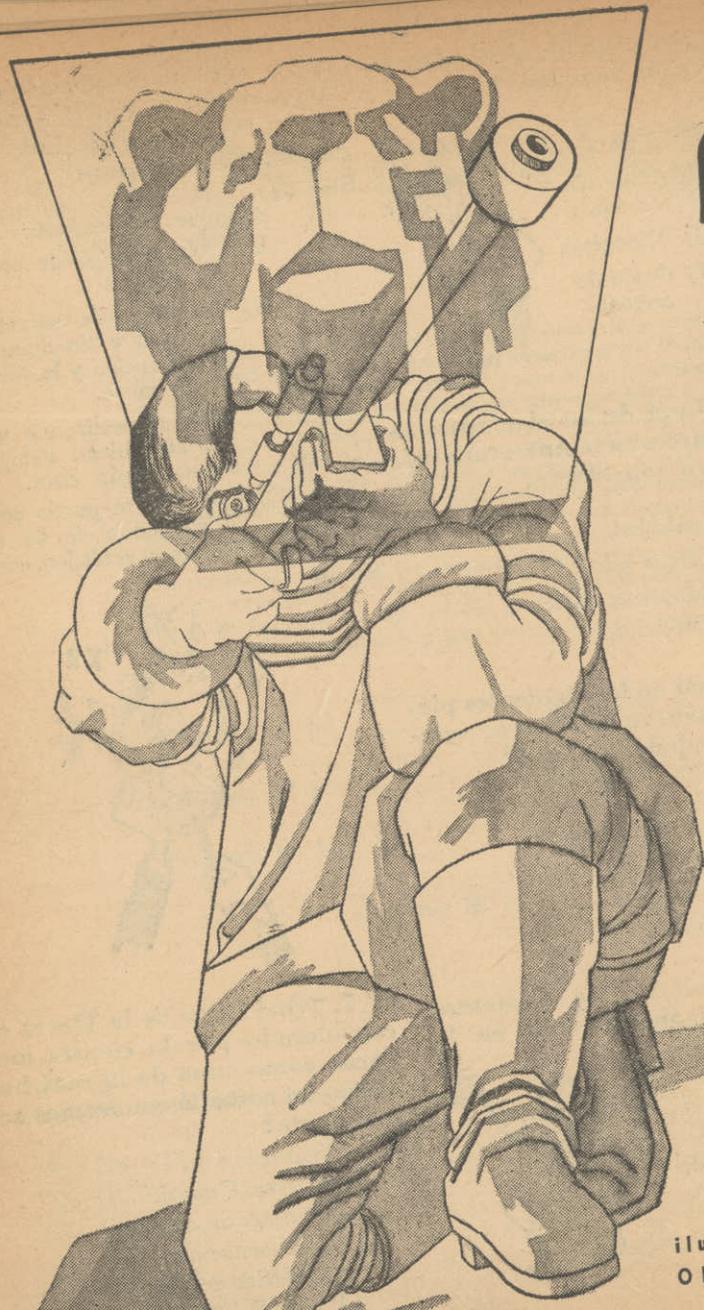
N° 6. Uno de los principios fundamentales de la física moderna es el "principio de incertidumbre". Este expresa:

- A) Que todo es relativo.
- B) Que nada puede conocerse con certeza.
- C) Que no puede conocerse con exactitud y simultáneamente la posición y la velocidad de un cuerpo.
- D) Que, al medir una magnitud cualquiera, siempre se comete algún error.
- E) Que sólo se puede conocer la apariencia de las cosas, pero no su verdadera esencia.



N° 7. ¿Qué lugar de la Tierra es considerado por la ciencia moderna como cuna de la raza humana, tal como la conocemos actualmente?

- A) Asia Central.
- B) América del Sur.
- C) Groenlandia.
- D) África del Sur.
- E) El Polo Norte.



ilustrado por
ORNAY

2

ejemplares para un museo

por DANIEL GRAU D.

La pantalla del telescopio de a bordo parpadeó suavemente una o dos veces y la imagen redondeada de un planeta apareció en uno de los bordes. Manos invisibles del puesto de observación movieron los controles adecuados y la imagen se centró.

En torno a la pantalla cuatro individuos, sentados, siguieron la imagen con la mirada.

Burr, organizador de la expedición, enorme y masivo, se inclinó hacia adelante. Cuatro rejuvenecimientos habían mateniendo sus energías juveniles a costa de un aumento cada vez mayor de su peso y su tamaño. El proceso de rejuvenecimiento, enormemente caro, llevaba a las células una reactivación general que provocaba un aumento de casi el diez por ciento en la estatura. A Burr no le había parecido inconveniente. Hacía tiempo que ese defecto

La caza es un pasatiempo interplanetario . . . , pero está expuesta a interpretaciones . . .

del proceso se había corregido, pero tres de los antiguos rejuvenecimientos habían dejado sus huellas imborrables. A Burr por otra parte le agradaba. Su cara se había ensanchado y creía que eso prestaba a su fisonomía un aire de benevolencia y bonhomía de que originalmente carecía. Sus movimientos se habían hecho forzosamente más lentos, y eso, pensaba, prestaba dignidad a su persona.

Burr había pagado esta expedición. Desde su retiro de la vida de los negocios no tenía otra preocupación que la caza, la caza de ejemplares zoológicos en planetas alejados, la captura de animales exóticos que enriquecían luego las colecciones de jardines y museos de su tierra natal. Su actual ambición era encontrar un ejemplar valioso, un único y exclusivo ejemplar que le valiera el honor de que su imagen fuera colocada

en alguna sala del Museo Zoológico Nacional de su patria. Quizá en la Sala Central, entre las estatuas y retratos de sabios y prohombres que más contribuyeran al progreso de las ciencias. Con toda su inmensa fortuna no había podido comprar el honor. Donaciones, becas, el pago de expediciones de caza, no habían bastado. Ya ni se atrevía a pensar en una estatua o un busto de tamaño natural. Con dolor había renunciado a la idea. Con suerte... un retrato... con mención de los servicios prestados...

Varr, el capitán, era evidentemente la única otra persona del cuarteto que había sufrido un rejuvenecimiento de los antiguos. Alto y sólido, era sin embargo casi dos cabezas más bajo que Burr. Posiblemente había sufrido uno solo de los viejos procesos.

Las otras dos personas eran seguramente más jóvenes. Si habían sido rejuvenecidas —y Burr dudaba que ninguno de ellos contara con el capital necesario—, no era visible.

Gurd, el naturalista, el evaluador zoológico como le llamaban a bordo de la nave espacial, era mucho más pequeño que los otros. Parecía encontrarse eternamente cansado. Observaba la pantalla como si estuviera realizando un pesadísimo trabajo.

Kerr, el primer oficial, sentado junto al capitán, callado, no parecía interesarse en nada de lo que le rodeaba.

Los cuatro llevaban unos anillos alrededor del cuello que denotaban su rango. El de Burr, pulido y elaboradamente decorado, lo sindicaba como jefe de la expedición. Todas las decisiones importantes dependían de él... mientras el capitán no se opusiera. El anillo del capitán era más sencillo, de color dorado y algo más ancho que el de sus subalternos.

—Ahí lo tiene, Burr —observó—; un planeta a todas luces habitado —e indicó con un ademán la pantalla.

—Observe las manchas verdes bajo

las nubes. Evidentemente vegetación clorofílica. Agua en abundancia. Sería un milagro que la vida animal no se hubiera desarrollado en forma compleja. Posiblemente muy similar a la nuestra. El análisis espectrográfico da una atmósfera respirable con concentración de oxígeno algo mayor que la que respiramos a bordo. Se notaría un ligero efecto exhilarante, nada nocivo, por supuesto. Sólo la temperatura, por lo que podemos medir, es algo cálida. Si no se bajara cerca del Ecuador, sin embargo, sería tolerable, aun sin cubiertas de protección.

—¿Cuándo bajamos? —inquirió Burr—. Todavía podemos llenar un quinto de las bodegas con ejemplares.

La voz le temblaba ligeramente con la anticipación de una próxima cacería.

—No bajaremos —explicó pacientemente el capitán—. Ya le he dicho que estamos peligrosamente cerca del punto de no retorno. No podremos bajar si queremos regresar a Base 3.

—¿No bajar? —explotó Burr—. Esta expedición, capitán, que yo pago, se ha fletado con el entendimiento que la búsqueda de ejemplares quedaría a mi criterio. Yo digo que bajaremos.

Un agudo silbido lo interrumpió.

—Meteoro —anunció a través de un altavoz una voz indiferente.

Las cuatro personas de la cámara se afirmaron en sus asientos y apcyaron sus cabezas en los respaldos especiales. La imagen del planeta desapareció bruscamente de la pantalla, mientras la enorme nave, respondiendo automáticamente a los impulsos del detector de meteoros, se apartaba de la trayectoria de algún bólido errante. La cabeza de Burr, movida por las fuerzas de inercia, golpeó con alguna violencia contra el borde del soporte del asiento. La indignación por la humillación sufrida le privó momentáneamente del habla. Su mayor masa le hacía especialmente vulnerable a estos bruscos cambios de trayectoria de la nave. Tenía

la certeza de que la aceleración se había ajustado al máximo tolerable por el resto de la tripulación al solo objeto de que a él le resultara especialmente molesta. Su mayor masa y estatura, que halagaban su vanidad en tierra firme, le habían resultado muy incómodas a bordo. Las puertas, muebles y utensilios de este carguero modificado eran todos para personas de estatura normal. El único otro individuo de a bordo con estatura comparable era el capitán, y no sólo era más bajo sino que llevaba encima una vida entera de astronavegación.

Envidia, pensó, envidia de mi fortuna y de mi poder. Cuando llegue a la base ya dispondré de ellos. Por el momento urge adquirir un solo ejemplar lo suficientemente valioso como para considerar esta expedición verdaderamente remunerativa.

Se dominó, y mientras la nave readquiría lentamente su posición primitiva y la imagen del planeta verdoso surgía nuevamente del borde de la pantalla, retomó la palabra con más suavidad y mejores modales.

—Capitán —dijo—, los ejemplares que hemos cazado hasta la fecha pertenecen todos a planetas muy distintos al nuestro. Hemos debido embarcar cantidades absurdas de sus atmósferas venenosas originales. A pesar de mantenerlos en vida latente no estamos seguros de su supervivencia en nuestros Zoológicos, a menos que nuestros químicos consigan sintetizar tanto la atmósfera original como los alimentos necesarios.

Hace diez generaciones que nuestras astronaves no encuentran un planeta similar al nuestro. Lo recuerdo bien, porque sucedió por el tiempo en que yo compraba mi primer astillero. Usted capitán lo sabe tan bien como yo, aunque entonces aún no había nacido. Las implicaciones de un descubrimiento de esta naturaleza no deben serle desconocidas. Debemos bajar.

Se calló, mirando esperanzadamente a Gurd, el evaluador zoológico, que hojeaba distraídamente un cuaderno manuscrito.

El capitán, a quien tenían muy sin cuidado el progreso de las ciencias, en general, y el de los museos y zoológicos, en particular, estiró distraídamente la mano hacia Kerr, el primer oficial.

—El informe —pidió.

Y dirigiéndose a Burr continuó:

—Para su tranquilidad, he preparado las causales por las que no podemos bajar. Soy responsable de la seguridad del barco y de su tripulación. Quizá podamos volver alguna vez. Si le queda interés y dinero. Le leo: "Planeta 3 de Vaddis, estrella amarilla 4, constelación 6654. Magnitud 24" (desde Base 3, claro). "Atmósfera" (ya le dije), "Gravedad, 0,7 de la nuestra". Usted recobraría su agilidad Burr. "Temperatura" (ya hablamos de eso). En fin, ahora llega lo importante: "Posibilidades de exploración. El descenso efectuado en el 4º planeta de Sol 25, con gravedad 3,8 de la nuestra, consumió gran parte de nuestras reservas de combustible, sobre todo por causa del esta-

Audiorradar

Aunque todavía es un secreto militar, se ha informado que Estados Unidos está desarrollando un tipo de radar que tiene la particularidad de ser audible. La ventaja de esto radica en que así se elimina la necesidad de disponer gran cantidad de hombres frente a la pantalla de radar para percibir la proximidad de aviones (o lo que sea) enemigos. Además, es capaz de determinar el número y tipo de los bombarderos atacantes.

blecimiento del campo antigravitatorio de compensación". Usted insistió en ese descenso, Burr, y sobre todo en quedarse cuando era evidente que no encontraríamos más ejemplares que esas formas silíceas de vida sin movimiento que encontramos el primer día. Sigo: "La nave no puede arriesgar una posición de observación más favorable, acercándose más al campo de atracción del sistema. Sólo puede contarse con un acercamiento en uno de los botes auxiliares de control remoto. El combustible alcanza para un solo bote de seis plazas. La posición del planeta es tal que, con la trayectoria de retorno que estamos obligados a seguir, no podemos contar con más de diez días de control seguro sobre el bote, de los cuales cuatro se insumirían en el viaje. A partir del noveno día el campo de nuestros transmisores se debilita rápidamente a medida que el planeta se aleja de nosotros". Y ahora le leeré la opinión del departamento de exploración: "Evaluación zoomórfica" —carraspeó—. "La duración total del día y de la noche, 0,92 de los nuestros, hacen presumir, vista la similitud de todos los otros factores, desde la gravedad hasta la atmósfera, un estado de evolución zoológica análogo al nuestro. La existencia de un satélite (véase informe del Departamento de Astronomía) cuya masa y acción frenante no podemos determinar con exactitud desde nuestra posición actual, imposibilita la ubicación exacta de ese período". ¿Por qué no dirán directamente que no saben si están más evolucionados o menos que nosotros? "Es presumible la existencia de formas evolucionadas de vida, posiblemente inteligentes. Se requeriría realizar un estudio a por lo menos diez o veinte diámetros del planeta para tener la certeza. Hasta tener prueba en contra y de acuerdo con nuestras experiencias previas, se considera que tales formas pueden sernos hostiles. El descenso en un bote auxiliar con miras a la obten-

ción de sólo algunos ejemplares zoológicos de peso medio, excluiría una tripulación exploradora mayor de dos, un cazador y un evaluador zoológico, pudiendo quedar el resto de la capacidad disponible para carga. Firmado: Gurd, Evaluador Zoológico Jefe. Departamento de Exploración."

El capitán miró nuevamente a Burr. Gurd, con cara impasible, hojeaba nuevamente su cuaderno.

—Está bien —dijo Burr—. Bajaré yo con un cazador. Esta es la trigésimoquinta expedición zoológica que encabezo y no preciso ningún evaluador para que me diga qué formas de animales son peligrosos y qué otras tienen importancia científica.

Y miró a Gurd tratando de descubrir si sus palabras le habían afectado. Éste, indiferente, seguía hojeando el cuadernillo.

—Dos tripulantes —rectificó el capitán—, dos tripulantes de peso normal. Usted, bien lo sabe, pesa por dos. No podrá usted ser parte si quiere ejemplares para montar en su museo o regalar a sus zoológicos.

Burr sintió que la furia le atecía la garganta. Tragó con dificultad y trató de acallar la cólera que lo invadía. Con fingida calma se pasó la mano por la cabeza golpeada y anunció:

—Bajaré solo entonces. Si no preciso equipo de adaptación podré cazar solo con tanta seguridad como en Base 3. Y creo que como cazador tengo más experiencia que nadie a bordo.

BURR se detuvo cautelosamente al borde del claro y, oculto por una espesa mata de arbustos, observó con atención a los dos animales que, inconscientes de su mirada, se movían vivaces y erguidos bajo el luminoso sol de mediodía, dejando escapar gruñidos desarticulados. ¡Qué calor! A pesar de que el capitán le había explicado cuidadosamente que el pequeño bote auxiliar iba a ser descendido en una latitud con

igual temperatura media que la de su patria, Burr estaba seguro que le habían jugado una mala pasada. A bordo de la nave todos lo envidiaban, le envidiaban sus riquezas, le envidiaban su poder. Especialmente Gurd, que quería vengarse de sus conocimientos superiores de caza, exhibiéndole los suyos de zoolología. "Ejemplar zoológico despreciable", le decía cuando se entusiasma ante un animal que a él, con su experiencia de cazador, le parecía único. "Hay por lo menos cuatro ejemplares vivos en el zoológico de Base 2, y quinientos ejemplares conservados en el Museo de Base 3."

Aquí en este planeta estaba seguro. La fauna de su planeta natal le era totalmente conocida, y por lo que podía apreciar, algunas formas conservaban la similitud. Ciertamente es que estaba atado por el tiempo y por la distancia a que podía alejarse de su bote; pero ya aquí tenía la prueba de que no había estado errado.

Miró fascinado y con algo de repulsión. Las dos bestias mostrándose los dientes amenazadoramente, los cuerpos mojados y brillantes, se agitaban con vigor. De súbito, grandes pedazos de su piel comenzaron a desprenderse y quedaron húmedos y apelmazados sobre el pasto. Debajo apareció la piel nueva, de un color blanco repulsivo, pelada, como una llaga a medio cicatrizar. Uno de los animales se tiró al suelo, y el otro, sumergido, en una actitud casi humana, tomando en sus dos patas delanteras una de las patas del primero, le arrancó, tironeando, la piel vieja, que, cediendo con un sonido de ventosa, cayó a un lado, conservando prácticamente la forma primitiva de la pata.

Burr se sintió asqueado. Ciertamente es que él había visto a los grandes reptiles de Bars cuando cambiaban anualmente su piel; cierto es que los insectos nacían dejando tras sí una carcatura informe, un esqueleto externo

abandonado de lo que había sido antes su cuerpo. Pero este cambio de piel viscoso, repugnante y sonoro, realizado en colaboración amistosa, era cosa nueva para él. Pensó en cuál sería la opinión del evaluador zoológico. Seguramente le hubiera dicho que en las cercanías de Base 2 se habían cazado cientos de ejemplares iguales a los presentes, dos de los cuales, admirablemente conservados, podían admirarse ahora en el Museo Nacional de Barres.

Uno de los animales ya se había desprendido totalmente de su antigua piel, y, erguido sobre sus patas anteriores, seguía emitiendo sonidos amedrentadores. Luego con los dientes desnudos, se inclinó sobre el otro que aún no había cambiado la piel de su torso. Tomando entre sus dientes un trozo del tegumento se puso a tironear con fuerza.

Burr se sintió descomponer. Quizá fuera por el aspecto de similihombres que tenían las bestias cuando se erguían; pero ese canibalismo realizado en los despojos mucosos de una epidermis de desecho le revolvió el estómago. Metió la mano en el morral que llevaba colgando del hombro, sacó su pistola de caza, y, tomando puntería, oprimió el disparador. Una capsula cristalina se estrelló contra la espalda del primero de los animales, el que había cambiado totalmente su piel. Aparentemente sorprendido, y antes de que el veneno hubiese realizado su trabajo, abrió la boca y soltando el mordisco, cayó lentamente hacia adelante. La segunda bestia levantó la vista, y al ver a Burr, lanzando un grito amenazador, dió media vuelta y desapareció en la espesura.

Con algo de desilusión por haber perdido la presa, Burr guardó su arma y se dirigió a la forma caída. Un poco asqueado, la levantó sin esfuerzo y se alejó con ella de los inmundos montones de piel cambiada. El animal lo confrontaba con un nuevo problema. Impensadamente había utilizado las

cápsulas mortíferas cuando lo que el quería en realidad eran ejemplares vivos. Quizá el fugado fuera la pareja del que tenía ahora a sus plantas. Recordaba ahora con claridad que la pelambre del caído era de colores mucho más vivaces que la del huído. Dos animales juntos indicaba sin duda un acoplamiento por parejas, sobre todo si había tanta diferencia en el aspecto externo. No podía ser, sin duda, índice de una vida gregaria, porque los grupos consistirían en mayor número de individuos. Maldijo internamente su apresuramiento. Quizá, si no hubiera sido por su estómago delicado, habría visto algo interesante. Si el calor reinante correspondía en algo a la época de celo, y Burr sabía positivamente que en Base 3 comenzaban en la mayor parte de las especies la preocupación por reproducirse tan pronto terminaba la época de frío, entonces su disparo había sido prematuro. Ese acto de dermatofagia interrumpido por su disparo había sido el acto ritual de una hembra, ¿o sería un macho?, que corrompiera a su compañero. Recordó las complicadas danzas ceremoniales que precedían al acoplamiento en algunas especies de aves de su propia patria más evolucionadas. Y todas las pocas primitivas razas de hombres de Base 3 adoraban las solemnidades nupciales con bailes y ceremonias de complicado simbolismo. Sí, había sido prematuro. A veces y, dentro de todo, era conveniente tener un evaluador zoológico que le obligara a uno a morigerar los ímpetus. Quizá la situación tuviera remedio. Posiblemente monógama, la pareja regresaría en busca de su compañero. Pronto llegó a una decisión. Miró nuevamente a la bestia caída y sacó un

pequeño y filoso cuchillo de su morral. Inclínose sobre el cuerpo yacente y, tajeando al azar, observó con curiosidad cómo brotaba la sangre roja. Junto a la cabeza descubrió un lugar que sangraba al parecer más profundamente. Tomando al cuerpo de una de las patas se alejó del lugar arrastrándolo con facilidad. Recordaba haber visto el día anterior una cueva, sin duda el cubil ocasional de éstos u otros animales, que se prestaba para montar su trampa. Tras Burr, un ancho rastro, moteado ocasionalmente de sangre, marcaba la ruta seguida.

En la cueva, luego de seccionar cuidadosamente la cabeza de su presa, meditó sobre la conveniencia de conservar otros miembros y se decidió por último a enterrar lo restante en el fondo de la cueva. Con ese calor y la espera forzosa no podía saber cuánto tiempo aguantarían los restos sin podrirse. Para su estudio quizá debería haber traído la antigua piel de la bestia, pero la sola idea de esos cueros mucilaginosos amenazaba con descomponerlo.

Cargó luego su arma con cápsulas narcóticas, puso a ésta y a la linterna al alcance de la mano, y acomodándose en los comienzos de la penumbra, esperó.

Larga fué la espera. Innúmeras veces consultó el reloj que llevaba en su muñeca derecha e innúmeras veces apuntó tentativamente el arma a imaginarias siluetas en el umbral de la cueva. Ya empezaba a desesperar. Quizá no se había tratado de una pareja, al fin se había tratado de una pareja, al fin de cuentas. El plazo de regresar se acercaba peligrosamente. Una vez se había ocultado el sol y cuando saliera una vez más debía regresar a su bote. Las ondas de control, le habían expli-

Polillas

UNA polilla hembra, junto con su familia, es capaz de destruir en un año como producen doce ovejas juntas.

cado, sólo alcanzaban la cara iluminada de ese planeta. Había traído provisiones, pero tenía sed.

Por fin, ya cercana la noche, reconoció a lo lejos el emocionante gruñido de su presa. Preparó su linterna y la probó fugazmente en el fondo de la cueva. Los sonidos le parecieron amenazadores y se sintió divertido ante la próxima desilusión de la compañera —¿o sería compañero?— de los restos enterrados en el fondo. Prestó atención y le pareció que eran por lo menos dos los animales que gruñían. ¡Si pudiera cazar una pareja viva! Con eso y los ejemplares de otras especies que tenía a bordo del bote ya tenía para sorprender a Gurd. No podría menos que reconocer su capacidad.

Afuera ya estaba completamente oscuro. Prestó nuevamente atención. Los gruñidos se habían silenciado. Debía obrar con suma cautela, no fuera a perder nuevamente su presa. Con la mano izquierda tentó la posición de la linterna y de su pistola. Escuchó atentamente. Silencio. Decidió que debía correr el riesgo de acercarse cuidadosamente a la boca para oír mejor. La cueva estaba en la falda de un risco, y todo ser viviente que se acercara por el pedregullo de la falda sería forzosa-mente oído. Sabía que tenía un oído muy fino. El bosque estaba demasiado lejos para que su presencia, si se movía con precaución, alarmara. Y debía saber qué es lo que pasaba en el bosque. Había dejado un rastro bien visible, y, esperaba, lo bastante oloroso como para que cualquier fiera pudiera seguirlo. Siempre con lentitud y permaneciendo a la sombra del risco se asomó a la boca de la cueva. Miró hacia el bosque y no alcanzó a ver u oír nada. El rastro que había dejado era débilmente visible a la luz de las estrellas. ¿Dónde se habrían metido?, pensó, e irguiéndose apoyó su cuerpo contra la pared rocosa.

Un ligero chasquido metálico lo

sobresaltó. ¿Metálico? Debía de haber oído mal. Inclínó la cabeza en un esfuerzo por oír mejor. Desde el bosque le llegó un zumbido remoto y casi imperceptible. Algún nativo, decidió.

Súbitamente un vivo dolor le mordió el flanco derecho. El pensamiento se le nubló. Algo le había golpeado. Formas... hostiles..., pensó vagamente tratando de oprimirse la parte dolorida. Luego otro mordisco ardiente le golpeó en el cuerpo a través del brazo. Y otro... Y otro... Creyó percibir claramente la luz de un relámpago y el ruido de un trueno lejano... y después... nada.

HARRY Hastings, despeinado, la faz roja hasta la raíz de los cabellos, se levantó bruscamente para saludar al recién llegado.

—¡Caramba, Roland! ¡Que gusto inesperado! Llegas a tiempo para calmarme los nervios. ¡Te das cuenta ese imbécil de Leblanc!... Rechazarme la mejor adquisición que su insignificante museo ha recibido en cincuenta años. Pero si espera que lo vote para la rectoría está chiflado. ¡Un regalo inapreciable! Y yo que nada le pedía en cambio; sólo una mísera chapa que dijera que era mi regalo. ¿No te parece, Roland? — preguntó por último Hastings, y se dejó caer bruscamente, como agotado por el esfuerzo, en el sillón del que se levantara.

Roland Higgins, *profesor emeritus* y titular de la cátedra de Paleología de la Universidad, se sonrió. Acostumbrado a la incoherente vehemencia de su amigo, sólo se admiraba de que alguien llegara a entender de primera intención los pensamientos de H. Hastings.

Tan bruscamente como se había sentado Hastings se levantó.

—¡Ven! ¡Ven! —ordenó—. Ven a ver la belleza que ese cretino juzga inadmisibles. Fraude le llama. Que yo lo fabriqué. Que las fotos son trucadas.



¡Imbécil! Le mandé el cráneo entero a su casa particular para que decida si yo también fabriqué el esqueleto. Y los negativos del rollo original para que no crea que soy un artista del retoque. ¡Maldito engréido! —y cruzando la puerta, pasó al salón inmediato, donde, Higgins ya lo sabía, encontrarían la exhibición más variada y completa de cornamentas que se podía encontrar en el país.

En las paredes del salón, entre los elementos de caza, y entre los pocos espacios libres desocupados, colgaban armas de fuego de la más diversa factura y calibre.

Cerca de la chimenea, montada sobre una tabla de nogal, se podía admirar "la mejor adquisición que el insignificante museo del Dr. René Leblanc había recibido en cincuenta años". Una enorme cabeza de oso, negra, peluda, de casi medio metro de ancho, exhibía con calma una dentadura que no conseguía darle un aspecto de ferocidad. Las mandíbulas eran algo cortas para el tamaño del cráneo, lo que le daba al conjunto una incongruente fineza de rasgos. Parecía la imagen de un patriarca de la selva asomado con sonrisa satisfecha a través del agujero de un cepo medieval. Para completar la imagen, más abajo, y a modo de panoplia, asomaban de la tabla lo que parecían ser las garras del monstruo, a ambos lados de una fotografía de cuerpo entero de la bestia. Sentado sobre la figura yacente y con un rifle en la mano se veía la figura de Hastings.

—¿Y?... ¿Qué te parece?... ¿Vale o no vale? —gritó este último—. Fueron los mejores tiros de mi vida. Y en cuanto lo vi creí que me costaría por lo menos cincuenta mil dólares de indemnización. Pero el dueño no apareció. Son casi tres metros de estatura, —agregó, inconsciente de que hasta el momento nada había aclarado.

Higgins, que ni había podido constatar el saludo del dueño de casa, deci-

dió que, en efecto, el ejemplar era curioso. Sabía que, con paciencia, de entre toda la conversación desilvanada de Hastings se podrían deducir con claridad los hechos.

—¿Cuándo lo cazaste?— preguntó por fin.

—Hace seis meses. Allá en los Montes Rocosos. ¿Sabes? Me hacía falta completar especies —y abarcó con un gesto las cornamentas del salón—. Rupicaprínidos les dice el idiota de Leblanc. Ya tengo el goral de Asia, que es de la misma familia, y quería un "billy" de las Rocosas. Fuimos cerca del nacimiento del Columbia. Hacía un frío endemoniado. Teníamos tres guías que habían bajado del Canadá. ¡Ladrones!... Se alzaron con todo lo que pudieron cuando faltaban cincuenta millas para Seattle. Yo llevaba para ensayar un equipo de rezago de guerra de los más interesantes. Un "sniperscope"... una mira electrónica nocturna. ¿Los conoces? Mira... —y dirigiéndose hacia una de las paredes descolgó un rifle con una mira algo más gruesa que las comunes, de la cual partía un cable hasta una cajita rectangular.

—Este artefacto endemoniado, Roland, se usó por primera vez en Iwo Jima para cazar japoneses de noche— dijo Hastings. Y adoptando un aire que a él le parecía doctoral, agregó:

—Le explicaré a usted cómo funciona. Usted agarra y alumbra al japonés con rayos infrarrojos, ondas de calor para usted, por si no lo sabe. El japonés no sabe ni ve nada. Usted lo alumbra con ese reflector portátil del vidrio oscuro que está ahí en el suelo, y que se monta arriba del rifle. Luego toma usted el rifle, cala el ojo en la mira, y el japonés, alumbrado con la luz negra, que no se ve, aparece frente al retículo listo para despachar. El trabajo lo hace algún chirimbolo electrónico que va ahí dentro del tubo, que toma la luz negra, que es como quien dice

la oscuridad alumbrada con luz apagada, y la transforma en luz visible. Este modelo me da una imagen verde. Ingenioso ¿no? Todo el mundo ciego menos usted —y sonriendo satisfecho de su propia sapiencia volvió a depositar el rifle en su cuna.

—Pues como decía —continuó—, yo me dije que si servía para cazar japoneses, que son amarillos, me serviría para cazar mis rupicaprínidos, que son bastante blancos... De noche tiraba a los buhos, pero no me causaba gracia gastar una bala 30-30 en un bicho tan chico. Monroe quería volver —se interrumpió—. Porque ya te dije que Monroe venía con nosotros, ¿no? Tú sabes que Monroe no tiene mucha plata, y con lo que cobran los guías hoy en día... Bueno, que si tardaba mucho más él se iba. Pero Pierre y Louis, los dos guías más viejos, dijeron que sabían dónde encontrar los "billies" y quisieron salir a explorar. Y como prometieron no cobrarnos nada mientras no estuvieran, los dejamos ir a buscarlos. Bertrand, que era el otro guía, se quedó a cocinarlos. ¡Inmunda cocinal! No era capaz de preparar otro cosa que carne asada. Y casi no cazábamos nada... Nos sentamos a esperar... Al cabo de dos días aún no habían vuelto y decidimos seguirlos. Fué una verdadera suerte. Pensábamos que Pierre ya estaba bastante viejo y que podía haberse accidentado. Levantamos campamento y al día siguiente encontramos un rastro, no muy reciente, de algo que había sido arrastrado... Un rastro como el de una bolsa de papas, sólo que con sangre y cosas así... ¿Sabes?... Y unas huellas de unas patas mayores que las de Gargantúa. Bertrand decía que eran las huellas de un "grizzly", que hacía

años que no aparecían por la región. Y nosotros le creíamos, porque las patas del oso me gustan mucho... Seguimos el rastro casi todo el día y cuando nos fuimos acercando a la sierra decidimos ir con más cuidado. Al llegar al final del bosque vimos que la huella se metía de cabeza en un agujero. No nos animamos a salir al claro y esperamos a que oscureciera. El sol alumbraba directamente la falda del risco y me bloqueaba el "Snidel risco" y me bloqueaba el "Snidel perscope"... La mira electrónica, ¿no? Esperamos como una hora y cuando estuvo bien oscuro prendí el infrarrojo y planté el ojo en la mira... ¡Dios mío! El vibrador de la fuente de alta tensión de la mira zumbaba como un condenado y parecía que iba a despertar al bosque y, Roland... ¡ahí estaba el muchacho contra el retículo!... Había salido de la cueva y estaba recostado contra la pared como un caballerito que espera a la novia. Ni idea de nuestra presencia... Eran como 150 yardas... Te digo que cuando vi los tiros no creía que yo fuera tan bueno... Cuatro tiros, sin apoyo, nervioso como una recién casada y... ni siete pulgadas de dispersión máxima —y miró a Higgins como en espera de aprobación.

—¿Siete pulgadas a 150 yardas? —preguntó cortésmente éste. No tenía la menor idea de si era mucho o demasiado poco.

—Bueno, siete pulgadas el grupo principal de tres balas... Y la cuarta quizá a diez. Pero de cualquier manera te digo que era un grupo excelente —continuó Hastings—. Y cuando nos acercamos con Monroe y Bertrand no queríamos creer lo que habíamos cazado. Un monstruo de tres metros y mucho más de 2.000 libras. Y no fué la única

Capacidad pulmonar

Una avión de caza moderno "respira" en un minuto tanto aire como un adulto en cuatro meses.

MAS ALLA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sorpresa... Tenía una argolla alrededor del cogote, lo que quiere decir, mi querido Watson, que ya lo habían domesticado. Y le habían atado un reloj despertador alrededor de la muñeca... Y en la cueva encontramos una bolsa de plástico llena de comida, que además...

Higgins, a pesar suyo, se sentía interesado.

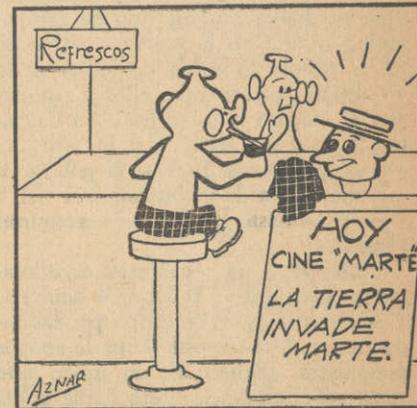
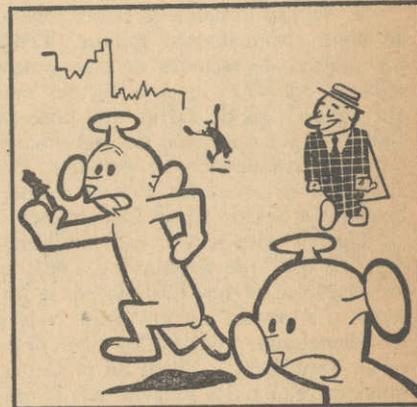
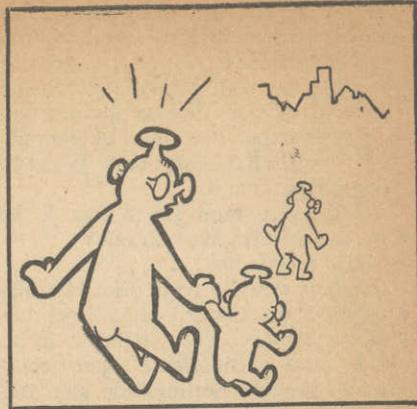
—¿Un reloj despertador? ¿Y comida? —interrumpió—. ¿Dónde están?

—Oh, el reloj despertador, que no era despertador, se lo regalé a Wolf. Tú sabes, ¿no? El mecánico del Observatorio Astronómico. Me dijo que era un modelo grande de esos relojes que se dan cuerda solos, pero que el que lo había hecho sólo se había interesado por la parte de la cuerda automática. Tenía cuatro agujas que daban vueltas como se les daba la gana, pero una daba vueltas casi en hora... un poco más de una por día. Me dijo que para un modelo la precisión era asombrosa. Adelantaba justo ciento quince minutos doce segundos por día... ni un segundo más ni un segundo menos. Pero no encontró manera de hacerlo atrasar y se lo regaló a su chico... Y la esfera estaba llena de una barbaridad de divisiones y dibujitos raros. Algún artesano extranjero con sentido del humor, humor extranjero por supuesto, debió haber hecho el modelo y luego se lo vendió al circo...

—¿Circo? ¿Qué circo? —preguntó Higgins.

—Y... bueno... Yo creo que un oso negro como ése, domesticado y con un reloj pulsera debía de haberse escapado de algún circo. Por eso te dije lo de la indemnización... Pero yo cumplí con la ley y mi conciencia. En cuanto pude saqué un aviso: media página en un diario. Mis dólares me costó. Pero no vino nadie... —contestó Hastings, al parecer algo incomodo. Quedó un segundo pensativo.

—El Wabash Evening Post —agregó luego, como dando por terminado el



tema—. Y cuando revisamos el moral...

—No conozco el diario —le interrumpió Higgins— ¿Qué circulación tiene?

—¡Oh! ¿Cómo diablos quieres que lo sepa? Cuando revisamos el moral...

—¿Cuántos habitantes tiene Wabash?

—Insistió su amigo.
Hastings se miró las puntas de los zapatos y susurró avergonzado:

—Mil quinientos...
Higgins sonrió y nada dijo; Hastings lo observó un instante como esperando algún comentario que justificara su actitud "legal y consciente", pero como éste no llegara continuó con algo menos de entusiasmo:

—El moral lo debía de haber robado de algún campamento militar. Tenía un montón de raciones de emergencia selladas en plástico, una pistola rara que tiraba balas de vidrio, una linterna chiquitita y un montón de cachivaches que no tuve ocasión de estudiar. Por ahí tengo el inventario. Porque cuando llegamos a Seattle fuí al Departamento de Guerra para salvar responsabilidades. Te dije que Bertrand y Louis se lo robaron todo ¿no? Lástima por la linterna. La pistola no era gran cosa y era demasiado grande. No tuve tiempo de estudiarla... Pero en el Departamento eran todos todavía más idiotas que Leblanc. La casa de los misterios... Que no había ningún tipo de campamento militar en la región... Que lo de la pistola lo debía de haber leído en alguna parte porque ellos no sabían que el ejército hubiera hecho nada parecido... que esto... y lo otro... que si quería que fuera a la policía. Y que me dejara de embromar...

—¿Y no leíste los diarios? —preguntó Higgins.

—De pe a pa —contestó orgullosamente Hastings—. Y Monroe también. Y hasta fuimos de recorrida por las redacciones. Monroe está lleno de amigos periodistas. ¿Sabes? Es lo único que tiene en abundancia. Pero nadie había

osido mencionar ni al bicho, ni al moral, ni a su contenido...

—¿Y los guías desaparecidos? ¿Qué les había pasado? ¿Cuándo los encontraste de nuevo?

—¡Ah, es cierto! Con el asunto éste de mis buenos tiros me había olvidado. Bueno... El rastro ese de la bolsa de papas con sangre era Pierre. ¡Pobre! De cualquier manera hubiera tenido que retirarse pronto, ya estaba demasiado viejo para guía... El osito lo había descabezado y enterró el cuerpo en el fondo de la cueva. Ahí no más, enterramos luego la cabeza... debajo del brazo, como el fantasma de Canterville, porque no había lugar para ponerlo estirado... Louis apareció a la mañana siguiente... Nosotros estábamos comiendo los jamones del oso. Estaba desnudo de la cintura para abajo...

—¿Quién, el oso? —preguntó Higgins en tono de broma.

—¡Por supuesto! Digo, no te hagas el gracioso. El osito estaba descalzo hasta el cogote y sólo estaba vestido con el reloj despertador y la argolla. Louis era el que estaba medio desnudo. Hasta que llegamos a Pasco tuvo que andar con un par de calzoncillos largos que le presté... Parece que Pierre se había caído en un arroyo; y cuando Louis fué a ayudarlo se cayó él también. Con el frío que hacía decidieron desnudarse y poner las ropas a secar. Se estaban desvistiendo, entre risas y charlas; pero a Louis con la mojadura se le habían ajustado los cordones de la camisa. Pierre ya estaba desnudo y estaba tratando de desatarle el nudo con los dientes cuando apareció el nene ese. Louis no sabe bien cómo fué, pero cree que a Pierre le sobrevino un síncope cuando vio a mi osito domesticado. Por lo menos él casi se muere del susto... y quería que le diera una indemnización por eso... La cuestión es que el oso entró por acá y Louis salió por allá a todo lo que daba... Y no se animó a volver... ¡Estaba tan seguro que el

oso se había comido a Pierre! Nos encontró por el humo del fuego que había encendido Bertrand... y creo que también por el olor de los jamones... Exquisitos jamones... Nos duraron casi una semana...

Desde la sala de recibo llegó el sonido del timbre del teléfono. Hastings, seguido de Higgins, pasó a la otra habitación. Dejándose caer en el sofá tomó el aparato y gritó:

—¡Hola! —y luego, irguiéndose y con mayor suavidad—. ¿Quién?... ¡Oh! ¿Cómo está usted doctor Leblanc?... Sí... Sí... Ayer le mandé el cráneo para que pudiera estudiarlo mejor... —tapó el micrófono con la mano y susurró a Higgins:

—Es Leblanc que me pide disculpas. Disculpas... —y continuó por teléfono—. ¿Que lo ha clasificado provisoriamente?... ¿Un caso qué?... Tera-tológico, por supuesto... Sí... sí... Insistiré si usted quiere, pero le aseguro que son las originales... ¡Magnífico, doctor!... Por supuesto doctor Leblanc, por supuesto... Siempre pensé que usted era la persona adecuada para el cargo... Encantado... encantado. Buenas noches, doctor Leblanc —colgó el tubo y sonrió satisfecho:

—¡Ya sabía yo! —exclamó luego, mirando a Higgins—. El cráneo lo convenció. Dice que cree que es una mutación del "tracticus ornatus"...

—Una mutación... y del "trenarctus ornatus"; oso negro sudamericano para ti... —corrigió Higgins.

—Lo que quieras. Dice además que es un "usus natura"... Querrá decir que es un oso natural, y no fabricado, como decían antes...

—"Lusus naturae"... Es latín y quiere decir juego o capricho de la naturaleza... —corrigió nuevamente Higgins, distraído, Hastings lo miró con fastidio.

—Que si me dejas terminar podrás enterarte de lo otro que dice —continuó—. Quiere que se lo mande mañana

mismo... Quiere organizar una expedición para ver si podemos conseguir el resto del esqueleto... ¿Dónde habremos tirado los huesos de los jamones?... Que lo va a poner en la sala central, junto al esqueleto del megaterio. Y una chapa con mi nombre... ¡Cuánta amabilidad!... Y que, por favor, averigüe en lo del taxidermista si no es posible... Cuánta suavidad para expresarse, ¿no?... Si no es posible que por un error se haya equivocado de patas. Que las que yo le había mandado montadas eran más parecidas a las manos de un gorila que a las garras de un oso. Y que a lo mejor las patas originales están todavía en lo del taxidermista. Y que no me olvide de asistir a la votación por la rectoría que harán el sábado... ¡Ah! Que por favor le saque una copia dibujada a la inscripción central de la argolla que tenía en el cuello. Una cosa así no más en lápiz, para hacer una clasificación provisoria. La semana que viene me va a mandar al fotógrafo para poder hacer un estudio decente. Quiere mandarla al instituto de lenguas para que le digan en qué está escrito.

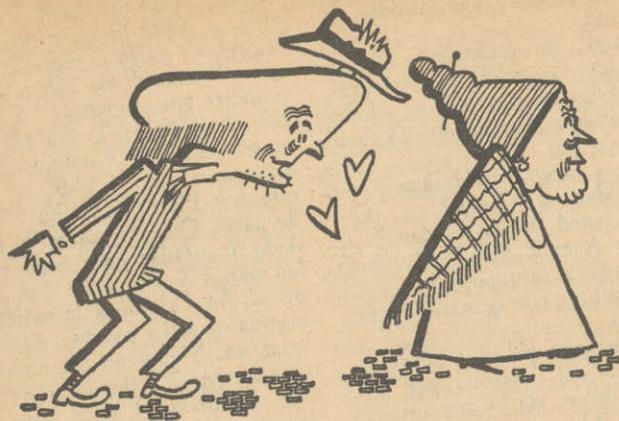
Higgins se levantó.
—Déjame hacerlo a mí —pidió—. Tengo más práctica en el dibujo que tú y quisiera ver la inscripción.

Hastings le buscó un cuadernillo y un lápiz y pasaron a la sala de trofeos. Y allí, de pie, sobre la repisa de la chimenea, mientras la enorme cabezota miraba enigmáticamente al vacío, Roland R. Higgins, titular de la cátedra de Paleología, garrapató cuidadosamente en la primera hoja libre del cuadernillo:

BURR

*Jefe de Exploración
Trigésimoquinta Expedición Zoológica
Interplanetaria.*

Pero Roland R. Higgins, por supuesto, no lo sabía. ✦



¿Un mundo de viejos?

EN este último medio siglo hemos aprendido más acerca de las causas y características de la vejez que en los miles de siglos anteriores de civilización. Pero, a pesar de todo lo que conocemos y de todas las teorías, ideas y descubrimientos, todavía no sabemos la verdadera causa de que nos volvamos viejos. Tomada la población en su conjunto, las leyes del envejecimiento son inexorables, y no hay, por desgracia, ni amnistía ni hábeas corpus que valgan.

Desde los diez años en adelante la susceptibilidad a la contracción de enfermedades aumenta con regularidad asombrosa; por ejemplo: de pulmonía mueren más personas de once años que de diez; más de doce años que de once, y así sucesivamente. Pero no se vaya

usted a asustar por eso. Estos son resultados medios, y las variaciones individuales son enormes. Usted puede llegar tranquilamente a los ciento veinticinco años, sin haber tenido siquiera que sonarse la nariz.

La edad de oro de la salud son los diez años, justo cuando ya pasaron los peligros de la infancia y todavía no se experimentan las consecuencias nefastas del correr de los días. Mueren muchos menos seres humanos de diez años que de cualquier otro edad, y si en toda nuestra vida tuviéramos la misma probabilidad de vivir que a los diez años, ¡la mayoría de nosotros alcanzaría la venerabilísima edad de ochocientos!

Con todo, los progresos de la medicina en este último medio siglo han si-

do tantos que los expertos en seguros de vida pregonan a los cuatro vientos que nuestro planeta se está convirtiendo en un mundo de viejos.

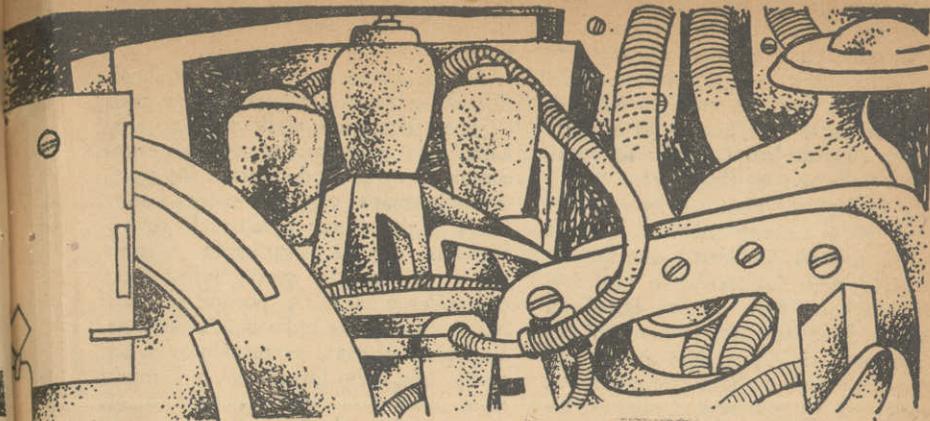
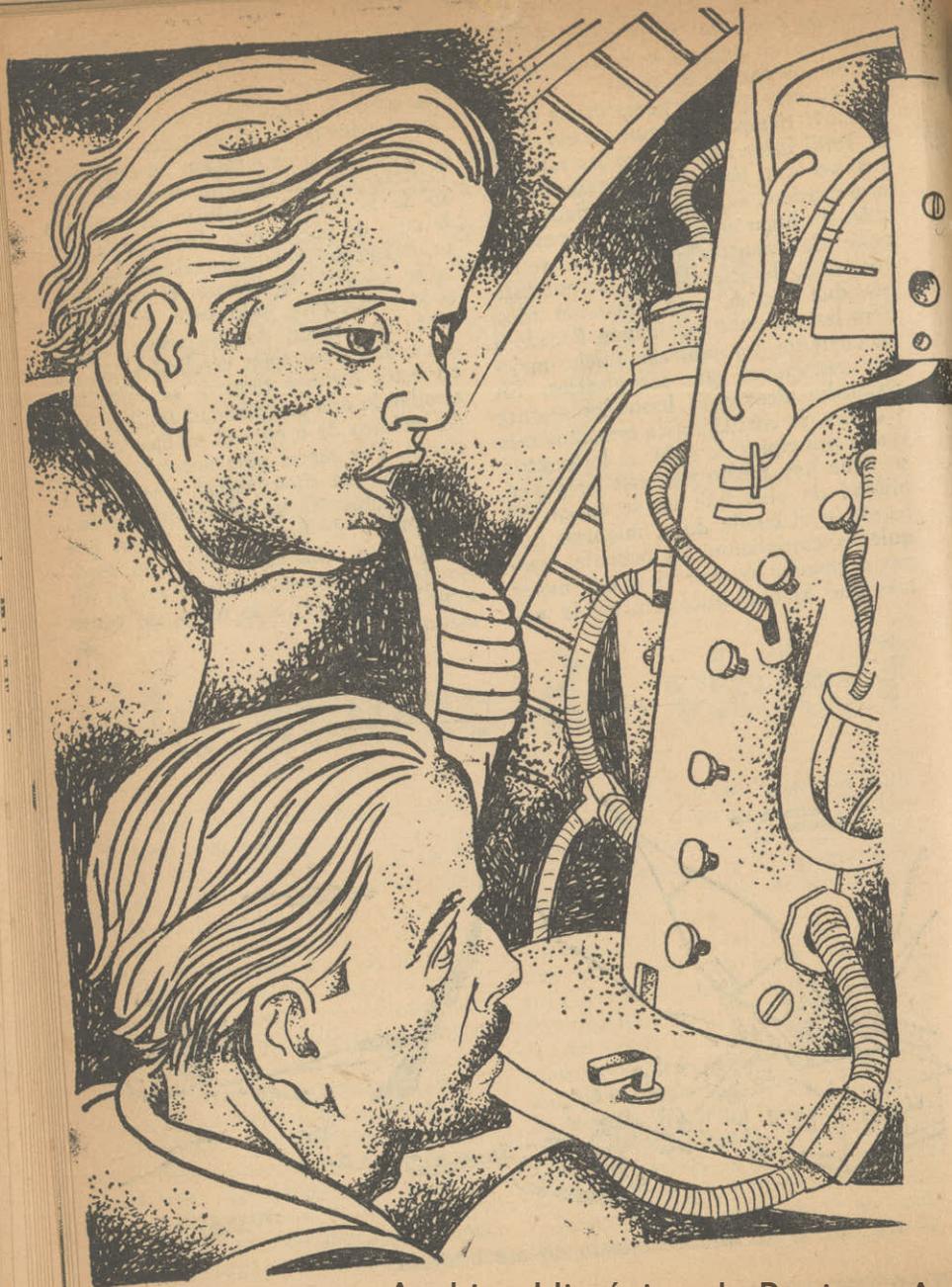
Es cierto que las perspectivas de vivir más tiempo han aumentado desde el 1900 hasta ahora, pero las estadísticas no son tan extraordinarias como uno quisiera. Los más beneficiados han sido, sin lugar a dudas, los jóvenes. Un nene de nuestros días vivirá veinte años más, de acuerdo con las estadísticas, que uno de hace cincuenta años. Pero las personas que hayan llegado a los cuarenta, no están en mucho mejores condiciones que sus abuelos. En promedio alcanzarán hasta los sesenta y cuatro, lo cual significa tres años más que a principios de siglo. A los sesenta se tiene hoy medio año más de probabilidad de vida que en la época del bastón y el cuello duro, mientras que quienes cumplieron los ochenta, apenas si pueden esperar vivir dos meses más que lo que hubieran vivido en-

tonces. Actualmente hay muchísimas más personas que viven hasta los cincuenta, y quizá unos pocos más, hasta los ochenta. Pero los cien los alcanzan los mismos pocos afortunados.

¿Cuál es la explicación de estas estadísticas? La más aparente es que el grueso de la actividad médica se dedica a la cura de plagas que afectan a la parte más joven de la humanidad. La gente se salva de la difteria, el sarampión o la escarlatina, sólo para morir más tarde de cáncer, de afecciones cardíacas o de hemorragias cerebrales. Al fin en estos últimos tiempos se está desarrollando una especialidad análoga a la del médico de niños: el médico de ancianos. Por suerte para nosotros, el interés por esa especialidad crece día a día, e incluso ya ha sido bautizada con el nombre de gerontología. Mas, por ahora, pese a los especialistas en seguros de vida, nuestro mundo no es un mundo de viejos: a lo sumo, de gente madura. ✦



—Ah, no: si no sale ya mismo no me interesa.



MORIR SOLO

por A. PEREZ ZELASCHI

*Un resplandor en el
espacio . . . , y la libertad
del hombre está a salvo.*

ilustrado por OLMOS

FALTA poco tiempo para morir. Nada me queda por hacer, salvo aguardar. Miro las estrellas a través del *vitroacero* —este material tan límpido como el cristalino de un ojo— de la envoltura exterior de la Estación Extraplanetaria. Blancas, amarillas, ligeramente rojizas, brillan clavadas en el espacio helado y sin atmósfera que les quita todo parpadeo. Ellas no perecerán.

MORIR SOLO

Advierto que las palmas de las manos se me humedecen ligeramente, tal vez de angustia. No tengo aún cuarenta y cinco años — el comienzo de la vida para un hombre del siglo XXII — y mi cuerpo se rebela ante su aniquilamiento. Desde luego, es sólo mi cuerpo. Mi voluntad no flaqueará.

La muerte no tiene tal vez importancia, pero cuando sabemos que es nuestra muerte, es inútil que pensemos esto para calmarnos, o que nos repitamos que todo seguirá igual sin nosotros. Precisamente, yo pereceré para que todo siga igual allá en la Tierra, ese mi viejo planeta que ahora veo a miles de kilómetros, brillante, redondo, tranquilo.

Dentro de poco la Estación, y yo con ella, se consumirá en un resplandor de millones de grados de temperatura. Por fortuna, nadie sabrá por qué ocurrió. Nadie debe saber por qué ocurrió.

Hace dos horas que las pantallas de recepción recogen inútilmente los llamados que les envían desde la Tierra: "Estación D, conteste." "Por favor, Estación D, conteste." "Contesten." "¡Contesten!"

Al principio fueron los usuales, intermitentes, para establecer el contacto. Ahora rebotan sin pausa en las pantallas luminosas, y los transformadores acústicos las repiten en toda la Estación:

¡CONTESTEN!
¡CONTESTEN!
¡CONTESTEN!

Nadie responderá. Sólo yo podría hacerlo, pero prefiero concluir en silencio. Sin que nadie lo sospeche allá abajo, habré salvado a esa bella humanidad que por fin, luego de tantos siglos de temores, sufrimientos y odios, vive armoniosamente.

Todos reputarán lo que acontezca como un imprevisible accidente, pero creo que debe ser así. Si sólo pudiera ver, por última vez, a Estrella, mi mu-

jer, y a mis dos hijas... Ellas están allá, casi en los antípodas de esta cara terrestre que gira lentamente.

Ahora amanece en el este de América. Allí, casi a esta hora, o muy poco después, Perla saltará de su camita, y Luz, más perezosa, se agitará entre sueños, sin que la despierten los gritos de su hermana, y, dando media vuelta hacia la pared más oscura de su habitación, seguirá durmiendo. Estrella estará ya de pie, preparándose para descender a la playa, porque le gusta nadar en el agua todavía fría del mar. La fuerza de estos pensamientos es tan vívida que debo levantarme y caminar unos pasos para que no me venga. ¿A qué recordar? No las veré nunca más.

El plazo está por cumplirse. Recién comprobé la aceleración de los átomos β en las reservas. Todo es normal. Los rayos cósmicos apresuran más y más el movimiento de esos átomos artificiales y no creo que pase media hora antes de que todo se consuma en un resplandor incalculable.

También Jager Astral arderá en él.

HACIA diez años que no veía a Jager Astral. Hasta no hace mucho y mientras él estuvo en el Planeta, solíamos conectar con cierta frecuencia nuestros teletransmisores. Nos conocíamos desde hace mucho; fuimos buenos camaradas en la Segunda y Tercera Escuela, y sólo en la Cuarta — donde se forman los especialistas — dejamos de estudiar juntos. Él siguió cursos de electrofísica; yo me apliqué a la neurobiología. Habíamos diferido siempre en opiniones, pero precisamente esta divergencia — en el siglo XXIII ya no peleamos por ello — fortalecía nuestra amistad. Él era un *maquinista*. Amaba las máquinas y pertenecía fervorosamente a esta opinión, que se manifestó principalmente entre los técnicos de la Clase Décima, según la cual debía propenderse al desarrollo ilimitado de la técnica, aunque su pro-

cura esclavizará al hombre, en tanto que los *solidaristas* — yo era uno de ellos — creemos más útil perfeccionar la convivencia social y el equilibrio humano. Finalmente, los *solidaristas* prevalecimos, al demostrar que esto último importa mucho más que todos los avances técnicos soñados, por ejemplo, a mediados del siglo XX, cuando el hombre descubrió y comenzó a aplicar la energía latente en el átomo.

Ahora sabemos que se tardan siglos en agotar las posibilidades de una nueva fuente de aplicaciones técnicas. Por eso nosotros estamos aún en la Era del Atomo, y nos demoraremos en ella tal vez varias centurias.

Las travesías hasta los planetas Téreos y Último, nuestros servidores *robots*, los átomos artificiales β , cuya desintegración regulada nos provee de toda la energía necesaria, marcan desde luego un avance sobre cuanto se conoció en 1943, pero no resultan esencialmente distintos. El uso del petróleo en una simple lámpara o en las complicadísimas usinas de las grandes ciudades del siglo XX, hoy convertidas en escoriales de chatarra y cascote, fueron sólo dos ciclos de un mismo descubrimiento. Más sabios, ya no quemamos las etapas. Las cinco guerras de los siglos XX y XXI enseñaron a los hombres, a punto de sucumbir, que más prudente que acelerar la vida era fundarla en una amplia y equilibrada armonía.

Fruto de esta aparente detención es la humanidad de hoy, en la cual el terror, el hambre y la necesidad no existen; la caducidad y la enfermedad han sido vencidas, y la muerte se recibe sin dolor ni angustia, porque cada uno cumplió con su deber y su destino. Los maquinistas de la Clase Décima constituyeron una pequeña minoría, pero hábil, resuelta y ferviente, como muchas de éstas, y si no prevaleció fué porque todos recordaron cuánto costó ser felices, y decidieron no escucharlos más para seguir siéndolo.

Jager Astral no cambió de opinión.

—No, el hombre no creó a la máquina — solía decirme—. La máquina es una nueva forma de actividad...

—Mecanismo no es vida, Jager Astral.

—Lo será — afirmaba entonces Jager Astral—. ¡Lo será!

Y sus ojos resplandecían con fanática relumbra.

Había en él vanidad y orgullo. Los educadores de la Clase Once lo advirtieron y se esforzaron en corregir esta mala persistencia de rasgos ya casi inexistentes en los hombres del siglo XXIII. Él mismo lo reconoció, y mediante un enérgico impulso sofocó, o pareció sofocar, una y otra tendencia. A los treinta años ingresó en los cuerpos de electrofísicos destinados a las Estaciones extraplanetarias. Pronto llegó a ser uno de sus más brillantes miembros, y más tarde, luego de aportar toda su inteligencia para la insta-

Pasados de moda

AUNQUE los trajes espaciales no han podido todavía utilizarse, es posible que ya hayan pasado de moda. Tal es la opinión de muchos expertos que consideran que un piloto, vestido con traje espacial, es demasiado vulnerable a la acción de los rayos cósmicos en el espacio interplanetario. La única defensa efectiva sólo podría lograrse a través de la astronave, dada la cantidad y el peso del material aislante necesario.

ción de una nueva Estación de la serie con la cual logramos por fin el dominio del espacio (sí, desde luego, en la parte infinitamente pequeña que abarcan nuestro Sol y sus planetas, incluidas las remotas órbitas de Téleos y Último, pero de todas maneras eso es el dominio efectivo del Espacio) Jager Astral, seguido por una veintena de técnicos de la Clase Décima, se dirigió hacia la nueva Estación D, reservada para experiencias electrofísicas, que le había sido consignada y donde le asistía el derecho de retiro, es decir, el de consagrarse a su labor sin desviaciones de ninguna índole y con cuanto necesitara a su alcance.

A partir de esto, nuestras vidas se separaron y no lo vi hasta que una noche, a punto de quitarme la pulsera del telecomunicador, sentí sobre la piel la débil percusión indicadora de que alguien quería hablarme. Giré la perilla y en el disco luminoso que llevaba en la muñeca como antaño los relojes, reconcí, no sin sorpresa, a Jager Astral.

—Salve, Leo Bóreas.

—¡Jager Astral! ¡Salve!

Luego de este saludo universal, comenzamos a hablar. Jager Astral estaba en una villa cercana a las ruinas de la ciudad de San Francisco, destruida en la guerra de los Continentes. Había venido al Planeta para requerir al Consejo Administrador de las Estaciones los medios necesarios para nuevas experiencias. Necesitaba, además, la presencia de un biólogo especialista en biología cerebral y nerviosa y había pensado en mí.

—Yo concluí hace un mes las tareas que tenía asignadas —contesté—. Si el Consejo lo permite, estoy dispuesto, Jager Astral.

—¡Trabajo en algo magnífico! —me dijo, y cuando quise preguntarle qué era, el disco del televisor quedó vacío. Jager Astral había cortado la comunicación. Pensé en sus arrebatos

de nuestros días de la Segunda Escuela, y sin dar importancia a la interrupción, me dormí.

Unas noches más tarde, Jager Astral volvió a llamarme.

—Hablé de ti. El Consejo consiente. Dentro de unos días dispondrás de pasaje en una nave β , que rozará tangencialmente los campos de captación de la Estación D. Mañana parto yo. Hasta la vista, Leo Bóreas.

—Hasta la vista, Jager Astral.

COMO se sabe, unas Estaciones extraplanetarias sirven de punto de partida para los viajes espaciales y otras son inmensos laboratorios. La D, cuyo jefe o primero era Jager Astral, pertenecía a esta última clase.

En ellas, la disciplina es tan rigurosa como en un antiguo convento. Aisladas en el vacío, rodeadas a veces por los campos ciegos —espacios que absorben las ondas de todo transmisor— que sus jefes tienen el derecho de tender en torno a ellas cuando la investigación que realizan lo requiere, sólo espíritus templados pueden soportar algún tiempo. La psiquis, y aun la vida orgánica, suele sufrir cambios profundos, de origen aún desconocido, como si el espacio se vengase de la intrusión. El *vitroacero* es suficiente para mantener dentro de una proporción igual a la de la tierra los rayos cósmicos que allí caen, pero existen otras emisiones —las *ultra*, por ejemplo— venidas desde el fondo de la Galaxia o tal vez de más allá, de perturbadores e inexplicables efectos.

Bien. Unos días después recibí la indicación de embarcarme en la nave β —como a todas, es la desintegración regulada del átomo artificial β la que lo mueve— que en su viaje hacia otra Estación se acercaría tangencialmente a la D. Próximo a ésta, me lanzaría al espacio y ella me tendería sus campos de captación como si yo, o mejor dicho, mi bote espacial provisto de

oxígeno y viandas sintéticas, fuese la hoja que un jardinero acerca con un rastrillo.

El navío β viajó sin novedad hasta un punto donde los registradores comenzaron a percibir débilmente las ondas captatorias de la Estación.

—Nos acercamos a la Estación D. Esté preparado, Leo Bóreas —me transmitieron a mi hermética envoltura.

Aun a través del transmisor advertí la rigidez de la voz de quien hablaba, que sonó de una manera extraña, a la vez soñolienta y mecánica, casi podría decir inhumana. Iluminé a mi vez la pantalla de mi transmisor; mi interlocutor era Dion Áureo, uno de los pilotos.

—¡Ah! Estoy preparado, Dion Áureo. No reconocí su voz.

Los ojos de Dion Áureo eran inexpresivos como dos cuentas de vidrio. Sacudió la cabeza.

—¿Mi voz?

El mismo timbre odioso y rígido:

—Sí.

—No sé... Es algo extraño... No puedo pensar... No puedo...

En eso funcionaron los controles de lanzamiento. Mi bote espacial fué arrojado automáticamente al éter. El navío β se deslizó a mi lado como una exhalación, y en una fracción de segundo desapareció en el planeta natal, flotando en el vacío como un niño en una cuna negra y sin límites. No pude evitar una vívida y momentánea congoja, pero en seguida advertí que los campos de captación de la Estación D me arrastraban ya. Me pareció nacer de nuevo. Ahora sólo tenía que dejarme llevar.

Pronto vi aparecer en el cielo: primero un punto, después una esferilla resplandeciente, por último el enorme hemisferio de la Estación D; y unos instantes después era introducido en ella como una píldora en la boca.

Estoy habituado a las Estaciones laboratorios. En ellas no existe una sola

pieza inútil, y el silencio del espacio parece haberse deslizado en la vida misma de sus moradores. Hasta las usinas de átomos β , que las entibian y proveen de energía, funcionan en absoluto silencio tras sus gruesas paredes de *plomo pesado*. Tal vez un espíritu como el de Jager Astral halle en ellas una especie de fría voluptuosidad. Vivir desafiando al silencio, a la soledad absoluta, a la helada muerte del vacío interplanetario, quizás sirva para que un alma soberbia se pruebe a sí misma su temple.

Por eso, digo, aunque no me atemorizaron sus recintos vacíos, me preocupó, eso sí, comprobar que aquella estación parecía servida por muertos.

Los que abrieron mi envoltura parecían autómatas, y cuando me saludaron con el ¡Salve! usual, sus voces sonaron inflexibles y sordas. No eran, empero, robots de increíble perfección (nosotros no los construimos parecidos al hombre; nuestros robots son máquinas y se parecen a las máquinas), sino seres vivos bajo las enterizas mallas de *aislio* que lo protegían contra la glacial atmósfera interior de la Estación D. Los átomos artificiales no se dilapidan en rescaldar el inmenso recinto. Ellos sólo lo entibian lo indispensable para la vida; los trajes de *aislio* hacen lo demás.

Esos hombres, como dije, semejaban literalmente muertos animados y advertí con inquietud que el pensamiento parecía haber huido de sus frentes.

—Jager Astral os espera, Leo Bóreas.

Yo había oído esa voz horrible desprovista de flexiones.

—Venid.

Dion Áureo... Ésa fué la voz de Dion Áureo. Exactamente ésa fué la voz de Dion Áureo cuando me avisó que entrábamos en los campos de captación de la Estación D. Era algo así como una voz impersonal, que podía colocarse en cualquier garganta. Pen-

no
ve
ta
vi
y
la
p
ta
n
n
r
r
r
r
r
r



saba en esto mientras, precedido por uno de los dos, me deslizaba sobre la calzada móvil que nos llevaba en torno a la Estación.

—Aquí, Leo Bóreas.

Jager Astral vino hacia mí. Era el de siempre, alto, enjuto, de ojos vívidos y frente cóncava y amplia, que parecía habituada a los pensamientos audaces. Como todos en la Estación, vestía malla de *aíslis* verdosa, que sólo dejaba ver su rostro. En bandolera llevaba algo así como un transmisor, cuya naturaleza no pude adivinar.

—Salve, Jager Astral.

EN las Estaciones Extraplanetarias vive y trabaja un número variable de personas —por lo que yo sabía, en la D era un centenar—, casi todas de-

dicadas a tareas de investigación o esenciales. El número de servidores pertenecientes a la Primera Clase, dedicada a tareas manuales, es reducido, pues se procura que las labores que requieran largo tiempo o empeño físico —desde calcular las trayectorias de las naves hasta preparar las viandas —las ejecuten robots. Ello, empero, cuando Jager Astral me llevó a otro recinto circular para proveerme de malla (el frío espacial me penetró hasta la raíz cuando me quité la capa aislante que había traído), no advertí a nadie. Uno tras otro los recintos esféricos que componen la Estación como las burbujas un copo de espuma, estaban vacíos. Se lo señalé.

—No estoy solo —respondió Jager Astral—. Hay ciento seis personas en la Estación. Veinte servidores y ochenta y seis investigadores.

—Sólo vi a los dos que me recibieron.

Jager Astral me consideró un instante.

—Tú perteneces a la Clase Décima. Eres un técnico como yo lo soy. Pues bien, ¿quiénes crees que son?

—Hombres, desde luego.

Jager Astral se rió. Después prosiguió, en tanto encendíase en sus ojos una fanática llama:

—Pues bien. Esos son hombres... que han alcanzado la felicidad.

—Ésta es una palabra vana.

—Tal vez, pero confiesa, Leo Bóreas, que tus queridos *solidaristas* creen poder alcanzarla mediante lo que llaman... educación del individuo. ¡Bah!

Yo me había vestido ya con la malla.

—¿Y no es así?

—No.

—La mayoría de los hombres opina lo contrario.

Jager Astral se encogió de hombros.

—El número no prueba la verdad.

—Y bien, ¿para qué me necesitas aquí?

—Luego lo sabrás. Ahora comamos algo.

Nos sentamos ambos en flexibles almohadones de vidrio ante la frugal refección propia de las Estaciones.

—Trabajo, Leo Bóreas — me dijo de pronto —, en la máquina que asegurará el destino del hombre.

—Ese destino es variable y múltiple, Jager Astral, y ninguna máquina podrá asegurarlo, precisamente porque ellas son inmutables.

Jager Astral se levantó de un salto. Sus manos — unas manos pálidas, delgadas, nudosas, que parecían tener sólo nervios y huesos — se agitaron a unos centímetros de mi rostro.

—¡Imbéciles! ¡Todos imbéciles! ¡Miran y no saben ver! Ah, pero ya os tornaréis cuerdos... ¿Oyes ese rumor, Leo Bóreas?

Sí, yo había percibido un rumor tenue y constante, parecido al de una resaca lejana o de una activa colmena, que no podía precisar de dónde venía. Recordé que Jager Astral estaba allí para experimentar nuevos mecanismos electrónicos.

—Sí.

—¡Acompáñame, entonces, y mira! Lo seguí.

Había, sí, para mirar. El recinto adonde me condujo Jager Astral, situado en el centro de la Estación, era una inmensa semiesfera de paredes de *vitroacero* y piso circular de una materia opaca y negra cuya naturaleza no puedo precisar. Dentro de aquella cúpula había otra, concéntrica, hecha de la misma transparente y dura materia, de tal manera que Jager Astral y yo podíamos andar por el anillo circular de cinco o seis pasos de ancho que mediaba entre ellas como alrededor de un inmenso fanal o campana. Varias escalerillas remontaban esta semiesfera y descendían por el lado opuesto a su arranque, de tal manera que la cúpula interior parecía una media naranja dividida en gajos. Adiviné que su utili-

dad era la de permitir una inspección de cualquiera de los tramos del inmenso mecanismo dispuesto bajo la segunda cúpula.

Era éste una vasta maquinaria, una especie de largo tablero anular de unos cincuenta o sesenta pasos de diámetro y casi tres veces más alto que un hombre, sobre cuyo frente podía contarse un enorme número de mandos, perillas, cables e indicadores cuyo orden parecía repetirse de tanto en tanto. Millares y millares de señales luminosas, verdes, amarillas, rojas, blancas, se encendían y se apagaban con un movimiento que no alcancé a descubrir, pero que indudablemente existiría, pues aquello era una máquina y como tal sujeta a un ritmo inalterable, por más complejo que fuese.

Cuando nos detuvimos ante la cúpula, las luces centellearon más y más, como si los casi infinitos tableros hubiesen enloquecido, y luego de unos momentos de frenesí, su frecuencia retornó a la de antes. Jager Astral había quedado abstraído, casi diría dormido con los ojos abiertos, ante el gigantesco tablero, olvidado de mí y tal vez de sí mismo. Toqué su hombro. Se estremeció y, como si despertara, tardó un instante en reconocermé.

Le señalé la máquina. Entonces, súbitamente, sus ojos retomaron aquella

expresión de fervor que ya le había visto.

—¡Oirás una extraña historia, Leo Bóreas!

Una agitación extraordinaria sacudía a Jager Astral; sus manos temblaban y su voz chirriaba en su garganta contraída.

—Éste es mi trabajo, Leo Bóreas. ¡La Gran Máquina! Estamos solos. Solos tú y yo a miles de quilómetros de la Tierra. Puedo hablar. Nadie me oirá, pues los ciento seis hombres y mujeres que hay en la Estación ya no piensan.

Me asió del brazo hasta causarme dolor.

—¿Quieres verlos, Leo Bóreas?

Juntos descendimos por una rampa móvil a otro recinto crudamente iluminado por paredes de luz. Allí estaban los pobladores de la Estación, alineados como una columnata.

—Estos hombres...

—No están dormidos ni despiertos. Viven, simplemente.

Los dedos de Jager Astral parecían de acero cuando tornaron a cerrarse en torno a mi brazo.

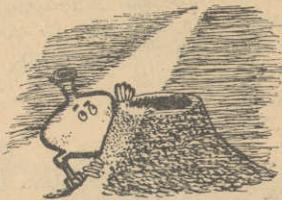
—¿Qué es el pensamiento, Leo Bóreas?

—No lo sé. Nadie lo sabe.

—Pero conoces cómo se transporta, ¿no es verdad?

No es tan muerto nuestro satélite

Uno de los argumentos más importantes para negar la existencia de cualquier clase de vida en la Luna es su carencia de atmósfera. Pero últimamente los astrofísicos empiezan a sospechar que no es así. Khan propuso estudiar el problema mediante la observación de las auroras, pues ya se sabe que si no hay atmósfera la transición entre la noche y el día es brusca. Más recientemente, el doctor Herzberg, del observatorio de Yerkes, propuso un método más sensible, mediante la radiación fluorescente. Veremos si los lunáticos no están solamente sobre nuestro planeta.



—Eso sí. Las ligerísimas diferencias bioquímicas entre una célula cerebral y otra provocan tensiones eléctricas de mínima magnitud, casi imponderables. Por este conducto cada vivencia se une a la otra. Desde luego, esto no es el pensamiento mismo, cuya esencia ignoramos, sino un mecanismo...

Jager Astral se rió.

—¿Y qué me importa a mí cuál es su esencia? Yo soy un técnico de la Clase Décima, no un filósofo. ¡Pues bien! El tren que acarrea un mineral no es el mineral mismo, ¿no es así? Pero si un ladrón se apodera del tren, se llevará también el mineral que él transporta. Aquí sucede lo mismo. Bajo las ondas que esta máquina genera, las diferencias bioquímicas que tú dices son aumentadas y las tensiones aceleradas hasta que escapan del cerebro humano para transmitirse a la memoria infalible y eterna de esta máquina. Ella almacena esas vivencias, las combina sin errar jamás, las devuelve convertidas en órdenes para sus servidores, para estos hombres que ves aquí, cuyos cerebros ya están vacíos y cuya inteligencia reside ahora en la máquina. Ella piensa, Jager Astral, posee voluntad, ella ¡VIVE! ¡La máquina reemplaza por fin al hombre! Al principio yo y mis colaboradores debíamos seleccionar cuáles vivencias le convenían, pero ella ha vaciado ya los cerebros de tantos hombres que elige por sí misma lo que necesita. También por sí misma está aumentando el radio de las ondas con que rastrea los cerebros como lo haría una draga con el fondo de un río... Ya alcanza más allá de la Estación. Algunos pilotos de las naves (yo pensé en Dion Áureo y me estremecí) la han provisto de nuevos conocimientos. Luego los extenderá hacia la Tierra... Para eso está hecha. Dentro de algún tiempo almacenará la memoria, la experiencia, el saber de todos los hombres, y ninguno de éstos deberá preocuparse por nada. Ella

los proveerá de todo, incluso una, dos, cien mil veces, la propia energía que necesite para funcionar. Tal vez podrá prescindir inclusive del hombre... ¡Una máquina eterna en el eterno espacio, Leo Bóreas!

ESA noche supe algo más sobre la Gran Máquina.

Jager Astral había hallado una veintena de hombres decididos a seguirle, los últimos veinte maquinistas, técnicos todos de la Clase Décima, los únicos tal vez dotados de un fervor tan inflexible como para pagar a su ideal algo más que la vida: sus inteligencias, brillantísimas todas. Cuando Jager Astral fué designado jefe de la Estación D, llegó para ellos la hora de realizar su vasto y desorbitado sueño. Con pacientísima astucia y cubiertos por el derecho de retiro, lograron llevar a la Estación experimental cuanto necesitaban. Montaron la Gran Máquina pieza por pieza como si articulasen unas con otras las células de un monstruoso cerebro. Luego, cuando todo estuvo concluido, uno por uno los veinte técnicos le entregaron su pensamiento. Los demás servidores de la Estación D cayeron a su turno. Jager Astral fué el único que quedó.

—Yo seré el último, Leo Bóreas, pero no me sustraeré. Cuando la humanidad entera haya rendido a la máquina su inteligencia y su voluntad, yo, Jager Astral, su creador, le daré también la mía.

Una determinada zona de la Estación, que me señaló cuidadosamente, donde estaban incluidas las reservas de átomos artificiales β —supremo instrumento de vida o muerte que Jager Astral deseaba poder manejar hasta el final—, se hallaba a salvo de las ondas, que no podían atravesar — Jager Astral no sabía hasta cuándo, pues la máquina autoperfeccionaba su poder — las cubiertas que la protegían. Ciertamente y a través de sus servidores

res, la Máquina podía llegar hasta él, pero mi amigo poseía aún el control de la provisión de energía para el mecanismo y podía conectar o desconectar la máquina de una manera sencilla y eficaz con el interceptor que llevaba siempre en bandolera. En cuanto a mí, Jager Astral quería que analizara si todavía quedaba en el cerebro de los *hombres vacíos* alguna parte de conocimiento útil para la máquina. Si me negaba... Jager Astral no dijo más, pero adiviné que me sometería por la fuerza al rastreo que me convertiría en un autómatas, en un robot viviente esclavizado por una máquina monstruosa.

Acepté, porque yo debía vivir, por lo menos, un día más.

ESA noche, cuando vi dormido a Jager Astral, me levanté despacio. El estrecho recinto estaba en la penumbra y el silencio absoluto —ese horrible silencio del espacio, que pocos pueden soportar— agrandaba hasta el más cuidadoso roce de mis dedos. Permanecí un instante de pie, al lado de mi amigo. Jager Astral dormía de espaldas. Uno de sus delgados y largos brazos pendía fuera del lecho.

Levanté mi estilete y lo hundí en su corazón.

Se estremeció, creo que me miró, tal vez comprendió. Dió media vuelta sobre su brazo pendiente, y el inerte peso de éste lo hizo caer en el piso helado. En seguida corté la corriente de la Máquina.

Recordaba bien cuál era el camino

Otro descubrimiento de América

LA máxima velocidad alcanzada por el hombre hasta el momento es de 2.640 kilómetros por hora, o sea más de dos veces y media la velocidad del sonido. El récord lo consiguió el mayor Carlos E. Yeager, que visitó nuestro país en enero de este año, en el avión Bell X-1-A.

hacia los generadores de átomos β . Me acerqué, pues, a las grandes palancas y removí las planchas de plomo pesado que impedían el bombardeo de las reservas de esos átomos artificiales por los rayos cósmicos. Esto bastaría.

Dentro de un par de horas el bombardeo cósmico, el acelerar geométricamente el movimiento de los átomos β , provocarían una inmensa deflagración, donde se fundiría hasta el último resto de esta Estación maldita y de la máquina con que un loco quiso sustituir la voluntad del hombre.

Nadie debe saber que ella existió, porque otro Jager Astral puede nacer mañana. Ni un solo resto de ella debe quedar, porque tal vez alguien podría preguntarse a qué perteneció. Ni siquiera el Supremo Consejo debe conocer su existencia, aunque a él le esté confiado el gobierno de la humanidad, porque la soberbia crece con mayor facilidad en quienes disponen del poder. Yo me quemaré con la máquina, con la estación entera. Átomo por átomo nos disiparemos en el éter y nadie podrá reunirnos jamás.

Un gran resplandor en el espacio, que por un instante parecerá el de un sol, y todo concluirá. La humanidad se habrá salvado.

Faltan pocos instantes para que ello ocurra. Advierto ya la sorda vibración de la Estación. Sus metales están ligeramente tibios... El aire se ha tornado como de verano... Mi rostro arde.

¡Adiós, Estrella! ¡Perla, Luz, adiós!
Rezar. ✦

HUMO en el ambiente



ENVUELTOS por el calor del debate y la humareda de sus cigarrillos, los médicos y los que no lo son, siguen discutiendo nerviosamente un problema que en la actualidad se ha vuelto agudo. ¿Tiene algo que ver el cigarrillo con el cáncer?

Cuando recientemente comenzaron a aparecer los resultados de algunas investigaciones médicas que aseguraban que dicha relación existía, la mayoría de los fumadores se limitó a contemplar filosóficamente el humo de su cigarrillo durante algunos instantes, para seguir luego fumando tranquilamente como si tal cosa; pero las acciones de las compañías tabacaleras bajaron bruscamente. Los expertos de

las compañías de tabaco dicen, sin embargo, que están más molestos que asustados, y que son capaces de echar por el suelo los cargos que se hacen en contra del tabaco, por difícil que parezca esto último.

Veamos los argumentos. El primero de ellos se basa en las estadísticas que muestran el aumento del cáncer de pulmón en los últimos veinte años. En 1933 murieron en los Estados Unidos 3.400 personas a causa del cáncer de pulmón; en 1953, 22.400. Ya que el cáncer es una enfermedad que se manifiesta especialmente en gente de edad madura, una explicación de este hecho sería el aumento del promedio de vida general de la raza humana. Como antes

la gente se moría más joven por otras causas, no tenía tiempo para morir de cáncer. Pero cuando se hacen números, resulta que el aumento de cáncer de pulmón es muchísimo mayor que el que debería ocurrir teniendo en cuenta solamente el incremento del promedio de vida. En cambio, si también se considera que entre 1933 y 1953 el consumo de cigarrillos aumentó cuatro veces, la coincidencia es perfecta.

¿NO SERÁN LOS GASES DE LA COMBUSTIÓN?

A pesar de estas cifras, el cigarrillo todavía tiene su defensa. Y ésta se basa en el hecho de que también ha aumentado considerablemente en los últimos años la cantidad de productos de combustión que el hombre debe respirar en el transcurso de su vida. El aire viciado de las grandes ciudades puede, en la opinión de más de un hombre de ciencia, tener gran parte de la culpa en el aumento del cáncer de pulmón. Cuando las sustancias químicas de que están compuestos dichos gases se aplican sobre la superficie de la piel de las ratas de laboratorio, el resultado es invariablemente cáncer.

MÁS DATOS CONTRA EL CIGARRILLO

El segundo argumento en contra del tabaco es también de carácter estadístico. Se trata de averiguar entre los pacientes afectados de cáncer de las vías respiratorias, cuáles son fumadores y cuáles no. Las investigaciones de este tipo se han sucedido unas a otras en los últimos tiempos, y la extraordinaria regularidad de los datos obtenidos ha sido la causa principal de la repentina atención tributada a tan debatida cuestión. He aquí uno de los resultados típicos obtenidos en este caso por los doctores Sadosky, Gilliam y Cronfield con 2.605 pacientes de Nueva York,

Misuri, Nueva Orleans y Chicago:

CÁNCER DE LABIO. — Este tipo de cáncer se da cinco veces más entre los fumadores que entre los no fumadores. Los datos obtenidos se mantienen tanto para los que se dedican a la pipa, como al cigarrillo o al cigarrillo.

CÁNCER DE LENGUA. — En este caso no todas las especialidades son iguales. La incidencia de la enfermedad para los fumadores de pipa es seis veces mayor que para los no fumadores o los fumadores de cigarrillos.

CÁNCER DE LA CAVIDAD BUCAL. — Se repite la situación anterior. Mientras el cigarro y la pipa juegan el papel de villanos, no hay motivos para acusar al cigarrillo.

CÁNCER DE LA FARINGE. — No parece haber ninguna relación entre el tabaco y el cáncer de faringe.

CÁNCER DE ESÓFAGO. — Si bien los datos hacen altamente sospechosos a todos los tipos de tabaco, no alcanzan en este caso todavía para condenarlos.

CÁNCER DE LA LARINGE. — La conclusión es definitiva e inapelable. Se da cinco veces más entre los fumadores que entre los no fumadores.

CÁNCER DE PULMÓN. — Aquí es donde la asociación entre el tabaco y el cáncer es más evidente. Entre los fumadores se produce siete veces más que entre los que no lo son. Además la incidencia de la enfermedad aumenta con la intensidad del hábito.

RATAS VICIOSAS

Sin embargo, este segundo tipo de estadísticas todavía podía ser rechazado, basándose en el hecho de que no se había establecido ninguna vinculación directa entre los productos que componen el humo y el cáncer. Pero un informe presentado por los doctores Wyndham y Graham, echó por tierra este tipo de argumentación. Pintando repetidas veces la piel de ratas de laboratorios con alquitranes de tabaco, se

provocó en el cincuenta por ciento de los casos cáncer de piel. Por su parte, la Compañía Americana de Tabaco se apresuró a agregar al informe, que investigaciones realizadas sobre piel de ratas no necesariamente tienen que cumplirse en los pulmones de los hombres.

Quizá más convincente todavía que el sistema de pintar la piel de las ratas es el método, también de los mismos doctores, de meter a los animales en una máquina automática para fumar, especialmente diseñada, que los hace respirar continuamente en ambiente lleno de humo. Aunque en realidad no fumaban efectivamente el cigarrillo, se acercaron a ello tanto como la ingeniosidad de los hombres de ciencia lo pudo conseguir.

Si se deja a las ratas en un ambiente así la mitad de su vida, la proporción de cáncer de pulmón aumenta en un tercio comparada con la frecuencia normal de la enfermedad. Experimentos similares realizados durante un período más corto, en cambio, no mostraron ninguna diferencia entre las ratas que fumaban y las que no. Quizá esto

quiera decir que los fumadores que se retiran a tiempo tienen más probabilidades de escaparse del cáncer que los que siguen con el hábito.

ARSENICO Y ACTIVIDAD GLANDULAR

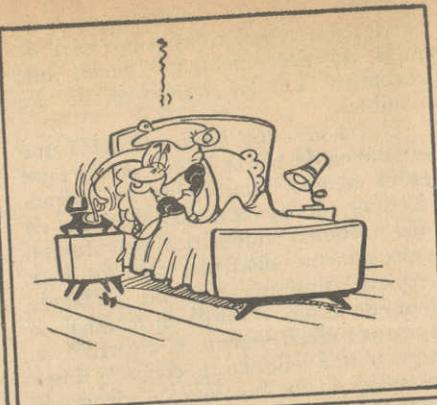
Con todo, la disputa no termina aquí. En defensa del tabaco, otros hombres de ciencia han sugerido que la culpa de todo la tiene cierto tipo de actividad glandular anormal. Esta actividad glandular provocaría por un lado el cáncer y por el otro esa necesidad imperiosa de encender un cigarrillo tras otro. Sin embargo, frente a este argumento surge en seguida la pregunta: ¿Y cuál es la causa de que en los últimos veinte años el número de personas con una actividad glandular anormal se haya cuadruplicado?

Finalmente, otros aseguran que el arsénico que se utiliza para defender las plantas de tabaco de la acción de los insectos, es el principal responsable de la situación creada con el tabaco. Si fuera cierto, el remedio sería bien simple. Si fuera cierto...



HUMO EN EL AMBIENTE

RESFRIO...



CONTESTANDO A LOS LECTORES



MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas que contengan preguntas sobre temas científicos. Algunas de las respuestas se publican cada mes, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se pida de no hacerlo. Las preguntas deberán ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una sola pregunta.

Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Buenos Aires.

¿Es cierto que, cuando la Tierra estaba en formación, era calentada por Venus, además del Sol, pues en las regiones árticas y antárticas se han encontrado restos de bosques?

Ricardo A. Ravera, Rivadavia 6864, Mar del Plata.

No; esa explicación es muy improbable que sea correcta. Los cambios de clima parecen deberse más bien a variaciones en la dirección del eje de rotación de la Tierra durante largos períodos de muchos millones de años.

¿Qué se sabe acerca de las dos estrellas denominadas Enanas?

Gregorio Grillo, Lacarra 140, Capital.

Las estrellas llamadas enanas no son dos, sino muchas, y se denominan enanas debido a su tamaño pequeño. Son en general relativamente frías y oscuras, por lo cual se llaman enanas rojas. Pero hay también otro tipo de enanas blancas, de alta temperatura de superficie y pequeña luminosidad, esto último debido precisamente a que son pequeñas; apenas mayores que las dimensiones de la Tierra. Son estrellas moribundas.

Siendo las distancias interatómicas muy grandes y predominando en el átomo el ente espacio, ¿cómo es que en los cuerpos, es decir, en la materia, no predomina el espacio? ¿Tiene algo que ver la ley de los grandes números en esto?

Néstor Morichetti, Lencinas 457, San José, Mendoza.

Las distancias interatómicas son efectivamente grandes, comparadas con las dimensiones del núcleo y de los electrones; pero observe que son pequeñas respecto de las dimensiones que nosotros observamos. Cien millonésimos de centímetro escapan a nuestra observación. Podemos decir, pues, que la materia en gran parte es vacío, en el sentido de que, si tomamos un centímetro cúbico de un cuerpo sólido, una gran parte del mismo es vacío, y el resto son núcleos y electrones; pero tenga presente que hay muchos núcleos en ese centímetro cúbico, digamos del orden de 10^{22} (un centésimo de cuatrillón). Intervienen, sí, grandes números; pero no tiene en esto nada que ver la ley de los grandes números de la estadística.

En la próxima aparición del cometa Halley, ¿cabe la posibilidad de alguna invasión interplanetaria o bacteriológica?

Jorge Alberto Aso, Rioja 1130, Rosario de Santa Fe.

Si existieran seres inteligentes en dicho cometa y para entonces (1985) hubieren aprendido a realizar viajes interplanetarios, no cabe duda de que podrían realizar la invasión de la Tierra. La mismo cabe decir de nosotros, en lo que se refiere a invadir al cometa Halley. Es un problema técnico que probablemente se logre superar en el futuro. No obstante, hay que tener presente que, en 1910, el cometa (su cabeza), se acercó hasta una distancia de veintitrés millones de kilómetros, es decir, aún estuvo bastante lejos. En cuanto a la cola, pasó muchísimo más próxima; pero, como está constituida por gases muy enrarecidos, no hay que pensar en que haya vida allí.

¿Puede un ser humano, situado en los espacios interplanetarios vacíos, sentir los efectos de los rayos solares?

D. P. Carlos A. Donnó, 25 de Mayo 3136, Santa Fe.

Si; el ser humano, al recibir los rayos del sol, se calentaría, y como no hay aire rodeándolo, solamente se enfriaría por radiación y no por conducción. Por supuesto que el ser humano, para salir de la espacionave, debe protegerse con un traje especial, y convendrá que esté provisto de dispositivos reguladores de temperatura, sea para enfriarlo en caso de sobrecalentamiento, sea para calentarlo en caso de sobreenfriamiento, como podría ser, por ejemplo, mientras la nave viaja por la sombra de algún planeta. Ahora bien, que los rayos solares tengan que entregarle calor al vacío eso es conceptualmente falso. Por nuestra parte, sentimos el efecto calorífico de los rayos solares, tanto por conducción a través del aire que

nos rodea (que ha sido calentado por los rayos), como por absorción directa de dichos rayos, cuando nos exponemos al sol.

¿Por qué una nave espacial no sería atraída por el Sol, al salir de la gravedad de la Tierra?

Daniel A. Narvaja, Avenida Belgrano 2556, Capital.

La fuerza de gravitación debida a los astros y planetas actúa siempre a cualquier distancia que se esté de ellos, pero disminuye inversamente el cuadrado de la distancia. Ésa es la razón por la cual un cuerpo, cerca de la superficie de la Tierra, sufre la atracción de ésta y no la del Sol. Además, la espacionave posee su propio mecanismo de propulsión, con el cual puede superar la fuerza de atracción, no sólo de la Tierra, sino, eventualmente, del Sol. Los cálculos demuestran, por ejemplo, que, para salir de la esfera de atracción de la Tierra, basta una velocidad de 11,5 kilómetros por segundo, o sea, un poco más de 40.000 kilómetros por hora.

¿Qué es lo que produce una reacción en cadena, causando la destrucción de la Tierra?

Juan Carlos Boretti, French 3547, Cap.

Me imagino que usted se refiere a la reacción en cadena que se produce al funcionar la bomba atómica. Pues bien, consiste en lo siguiente: cada proceso de fisión de un núcleo de uranio, producido por el choque con un neutrón, da lugar a la liberación de dos o tres neutrones más, los cuales, a su vez, pueden producir nuevos procesos de fisión. Esta multiplicación de neutrones es lo que se llama una reacción en cadena. En cuanto a la destrucción de la Tierra, podría producirse con unas cuantas bombas nucleares de suficiente poder.

He leído que un sabio tiró dos bolas distintas, una más grande que otra, desde la torre inclinada de Pisa, y que, a pesar de la diferencia de peso, ambas bolas llegaron juntas al suelo. ¿Por qué sucede esto?

Carlos J. Dellacha, General Hornos 580, Capital.

El sabio era Galileo, y el fenómeno se explica muy fácilmente y puede experimentarlo usted mismo en cualquier momento, dejando caer desde unos metros de altura dos objetos, uno de hierro y otro de madera, por ejemplo. Verá que ambos llegan al suelo al mismo tiempo. La explicación es la siguiente: la aceleración de la gravedad es constante e independiente de las masas de los cuerpos en caída. Usted también podría imaginarse que los cuerpos no caen, sino que es la Tierra la que está subiendo y encuentra a los dos cuerpos juntos, bien entendido que no es ésta la explicación del fenómeno, sino que, desde el punto de vista de la relatividad, el campo gravitatorio puede sustituirse por un sistema con aceleración.

¿Es posible construir una máquina que aproveche el calor del Sol para impulsar una aeronave, aprovechando la propiedad de producir ionización?

Federico H. Acosta, 17 de Octubre 752, Las Heras, Mendoza.

No parece posible utilizar la propiedad que posee el Sol de ionizar, para propulsar una aeronave. El calor del Sol no es suficiente para ionizar en proporción tal que pueda servir como agente de propulsión. Los rayos ultravioleta (que también se encuentran en la radiación solar), sí, pueden ionizar mucho; pero tampoco se ve cómo se podría sacar provecho de esa propiedad. Quizás si usted aclarara más su idea, podríamos responderle con más precisión.

¿Por qué una persona, estando al garete de una nave cohete que viaja a gran velocidad, no se separa estando en el espacio?

Roque Bernardi, Avenida Jorge Ortiz, San Jorge, F.C.N.B.M.

Recuerde que, si bien el efecto de pérdida de peso se manifiesta en la espacionave, no ocurre lo mismo con la inercia. Ésta subsiste; por lo tanto, por más que un tripulante se aleje unos metros de la nave, seguirá su viaje cerca de ella, debido a la inercia.

¿Cómo se encara el problema del aporcionamiento de una astronave desde el satélite artificial, en la contingencia de que, al depositarse la nave cohete sobre el satélite, pierda éste la condición de equilibrio a la que lógicamente debe estar sometido?

Roberto E. Cunningham, Calle 9, Nº 573, Eva Perón.

La astronave no necesita posarse sobre el satélite, sino simplemente adquirir la misma velocidad que éste, y entonces se procede al traspaso de combustible. No hay, pues, ningún problema de estabilidad, y de todos modos, cualquier pérdida de la misma podría inmediatamente compensarse por medio de los mecanismos de propulsión y estabilización de la espacionave.

¿Se acabará algún día el oxígeno de nuestra Tierra?

Gilberto Luciani, Ayacucho 694, Guadalupe, Santa Fe.

Los árboles y las plantas en general, transforman el anhídrido carbónico en oxígeno, por el proceso de fotosíntesis, de manera que el oxígeno consumido por los seres vivos se regenera de ese modo. Mientras las condiciones físicas de nuestro planeta sigan siendo como en la actualidad, no tiene por qué agotarse el oxígeno.

CONTESTANDO A LOS LECTORES

MÁS ALLÁ

¿Cuál es la opinión más aceptable, entre los hombres de ciencia y en los mejores libros de astronomía, sobre el principio del Universo y también sobre el tamaño y extensión del Universo?

Héctor Chialva, Riccheri 261, Tandil.

Una de las hipótesis más aceptadas, aunque también combatida por numerosos astrónomos y astrofísicos, es la de la "expansión del Universo". Según ella, hace varios miles de millones de años, la materia que componía el Universo sufrió una gran compresión, como consecuencia de la cual se produjo una ulterior expansión, que aún continúa en nuestros días. La Tierra puede haberse formado a consecuencia del pasaje de alguna estrella lo suficientemente cerca del Sol como para producir una gigantesca marea, levantada en la superficie del astro, por acción de la gravitación de la estrella viajera, que habría pasado a una distancia de varios diámetros solares. La edad estimada de la Tierra es de unos tres mil millones de años. En cuanto al tamaño del Universo, tampoco hay acuerdo entre los astrofísicos: Eddington lo calculó en diez mil millones de años luz, y Hubble, en cien mil millones; ello depende también del modelo de "universo" que se acepte, y sólo la experiencia podrá decidir al respecto. Se lo ha supuesto "esférico" (el equivalente en tres dimensiones de la superficie esférica, es decir, hay que imaginarse un espacio de tres

dimensiones curvado respecto de una cuarta dimensión); también se lo ha supuesto "hiperbólico", sin que se haya aún podido decidir al respecto, aunque se espera que, con ayuda del telescopio de Monte Palomar, será posible tener una idea más concreta sobre este problema, así como también sobre si el "universo curvo" es cerrado o no.

Quisiera saber qué es el Planetario Hayden.

Ernesto Jorge Munetto, Paraguay 523, Capital.

Es un instrumento que reproduce los complejos fenómenos del cielo, es decir, nos muestra las estrellas visibles a simple vista, el Sol, los planetas y la Luna, y el lugar que ocupan en el cielo en cada instante de cualquier año, de cualquier siglo y para cualquier población terrestre. Se encuentra situado en el Museo de Historia Natural de Nueva York, en el edificio denominado también Planetario Hayden.

¿Para qué sirven las puntas de las astronaves?

Jorge C. Morhain, Máximo Paz.

Por lo pronto, para facilitar la subida en la zona donde hay atmósfera, es decir, los primeros treinta kilómetros. Además, para facilitar la realización de maniobras en el espacio, tomando el eje de la astronave como línea de orientación.



Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: B. — El vidrio es un líquido aparentemente sólido. Su carácter líquido aparece, por ejemplo, en el hecho de que no tiene punto de fusión. Cuando se lo calienta, se va ablandando lentamente hasta poseer la fluidez de los líquidos comunes.

Respuesta Nº 2: D. — El óxido de carbono. Todos los demás son componentes más o menos importantes del aire que respiramos, y sería por tanto muy molesto que fueran venenosos.

Respuesta Nº 3: A. — El alcohol. Ésa es la razón por la cual los termómetros para medir bajas temperaturas utilizan alcohol en vez de mercurio. Este último se solidifica a los 39° centígrados bajo cero.

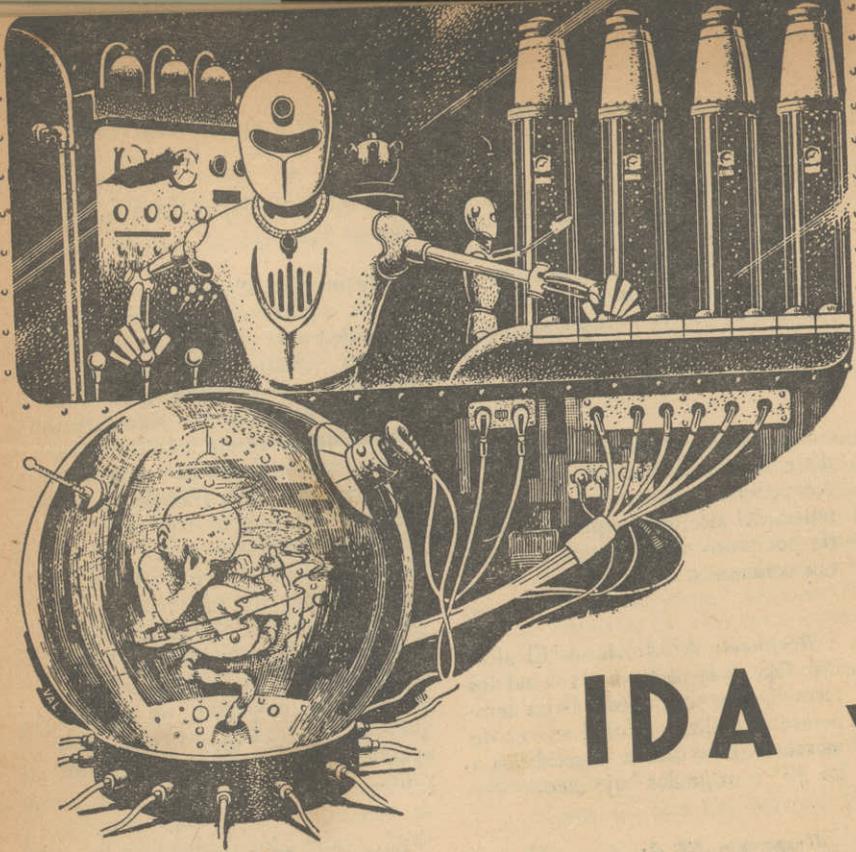
Respuesta Nº 4: A. — Venus. Cuanto más cerca están del Sol, más velozmente se mueven en sus órbitas los planetas, como ya lo expresara Képler en una de sus leyes.

Respuesta Nº 5: A. — El hierro es el elemento más abundante. De acuerdo con los cálculos, casi el 40 % de la Tierra está hecha de hierro. Por desgracia para nosotros, éste está concentrado casi todo en el centro de la Tierra. En la corteza terrestre, que es la zona que más interesa al hombre, sólo apa-

rece en una proporción algo superior al 4 %.

Respuesta Nº 6: C. — No se puede conocer al mismo tiempo la velocidad y la posición de un cuerpo, con exactitud. Este principio fue enunciado por Héisenberg en 1926, y desde entonces ha sido fuente inagotable de interminables controversias, tanto dentro del terreno de la física como de la filosofía. Según algunos, el principio expresaría una propiedad intrínseca de los objetos, algo así como que un cuerpo no puede ocupar un solo lugar en el espacio y moverse al mismo tiempo. Según otros, simplemente relegaría ciertas características de nuestros aparatos de medición, de manera que, si se lograsen inventar otros aparatos, el principio dejaría de ser válido.

Respuesta Nº 7: D. — Hasta hace poco los hombres de ciencia que se interesaban por el origen del hombre consideraban el Asia Central como la cuna del hombre primitivo. Esto no era de extrañar, ya que los restos humanos más antiguos habían sido descubiertos allí. Pero los últimos descubrimientos en África del Sur han alterado completamente el panorama, y hoy en día se considera que es desde esta última zona de donde partió el hombre con los atributos de los otros animales.



Por fin se había logrado el modelo 63. Pero, ¿quién podía entrever las consecuencias de su inusitada perfección?

por H. B. HICKEY

ilustrado por ED VALIGURSKY

¡ATENCIÓN! Saliento de mil altoparlantes estratégicamente colocados, la voz llegó como el estampido de un trueno.
—¡Atención! ¡Detengan el trabajo! Con ruido semejante al de un terremoto, al de un alud o al de las olas del mar enfurecido, las máquinas se detuvieron. Los tanques dejaron de burbujear, y los tubos se oscurecieron.
En toda la inmensa soledad de la fábrica, que se extendía por kilómetros iluminada cenitalmente, no se pudo escuchar el menor sonido. Las máquinas de trescientos metros de alto y tres

mil de largo se detuvieron y esperaron. En los tanques, cada uno capaz de contener un millón de galones, el líquido reposaba formando napas rojizas.

—Un anuncio importante —tronó la voz de los altoparlantes—: ¡se han completado las pruebas finales del modelo 63!

El silencio no se alteró, pero era ahora un silencio de expectativa, tenso y ansioso.

—¡Hemos triunfado! —dijo la voz—. ¡Nuestras esperanzas han sido superadas por los resultados!

Pandemónium. Chocar de metales contra metales, multiplicados mil, un millón, un millón de millones de veces, que resonaban y eran devueltos por los ecos. Poco a poco el estrépito se fué apagando hasta desvanecerse completamente.

—Sí —dijo la voz, algo más serena

IDA Y VUELTA

esta vez—. Éxito. En el año 20.362 lo hemos conseguido. Sin temor a exagerar podemos decir que desde la aurora de los tiempos, desde aquel día legendario y sin memoria en que fuimos creados, no ha existido nada semejante al modelo 63. Pronto conocerán todos los detalles; pero, por el momento, bastan estos tres hechos: el modelo 63 no requerirá atención, funcionará eficientemente con cualquier combustible asequible y se reparará a sí mismo. Además se ajustará automáticamente a cambios increíbles de temperatura.

La voz calló, y el pandemónium se desató nuevamente. Por último la voz volvió a resonar sofocando todos los demás ruidos.

—Apenas es necesario aclarar que la producción es bastante alta y que por lo tanto el modelo 63 estará al alcance de todo el mundo. Y ahora, todo está listo. Las heliografías y el material están siendo suministrados a las máquinas. ¡Al trabajo!...

En la fábrica, el líquido rojizo burbujeara en los tanques, ascendía por los sifones y era atravesado por los rayos que manaban de los grandes tubos de vacío. A través de las máquinas y de las prensas, los sólidos se deslizaban y eran arrollados, golpeados y pulverizados. Y había de todos los gases necesarios.

Oxígeno, hidrógeno, cloro, cobalto, cobre, hierro, calcio, fósforo, sodio y potasio eran combinados, divididos, separados y vueltos a unir entre sí por millones de voltios de luz artificial.

Las maquinarias rugían, tronaban y retumbaban. Y el estrépito era semejante al del primer día de la Creación.

En la oficina de control no había ruido, pero, sí, igual actividad. Allí una luz indicaba lo que un obrero no hubiera podido ver: que la prensadora X-B estaba prensando la cubierta con un espesor inframolecular. Una luz anaranjada indicaba el descenso de un millonésimo de grado en la temperatura del tanque Q-9.

La orden emanó inmediatamente del altoparlante:

—Trabajador R-7, aumente un millonésimo. Obrero V-2, aumente un microvoltio la presión.

Porque no podía haber el más insignificante error: el modelo 63 debía resultar perfecto.

Y en la oficina de distribución se escuchaba el resonar de máquinas menores y palabras, palabras y palabras. Había que dar a conocer el acontecimiento. Por todos los medios posibles había

que difundir las noticias acerca del modelo 63.

Todos las debían conocer, para que todos estuvieran preparados.

¡POR FIN EL MODELO 63!

¡VÉALO, ÓIGALO, PRUÉBELO!

¡NINGÚN HOGAR SERÁ COMPLETO SIN ÉL!

Y las noticias se divulgaron. ¡Por primera vez al alcance de todos!

Perfección.

Modelo 63; perfecto; definitivo; capaz de hacer todo, y cada cosa, mucho mejor de lo que había sido hecho anteriormente. Perfección.

¡Se atiende a sí mismo; se alimenta a sí mismo; se dirige a sí mismo!

Increíble, pero verdad. Ninguna máquina, ningún robot podía hacer lo que el modelo 63 podría hacer.

Y el modelo 63 salió del tronar de la sección de producción, pasó la severidad de la sección de control y fué distribuido por la sección de distribución. De a cientos, de a miles, de a millones salieron, fueron probados y distribuidos.

¿Cuál es el rendimiento de su automóvil?

No hay duda de que es sumamente cómodo y agradable disfrutar de un moderno automóvil último modelo, y muchos de aquellos que lo poseen, se enorgullecen de la belleza de las líneas y la eficacia de su máquina. Mas no presumirían tanto si conocieran algunos secretos que sólo pertenecen a los técnicos. Uno de éstos es el rendimiento del combustible. ¿Sabe el lector cuánto, de la energía que le entrega a su coche como nafta, le devuelve el mismo como trabajo útil? Solamente el 8 %. Si la totalidad de la energía entregada fuera aprovechada, su coche caminaría una distancia 12 veces mayor que la que recorre actualmente, vale decir que el lector, con 20 litros, podría recorrer aproximadamente 1.400 kilómetros: la distancia que une a Buenos Aires con Jujuy. El resto de la energía se disipa por: refrigeración (40 %); frotamiento en la transmisión (2 %); frotamiento del motor (2 %); frotamiento del gas (20 %), y combustión incompleta del combustible (20 %). Si queremos mejorar este estado de cosas, lo más aconsejable es empezar por estudiar las condiciones que aseguran una más eficiente combustión de la nafta. Si los ingenieros en automóvil consiguen evitar estas pérdidas, el rendimiento del combustible subirá de 18 a 20 km. por litro.

A los salones de exposición de todo el mundo, los robots vinieron, aquel año de 20.362, para completar, solos o en grupos, con sus grandes cuerpos de metal resplandeciente y sus voces metálicas, el producto de la fábrica: el modelo 63.

Era increíble que una piel tan delgada y tan suave pudiera ser tan duradera, que ojos tan débiles y agua-chentos pudieran ver bien, que un cerebro construido con materiales tan inferiores pudiera funcionar de esa manera.

Pero allí estaba el modelo 63, el humanoide, que podía hablar, caminar, sentarse; en una palabra: era capaz de hacer todo lo que se había prometido que haría.

Y lo más increíble de todo: el nuevo modelo podía reproducirse por sí mismo.

De a millones los robots vinieron, y se llevaron modelos 63, y se admiraron nuevamente del ingenio del robot.

Pero algunos, viendo lo que el robot había creado, sintieron una punzada de miedo. ✦

El tamaño de los átomos



Todos sabemos que el átomo es un universo inconcebiblemente pequeño, pero no se alcanza a saber hasta qué punto si no se establecen algunas comparaciones, pues el hombre no está capacitado para intuir lo infinitamente pequeño ni lo infinitamente grande. Un procedimiento adecuado pertenece al terreno de la fantasía y consiste en suponer que nuestro Universo va sufriendo sucesivos agrandamientos, de manera que llegue un momento en que las cosas invisibles, como los microbios y átomos, puedan empezar a hacerse visibles. ¿Cómo será en ese caso el tamaño de los objetos comunes? Un cálculo adecuado permite responder a estas preguntas.

Imaginemos primero que el Universo sufre un agrandamiento de cien veces. Entonces, los hombres se convertirían en gigantes tan grandes como rascacielos, las avispas en terribles bestias grandes como toros. Pero el átomo seguiría invisible.

Otro aumento de cien veces. Los seres humanos alcanzarían el tamaño de montañas, la avispa tendría varios centenares de metros, el cabello sería de un metro de espesor, los microbios ya serían objetos visibles, pues su tamaño alcanzaría a un centímetro. Pero los átomos no serían aún visibles.

Otro agrandamiento de cien veces. El cabello tendría un espesor de 100 metros, los microbios empezarían a ser temibles bestias de un metro de largo... y recién entonces los átomos empezarían a hacer notar su presencia, con el modesto diámetro de un décimo de milímetro.

Otra dilatación de cien veces. El átomo de hidrógeno sería por fin bien visible, pero al mismo tiempo el grueso de un cabello alcanzaría a los 10 kilómetros, los microbios serían horrendos monstruos de una cuadra de largo, y una bola de billar habría adquirido la magnitud de la esfera terrestre...

LAS CAVERNAS DE ACERO

TERCERA PARTE



RESUMEN DE LO ANTERIOR

La colonización de la Galaxia se ha detenido. Los ocho mil millones de terrestres viven encerrados en grandes ciudades cubiertas, con una cultura tan especializada que ya no pueden separarse de ellas y establecer colonias en nuevos mundos vírgenes. Por otra parte, los cincuenta Mundos Exteriores (colonias galácticas, establecidas siglos atrás por una Tierra que no se había endurecido aún dentro del molde de su cultura) se

han convertido en sociedades poco pobladas por seres de larga vida, que hacen gran uso de los robots en su economía.

Un grupo de espacianos (hombres de los Mundos Exteriores) idealistas, que desean que la humanidad vuelva a su política de expansión y crecimiento, han establecido una misión en Villa del Espacio (colonia situada en las afueras de la ciudad de Nueva York), y tratan de introducir más robots en las ciudades de la Tierra. Al hacerlo así, confían en crear una clase de hom-

por ISAAC ASIMOV

ilustrado por EMSH

Baley no tenía ya que salvar a la Tierra... En realidad, le habían dicho que no lo hiciera. ¡Pero cuando un hombre se cree capacitado, acomete cualquier empresa!



bres sin trabajo, dispuestos a dejar la Tierra para ir a otros planetas.

El plan no funciona. Lo que ocurre en realidad es que los terrestres están formando organizaciones medievalistas, dedicadas a una filosofía antirrobótica y antiespaciánica, que creen que la salvación de la Tierra reside en el modo de vivir primitivo, anterior a las ciudades. La filosofía es atractiva. El mismo JULIO ÉNDERBY, comisario de policía de la ciudad de Nueva York, usa anticuados anteojos y tiene una verdadera ventana en su oficina.

El conflicto entre los terrestres y los espacianos llega a su punto culminante con el asesinato del doctor ROJ NEMENÚ SARTON, espaciano notable, muerto al parecer por un medievalista.

El detective ELÍAS BALEY, encargado de la investigación, se ve obligado a aceptar un compañero espaciano, llamado R. DANIEL OLIVO (la erre inicial significa robot). No obstante, R. Daniel está tan bien fabricado, que es casi imposible descubrir que no se trata de un ser humano.

El comisario Enderby hace comprender a Baley que si éste fracasa en el esclarecimiento del crimen, no solamente podrá dar lugar a complicaciones interestelares, sino que apresurará también el reemplazo gradual de los miembros humanos del Departamento de Policía por robots apropiados. En la actualidad existen ya robots más sencillos, como R. SAMMY, que hacen de ordenanzas en las oficinas.

Eso significaría la "degradación" para hombres como Baley. La degradación implica la pérdida de todos los privilegios especiales y la reducción a un ínfimo nivel de existencia. Baley teme una situación así, especialmente porque su padre fué degradado cuando Baley era niño, y los resultados fueron trágicos para toda la familia.

Baley trae a R. Daniel a su departamento. Por el camino, el robot, con su rápida intervención, impide un motín antirrobótico en una zapatería. La esposa de Baley, JESSIE (su nombre completo es JEZABEL, pero después de una pelea con su esposo acerca de la personalidad y el carácter de la Jezabel bíblica, no lo usa ya), se entera de que R. Daniel es un robot; lo ha sabido por una fuente exterior no especificada. Jessie insta a Baley a abandonar el asunto, aunque sea presentando su dimisión en el Departamento.

En vez de renunciar, Baley va a Villa del Espacio y acusa allí a los espaciales de haber inventado un falso crimen para satisfacer sus tortuosos fines. Los acusa de haber presentado al comisario de policía Enderby, que se hallaba en Villa del Espacio cuando ocurrió el crimen, un "cadáver" que era, en realidad, los restos de un robot humanoide. Mientras tanto, según declara Baley, el verdadero doctor Sarton, supuesta víctima, se hacía pasar por el robot R. Daniel Olivo.

El mismo R. Daniel le demuestra el error de su teoría, abriéndose partes del cuerpo, para mostrarle su

interior mecánico. Baley se ve forzado a buscar otra solución.

Más tarde, en el mismo día, él y R. Daniel se ven perseguidos por un grupo de fanáticos medievalistas, de los cuales escapan haciendo uso del rápido sistema de tránsito de Nueva York y atravesando una de las fábricas de energía nuclear de la ciudad.

En un último intento de demostrar que los terrestres no están complicados en el asesinato, Baley consulta con el doctor GERRIGEL, un roboticista, para saber si R. Daniel puede ser un robot diseñado sin la primera ley de la Robótica, en la cual se declara que un robot no puede dañar a un ser humano. Baley tiene la teoría de que R. Daniel mató tal vez al doctor Sarton y ocultó el arma asesina en el único lugar donde no miró nadie, o sea, en el interior del propio cuerpo del robot. El doctor Gerrigel le asegura a Baley que eso se es imposible.

En la soledad del despacho del comisario (Enderby se encuentra ausente en esos momentos), R. Daniel cambia la situación, investigando las actividades de Jessie, esposa de Baley. ¿Cómo se enteró ella de que R. Daniel es un robot? La acusa de ser miembro de una organización medievalista secreta. Baley lucha furiosamente contra la acusación, ya que si ésta fuera cierta, significaría la degradación para ambos cónyuges. Mientras Baley está argumentando, R. Sammy, el ordenanza robot, anuncia que Jessie, en estado de gran agitación, desea ver a su esposo.

CAPÍTULO XIV

BALEY permaneció en pie, inmobilizado por la impresión, mientras Jessie corría hacia él y lo estrechaba en sus brazos.

Con pálidos labios, Baley pronunció una palabra.

—¿Bentley?

Ella alzó los ojos y meneó la cabeza.

—Está bien.

—Entonces, ¿qué?

En medio de un torrente de sollozos y con voz tan baja que era apenas audible, Jessie dijo:

—No puedo seguir así, Lije. No puedo dormir ni comer. ¡Tengo que decirte!

—No me digas nada —le contestó angustiado Baley—. ¡Por amor de Dios, Jessie, no lo hagas ahora!

—Tengo que hablar. He hecho algo terrible...

Baley exclamó, desesperado:

—No estamos solos, Jessie.

Ella alzó los ojos y miró a R. Daniel, sin reconocerlo. Las lágrimas que inundaban sus ojos evidentemente re-fractaban las facciones del robot convirtiéndolas en un conjunto de rasgos informes.

—Buenas tardes, Jessie —dijo R. Daniel.

Ella ahogó una exclamación.

—¿Es él... el robot? —se pasó el dorso de la mano por los ojos; se soltó del brazo de Baley; respiró a fondo, y, por un momento, una trémula sonrisa apareció en sus labios—. ¿Es usted, no?

—Sí, Jessie.

—¿No le importa que le llamen robot?

—No, Jessie. Es lo que soy.

—Y a mí no me importa que me llamen estúpida y loca... y agente subversivo, porque es lo que soy.

—¡Jessie! —exclamó Baley.

—Es inútil, Lije —dijo ella—. Más vale que lo sepa... Es tu compañero. No me importa ir a la cárcel. No me importa que me envíen a los niveles más bajos y me alimenten de fermento crudo y agua. No me importa si no me... No les dejarás, ¿verdad, Lije? ¡No les dejarás que me hagan nada! ¡Estoy asustada!

Baley le dió una palmadita en el hombro y la dejó llorar. A R. Daniel le dijo:

—No se siente bien. No podemos retenerla aquí. ¿Qué hora es?

R. Daniel le contestó, sin consultar visiblemente ningún reloj:

—Las catorce, cuarenta y cinco.

—El comisario va a volver de un momento a otro. Más vale que pidamos un auto patrulla. Podemos hablar mejor de esto en la autovía.

Jessie levantó la cabeza.

—¿En la autovía? ¡Oh, no, Lije!

Baley le repuso en el tono más suave que pudo imaginar:

—Vamos, Jessie, no seas supersticiosa. No puedes ir en el expresovía tal como estás. Sé buena chica y cálmate, o, si no, ni siquiera podremos atravesar la oficina.

Cómo saber si los planetas tienen atmósfera

SI la "velocidad de escape" de un planeta es cuatro veces mayor que la velocidad media de las moléculas del gas que constituye su atmósfera, ésta tardará 50.000 años en irse por completo; si es cuatro veces y media mayor, tardará 30.000.000 de años, y si es cinco veces mayor, se necesitarán veinticinco mil millones de años. Éste es, pues, uno de los métodos para saber, por cálculo, qué planetas tienen atmósfera y cuáles no. Todo se reduce a calcular sus respectivas velocidades de escape, para lo cual basta conocer la masa y el diámetro del planeta, y la velocidad media de las moléculas que constituyen su atmósfera, la cual se calcula conociendo el peso molecular y la temperatura. Así es como se ha podido saber en seguida que los planetas grandes (Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno) tienen atmósferas mucho más densas que la de la Tierra.

ELLA se enjugó la cara con un pañuelo húmedo y le dijo tristemente.

—¡Oh, mira mi maquillaje!

—No te preocupes por eso —le contestó Baley—. Daniel, ¿qué hay del auto patrulla?

—Nos está esperando, compañero Elías.

—Vamos, Jessie.

—Aguarda... un momento, Lije. Tengo que hacerme algo en la cara.

—Ahora no importa eso.

Pero ella insistió:

—¡Por favor! No puedo atravesar así la sala común. No tardaré ni un segundo.

El hombre y el robot aguardaron; el hombre, impaciente, el robot, impasible.

Jessie buscó en su cartera el equipo necesario. Una cosa, pensó Baley con resignación, había resistido los progresos mecánicos desde las épocas medievales: la cartera de la mujer. La misma sustitución de los broches de metal por cierres magnéticos no había tenido éxito. Jessie sacó un pequeño espejo y el estuche cosmético de material plateado, que Baley le había regalado para su cumpleaños, tres años antes.

El estuche cosmético tenía varios orificios. Jessie los fue usando por turno. Todas las aplicaciones, excepto la última pulverización, eran invisibles. Jessie las empleó con esa finura de tacto y delicado dominio que vienen siendo innatos en la mujer desde la era sumeria a la galáctica.

Primero se puso la base, con una capa suave e igual que le quitó el aspecto brillante y áspero de la piel, dándole ese suave brillo dorado que, según la experiencia le había demostrado, era el tono que mejor le sentaba al color de sus cabellos y ojos. Luego, un toque más moreno en la frente y la barbilla; un suave color en las mejillas,

siguiendo el ángulo de la mandíbula; una delicada sombra azul en los párpados superiores y los lóbulos de las orejas. Finalmente, la aplicación del cremoso carmín de los labios. Ésta era la única rociada visible, una delicada niebla rosada que brilló líquidamente en el aire, pero que se secó y tomó un matiz más profundo e intenso al contacto con los labios.

—Ya está —dijo Jessie, dándose varios toques rápidos al cabello y mirándose satisfecha—. Me imagino que tendré que contentarme con esto.

La operación duró más del segundo prometido, pero no llegó a quince. No obstante, a Baley se le antojó interminable.

—Vamos —dijo.

Jessie apenas tuvo tiempo de guardar en la cartera su estuche cosmético, antes de que él le hiciera atravesar la puerta.

EL extraño silencio de la autovía los rodeaba por todas partes. Baley dijo:

—Muy bien, Jessie. ¿Qué hiciste?

La imposibilidad que Jessie había asumido desde que salieron de la oficina del comisario, comenzó a flaquear. Miró primero a su marido; luego a Daniel, silenciosa y aturrida.

—Dímelo de una vez, Jessie... ¡por favor! —exclamó Baley—. ¿Has cometido realmente un crimen?

—¿Un crimen? —repuso ella, y meneó la cabeza, vacilante.

—Nada de histerismos. Dime simplemente sí o no, Jessie. ¿Has matado a alguien?

El gesto de Jessie se cambió inmediatamente en indignación.

—¡Pero, Elías!...

—Sí o no, Jessie.

—No... claro que no.

La angustia de Baley se calmó perceptiblemente.

—¿Has robado algo? ¿Has falsificado

los datos de las raciones?, ¿saltado a alguien?, ¿destruido la propiedad ajena? Habla, Jessie.

—Yo no me refería a nada de eso —dijo ella, mirando alrededor—. Lije, ¿tenemos que quedarnos aquí?

—Hasta que hayas terminado. Así que empieza por el principio. ¿Qué viniste a contarnos?

Jessie habló en voz baja.

—Se trata de esas gentes: de los medievalistas. Ya sabes, Lije... Están por todas partes, hablando siempre. En otras épocas, cuando yo era dietista auxiliar, ocurría lo mismo. ¿Te acuerdas de Isabel Tórral? Era medievalista. Siempre estaba hablando de que todos nuestros males procedían de la ciudad y de que las cosas eran mejores antes de que se crearan las ciudades. Yo solía preguntarle cómo podía estar tan segura de ello, especialmente después de que te conocí. Lije... ¿Recuerdas cómo solíamos hablar del tema?... Entonces ella me citaba partes de esos pequeños libros rollo que andan por todas partes. Ya sabes...: como *La vergüenza de las Ciudades*, escrita por no sé quién. Me he olvidado del nombre.

Baley le contestó distraídamente:

—Ogrinsky y Líncoln Steffins. Hace ya varios siglos.

—Sí, y la mayoría de los otros libros eran aun peores. Luego, cuando me casé contigo, se volvió verdaderamente sarcástica. Me dijo: "Me imagino que ahora serás una verdadera mujer de la ciudad, después de haberte casado con un policía". Luego, ya no me hablaba mucho, y después dejé el empleo, y eso es todo. Creo que decía muchas cosas simplemente por escandalizarme, o por hacerse la misteriosa y la interesante. Era una solterona... y murió soltera. Muchos de esos medievalistas son gentes que no encajan en la vida actual. ¿Recuerdas, Lije, que una vez dijiste que a menudo la gente

confunde sus propios defectos con los de la sociedad, y quieren cambiar las ciudades porque no saben cambiarse a sí mismos?

Baley lo recordaba, pero aquellas palabras la parecieron ahora ligeras y superficiales. Suavemente, le instó:

—Al grano, Jessie.

ELLA prosiguió:

—Bueno, el caso es que Isabel estaba siempre hablando de que iba a llegar un día en que los hombres tendrían que unirse. Decía que la culpa era de los espacianos, que querían que la Tierra fuera débil y decadente. Ésa era una de sus palabras favoritas: "decadente". Miraba los menús que había preparado para la semana y arrugaba la nariz y decía: "Decadente... decadente". Jane Myers solía imitarla en la cocina, y nos moríamos de risa. Isabel decía que un día acabaríamos con las ciudades y volveríamos a la tierra y les ajustaríamos las cuentas a los espacianos, que trataban de atarnos para siempre a las ciudades, obligándonos a aceptar los robots. Pero ella nunca los llamaba robots. Solía decir "esas máquinas monstruosas sin alma"... Perdoname la expresión, Daniel.

El robot dijo:

—No me doy cuenta clara del significado de ella, Jessie; pero, de todos modos, no me ofendo. Siga.

Baley se movió, impaciente. Jessie era así. Ninguna emergencia, ninguna crisis, podían obligarla a contar una historia sin dar rodeos.

—Isabel —prosiguió Jessie— hablaba como si estuviera siempre con mucha gente. Decía: "En la última reunión..." Y luego se callaba y me miraba, entre orgullosa y asustada, como si le gustase que yo le hiciera preguntas, para sentirse importante, pero temiese que mis preguntas pudieran disgustarla. Claro está que nunca le pregunté nada. No quería darle esa satisfacción. Y cuando

me casé contigo, todo terminó hasta que...

Se detuvo.

—Sigue, Jessie —dijo Baley.

—¿Recuerdas la discusión que tuvimos acerca de Jezabel?

Baley tardó uno o dos segundos en darse cuenta de que se trataba del nombre de Jessie, y no una referencia a otra mujer.

Se volvió a R. Daniel, para darle una explicación automáticamente defensiva.

—El nombre entero de Jessie es Jezabel. No le gusta y no lo usa.

R. Daniel asintió gravemente. Baley pensó:

“¡Santo Dios!, ¿por qué desperdiciar una explicación en él?”

—Me disgustó mucho, Lije —dijo Jessie—. De veras. Tal vez sería una tontería, pero yo no hacía más que pensar en lo que dijiste. Me refiero a lo de que Jezabel no era más que una conservadora que luchaba por sus tradiciones, contra las nuevas costumbres que habían traído los recién llegados al país. Después de todo *yo era Jezabel*, y siempre me...

Buscó en vano una palabra, y Baley se la dio.

—Te *identificabas* con ella, ¿no?

JESSIE meneó la cabeza desviando la vista.

—No realmente, claro... No literalmente... al menos en lo que yo *pensé* que era ella. Yo no era así.

—Ya lo sé, Jessie. No seas tonta.

Soles atómicos para la Antártida

En un futuro no muy lejano se espera instalar una central atómica en el continente Antártico: una especie de sol artificial en miniatura, que convertirá ese desierto helado en un confortable balneario comparable a la Costa Azul. Ya no están muy remotos los tiempos en que se pueda realizar un Festival de Cine en lugares que antes llevaban nombres tan dramáticos como *Puerto Desolación* o *Bahía de la Desesperanza*.

—Pero seguía pensando mucho en ella y, no sé cómo, se me ocurrió que ahora sucedía lo de entonces. Quiero decir que los terrestres teníamos nuestras viejas costumbres, y los espacianos habían venido con una serie de normas nuevas, con las que intentaban cambiar nuestro modo de vida, y que quizá los medievalistas tenían razón. Tal vez *deberíamos* volver a las sanas costumbres antiguas. Así que me fui a ver a Isabel...

—Sigue, sigue.

—Ella me dijo que no sabía de lo que le hablaba y que, además, yo era la mujer de un policía. Le conté que eso no tenía nada que ver con lo que yo quería. Finalmente, ella me dijo que hablaría con alguien. Un mes más tarde, vino a verme y me dijo que todo estaba arreglado. Ingresé en la organización, y he asistido a las reuniones desde entonces.

Baley la miró tristemente.

—¡Y nunca me lo dijiste!

—Perdón, Lije —la voz de Jessie temblaba.

—Aunque te perdone, eso no servirá de nada. Quiero saber lo de las reuniones. En primer lugar, ¿dónde se celebraban?

Baley se sentía como alejado de todo aquello, como con las emociones embotadas. Lo que había tratado de no creer era eso, inequívocamente eso. En cierto modo, le servía de alivio conocer la verdad, haber terminado con la incertidumbre.

—Aquí mismo —dijo ella.

—¿Aquí mismo? ¿Quieres decir en este lugar?

—Sí, en la autovía. Por eso no quería venir ahora. Pero era un lugar maravilloso para reunimos. Veníamos y...

—¿Cuántos erais?

—No lo sé. Unos sesenta o setenta. Eramos una especie de rama local. Había sillas plegables, refrescos... Alguien pronunciaba un discurso. Generalmente todos eran acerca de lo maravillosa que era la vida en otros tiempos y de cómo, un día, acabaríamos con los espacianos y los monstruos... los robots, quiero decir. Los discursos resultaban bastante aburridos, porque todos decían lo mismo. Los soportábamos y nada más. Lo que más nos atraía era vernos reunidos y sentirnos importantes. Jurábamos varias cosas; y había varios modos de saludarnos en secreto, delante de los demás.

—¿No os interrumpieron nunca? ¿No pasaban autos patrulla ni autos de bomberos?

—No... nunca.

R. DANIEL intervino:

—¿Es eso extraño, Baley?

—Quizá no —replicó pensativo Baley. Hay algunos pasajes laterales que realmente no se usan nunca. Pero es bastante difícil saber dónde se encuentran. ¿Era eso todo lo que hacíais en las reuniones, Jessie: pronunciar discursos y jugar a los conspiradores?

—Aproximadamente. A veces, cantábamos canciones. Además, tomábamos refrescos. Nada extraordinario... unos sándwiches y unos jugos.

—En ese caso —expresó Baley, casi brutalmente—, ¿qué te preocupa?

Jessie dió un respingo.

—Estás enojado.

—¡Por favor! —dijo él con gran paciencia—. Contestá a mi pregunta. Si es algo tan inofensivo, ¿por qué te encuentras en tal estado de pánico, desde hace día y medio?

—Pensé que podían hacerte daño, Lije. ¡Por amor de Dios!, ¿por qué me miras como si no me comprendieras? Ya te lo he explicado.

—No, no lo has hecho... aún no. Me has hablado de un inocente club de debates al que pertenecías. ¿Hubo algunas veces manifestaciones hostiles? ¿Intentaron alguna vez destruir robots, iniciar revueltas, matar a alguien?...

—¡Nunca, Lije! Ya sabes que yo sería incapaz de hacer una cosa así. Si lo hubieran intentado, no habría yo seguido siendo miembro de la organización.

—Bueno; entonces, ¿por qué dices que has hecho algo terrible? ¿Por qué esperas que te lleven a la cárcel?

—Solían hablar de que un día iban a ejercer presión sobre el gobierno; íbamos a organizarnos, y luego habría huelgas y paros en el trabajo. Podríamos conseguir que el gobierno proscrigiera los robots y les dijera a los espacianos que se fueran por donde habían venido. Yo pensaba que todo eran palabras...; pero luego empezó lo tuyo y lo de Daniel y... Entonces ellos dijeron: “Ahora sí que vamos a actuar. Vamos a hacer un escarmiento con ellos y a terminar ahora mismo con la invasión robot”. Lo dijeron en el Personal, sin que yo supiera que hablaban de ti. Pero me enteré en seguida.

Su voz se quebró.

Baley se ablandó.

—Vamos, Jessie. No eran más que ganas de hablar. Por ti misma puedes ver que no ha ocurrido nada.

—Estaba tan... tan asustada. Y pensé: *Yo formo parte de ellos*. Si hubiera alguna revuelta, podían matarte a ti y a Bentley, y en parte, yo tendría la culpa de todo... tendrían la culpa por haber intervenido en ello, y deberían enviarme a la cárcel.

Baley la dejó llorar hasta que se calmó. Luego, le pasó un brazo por los hombros y miró con los labios apreta-

dos a R. Daniel, que le devolvió tranquilamente la mirada.

—¿Quién era el jefe de tu grupo? — preguntó.

JESSIE estaba ahora más tranquila; se pasó un pañuelo por los ojos. —Un hombre llamado José Klemín; pero era realmente un don nadie: un hombre muy bajito, y hasta creo que su mujer lo dominaba de un modo espantoso. No me pareció capaz de hacer nada malo. No irás a detenerlo por lo que te he dicho, ¿verdad, Lije? —y lo miró culpablemente turbada.

—No voy a detener a nadie, todavía. ¿Cómo recibía sus instrucciones ese tal Klemín?

—No lo sé.

—¿Iban extraños a las reuniones? Ya sabes lo que quiero decir... ¿personajes del comité central?

—A veces venían personas que pronunciaban discursos. No lo hacían muy a menudo... quizá una o dos veces al año.

—¿Puedes nombrármelos?

—No. Siempre nos los presentaban como "uno de los nuestros", o "un amigo que viene de Jackson Heights", o de donde fuera.

—Ya. ¡Daniell!

—Dígame, Elías.

—Describale los hombres que nos siguieron. Veremos si Jessie puede reconocerlos.

R. Daniel describió a todos con exactitud clínica. Jessie le escuchaba conternada. Conforme él avanzaba en la precisión de los caracteres físicos, las negativas de ella se iban haciendo más energías.

—Es inútil, completamente inútil — exclamó—. ¿Cómo voy a recordar cómo eran? No puedo... —se detuvo y reflexionó—. ¿Dice que uno de ellos era preparador de fermentos?

—Francis Clousar —dijo R. Daniel—. Trabaja en Ciudad de los Fermentos.

—Bueno; pues, una vez, uno de esos hombres estaba pronunciando un discurso. Dió la casualidad de que yo me encontraba en la primera fila. Durante todo el tiempo sentí un pequeño olor a fermento crudo. Ya saben lo que quiero decir. Lo recuerdo únicamente porque aquel día tenía el estómago malo y el olor de fermento crudo me lo revolvió aun más. Tuve que levantarme e irme a la última fila. Como es natural, no pude explicar lo que me pasaba. ¡Era tan embarazoso! Quizá era el hombre de que está usted hablando. Después de todo, cuando se trabaja con fermentos todo el tiempo, el olor se adhiere a nuestras ropas.

—¿No recuerdas su aspecto? —le preguntó Baley.

—No —replicó ella con decisión.

—Muy bien. Mira, Jessie: voy a llevarte a casa de tu madre; Bentley se quedará allí contigo; ninguno de los dos saldréis de la sección; Bentley se quedará en casa cuando vuelva de la escuela, y yo lo arreglaré todo para que os manden la comida y para que los corredores que rodean la casa sean vigilados por la policía.

—¿Y tú? —preguntó temblorosa Jessie.

—No corro ningún peligro.

—Pero, ¿cuánto tiempo tendremos que quedarnos allí?

—No lo sé. Tal vez un día o dos —dijo Baley, por decir algo.

BALEY y R. Daniel, después de llevar a Jessie, regresaron solos a la autovía. Baley tenía una expresión hosca.

—Me parece —dijo— que tenemos que vérmolas con una organización que consta de dos categorías: primera, una capa inferior, sin programa específico, cuyo fin es proporcionar el apoyo de la masa para un eventual golpe de estado; y segunda, un grupo mucho más pequeño y elegido, dedicado a planear

el programa de acción. A este grupo es al que tenemos que encontrar; pues los otros grupos de ópera cómica, de los que habló Jessie, pueden ser ignorados.

—Todo eso —dijo R. Daniel— si podemos aceptar como cierta la historia de Jessie.

—Creo que sí —dijo secamente Baley.

—Así me parece —agregó R. Daniel—. En sus impulsos cerebrales no hay nada que indique amor patológico por la mentira.

Baley miró ofendido al robot.

—¡Claro que no! Y no hace falta que mencionemos el nombre de ella en los informes. ¿Me entiende usted bien?

—Si lo desea así, compañero Elías... —dijo con calma R. Daniel—; pero, entonces, nuestro informe no será completo y exacto.

—Quizás no —replicó Baley—, pero con ello no hacemos daño alguno. Jessie vino a vernos para facilitarnos la información, y el mencionar su nombre serviría tan sólo para hacerlo figurar en los archivos de la policía. No quiero que eso ocurra.

—En tal caso, desde luego... con tal de que estemos seguros de que no nos queda nada más por saber.

—Respecto a ella, nada. Se lo garantizo.

—Entonces, ¿podría usted explicarme por qué la palabra Jezabel, el simple sonido de un nombre, hizo que

ella abandonara sus antiguas convicciones y asumiera otras nuevas? El motivo me resulta oscuro.

A la sazón, marchaban lentamente por las curvas del túnel vacío.

—Jezabel es un nombre muy raro —dijo Baley—. En otros tiempos perteneció a una mujer de malísima reputación. Mi esposa apreciaba grandemente ese hecho, que le daba una sensación pecaminosa, con la que ella compensaba su intachable vida.

—¿Y por qué iba a desear ser pecaminosa una mujer amante de la ley?

Baley estuvo a punto de sonreír.

—Precisamente porque es amante de la ley. Sea como fuere, el caso es que yo cometí una tontería. En un momento de irritación, insistí en que la Jezabel histórica era en realidad una buena esposa. Desde aquel día, no he dejado de arrepentirme de mi explicación, que tan desgraciada hizo a Jessie: acabé con algo que no podía reemplazarse. Me imagino que Jessie quería castigarme entregándose a unas actividades que, como ella sabía, yo no podía aprobar. Pero creo que el deseo no era consciente.

—¿Es que los deseos pueden ser algo que no sea consciente? ¿No es eso una contradicción de términos?

BALEY miró a R. Daniel y comprendió que no conseguiría explicarle la mente subconsciente. En vez de eso, le dijo:

Los últimos números primos

HACE 75 años, el matemático francés E. Lucas encontró que el número $(2^{127} - 1)$ era primo, es decir, solamente era divisible por sí mismo o por la unidad. Recientemente se han encontrado unos cuantos números primos más altos, por ejemplo:

$$934 (2^{127} - 1) + 1$$

$$180 (2^{127} - 1) + 1$$

obtenidos a partir del primero. Pero un matemático francés ha hallado además este otro: $(2^{128} + 1)/17$. Invitamos al lector a que lo escriba, así se entretiene un rato.

—Además, la Biblia ejerce gran influencia en las emociones y los pensamientos de los humanos.

—¿Qué es la Biblia?

Baley se quedó sorprendido un momento, y luego se sorprendió de sí mismo por haberse sorprendido. Sabía que los espacianos vivían regidos por una filosofía personal absolutamente mecanicista. R. Daniel sólo sabía lo que sabían los espacianos, y nada más.

Brevemente le explicó Baley:

—Es el libro sagrado de casi la mitad de la población de la Tierra.

—No comprendo el sentido del adjetivo.

—Quiero decir que es apreciadísimo. Varias partes de él, debidamente interpretadas, contienen un código de conducta que muchos hombres consideran como el mejor para la felicidad de la humanidad.

R. Daniel reflexionó sobre aquello.

—¿Y ese código está incorporado a las leyes?

—No. El código no sirve para ser impuesto legalmente. Tiene que ser obedecido por aquellos que sientan deseos de hacerlo. Es, en cierto sentido, muy superior a todas las leyes.

—¿Superior a las leyes? ¡Nada puede serlo!

Baley sonrió secamente.

—¿Quiere que le cite una parte de la Biblia?

—Sí, por favor.

Baley detuvo el auto y se quedó un rato con los ojos cerrados, recordando. Después empezó a hablar en tono indiferente, como si estuviera contando una historia de la vida contemporánea, en vez de un relato del remoto pasado del hombre.

—“Jesús se fué al monte de las Olivas.”

“Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él los enseñaba.

“Entonces los escribas y los fariseos

“le traen una mujer tomada en adulterio; y poniéndola en medio,

“Dícenle: Maestro, esta mujer ha sido tomada en el mismo hecho, adulterando;

“Y en la ley Moisés nos mandó apedrear a las tales: tú, pues, ¿qué dices?”

“Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Empero Jesús, inclinado hacia abajo, escribía en tierra con el dedo.

“Y como perseverasen preguntándole, enderezóse, y díjoles: El que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra el primero.

“Y volviéndose a inclinar hacia abajo, escribía en tierra.

“Oyendo, pues, ellos, redargüidos de la conciencia, salíanse uno a uno, comenzando desde los más viejos, hasta los postreros: y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio.

“Y enderezándose Jesús, y no viendo a nadie más que a la mujer, díjole: “Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?”

“Y ella dijo: Señor, ninguno. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más”.

R. DANIEL lo escuchó atentamente y le dijo:

—¿Qué es el adulterio?

—No importa eso. Era un crimen que se castigaba lapidando a los culpables, es decir, tirando piedras al culpable hasta matarlo.

—¿Y la mujer era culpable?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no la lapidaron?

—Ninguno de los acusadores se sintió con derecho de hacerlo, después de la frase de Jesús. La historia quiere demostrarnos que hay algo superior a esa justicia que han introducido en usted. Hay un impulso humano que se llama compasión, y un acto humano conocido con el nombre de perdón.

—No conozco ninguna de esas palabras, compañero Elías.

—Ya lo sé —murmuró Baley.

Puso en marcha el auto patrulla, violentamente, y lo lanzó a toda velocidad. La marcha lo echó sobre los almohadones del asiento.

—¿Adónde vamos? —preguntó R. Daniel.

—A Ciudad de los Fermentos —dijo Baley—, para sacarle la verdad a Francis Clousar, el conspirador.

—¿Tiene usted algún método para conseguirlo?

—Yo, verdaderamente, no; pero usted, sí... Un método muy sencillo.

Siguieron adelante.

CAPÍTULO XV

EL vago aroma de Ciudad de los Fermentos iba acentuándose. Baley no lo encontraba desagradable como otras personas; por ejemplo: Jessie. En realidad, le gustaba. Tenía para él recuerdos apacibles.

Cada vez que olía a fermento crudo, la alquimia de la percepción sensorial lo llevaba más allá de tres décadas en el pasado. Se veía como un niño de diez años, visitando a su tío Boris, que cultivaba fermentos. El tío Boris tenía siempre una pequeña provisión de golosinas: pequeñas galletas, bombones de chocolate llenos de un líquido dulce, pestelitos duros en forma de perros y gatos. A pesar de su corta edad, Baley sabía que su tío no debería regalárselos, y siempre se los comía en silencio, sentado en un rincón de la pieza, de espaldas al centro. Se los comía rápidamente, por miedo a que lo pillaran.

Así le sabían aún mejor.

¡Pobre tío Boris! Murió en un accidente. Nunca le dijeron a Baley cómo fue; y él había llorado amargamente, porque pensó que su tío había sido detenido al tratar de sacar algún fer-

mento de contrabando. Baley creyó que lo detendrían también a él y lo ejecutarían. Años más tarde, revisando cuidadosamente las fichas de la policía, se enteró de la verdad. El tío Boris había caído debajo de uno de los vehículos de transporte. Su romántico mito terminó en desilusión.

Pero el mito surgía siempre en su mente, al menos de un modo momentáneo; en cuanto percibía un leve olor de fermento crudo.

Ciudad de los Fermentos no era el nombre oficial de ninguna de las partes de la ciudad de Nueva York. No podía encontrarse en ninguna guía ni en ningún plano oficial. Lo que se llamaba popularmente Ciudad de los Fermentos era, para el Correo, los distritos de Newark, Nuevo Brúnswick y Trenton; ocupaba una gran extensión de lo que había sido antes la Nueva Jersey medieval; estaba salpicado de zonas residenciales, especialmente en el centro de Newark y Trenton; pero en su mayor extensión estaba dedicado a las múltiples granjas donde se cultivaban miles de variedades de fermentos.

Una quinta parte de la población productora de la ciudad trabajaba en las granjas de fermentos; otra quinta, en las industrias subsidiarias. Comenzando por las montañas de madera y celulosa en bruto, que se llevaban a la ciudad desde los bosques de los montes Alleghenies, y pasando por los depósitos de ácidos, que mediante la hidrólisis se convertían en celulosa; por las grandes cargas de nitrógeno y fosfato de roca, que eran las adiciones más importantes, o por los frascos de productos orgánicos suministrados por los laboratorios, todo terminaba en lo mismo: fermentos y más fermentos.

Sin ellos, los ocho mil millones de seres humanos que vivían en la Tierra, se morirían de hambre en un año.

Baley sintió frío al pensarlo. Tres días antes, la posibilidad existía igual

que ahora. Pero, tres días antes, no se le habría ocurrido pensar en ella.

SALIERON velozmente de la auto-
vía, por una de las salidas de New-
ark. Las avenidas poco pobladas, flan-
queadas a ambos lados por las lisas pa-
redes de la granja, no les ofrecían mu-
chos obstáculos a su velocidad.

—¿Qué hora es, Daniel? —pregun-
tó Baley.

—Las diecisiete y cinco —respondió
R. Daniel.

—Entonces estará trabajando, si lo
hace en el turno de día.

Baley detuvo el auto en la entrada
de mercaderías y cerró los controles.

—¿Es esto los Fermentos de Nueva
York, Elías? —preguntó el robot.

—Parte de ellos —le contestó Baley.

Entraron en un corredor flanquea-
do por una doble hilera de oficinas.
Al doblar la esquina, una secretaria
les sonrió automáticamente y les pre-
guntó.

—¿A quién desean ver?

Baley abrió su cartera.

—Policía. ¿Trabaja aquí un tal Fran-
cis Clousar?

La muchacha lo miró, intranquila.

—Puedo averiguarlo.

Conectó su aparato con una línea
marcada "Personal", y sus labios se
movieron ligeramente, aunque no se
escapó de ellos ningún sonido.

Las cabras y ovejas, muy agradecidas

EN la Universidad de California se ha creado un nuevo método para preparar vacunas, que se ha aplicado hasta ahora para combatir la brucelosis en ovejas y cabras. El método consiste en cultivar el microbio responsable de esa enfermedad, en un medio que contiene estreptomomicina. Así, la bacteria, no sólo se vuelve resistente a la droga, sino que depende de ella para su subsistencia. Se da entonces como vacuna, juntamente con estreptomomicina, hasta que se desarrolle la inmunidad, es decir, hasta que se formen anticuerpos específicos, y entonces se suspende la droga, con lo cual los microorganismos no crecen más, y las cabras y ovejas quedan inmunizadas a la brucelosis.

Baley conocía bien los teléfonos de garganta, que convertían la subvocalización de la laringe en palabras, y le dijo a la telefonista:

—Hable alto, por favor. Quiero oír-
la.

Sus palabras se hicieron audibles, pe-
ro solamente consistieron en:

—Dice que es un policía, señor.

Un hombre moreno y bien vestido
salió por una puerta. Usaba delgado bi-
gote, y sus cabellos comenzaban a acl-
rarse en la frente. Sonrió secamente y
dijo:

—Soy Prescott, de la oficina de per-
sonal. ¿Qué ocurre, oficial?

Baley lo miró fríamente. La sonrisa
de Prescott se hizo más forzada, y agre-
gó:

—No quiero inquietar a los traba-
jadores. Les impresionan las visitas de
la policía.

Baley dijo:

—Una pena. ¿Está Clousar en el
edificio?

—Sí, oficial.

—Entonces, déme una barra. Si se
ha ido cuando lleguemos allí, volveré
para hablar con usted.

La sonrisa desapareció por comple-
to de la cara del otro, y murmuró:

—Le traeré la barra, oficial.

LA barra guía marcaba el Depart-
amento CG, Sección 2. Baley no

sabía lo que eso quería decir en la ter-
minología de la fábrica. Tampoco te-
nía que saberlo. La barra era un apa-
rato muy pequeño, que podía guardar-
se en la palma de la mano. Su punta
se calentaba suavemente cuando enfi-
laba la dirección que le habían seña-
lado y se enfriaba al apartarse de ella.
El calor aumentaba conforme se iba
uno acercando al destino.

Para el que no sabía emplearla, la
barra guía era casi inútil, con sus pe-
queñas diferencias de calor. Pero po-
cos eran los habitantes de la ciudad
que no sabían usarla. Uno de los jue-
gos más populares y perennes de los
niños, era jugar al escondite por los
corredores de los niveles escolares, em-
pleando barras guía de juguete.

Baley había encontrado su camino
a través de cientos de pasadizos y co-
rredores, con la ayuda de una barra
guía, y cuando la llevaba sabía encon-
trar el camino más corto, como si tu-
viera delante de él un plano.

Diez minutos más tarde, al entrar en
una sala grande y brillantemente ilu-
minada, la punta de la barra guía se
hallaba casi al rojo.

Baley se dirigió al trabajador más
cercano y le preguntó:

—¿Está aquí Francis Clousar?

El obrero se lo indicó con la cabeza.
Baley siguió la dirección indicada. El
olor de fermento era muy fuerte, a pe-
sar de las bombas de aire, cuyo zum-
bido formaba un constante ruido de
fondo.

Al otro extremo de la habitación, un
hombre se había levantado y se esta-
ba quitando un delantal. Era de me-
diana estatura; tenía la cara con pro-
fundas arrugas, aunque parecía más
bien joven; sus cabellos comenzaban
apenas a blanquear; sus manos eran
grandes y nudosas, y, en aquel mo-
mento, se las estaba secando lentamen-
te en una toalla de celltex.

—Yo soy Francis Clousar —dijo.

Baley miró brevemente a R. Daniel.
El robot asintió.

—Muy bien —dijo Baley—. ¿Pode-
mos hablar en alguna parte?

—Quizá —replicó lentamente Clou-
sar—. Pero mi turno está terminado.
¿No le parece mejor mañana?

—Hay muchas horas de aquí a ma-
ñana. Mejor ahora.

Baley abrió su cartera y le mostró
su insignia al trabajador.

Pero Clousar siguió con tranquili-
dad moviendo sus manos en la toalla,
y dijo fríamente:

—No conozco el sistema del Depart-
amento de Policía, pero aquí nos dan
muy poco tiempo para comer. Yo tengo
que hacerlo entre las 17 y las 17,45,
o, si no, no como.

—Muy bien —dijo Baley—. Voy a
dar órdenes para que le traigan aquí la
cena.

—Bueno, bueno —replicó sin alegría
Clousar—; como un aristócrata o un
policía de la categoría C. Y luego
¿qué... baño privado?

—Limítese a contestar a mis pregun-
tas, Clousar —le dijo Baley—, y guar-
dese los chistes para la novia. ¿Dónde
podemos hablar?

—Si quiere hablar, ¿qué le parece la
sala de las balanzas? O donde usted
diga. Por mi parte, yo no tengo nada
que hablar... nada en absoluto.

BALEY indicó con el dedo a Clou-
sar que entrara en la sala de las
balanzas. Era cuadrada, antiséptica-
mente blanca, y su acondicionamiento
del aire dependía de la otra habitación;
por lo tanto era mucho mejor. Sus pa-
redes estaban cubiertas de delicadas ba-
lanzas electrónicas, medidas dentro de
campanas de cristal y manipuladas so-
lamente desde lejos. Baley había em-
pleado modelos más baratos en sus días
de estudiante. Una de ellas servía para
pesar hasta un simple billón de átomos.

Clousar dijo:

—No creo que aquí venga nadie.

Baley gruñó, se volvió hacia Daniel, y dijo:

—¿Quiere salir y decir que nos envenenamos una comida? Y, si no le importa, espere afuera hasta que llegue.

Aguardó a que R. Daniel se fuera, y luego le dijo a Clousar:

—¿Es usted químico?

—Cimólogo, si usted no se opone.

—¿Cuál es la diferencia?

Clousar lo miró con altivez, y contestó:

—El químico es un simple manipulador de productos malolientes. El cimólogo es el hombre que ayuda a mantener vivos a miles de millones de personas. Es un especialista en cultivos de fermentos.

—Muy bien —dijo Baley—. Siga hablando.

Pero Clousar no pensaba cambiar de tema.

—Este laboratorio es el corazón de los Fermentos de Nueva York. Día y noche, los diversos fermentos de la compañía se estudian aquí. Comprobamos y alteramos los requerimientos alimenticios de cada uno. Nos aseguramos de que va a resultar como es debido. Cambiamos su genética, creamos nuevas mezclas, las separamos, estudiamos sus propiedades y volvemos a reunirlos de nuevo. Cuando, hace un par de años, Nueva York empezó a comer fresas fuera de la estación, lo que comían no eran fresas, amigos; era un cultivo especial de fermentos altamente azucarados, con color real y un pequeño agregado de sabor. El cultivo se hizo en esta misma sala... Hace veinte años, la *Saccharomyces olei Benedictae* era un cultivo malo, con sabor a sebo, y que no servía para nada. Hoy en día, sigue aún sabiendo a sebo, pero su contenido de grasa ha aumentado de un quince a un ochenta por ciento. Si usted tomó hoy el expresovía, recuerde que está engrasado estrictamente con *S. O. Benedictae*, raza AG-7, cultivado aquí, en esta misma

sala... Así que no me llame químico. Soy cimólogo.

A pesar suyo, Baley se quedó impresionado por el vibrante orgullo del otro.

Bruscamente, le dijo:

—¿Dónde estaba usted anoche, entre las 18 y las 20?

Clousar se encogió de hombros.

—Paseándome. Me gusta dar un pequeño paseo después de cenar.

—¿Fué a visitar a algunos amigos?, ¿o al subetérico?

—No. Simplemente a dar un paseo.

LIJE Baley apretó los labios. La visita al subetérico habría significado una perforación en la tarjeta de racionamiento de Clousar. Si decía que había ido a visitar a un amigo, tendría que dar el nombre de alguien, para que confirmara su declaración...

—¿Entonces no lo vio a usted nadie?

—Quizá me viera alguien. No lo sé.

Pero, que yo sepa, no.

—¿Y la noche anterior?

—Lo mismo.

—¿Entonces no tiene usted coartada para ninguna de las dos noches?

—Si hubiera cometido algún delito, la tendría. ¿Para qué necesito coartada?

Baley no le contestó. Consultó su libreta.

—Ya una vez lo llevaron a usted ante un magistrado, por incitar a la revuelta.

—Sí, señor. Uno de esos malditos Erres pasó junto a mí, y yo le puse el pie para hacerlo caer. ¿Es eso una incitación a la revuelta?

—El tribunal lo creyó así. Lo condenaron y lo multaron.

—Entonces, eso es todo, ¿no? ¿O es que quiere multarme de nuevo?

—Anteanoche, hubo un conato de revuelta en una zapatería del Bronx. Allí lo vieron a usted.

—¿Quién?

Baley dijo:

—Era su hora de cenar aquí, en la fábrica. ¿Cenó usted anteanoche?



Clousar vaciló y luego meneó la cabeza.

—Tenía el estómago mal. El fermento lo altera a veces, hasta a los que son veteranos, como yo.

—Anoche, hubo otro comienzo de revuelta en Williamsburg, y también lo vieron a usted allí.

¿Quién?

—¿Me niega que estuvo usted presente en las dos ocasiones?

—No me da usted ninguna razón para negar nada. ¿Dónde ocurrieron esas cosas, y quién dice que me vió?

Baley miró cara a cara al cimólogo.

—Usted sabe perfectamente bien de lo que estoy hablando. Creo que es usted miembro importante de una organización medievalista clandestina.

—No puedo impedir que piense usted lo que quiera, oficial; pero el pensar no es una prueba. Me imagino que lo sabrá usted —dijo Clousar, sonriente.

—Quizá —contestó Baley, con su larga cara impassible—. Pero ahora mismo voy a sacarle la verdad.

Baley se acercó a la puerta de la sala de las balanzas y la abrió. R. Daniel aguardaba estólidamente afuera. Baley preguntó:

—¿Ha llegado ya la cena de Clousar?

—Ahora mismo, Elías.

—¿Quiere entrarla, Daniel?

UN momento después, entró Daniel trayendo una bandeja de metal con varios compartimientos.

—Póngala frente al señor Clousar,

Este mes cómpreles
a las chicas

El diario de mi amiga

WENDY

Historietas y cuentos de
PETER PAN
por Walt Disney



¡Ya apareció!

\$ 2.-

¡Pídale a su camillita o a su librero!

Daniel— le dijo Baley, y se sentó en uno de los taburetes que rodeaban la habitación, cruzándose de piernas y balanceando rítmicamente un pie. Vió que Clousar se apartaba rígidamente cuando Daniel puso la bandeja en un taburete, cerca del cimólogo.

—Francis Clousar —dijo Baley—, voy a presentarle a mi compañero, Daniel Olivo.

Daniel extendió la mano y dijo:

—Tanto gusto, Francis.

Clousar no contestó nada ni hizo movimiento alguno para tomar la extendida mano de Daniel. Éste mantuvo su actitud hasta que Clousar comenzó a enrojecer.

Baley le dijo, suavemente:

—Señor Clousar, se está usted portando groseramente. ¿Es que su orgullo le impide darle la mano a un policía?

Clousar murmuró:

—Perdóneme, pero tengo hambre — sacó un tenedor de bolsillo de su cortaplumas, y se sentó, con los ojos fijos en la comida.

Baley dijo:

—Daniel, creo que nuestro amigo se ha ofendido por su actitud oficial. Pero usted no estará enojado con él, ¿no es así?

—Nada en absoluto, Elías —dijo R. Daniel.

—Entonces, demuéstrole que no le guarda rencor. Échele un brazo por el hombro.

—Con mucho gusto —dijo R. Daniel, y dió un paso hacia adelante.

Clousar dejó su tenedor.

—¿Qué es eso? ¿Qué piensa hacer? R. Daniel, imperturbable, extendió el brazo.

Clousar, con un movimiento rápido y furioso, apartó el brazo de R. Daniel.

—¡Maldito, no me toque!

Se levantó de un salto y retrocedió, volcando la bandeja; la comida cayó al suelo, desparramada.

Baley, que lo miraba fríamente, hizo una señal a Daniel, quien siguió avanzando imposible hacia el cimólogo. Baley se puso delante de la puerta.

Clousar gritó.

—¡Aparte de mí esa cosa!

—Ése no es modo de hablar —le dijo Baley con ecuanimidad—. Este hombre es mi compañero.

—¡Es un maldito robot!

—Muy bien, déjelo en paz, Daniel

—dijo prontamente Baley.

R. Daniel retrocedió en silencio y se apoyó contra la puerta, quedando detrás de Baley. Clousar, jadeante, con los puños apretados y pálido, se enfrentó con Baley.

—Vamos, muchacho —dijo Baley—, ¿que le hace suponer que Daniel es un robot?

—¡Cualquiera puede decirlo!

—Dejaremos eso para el juez. Mientras tanto, vamos a llevarlo al Depar-

tamento, Clousar. Nos gustaría que nos explicara exactamente por qué Daniel es robot; y muchas cosas más. Daniel, salga afuera y comuníquese con el comisario. Estará en su casa. Pídale que vaya a la oficina. Dígame que tengo aquí a un tipo al que hay que interrogar en seguida.

R. Daniel salió de la habitación.

B ALEY dijo:

—¿Por qué se ha metido en este asunto, Clousar?

—Quiero un abogado.

—Lo tendrá. Mientras tanto, será mejor que me diga qué es lo que quieren los medievalistas.

Clousar apartó la mirada y guardó obstinado silencio.

—Sabemos —dijo Baley— todo lo que tenemos que saber acerca de usted y de su organización. Le hablo en serio. Dígame, por pura curiosidad: ¿qué quieren los medievalistas?

—La vuelta a la tierra —le dijo Clousar con voz ahogada—. Es muy sencillo, ¿no?

—Sencillo de decir, pero no de hacer. ¿Cómo va a mantener la tierra a ocho mil millones de seres humanos?

—¿Acaso he dicho yo que volvamos a la tierra de un día para otro?, ¿o en un año?, ¿o en cinco años?... Hay que hacerlo paso a paso. No importa lo que se tarde, pero hay que salir de esta caverna en que vivimos. Salir al aire libre.

—¿Ha salido usted alguna vez al aire libre?

Clousar hizo una mueca.

—Claro que no; pero eso quiere decir que yo estoy también agotado. Pero los niños no lo están todavía. Hay que sacarlos de aquí, por amor de Dios; llevarlos donde tengan espacio, aire libre y sol. Si es preciso podremos ir reduciendo, poco a poco, nuestra población.

—Volver a un pasado inasequible

—Baley no sabía en realidad por qué

discutía, como no fuera por la extraña fiebre que ardía en sus venas—. Volver a la semilla, al huevo, a la matriz... ¿Por qué no ir hacia adelante, en vez de eso? No hay que limitar la población del mundo. Hay que emplearla para la exportación. Volver a la tierra, pero a la tierra de otros planetas: ¡colonizar!

Clousar rió ásperamente.

—¿Y crear más Mundos Exteriores? ¿Más espacianos?

—No. Los Mundos Exteriores fueron colonizados por terrestres que llegaron de un planeta carente de ciudades: por terrestres individualistas y materialistas. Esas cualidades fueron llevadas a extremos dañinos. Ahora podemos enviar colonos criados en una sociedad que ha desarrollado la cooperación y que, en todo caso, la ha llevado demasiado lejos. El nuevo ambiente y la tradición pueden crear un nuevo medio de vida, distinto de la vieja Tierra y de los Mundos Exteriores. Algo nuevo y mejor.

Sabía Baley que estaba repitiendo como un loro las palabras del doctor Fاستولfe; pero hablaba como si hiciera años que lo pensaba así.

Clousar le contestó:

—¡Absurdo! ¿Colonizar mundos desiertos en vez de mejorar el nuestro? ¿Qué locos lo intentarían?

—Muchos... y no serían locos. Habría robots para ayudarlos.

—¡No! —dijo furiosamente Clousar—. ¡Nunca! ¡Nada de robots!

—¿Se puede saber por qué no? ¿Por qué le tenemos miedo a los robots? Si quiere saber mi opinión, le diré que todos nos sentimos inferiores a los espacianos; por eso los odiamos. Tenemos que sentirnos superiores de algún modo, en lo que sea, para contrarrestar ese sentimiento. Nos espanta el no poderlos considerar, por lo menos, superiores a los robots. Nos parecen mejores que nosotros...; pero no lo son. Ésa es la ironía de la situación.

LIJE Baley sentía que la sangre le hervía en las venas, mientras hablaba.

—Mire a Daniel. Llevo con él más de dos días. Lo he estudiado bien. Es más alto, más arrogante, más fuerte que yo. En realidad cualquiera lo tomaría por un espaciano. Tiene mejor memoria que yo. Sabe más. No necesita dormir ni comer. No le perturba la enfermedad, el pánico, el amor o la culpa. Pero es una máquina. Yo puedo hacer con él todo lo que quiera, lo mismo que si se tratara de una de esas microbalanzas. Si golpeo la microbalanza, ella no me devolverá el golpe. Tampoco lo hará Daniel. Si le ordeno que emplee el revólver atómico contra sí mismo, sí lo hará. Nunca podremos construir un robot que sea tan bueno como un ser humano en lo que realmente importa en la vida. No podemos crear un robot que tenga sentido de la belleza, o de la ética o la religión. No podemos hacerlo... ni podremos mientras no sepamos qué es lo que mueve nuestros cerebros; mientras existan factores que la ciencia no puede medir. ¿Qué es la belleza, o la bondad, o el arte, o el amor, o Dios? Constantemente nos hallamos al borde de lo desconocido, tratando de comprender lo incomprendible. Eso es lo que nos hace hombres... El cerebro del robot tiene que ser finito, o si no, no podría construirse: ha de calcularse hasta el último decimal, y por eso tiene su límite... ¡Por Dios!, ¿de qué tienen ustedes miedo? Un robot puede tener el aspecto de Daniel o el de un dios, y, aun así, será tan humano como una gota de fermento. ¿No lo comprende?

¿Cuánto pesa la atmósfera?

COMPARADO con el de la Tierra, el peso de la atmósfera es muy pequeño: menos de la millonésima parte de aquél. Equivaldría a un océano de agua que cubriera la superficie de nuestro planeta y que tuviera 100 metros de profundidad.

Varias veces Clousar había tratado de interrumpir la furiosa verbosidad de Baley, sin conseguirlo. Cuando Baley se interrumpió, por puro agotamiento, le dijo débilmente:

—Un policía filósofo. ¡Caramba, caramba!

R. Daniel entró otra vez. Baley lo miró y frunció el ceño, en parte con la cólera no calmada del todo, y en parte con nuevo enojo.

—¿Por qué tardó tanto?

—Me costó dar con el comisario Enderby — dijo R. Daniel —. Resulta que está todavía en su oficina.

Baley miró su reloj.

—¿Ahora? ¿Por qué?

—Hay cierto revuelo. Se ha descubierto un cadáver en el Departamento.

—¿Qué?... ¡Por amor de Dios!, ¿quién?

—El ordenanza..., Erre Sammy.

Baley tragó saliva; miró al robot, y le dijo con tono ofendido:

—Me ha parecido que decía usted un cadáver.

R. Daniel se corrigió suavemente:

—Un robot con el cerebro desactivado, si lo prefiere.

Clousar se echó a reír. Baley se volvió hacia él, diciéndole furioso:

—¡Cállese! ¿Entendido?

Deliberadamente sacó su revólver atómico. Clousar se calló.

—Bueno, y qué? — prosiguió Baley —. A Erre Sammy se le fundió un fusible. ¿Y qué?

—El comisario Enderby parecía evasivo, Elías; pero, aunque no me lo dijo claramente, me dió la impresión de que piensa que Erre Sammy fué desactivado deliberadamente.

Luego, mientras Baley absorbía en silencio aquellas palabras, R. Daniel agregó con solemnidad:

—O, si prefiere la frase..., fué asesinado.

CAPÍTULO XVI

BALEY se guardó el revólver atómico, pero mantuvo la mano apoyada en la culata. Luego, dijo:

—Vaya delante de nosotros, Clousar, hasta la salida B de la calle 17.

—Todavía no he comido — dijo Clousar.

—Ahí está su comida en el suelo, donde usted la tiró.

—Tengo derecho a comer.

—Comerá en la Prevención o se quedará sin comer. No se morirá por eso. Adelante.

Los tres guardaron silencio mientras atravesaban el laberinto de los Fermentos de Nueva York; Clousar el primero, Baley detrás de él, y R. Daniel el último.

Después de que Baley y R. Daniel salieron del edificio; luego de que Clousar obtuviera permiso para salir, y cuando los tres se encontraban afuera, junto al auto patrulla, Clousar dijo:

—Un momento.

Retrocedió un paso, se volvió hacia R. Daniel y, antes de que Baley pudiera hacer ningún movimiento para detenerlo, avanzó y descargó su puño contra la mejilla del robot.

—¡A qué diablos viene eso! — exclamó Baley, agarrando violentamente a Clousar.

Clousar no se resistió.

—No se preocupe. Iré con usted. Quería cerciorarme por mí mismo — dijo sonriendo.

R. Daniel, que se había echado hacia un lado, pero sin conseguir esquivar del todo el bofetón, miró tranquilamente a Clousar. Su mejilla no había enrojecido ni mostraba ninguna señal del golpe.

—Fué un movimiento peligroso, Francis — dijo —. Si yo no me hubiera echado hacia atrás, podría usted haberse lesionado la mano. De todos modos, lamento haberle causado dolor.

Clousar se echó a reír.

—Suba, Clousar — dijo Baley —. Usted también, Daniel..., en el asiento posterior, con él; y asegúrese de que no se mueva. No me importa que le rompa un brazo para ello. Es un orden.

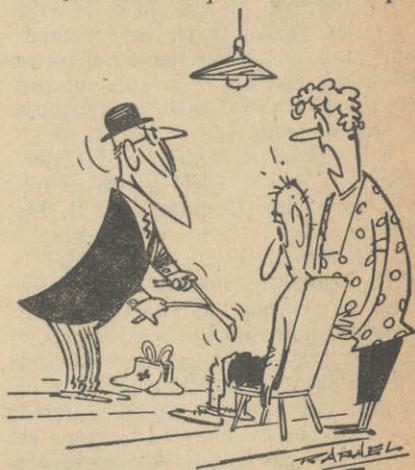
—¿Y la primera ley? — preguntó burión Clousar.

—Creo que Daniel es lo bastante fuerte y rápido para detenerlo sin hacerle daño. Pero no le vendría a usted mal que le rompieran un brazo.

Baley se sentó al volante. El auto patrulla partió veloz. El viento de la velocidad agitaba los cabellos de Baley y de Clousar, pero los de R. Daniel permanecían en su lugar.

R. DANIEL preguntó tranquilamente a Clousar:

—¿Teme usted que los robots le qui-



—Usted disculpe, doctor; pero, ¿no es un poquito anticuado ese método para averiguar si uno tiene agua en la rodilla?...

ten a usted su empleo, señor Clousar?

Baley no podía volverse para ver la expresión de Clousar, pero estaba seguro de que sería dura y llena de odio.

Clousar replicó:

—Y a mis hijos. Y a los hijos de los demás.

—Estoy seguro de que se pueden hacer otros ajustes —dijo el robot—. Por ejemplo, si sus hijos quisieran ser preparados para la emigración...

Clousar lo interrumpió.

—¿Usted también? El policía me habló de emigrar. Ha recibido una buena instrucción robot. Tal vez sea también un robot.

—¡Basta! —gruñó Baley.

R. Daniel le replicó tranquilamente:

—Una escuela para preparar a los emigrantes, les proporcionaría seguridad, clasificación garantizada y carrera segura. Si le preocupan sus hijos, debería pensar en ello.

—Yo no aceptaría nada de un robot, de un espaciano ni de las hienas amaestradas al servicio del gobierno.

Eso fué todo. El silencio de la autovía se los tragó, y no se sintió ya nada más que el zumbido suave del motor del auto patrulla y el roce de sus ruedas sobre el suelo, hasta que llegaron al Departamento.

Baley firmó el certificado de detención de Clousar y dejó a éste en manos apropiadas. Después, él y R. Daniel tomaron la motospiral para subir a los niveles de la oficina central.

R. Daniel no mostró ninguna sorpresa al ver que no tomaban los ascensores. Baley no había esperado que la mostrara; se estaba acostumbrando a la extraña mezcla de iniciativa y pasividad del robot, y tendía a dejarlo fuera de sus cálculos. El ascensor era el medio más lógico de atravesar la gran distancia vertical que separaba la oficina de detención de la oficina central. La larga escalera mecánica espiral, o sea, la motospiral, se empleaba

solamente para las subidas o bajadas cortas, de dos o tres niveles todo lo más. Gentes de todas clases y empleos en la administración, entraban y salían de ella en menos de un minuto. Sólo Baley y R. Daniel permanecían allí, subiendo constante y lentamente.

Baley lo prefería porque necesitaba tiempo. No disponía más que de unos minutos; pero en el Departamento se encontraría lanzado violentamente contra otra fase del problema, y quería tiempo para pensar, para orientarse. A pesar de su lentitud, la motospiral iba demasiado deprisa para su gusto.

DANIEL dijo:

—Por lo visto, no vamos a interrogar ahora a Clousar.

—Él puede aguardar —le contestó con irritación Baley.

—Es lástima. Sus cualidades cerebrales...

—¿Qué les pasa?

—Han cambiado de un modo extraño. ¿Qué ocurrió entre los dos en la sala de balanzas, mientras yo no me hallaba presente?

Baley dijo distraído:

—Le prediqué el Evangelio según San Fastolfe.

—No comprendo, Elías.

Baley suspiró.

—Le hablé de la emigración, como él le dijo a usted en el auto patrulla.

—Ya. ¿Y qué le dijo usted acerca de los robots?

—¿Realmente quiere saberlo? Le dije que los robots eran simples máquinas. Eso era el Evangelio según San Gerrigel. Hay muchos evangelios.

—¿Por casualidad le dijo que uno podía golpear a un robot sin miedo a que éste devuelva el golpe, como si uno pegara a cualquier otro objeto mecánico?

—Excepto a un *punching ball*, quizá. Sí... pero, ¿qué le hizo suponer eso? —Baley miró con curiosidad al robot.

—Está de acuerdo con sus cambios cerebrales —dijo R. Daniel— y explica el golpe que me dirigió a la cara al salir de la fábrica. Debe de haber meditado lo que usted le dijo; así que simultáneamente comprobó la declaración de usted, desahogó sus propios sentimientos agresivos y tuvo el placer de verme colocado en lo que para él era una posición de inferioridad. Para que esos motivos, de acuerdo con las variaciones delta de su quíntico... —hizo una larga pausa—. Sí, es muy interesante. Creo que puedo formar con estos datos un todo consistente.

Se acercaban al nivel del Departamento. Baley preguntó:

—¿Qué hora es?

Y pensó, malhumorado: “¡Caramba!, podría haber mirado mi reloj. Es más rápido.”

Pero él sabía por qué lo había preguntado. Su motivo no era muy diferente del que impulsó a Clousar a golpear a R. Daniel. Al dar al robot aquella orden trivial que el robot debía cumplir, acentuaba la naturaleza mecánica de éste frente a su propia humanidad. Y, sin embargo, pensó: “Todos somos hermanos.”

—Las veinte y diez —dijo R. Daniel.

Salieron de la motospiral y, durante unos segundos, Baley experimentó la extraña sensación de la falta de movimiento.

—Y además, no he comido —dijo—. ¡Maldito sea este empleo!

ELÍAS vió y oyó al comisario Énderby a través de la puerta abierta de la oficina. La sala común estaba vacía,

y la voz de Énderby resonaba a través de ella. La cara redonda del comisario parecía desnuda y enclenque sin los anteojos, que tenía en la mano, mientras con la otra se enjugaba la frente con una servilleta de papel.

Fijó sus ojos en Baley cuando éste llegaba a la puerta, y alzó la voz en tono petulante.

—¡Santo Dios, Baley! ¿Dónde diablos estaba usted?

Baley se encogió de hombros y le respondió:

—¿Qué pasa? ¿Dónde está el turno de noche?

Vió luego a la otra persona que se encontraba en el despacho del comisario, y agregó asombrado:

—¡Doctor Gerrigel!

El canoso roboticista le devolvió el espontáneo saludo con una leve inclinación de cabeza.

—Me alegro de verle de nuevo, señor Baley.

El comisario se puso los anteojos y miró a través de ellos a Baley.

—Abajo están interrogando a todo el personal, haciéndoles firmar declaraciones. Me estaba volviendo loco al ver que no podía dar con usted. Resultaba muy raro eso de que se hubiera ido.

—¿Que me hubiera ido?

—Han destruído una vida. Alguien del Departamento lo hizo. ¡Santo Dios, qué lío tan espantoso, y qué caro nos va a costar!

Levantó las manos, como para poner al cielo por testigo. Al hacerlo, sus ojos se fijaron en R. Daniel.

Baley pensó sarcásticamente: “Es la primera vez que miras a la cara a R. Daniel. ¡Míralo bien, Julio!”

Cifras sobre relámpagos

UN relámpago es una tremenda descarga eléctrica que puede alcanzar mil millones de voltios en un tiempo inferior a un millonésimo de segundo.

El comisario le dijo en voz más baja:

—El tendrá que firmar también una declaración. Hasta yo mismo tuve que firmar. ¡Yol!

Baley dijo:

—Dígame, comisario, ¿por qué está tan seguro de que R. Sammy no sufrió un accidente? ¿Cómo sabe que fué una destrucción deliberada?

El comisario se sentó pesadamente.

—Pregúnteselo a él — dijo, y le señaló al doctor Gerrigel.

El doctor Gerrigel se aclaró la garganta.

—No se cómo hablar de esto, señor Baley. Por su expresión me parece que le asombra el verme aquí.

—Algo — admitió Baley.

—Pues bien, no tenía realmente prisa en volver a Washington. Mis visitas a Nueva York son bastante escasas, y me gusta prolongarlas. Más importante aún: pensaba que sería criminal el irme de la ciudad sin intentar por lo menos una vez más que me permitieran analizar al fascinador robot que — agregó ansiosamente — veo que lo acompaña aún.

—Imposible. Es propiedad de los espaciales.

El robotista lo miró decepcionado.

—Quizá podría usted pedirles permiso.

Baley permaneció impasible.

EL doctor Gerrigel prosiguió:

—Lo llamé a usted, pero no estaba. Nadie podía localizarlo. Pedí comunicación con el comisario, y él me dijo que viniera al departamento y lo esperara.

El comisario intervino inmediatamente.

—Pensé que podía ser algo importante. Sabía que usted quería verlo.

Baley asintió.

—Gracias.

—Desgraciadamente — dijo el doctor Gerrigel —, mi barra guía estaba

mal ajustada; o quizá, en mi exceso de interés, calculé mal su temperatura. Sea como fuere, el caso es que me metí por mal camino y me encontré en una pequeña habitación...

El comisario lo interrumpió nuevamente.

—Una de las piezas de suministros fotográficos, Lije.

—Sí — dijo el doctor Gerrigel —. Y en ella había una figura caída en el suelo, que era claramente un robot. Después de breve examen, comprendí que estaba irremisiblemente desactivado; muerto, por decirlo así. Tampoco me costó trabajo descubrir la causa de su desactivación.

—¿Cuál fué? — preguntó Baley.

—En el puño del robot, apretado a medias — dijo el doctor Gerrigel —, había un ovoide brillante de pequeño tamaño, con una ventanilla de mica en uno de sus extremos. El puño estaba en contacto con el cráneo, como si el último acto del robot hubiera sido tocarse la cabeza. Lo que tenía en la mano era un pulverizador alfa. Me imagino que usted sabe lo que ese eso, ¿no?

Baley asintió. Había manejado varios en sus estudios de física, en los laboratorios. Un pulverizador alfa consistía en una envoltura de cierta aleación metálica, con una estrecha hendidura abierta longitudinalmente, en cuyo fondo había un fragmento de sal de plutonio. La abertura estaba cerrada por una capa de mica, traspasable por las partículas alfa. Por esa dirección se escapaban las fuertes radiaciones.

El pulverizador alfa tenía muchos usos, pero el de acabar con un robot no era uno de ellos; al menos, no un uso legal.

—¿Lo apuntaba hacia su cabeza por la parte de la mica? — preguntó Baley.

—Sí, y los circuitos de su cerebro positrónico quedaron inmediatamente desconcertados. Fué una muerte instantánea, por decirlo así.

Baley se volvió al pálido comisario.

—¿No hubo error? ¿Era realmente un pulverizador alfa?

El comisario asintió, apretando los labios.

—Absolutamente. Los contadores lo descubrieron desde lejos. Las películas fotográficas de la pieza estaban veladas. Clarísimo.

Reflexionó unos instantes, y luego dijo bruscamente:

—Doctor Gerrigel, lo siento, pero tendrá usted que quedarse en la ciudad hasta que haya declarado. Haré que lo escolten a una habitación. Me imagino que no le molestará estar bajo custodia.

El doctor Gerrigel le preguntó nerviosamente:

—¿Lo cree usted necesario?

—Es más seguro.

El doctor Gerrigel, muy abstraído al parecer, les dió a todos la mano, incluso a R. Daniel, y salió.

El comisario lanzó un suspiro.

—Ha sido uno de los nuestros, Lije. Eso es lo que me preocupa. Ningún extraño puede haber venido al Depar-

tamento simplemente para acabar con un robot. Afuera hay robots de sobra, y era menos peligroso. Y tuvo que ser alguien que pudiera procurarse un pulverizador alfa. Son muy difíciles de conseguir, como usted sabe.

R. DANIEL habló con voz fría y tranquila, que contrastaba con el agitado tono del comisario.

—Pero, ¿cuál es el motivo de ese asesinato? — dijo.

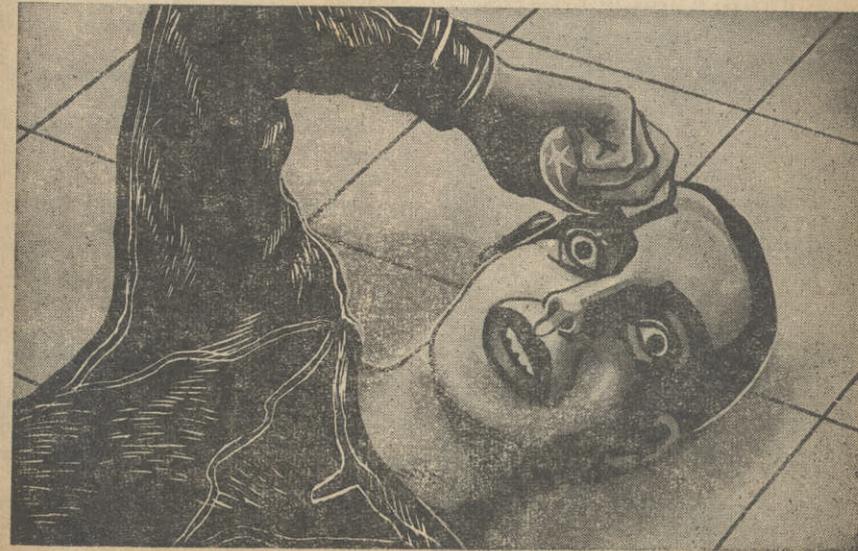
El comisario miró a R. Daniel con franca repugnancia, y luego apartó los ojos.

—Somos humanos, desgraciadamente. Me imagino que a los policías les gustan tan poco los robots como a los demás. Ahora que ése ha muerto, sé de muchos que se sentirán aliviados. Recuerde, Lije, que a usted le fastidiaba.

—Pero eso no es motivo para asesinarlo — dijo R. Daniel.

—No — convino con decisión Baley.

—No es un asesinato — dijo el comisario —. Es destrucción de la pro-



piedad del gobierno. Empleemos bien los términos legales. Lo malo es que se hizo dentro del Departamento. En otro lugar, no habría sido nada. Aquí, puede ser un escándalo mayúsculo. ¡Lije!

—¿Qué?

—¿Cuándo vió por última vez a Erre Sammy?

Baley contestó:

—Erre Daniel habló con Erre Sammy después de comer. Creo que sería a eso de las trece y media. Sammy fué quien dispuso lo necesario para que nos quedáramos en su despacho, comisario.

—¿En mi despacho? ¿Por qué?

—Yo quería hablar del caso con Erre Daniel en una relativa soledad. Usted no estaba; así que pensé que lo mejor era su despacho.

—Ya... —el comisario lo miró como si no le creyera; pero no insistió en el asunto—. ¿No lo vió usted mismo?



—No, pero oí su voz, quizá una hora después.

—¿Alrededor de las 14,30?

—O un poco antes.

El comisario se mordió pensativo el labio inferior.

—Bueno, eso aclara una cosa. El muchacho..., Vince Bárret..., estuvo aquí hoy.

—Ya lo sé. Pero no es capaz de una cosa así.

EL comisario levantó los ojos hasta el rostro de Baley.

—¿Por qué no? Erre Sammy le quitó su empleo. Comprendo muy bien lo que Bárret sentirá. Piensa que se ha cometido con él una tremenda injusticia. Querría vengarse. ¿Usted no lo querría en su caso? Pero el hecho es que él se fué del edificio a las 14, y usted oyó a Erre Sammy a las 14,30. Claro está que podía haberle entregado el pulverizador alfa a Erre Sammy antes de irse, con instrucciones para que lo usara una hora o cosa así después. Pero ¿dónde iba a haberse procurado el pulverizador alfa?... No, esta explicación no sirve. Volvamos a Erre Sammy. Cuando habló con él a las 14,30, ¿qué le dijo él?

Baley vaciló perceptiblemente, y luego replicó con prudencia:

—No lo recuerdo. Daniel y yo nos fuimos poco después.

—¿Adónde fueron?

—A Ciudad de los Fermentos.

El comisario se frotó la barba.

—Jessie estuvo aquí hoy. Verificamos todas las visitas, claro está. ¿Por qué vino?

—Por asuntos de familia.

—Lo siento, pero habrá que interrogarla.

—Comprendo la rutina policial, comisario... A propósito, ¿qué hay del pulverizador alfa? ¿Se le ha seguido la pista?

—¡Oh, sí! Procede de una de las fábricas de energía.

—¿Y cómo se explican el haberlo perdido?

—No se lo explican. No tienen ni la menor idea. Pero, mire, Lije, esto no tiene nada que ver con usted, excepto por lo de la declaración de rutina. Siga con su caso. Claro que... Pero, bueno, siga con la investigación de Villa del Espacio.

—¿Puedo hacer más tarde mi declaración de rutina, comisario? —dijo Baley—. Todavía no he comido.

El comisario Énderby parpadeó.

—Seguramente. Búsquese algo de comer. Pero no salga del Departamento, ¿quiere? Y su compañero tiene razón, Lije... —parecía como si evitara el dirigirse a R. Daniel, o emplear su nombre—. Lo que buscamos es el motivo.

Baley se sintió repentinamente helado. Algo fuera de él, algo completamente extraño, se apoderó de los acontecimientos de aquel día y de la víspera y de la antevíspera, y los fué disponiendo en un todo coherente.

—¿De qué fábrica de energía dice que procede el pulverizador alfa, comisario? —preguntó.

—De la de Williamsburg. ¿Por qué?

—Por nada..., por nada.

La última palabra que Baley oyó murmurar al comisario, cuando salía de la oficina, seguido de cerca por R. Daniel, fué:

—Motivo. Motivo.

BALEY comió frugalmente en el comedor del Departamento, pequeño y poco frecuentado. Devoró un tomate relleno sobre una hoja de lechuga, sin darse apenas cuenta de lo que comía. Durante uno o dos segundos después de haber tragado el último bocado, movió el tenedor al azar sobre el plato, buscando automáticamente algo que ya no había en él.

Por fin se dió cuenta de ello, dejó el tenedor y, después de lanzar una interjección, llamó:

—¡Daniel!

R. Daniel estaba sentado a otra mesa, como si quisiera dejar en paz al preocupado Baley, o como si él quisiera estar también solo. Ambas cosas le eran iguales a Baley.

Daniel se levantó, se acercó a la mesa de Baley y se sentó de nuevo.

—¿Qué hay, compañero Elías?

Baley no lo miró.

—Daniel, van a interrogarnos a Jessie y a mí. Déjeme que conteste las preguntas a mi modo, ¿entendido?

—¿Y si me hacen alguna pregunta directa?... Yo no puedo decir una cosa por otra.

—Si le hacen una preguntan directa, muy bien. Pero no les diga nada sin que le pregunten. Eso, sí, puede hacerlo, ¿no?

—Creo que sí, Elías, con tal de que mi silencio no signifique algún daño para un ser humano.

Baley le dijo secamente:

—A mí me hará daño si no se calla. Se lo aseguro.

—No comprendo muy bien su punto de vista, compañero Elías. Seguramente, el asunto de Erre Sammy no le concierne en nada.

—¿No? Todo depende del motivo, ¿no es así? Usted ha preguntado por el motivo. El comisario, también. Yo mismo querría conocer el motivo. ¿Por qué iba a querer alguien matar a Erre Sammy? Piense bien que no se trata de quién querría destrozar robots en general. Prácticamente, cualquier terreste querría hacerlo. La cuestión es, ¿por qué eligieron a Erre Sammy? Vince Bárret pudo haberlo hecho; pero el comisario dice que no habría podido procurarse un pulverizador alfa. El comisario tiene razón. Tenemos que buscar otra persona, y da la casualidad de que esa persona tiene un motivo. Un motivo que se ve a la legua.

—¿Quién es esa persona, Elías?

Baley le replicó suavemente:

—Yo, Daniel.

BAJO la sorpresa de esta declaración, R. Daniel no cambió su inexpresiva cara. Simplemente, se limitó a mover la cabeza.

Baley dijo:

—¿No está de acuerdo? Mi esposa vino hoy a la oficina. Lo saben ya. Hasta el mismo comisario siente curiosidad por su venida. Si no fuera un amigo personal, habría insistido en su interrogatorio. Pero en seguida averiguarán la razón. Estoy seguro de ello. Jessie formaba parte de una conspiración: una conspiración estúpida e inofensiva, pero, de todos modos, una conspiración. Y un policía no puede permitirse el lujo de que su mujer se mezcle en tales actividades. Lo más natural era, claro está, que yo deseara echarle tierra al asunto... Y bien, ¿quién sabía lo ocurrido? Usted y yo, desde luego, y Jessie... y Erre Sammy. Él la vió en estado de pánico. Cuando le dijo que habíamos dado orden de que no nos molestara nadie, ella debió de perder el dominio de sí misma. Usted vió cómo estaba cuando entró.

R. Daniel dijo:

—No es probable que ella le dijera nada comprometedor.

—Tal vez. Pero estoy reconstruyendo el caso como ellos lo harán. Dirán

que lo hizo. Que ése es mi motivo. Que lo maté para que no hablara.

—No pensarán eso.

—Lo pensarán. El asesinato fué preparado deliberadamente para que las sospechas recayeran sobre mí. ¿Por qué emplearon el pulverizador alfa? Es un arma bastante peligrosa, difícil de conseguir y a la que se le puede seguir muy bien la pista. Creo que la usaron precisamente por esa razón. El asesino hasta ordenó a Erre Sammy que entrara en la pieza de las fotografías y se matara allí. No cabe duda de que lo hizo para que no hubiera posibilidad de equivocación en cuanto al método empleado. Aunque los que lo descubrieron fueran incapaces de reconocer inmediatamente un pulverizador alfa, tendrían que haberse dado cuenta casi en seguida de que las películas fotográficas estaban veladas.

—¿Y cómo se relaciona eso con usted, Elías?

Baley sonrió nervioso; su larga cara estaba completamente desprovista de alegría.

—De un modo muy sencillo. El pulverizador alfa procedía de la fábrica de energía de Williamsburg. Yo pasé ayer por la fábrica de energía de Williamsburg. Nos vieron, y el hecho se sabrá a su debido tiempo. Mi paso por la fá-

Si Dios lo hubiera consultado...

ALFONSO X, rey de Castilla, gran sabio y protector de los estudios científicos, había llamado a su corte a los mejores astrónomos de su tiempo para que elaboraran las tablas que luego se llamaron Tablas Alfonsíes. En aquellos buenos tiempos dominaba la teoría de que la Tierra era el centro del Universo, y para eso era necesario un formidable cúmulo de complicaciones, semejantes a lo que pasa cuando para tapar una mentira se debe luego amontonar una serie de mentiras cada vez más complicadas. Se explica que el excelente monarca dijese su célebre y herética frase: "Si Dios me hubiera llamado para aconsejarse sobre el orden planetario, las cosas serían más sencillas."



El 13 de julio aparece
el sensacional

SUPERNUMERO El Pato Donald

en conmemoración del 10° aniversario
de la popular revista de todos los chicos

Si no quiere que el 14 los chicos lo
vuelvan loco pidiéndole el Supernúmero...

Si no quiere caminar cuadras y cuadras
sin poderlo encontrar (¡porque se agota
apenas sale!)...

**¡RESERVE HOY MISMO
SU EJEMPLAR!**



brica me dió la oportunidad de procurarme el arma. Además está el motivo del crimen. Tal vez resultará que fuimos los últimos que vimos u oímos a Erre Sammy..., exceptuando, claro está, al verdadero asesino.

—Yo estaba con usted en la fábrica de energía. Puedo declarar que no robo el pulverizador alfa.

—Gracias —dijo tristemente Baley—; pero usted es un robot. Su declaración no será válida.

—El comisario es amigo de usted. Lo escuchará. Tendrá que escucharlo.

—El comisario tiene un puesto muy importante que conservar, y duda ya un poco de mí. No hay más que una posibilidad de salvarme de esta situación tan desagradable.

—¿Sí?

YO me pregunto: ¿por qué me quieren achacar el crimen? Claramente, para deshacerse de mí. Pero, ¿por qué? Pues, porque resulto peligroso a alguien: me estoy esforzando todo lo posible por resultarle peligroso al que mató al doctor Sarton en Villa del Espacio. Eso puede afectar, desde luego, a los medievalistas o, al menos, a su grupo directivo. Ese grupo directivo se enteró seguramente de que yo había pasado por la fábrica de energía. Uno o más de ellos pueden habernos seguido hasta allí por las franjas, aunque usted creyó que los habíamos despedido. Así que lo más probable es que, si encuentro al asesino del doctor Sarton, encuentre también al hombre que está tratando de quitarme de en medio. Si logro solucionar el caso, no me ocurrirá nada; ni a Jessie. No soportaría que la... Pero no dispongo de mucho tiempo.

Baley miró a R. Daniel con repentina esperanza. Fuera lo que fuere, aquella criatura era fuerte y fiel; no estaba inspirada por ningún egoísmo. ¿Qué más se le podía pedir a un amigo? Baley necesitaba un amigo, y la

situación no era como para ponerse a cavilar si su amigo tenía un mecanismo en lugar de vasos sanguíneos.

—Usted y yo, Daniel —dijo—, le sacaremos la verdad a Clousar. Puede usted emplear su cerebroanálisis para conseguir...

Se detuvo asombrado. Daniel meneaba la cabeza.

—Lo siento, Elías —dijo el robot, aunque, claro está, en su cara no había la más pequeña expresión de pesar—; pero yo no esperaba nada de esto. Quizá mi conducta fué dañina para usted. Lo siento; pero el bien general lo requería así.

—¿Qué bien general? —balbuceó Baley.

—He estado en comunicación con el doctor Fastolfe.

—¡Santo Dios! ¿Cuándo?

—Mientras usted comía. Tengo la capacidad de comunicarme subterráneamente con Villa del Espacio. Pensaron que era conveniente instalar un circuito apropiado para tales fines, dentro de mí. Lo he usado ya en otras ocasiones.

Baley apretó los labios. ¿Es que no iba a llegar nunca a saber cuántas potencialidades se encerraban en aquel conjunto de metal y plástico que tenía delante de él?

—Y bien —dijo—, ¿qué ocurrió?

—Tendrá usted que demostrar su inocencia en el asesinato de Erre Sammy, por algún otro medio que la investigación de la muerte de mi diseñador, el doctor Sarton. Como resultado de mi información, mi pueblo, los que viven en Villa del Espacio, han decidido acabar con la investigación e iniciar los planes para abandonar Villa del Espacio y la Tierra.

CAPÍTULO XVII

BALEY miró su reloj casi con indiferencia. Eran las 21,45. Dentro de dos horas y cuarto sería media no-

che. Estaba despierto desde antes de las seis de la mañana, y sometido a una gran tensión durante más de dos días.

—¿Y por qué van a hacer eso, Daniel? —preguntó.

—¿No le parece evidente? —repuso R. Daniel.

—De ningún modo.

—Hemos venido aquí —explicó el robot— para acabar con el aislamiento de la Tierra y obligar a su pueblo a una nueva expansión y colonización.

—Eso ya lo sé.

—Si deseábamos que fuera castigado el asesino del doctor Sarton, no era porque pensáramos que así podíamos devolverle la vida a éste, sino simplemente porque, si no conseguíamos tal castigo, reforzaríamos la posición de los políticos de nuestros planetas, contrarios a la verdadera ideología de Villa del Espacio.

—Pero ahora —dijo Baley con repentina violencia— dice usted que se están preparando para volverse a sus planetas por su propia voluntad. ¿Por qué? La solución del caso Sarton está muy cercana. Tiene que estarlo, o, si no, no se habrían esforzado tanto por sacarme de la investigación. Creo que conozco ya todos los hechos para encontrar la respuesta.

Baley lanzó un largo y entrecortado suspiro. Estaba haciendo una escena delante de una máquina que no podía más que mirarlo en silencio. Con voz ronca dijo:

—Bueno, es igual. ¿Por qué se marchan los espaciaños?

—Nuestro proyecto ha terminado. Estamos convencidos de que la Tierra iniciará la colonización.

—¿Se han vuelto optimistas?

—Durante largo tiempo, Villa del Espacio ha tratado de cambiar la Tierra introduciendo en ella nuestra propia cultura C/Fe: el carbono y el hierro de una sociedad humanorrobótica. Su gobierno planetario y los de las dis-

tintas ciudades, cooperaron con nosotros porque les convenía hacerlo. Aun así, durante veinticinco años, hemos fracasado constantemente. Cuanto mayores eran nuestros esfuerzos, mayor era la oposición del partido medievalista.

—Ya lo sé —dijo Baley—. Vaya al grano.

R. DANIEL prosiguió: —El doctor Sarton fué quien dijo que debíamos cambiar de táctica. Antes que nada, debíamos buscar un segmento de la población de la Tierra, que deseara lo que nosotros deseábamos, o pudiera ser convencido con facilidad. Animándolos y ayudándolos, podríamos conseguir que el movimiento fuera nativo y no extranjero. La dificultad era encontrar el elemento nativo más adecuado para nuestros fines. Usted mismo, Elías, fué un experimento interesante.

—¿Yo?... ¿Qué quiere usted decir?

—Nos alegró que su comisario lo recomendara. Por su aspecto psíquico, comprendimos que usted podía ser un ejemplar útil. El cerebroanálisis confirmó nuestro juicio. Usted es un hombre práctico, Elías: no llora románticamente el pasado de la Tierra, a pesar del sano interés que siente por ella; ni tampoco acepta ciegamente la actual cultura de la ciudad. Pensamos que las gentes como usted podían dirigir una vez más a los terrestres en su marcha hacia las estrellas. Por esa razón el doctor Fastolfe tenía interés en verlo ayer por la mañana. No cabe duda de que la naturaleza práctica de usted era muy embarazosa. Se negó a comprender que el fanático servicio de un ideal, aunque sea de un ideal equivocado, puede impulsar a un hombre a hacer muchas cosas que están más allá de su capacidad ordinaria, como, por ejemplo, atravesar de noche el campo abierto, para acabar con algo que él considera un archienemigo de su causa.

Por lo tanto, no nos sorprendió cuando usted se mostró tan terco y osado como para querer demostrar que el asesinato era falso. En cierto modo, aquella actitud nos mostró que usted era el hombre que buscábamos para nuestro experimento.

—¡Por amor de Dios!, ¿qué experimento?

—El experimento de convencerlo a usted de que la colonización era la solución para todos los problemas de la Tierra —contestó simplemente R. Daniel.

—Bueno, pues me convencieron.

—Sí, bajo la influencia de una droga apropiada.

Baley casi dejó caer la pipa que estaba llenando cuidadosamente de precioso tabaco. Rememoró la escena de la cúpula de Villa del Espacio; volvió a verse recobrando el conocimiento, luego de la impresión que le causara el saber que R. Daniel era un robot; recordó los suaves dedos de Daniel hundiéndole una hipodérmica, que se marcó con contornos oscuros en la carne y luego desapareció en la sangre.

Con voz ahogada, preguntó a Daniel:

—¿Qué había en la inyección?

—Nada alarmante, Elías. Era una droga suave, destinada a aumentar la receptividad de su mente.

—¿Para que me creyese todo lo que me dijeran? ¿No era eso? —preguntó vacilante.

—No del todo. Usted no habría creído nada que fuera extraño a sus pensamientos básicos. En realidad, los resultados del experimento nos decepcionaron.

El doctor Fastolfe había esperado que se convertiría en un fanático del plan. En vez de eso, usted se limitó a aprobarlo con cierto desapego, y nada más. Su naturaleza práctica se interponía en el camino. Eso nos hizo comprender que nuestra única esperanza eran los románticos. Y, por desgracia, los románticos eran todos medievalistas, reales o en potencia.

BALEY se sintió locamente orgulloso de sí mismo, contento de su terquedad y alegre de haberlos decepcionado. ¡Que probaran su experimento con otro!

Sonrió.

—¿Así que ahora han renunciado y se vuelven?

—No —replicó R. Daniel—. Hace un momento le dije que estábamos convencidos de que la Tierra colonizaría. Usted fué quien nos dió la respuesta.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Usted habló de la colonización a Francis Clousar. Por lo menos, nuestro experimento con usted tuvo ese resultado. Y el aura de Clousar cambió.

—¿Quiere decir que logré convencerlo? ¡Qué disparate!

—La convicción no se consigue tan fácilmente. Pero los cambios cerebrales demostraron de modo concluyente que la mente medievalista está abierta a una convicción de esa clase. El fenómeno llamado medievalismo es un frustrado deseo de explorar. No cabe duda de que, actualmente, ese deseo se dirige a la Tierra. Pero la visión de los mundos distantes es un imán si-

Rayos cósmicos

Los rayos más poderosos lanzados por los elementos radioactivos son frenados por unos 10 centímetros de plomo. Los rayos cósmicos, cuyo origen sigue constituyendo uno de los grandes enigmas del Universo, pueden atravesar hasta 30 metros de ese metal.

mil, y los románticos pueden volverse fácilmente a él. Clousar sintió esa atracción como resultado de una sola conversación con usted. Así que, como verá, los de Villa del Espacio habíamos tenido ya éxito, sin saberlo. Nosotros mismos, y no las cosas que tratamos de introducir, hemos sido el factor que causó el desequilibrio. Cristalizamos los impulsos románticos de los terrestres hacia el medievalismo, y los indujimos a convertirse en una organización. Después de todo, el medievalista es el que desea romper con las cadenas de la costumbre, no los funcionarios de la ciudad, que tienen mucho que ganar conservando el status quo actual. Si dejamos detrás unos cuantos individuos oscuros, o robots como yo, que, junto con los terrestres comprensivos, como usted, puedan establecer las escuelas de emigrantes de que le hablé, los medievalistas se apartarán finalmente de la Tierra. Necesitarán robots, y nos los pedirán a nosotros o los construirán ellos mismos. Así crearán una cultura C/Fe, adecuada para ellos.

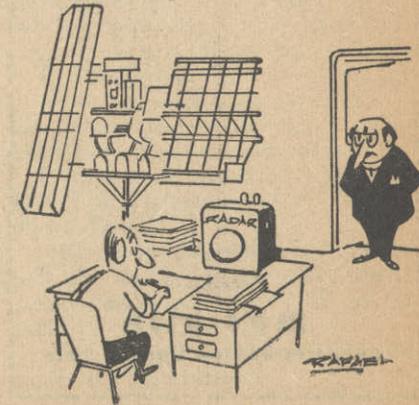
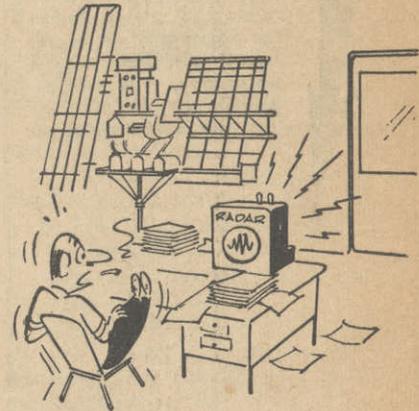
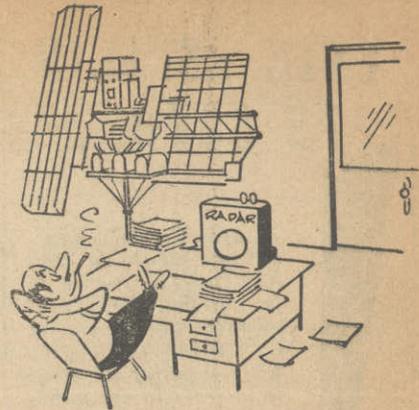
Fué un discurso muy largo para R. Daniel. El mismo debió de darse cuenta, porque agregó:

—Le he dicho todo esto para explicarle por qué era necesario hacer algo dañino para usted.

LIJE Baley dijo:

—Un momento. Permítame que introduzca una observación práctica. Ustedes volverán a sus mundos diciendo que un terrestre mató a un espaciano y no fué castigado. Los Mundos Exteriores exigirán una indemnización de la Tierra. Ésta no está dispuesta a ceder ante las amenazas de los espacianos. Habrá un conflicto.

—Estoy seguro de que eso no ocurrirá, Elías. Los individuos que más se interesarían en nuestros planetas por la indemnización, son también los más interesados en acabar con Villa del Es-



ESTE ESPACIO ES SUYO...

... ¡Atlicelo para decirnos qué piensa de **MÁS ALLÁ**. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Le gusta el **ESPACIO TEST**? ¿Ha leído el Editorial? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? ¿Qué defectos encuentra en la revista? *Escribanos sus opiniones, y si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya.*

Escriba a
más allá
Av. Alem 884 — Buenos Aires

pacio. Podemos ofrecerles esto último a cambio de que abandonen lo primero. Es lo que pensamos hacer. La Tierra tendrá paz.

Baley exclamó con voz repentinamente desesperada:

—Y eso, ¿dónde me deja a mí? El comisario abandonará la investigación del asesinato del doctor Sarton en cuanto quiera Villa del Espacio; pero el asunto de Erre Sammy seguirá adelante porque hace suponer que existe una conspiración en el mismo Departamento. En un minuto reunirán un montón de pruebas contra mí. Lo sé. Lo han preparado todo. Seré degradado, Daniel. Hay que pensar en Jessie; y en Bentley...

R. Daniel dijo:

—En servicio del bien de la humanidad, se deben tolerar las injusticias menores a los individuos. El doctor Sarton tiene una esposa, dos hijos, padres, un hermano, muchos amigos. Todos ellos tienen que sufrir por su muerte y entristecerse al pensar que el asesino no ha sido hallado y castigado.

—Entonces, ¿por qué no se queda usted y lo buscan?

—Ya no es necesario.

Baley insistió amargamente:

—¿Por qué no reconocer que la investigación entera fué una excusa para estudiarnos de cerca? Nunca les importó a ustedes saber quién era el que mató al doctor Sarton.

—Nos habría gustado saberlo —dijo fríamente R. Daniel—; pero nunca nos hemos engañado acerca de lo que era más importante, si un individuo o la humanidad. El proseguir con la investigación significaría tal vez alterar una situación que encontramos muy satisfactoria.

—Lo que usted quiere decir es que podría resultar que el asesino fuera un importante medievalista, y ahora, los espacianos no quieren hacer nada para enemistarse con sus nuevos amigos.

—Yo no lo expresaría así; pero sus palabras no están exentas de verdad —dijo Daniel, ligeramente turbado en apariencia.

—¿Dónde está su circuito de justicia, Daniel? ¿Es esto la justicia?

—Hay diversos grados de justicia, Elías. Cuando el menor es incompatible con el mayor, hay que abandonar el menor.

Parecía como si la mente de Baley diera vueltas en torno a la inexpugnable lógica del cerebro positrónico de R. Daniel, buscando alguna entrada, alguna debilidad.

—¿NO tiene usted curiosidad, Daniel? —interrogó Baley—. Usted se ha llamado a sí mismo detective. ¿No sabe lo que eso implica?

Las esperanzas de Baley, que nunca fueron muy fuertes, se debilitaban conforme hablaba. La palabra "curiosidad" le recordó lo que él mismo le había dicho a Francis Clousar, cuatro horas antes. Entonces conocía muy bien las cualidades que distinguían al hombre de la máquina. La curiosidad tenía que ser una de ellas.

R. Daniel repitió sus pensamientos, contestándole:

—¿Qué quiere decir con eso de curiosidad?

Baley suspiró.

—Curiosidad es la denominación que el hombre le da al deseo de aumentar nuestros conocimientos.

—Dentro de mí —dijo Daniel— existe ese deseo, cuando el aumento de los conocimientos es necesario para cumplir con determinada tarea.

—Sí —repuso sarcásticamente Baley—, como cuando me hizo preguntas relativas a los cristales de contacto de Bentley, para aprender más acerca de las costumbres de la Tierra.

—Precisamente —convino R. Daniel, sin dar muestras de haber percibido el sarcasmo—. No obstante, el aumento de conocimientos sin una finalidad,

que es lo que usted quiere significar con el término curiosidad, es simplemente ineficiente. A mí me diseñaron para ser eficiente.

Mientras R. Daniel hablaba, Baley lo escuchaba con la boca abierta. En lo más profundo de su inconsciente había ido construyendo un caso, cuidadosamente, con todo detalle; pero siempre había tenido que dejarlo ante una sola imposibilidad: imposibilidad que no podía saltarse por encima ni dejarse de lado.

Ahora aquel obstáculo se había desvanecido. El caso entero estaba en sus manos..., por fin.

UNA gran luz pareció iluminar de pronto la mente de Baley. Este comprendió por fin cuál debía de ser la debilidad de R. Daniel: la debilidad de cualquier máquina de pensar.

La mentalidad de aquellas máquinas tenía que ser literal.

—Entonces, el proyecto de Villa del Espacio queda terminado hoy —dijo—, y, con él, la investigación de la muerte de Sarton. ¿No es así?

—Ésa es la decisión de mi pueblo en Villa del Espacio.

—Pero el día de hoy no ha concluido aún —Baley miró su reloj—. Todavía falta hora y media para la medianoche. Sigamos como hasta ahora. Eso no le hará daño a su pueblo. En realidad, le hará bien. Le doy mi palabra. Lo único que le pido es hora y media.

R. Daniel dijo:

—Lo que usted dice es exacto. El día de hoy no ha terminado aún. No había pensado en eso, compañero Elías.

Baley era de nuevo el "compañero Elías". Sus músculos se aflojaron, y dijo a Daniel:

—El doctor Fastolf habló de una película de la escena del crimen, cuando estuve ayer en Villa del Espacio.

—Sí. Y a usted no le interesó entonces esa información.

—Entonces yo no era el de siempre. Ahora es otra cosa. ¿Puede usted conseguir una copia de la película?

—Sí, compañero Elías.

—Pero ha de ser ahora... ¡inmediatamente!

—Dentro de diez minutos, si puedo emplear el transmisor del Departamento.

La gestión duró menos de los diez minutos. Baley se quedó mirando el pequeño bloque de aluminio que tenía en sus manos temblorosas. Dentro del mismo, las fuerzas sutiles transmitidas desde Villa del Espacio habían fijado con fuerza cierto patrón atómico.

En aquel momento, el comisario Julio Enderby apareció en el umbral. Vió a Baley, y en su cara se pintó por un instante la ansiedad, que luego se transformó en irritado ceño.

—Lije —exclamó—, está usted tardando demasiado tiempo en comer.

—Estoy agotado, comisario. Siento haberle hecho esperar.

—No importa; pero... haga el favor de venir a mi oficina.

La mirada de Baley se fijó un instante en la de R. Daniel, pero éste no se la devolvió. Luego Baley siguió a Enderby.

JULIO Enderby se puso a pasear nerviosamente frente a su escritorio. Baley lo observaba no menos intranquilo que él. De cuando en cuando miraba su reloj. Eran las 22,45.

El comisario se subió los anteojos a la frente y se frotó los ojos con los dedos. De repente preguntó:

—Lije, ¿cuándo estuvo usted por última vez en la fábrica de energía de Williamsburg?

—Ayer, después de salir de la oficina —contestó Baley—; a eso de las 18, o poco después.

El comisario meneó la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijo antes, Lije?

—Iba a decírselo. Aún no entregué mi declaración oficial.

—¿Qué fué usted a hacer allí?

—Atravesarla simplemente, camino de nuestro alojamiento temporal.

El comisario se detuvo delante de Baley y le dijo:

—Mala explicación, Lije. Uno no atraviesa una fábrica de energía sólo para ir a otra parte.

Baley se encogió de hombros. Era inútil hablarle de la persecución de los medievalistas; al menos, en aquel momento.

—Si quiere insinuar que yo tuve oportunidad de apoderarme del pulverizador alfa para matar a R. Sammy —dijo—. Daniel le declarará que atravesamos la fábrica sin detenernos.

El comisario se sentó lentamente. No miró a R. Daniel ni trató de hablar con él.

—Lije, no sé qué decir ni qué pensar. Y es inútil presentar a... su compañero como coartada. Él no puede aportar pruebas.

—Aun así, niego haberme apoderado del pulverizador alfa.

El comisario preguntó:

—¿Por qué vino Jessie a verlo esta tarde?

—Ya me lo preguntó antes, comisario. Mi respuesta es la misma: asuntos de familia.

—He obtenido una información de Francis Clousar, Lije.

—¿Qué clase de información?

—Dice que una tal Jezabel Baley es miembro de una sociedad medievalista cuyo fin es derrocar por la fuerza al gobierno.

—¿Está seguro de que es la misma persona? Hay muchos Baley.

—Pero no muchas Jezabel Baley.

—¿Dijo Jezabel?

—Yo lo oí, Lije.

MUY bien —declaró Baley—. Jessie era miembro de una organización inofensiva de chiflados. Nun-

ca hizo nada más que asistir a las reuniones y tenerse por temible conspiradora.

—En el tribunal no parecerá así.

—¿Quiere decir que piensan suspenderme y llevarme a juicio acusándome de destruir la propiedad del gobierno, en forma de Erre Sammy?

—Espero que no, Lije; pero esto tiene mal cáriz. Todo el mundo sabe que usted no le tenía simpatía a Erre Sammy. Esta tarde vieron a su esposa hablando con él. Ella estaba llorando, y algunas de sus palabras fueron oídas. Por sí solas eran inofensivas; pero se pueden ir sumando detalles, Lije... Además, su esposa tuvo la oportunidad de procurarse el arma.

Baley lo interrumpió.

—Si yo pretendiera borrar todas las pruebas contra Jessie, ¿habría detenido a Francis Clousar? Por lo visto, él sabe mucho más acerca de Jessie que Erre Sammy. Otra cosa: yo pasé por la fábrica de energía dieciocho horas antes de que Erre Sammy hablara con Jessie. ¿Sabía yo, con tanto adelanto, que iba a tener que destruirlo?, ¿o tomé el pulverizador alfa por pura clarividencia?

—Esas objeciones son buenas —dijo el comisario—. Haré todo lo que pueda.

—¿Sí? ¿Realmente cree que no fui yo, comisario?

Enderby le replicó lentamente:

—No sé qué pensar.

—Entonces, yo se lo diré. Comisario, todo esto se ha preparado con cuidado, para achacarme a mí el crimen.

—¡Aguarde, Lije! No ataque a ciegos. No conseguirá muchas simpatías con esa clase de defensa.

—No busco simpatías. Quiero simplemente la verdad. Quieren quitarme de la circulación, para impedir que averigüe la verdad sobre el asesinato de Sarton. Desgraciadamente para el que lo intentó, ya es demasiado tarde.

—¿Qué?...

Baley miró su reloj. Eran las 23.

—Sé quién es el que quiere achacarme el crimen —dijo—, sé quién mató al doctor Sarton y cómo, y dispongo de una hora para contárselo todo, para detener al culpable y terminar la investigación.

CAPÍTULO XVIII

EL comisario Enderby entornó los ojos y miró furioso a Baley.

—Ayer por la mañana intentó usted algo parecido en Villa del Espacio. No lo intente de nuevo.

Baley asintió:

—Ya lo sé. La primera vez me equivoqué —pensó furiosamente: "Y también la segunda; ¡pero ahora, no!"—. Juzgue por usted mismo, comisario. Concédame que las pruebas han sido falsificadas. Concédame sólo eso, y verá adónde lo conduce a usted. Pregúntese quién es el que pudo haber preparado las pruebas falsas. Seguramente alguien que sabía que yo estuve ayer en la fábrica de Williamsburg.

—Muy bien... ¿Quién fué? —preguntó Enderby.

—Al salir de la cocina, fuí seguido por un grupo de medievalistas. Los desisté o creí haberlo hecho; pero no cabe duda de que, por lo menos uno de ellos, me vió entrar en la fábrica. Mi propósito al entrar en ella era des-pistarlos del todo.

Los gordos y los flacos

¿ESTÁ usted muy gordo o muy flaco y verdaderamente no sabe por qué? Hágase revisar la pituitaria. Se ha descubierto que esa glándula juega un enorme papel en la regulación de las grasas.

El comisario reflexionó.

—¿Clousar?... ¿Iba con ellos?

Baley asintió.

Enderby dijo:

—Muy bien; lo interrogaremos.

—No se detenga ahí, comisario. Siga pensando.

—Clousar lo vio entrar en la fábrica de energía de Williamsburg, o alguno de los de su grupo le hizo llegar la información. Decidió entonces utilizar el hecho para sacarlo a usted de la investigación y que ya no los molestara más. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

—Aproximadamente.

—Muy bien — el comisario se iba animando —. Él sabía que su esposa era miembro de la organización, naturalmente, y que a usted no le gustaría que investigaran demasiado a fondo su vida privada. Pensó que, antes que luchar contra las pruebas circunstanciales, usted preferiría dimitir. A propósito, Lije, ¿no cree que debería dimitir?

—Ni en un millón de años, comisario.

Enderby se encogió de hombros.

—Bueno; de modo que él se procuró un pulverizador alfa, posiblemente por medio de un compañero que trabajaba en la fábrica, y luego encargó a otro compañero la destrucción de Erre Sammy — tamborileó ligeramente con los dedos sobre la mesa —. No, Lije, no puede ser.

—¿Por qué no?

—Es demasiado complicado. Demasiados compañeros. Y él tiene una coartada perfecta, que cubre la noche y la mañana del asesinato de Villa del Espacio. Lo comprobamos casi en seguida.

—Nunca dije que fuera Clousar, comisario. Ló dijo usted. Pudo ser cualquier miembro de la organización medievalista. Clousar no es más que el dueño de una cara que Daniel reconoció. Pero en él hay algo raro.

—¿Qué hay de raro? — preguntó Enderby.

—El hecho de que supiera que Jessie era miembro de la organización. ¿Se imagina usted que él los conoce a todos?

—No tengo ni la menor idea. Pero al menos él sabía lo de Jessie. Quizá Jessie era un miembro importante por ser la esposa de un policía.

—¿Así que lo primero que él hizo fué decirle a usted que Jezabel Baley era uno de los miembros... , así, simplemente? ¿Jezabel Baley?

ENDERBY asintió.

—Yo mismo lo oí, Lije.

—Pues eso es raro, comisario — dijo Baley —. Jessie no ha empleado su nombre entero desde que nació Bentley. Ni una sola vez. Lo sé con certeza. Se unió a los medievalistas después de haber dejado de usar su nombre entero. ¿Cómo pudo saber entonces Clousar que ella se llamaba Jezabel?

El comisario dijo:

—¡Oh!... Probablemente él dijera Jessie. Me imagino que yo llené automáticamente lo demás...

—Hasta ahora estaba usted completamente seguro de que había dicho Jezabel. Se lo he preguntado varias veces...

El comisario alzó la voz.

—No querrá usted decir que soy un mentiroso, ¿no es cierto?

—Simplemente me pregunto si Clousar le habrá dicho realmente algo. Usted conoce a Jessie desde hace veinte años, y sabía que su nombre es Jezabel.

—Ha perdido la cabeza, muchacho.

—¿Sí?... ¿Dónde estuvo usted hoy, después de comer? Estuvo fuera de la oficina, dos horas por lo menos.

—¿Me está interrogando a mí?

—Y voy a contestar por usted. Estuvo en la fábrica de Williamsburg.

El comisario se puso en pie de un salto. Tenía la frente húmeda.

—¿Qué diablos insinúa usted?

—¿No estuvo?

—Baley, ¡queda usted suspendido! Entrégueme su insignia.

—No, hasta que me haya oído.

—No pienso hacerlo. Usted es culpable. Y lo que más me enfurece es su cobarde intento de presentarme como si yo estuviera conspirando contra usted. De hecho, queda usted detenido.

—No — dijo Baley —. Aún no, comisario. Le estoy apuntando con mi revólver atómico. No juegue conmigo porque yo intente decir lo que tengo que decir. Después, puede hacer lo que le plazca.

Julio Enderby abrió mucho los ojos y balbuceó:

—Veinte años le costará esto, Baley, en el nivel más profundo de la prisión de la ciudad.

Por primera vez desde que R. Daniel entró en la ciudad, el comisario le habló directamente.

—¡Deténgalo! ¡Primera ley!

R. DANIEL se movió de repente. Cerró su mano sobre la muñeca de Baley, y le dijo serenamente:

—No puedo permitir esto, compañero Elías. Usted puede hacer daño al comisario.

—No tengo la menor intención de hacérselo, Daniel. Usted dijo que me ayudaría a aclarar esto. Tengo aún 45 minutos.

R. Daniel dijo, sin soltar la muñeca de Baley:

—Comisario, creo que debería usted dejar hablar a Elías. En este momento estoy en comunicación con el doctor Fastolfe.

—¿Cómo? ¿Cómo? — preguntó desesperado el comisario.

—Tiene una unidad subetérica completa — le explicó Baley —. Es un gran modelo de robot, comisario.

—Estoy en comunicación con el doctor Fastolfe — prosiguió inexorable el robot —, y le haría muy mala impre-

sión, comisario, si usted se negara a escuchar a Elías. Podría sacar conclusiones acusadoras.

El comisario volvió a caer en su asiento.

—Repito que usted estuvo hoy en la fábrica de Williamsburg, comisario — prosiguió Baley —. Tomó el pulverizador alfa y se lo entregó a Erre Sammy. Eligió deliberadamente la fábrica de Williamsburg, para que las sospechas recayeran sobre mí. Hasta se aprovechó de la reaparición del doctor Gerrigel, para invitarlo al Departamento y entregarle una barra guía deliberadamente mal ajustada, que lo conduciría a la pieza de suministros fotográficos, para que encontrara en ella los restos de Erre Sammy. Contaba usted con que él daría un diagnóstico correcto — Baley guardó su revólver atómico —. Si quiere detenerme ahora, hágalo; pero Villa del Espacio no tomará eso por buena respuesta.

—Motivo — exclamó jadeante Enderby, que tenía los anteojos empañados, y, al quitárselos, quedó de nuevo con un aire vago y curiosamente inermes —. ¿Qué motivo podía yo tener para hacer todo eso?

—Me metería usted en un lío, ¿no es así? La investigación del asesinato del doctor Sarton se vería interrumpida... Y, aparte de todo eso, Erre Sammy sabía demasiado, ¿no es cierto?

—¿De qué, por amor de Dios?

—Acerca de cómo fué asesinado un espaciano, hace cinco días y medio. Porque usted, comisario, asesinó al doctor Sarton de Villa del Espacio.

EL comisario Enderby meneó violentamente la cabeza.

—Compañero Elías — dijo R. Daniel —, usted sabe que es imposible que el comisario asesinara al doctor Sarton.

—Escuche. Enderby me rogó que me encargara del caso. ¿Por qué? En primer lugar, éramos amigos de la escuela, y él pensaba que podía contar

con mi índice de lealtad. Segundo, sabía que Jessie era miembro de una organización clandestina, y con eso contaba él para extorsionarme y obligarme a callar, si me acercaba demasiado a la verdad. Pero no era esto lo que le preocupaba realmente. Desde el principio hizo todo lo posible para que yo desconfiara de usted, Daniel; para asegurarse de que los dos trabajaríamos en desacuerdo. Sabía que mi padre había sido degradado. Se imaginaba cómo iba a reaccionar yo.

El comisario dijo débilmente:

—¿Cómo iba yo a saber lo de Jessie? Usted — agregó volviéndose hacia el robot —, si está transmitiendo esto a Villa del Espacio... ¡dígame que es mentira!

Baley lo interrumpió.

—¡Claro que sabía lo de Jessie! Usted es medievalista; forma parte de la organización. ¡Sus anteojos anticuados! ¡Sus ventanas!... No cabe duda... Y tengo aun mejores pruebas. ¿Cómo se enteró Jessie de que Daniel era un robot? Por medio de su organización medievalista, claro está. Pero eso no hace más que llevar el problema un paso más allá. ¿Cómo lo sabían ellos? Usted, comisario, me lo explicó con

la teoría de que Daniel fué reconocido como robot, durante el incidente de la zapatería. No puedo creerlo. Yo lo tomé por humano la primera vez que lo vi, y tengo muy buena vista... Aver le pedí al doctor Gerrigel que viniera de Washington. En aquel momento, mi único fin era ver si reconocía en Daniel lo que éste era, sin que yo se lo insinuara. ¡Pero no lo reconoció, comisario! Le presenté a Daniel, le dió la mano, hablamos todos, y hasta que pasamos al tema de los robots humanoides no se dió cuenta de nada. Ahora bien, ése era el doctor Gerrigel: el más famoso robotista de la Tierra. ¿Pretende usted afirmar que sabían más unos cuantos alborotadores medievalistas?... No cabe duda de que los medievalistas debían de saber desde el principio que Daniel era un robot. El incidente de la zapatería fué preparado deliberadamente para mostrarle a Daniel y, por medio de él, a Villa del Espacio cuán grande era el sentimiento antirrobótico de la ciudad: para confundirlos. Ahora bien, si sabían la verdad acerca de Daniel, ¿quién se la dió? Yo no fui. Una vez pensé que hubiera sido el mismo Daniel, pero mi error quedó

Origen de las auroras boreales

EXPERIMENTOS realizados en el Observatorio Yerkes, de la Universidad de Chicago, parecen indicar que las auroras boreales, es decir, esas luces que se observan en el cielo del Norte, son debidas al bombardeo de la parte superior de la atmósfera por los protones y las partículas alfa. Los experimentos han tratado de reproducir el fenómeno en el laboratorio, para lo cual se bombardeaba el aire, a bajas presiones, con las citadas partículas, y se observaban los efectos luminosos producidos, los cuales se semejaban a los de las auroras boreales. Además, el análisis espectroscópico de esas radiaciones también ha mostrado las mismas analogías. Un posible mecanismo, que daría cuenta de una parte del efecto, sería la captura de electrones por los protones incidentes. Las auroras boreales se observan hacia los 100 a 110 kilómetros de altura, pero se extienden hasta los 800 a 1000 kilómetros, donde la densidad de la atmósfera es tan pequeña que prácticamente ya no se manifiestan.

demostrado. El único terrestre que lo sabía, aparte de mí, era usted, comisario.

ENDERBY dijo:

—Podía haber también espías en el Departamento. Tal vez los medievalistas lo tengan infestado de agentes. Su esposa era uno de ellos, y si no encuentra imposible que yo lo sea, ¿por qué no ha de serlo alguien más en el Departamento?

Baley meneó la cabeza.

—No hablemos de espías misteriosos hasta ver adónde nos lleva la solución más clara. Mirando hacia atrás, me resulta interesante, comisario, ver cómo usted se animaba o deprimía en razón directa de mi proximidad a la solución. Cuando ayer por la mañana quise visitar a Villa del Espacio y me negué a explicarle mis motivos, su agitación subió de punto. ¿Creyó que lo había ya descubierto a usted, comisario?... Luego, cuando expuse mi solución, completamente errónea, y usted vió cuán lejos me hallaba de la verdad, se sintió de nuevo confiado. Hasta discutí conmigo... y defendió a los espaciaños. Después de aquello se sentía por completo dueño de sí, confiado... Entonces llamé al doctor Gerrigel; usted quiso saber el motivo; yo se lo dije, y usted volvió a hundirse en el abismo, porque temía...

R. Daniel levantó de repente la mano.

—¡Compañero Elías!

Baley miró su reloj (¡eran las 23,42!), y dijo:

—¿Qué ocurre?

—Tal vez pueda haberle preocupado al comisario el pensar que usted iba a descubrir las conexiones que él tenga con el movimiento medievalista, si es que las tiene —dijo R. Daniel—. Pero no hay nada que lo relacione con el asesinato.

Baley replicó:

—Se equivoca usted, Daniel. El co-

misario no sabía para qué quería yo al doctor Gerrigel, pero se imaginaria que era para procurarme alguna información relacionada con los robots. Eso lo asustó, porque un robot tuvo una participación muy importante en el mayor de sus crímenes. ¿No es cierto, comisario?

Enderby levantó la cabeza y lo miró furioso.

—Cuando esto haya terminado... —comenzó a decir.

—¿Cómo se cometió el asesinato? — lo interrumpió Baley con contenida cólera —. ¡C/Fel! Empleo su propio término, Daniel. Están ustedes llenos de los beneficios de la cultura C/Fe, y sin embargo no pueden pensar que un terrestre se haya aprovechado de ella, al menos, temporalmente. Voy a explicarle cómo fué. No hay nada de extraordinario en la idea de que un robot atravesase el campo abierto; aunque sea de noche; aunque vaya solo. El comisario puso un revólver atómico en la mano de Erre Sammy y le dijo adónde tenía que ir y cuándo. El propio comisario entró en Villa del Espacio por el Personal, donde le quitaron su revólver atómico. Recibió el otro de manos de Erre Sammy, mató al doctor Sarton, le devolvió el revólver a Erre Sammy, y éste, atravesando los campos, volvió a Nueva York. Y hoy, el comisario destruyó a Erre Sammy porque éste se había vuelto peligroso. Eso explica todo: la presencia del comisario, y la ausencia del arma. Y de ese modo, no hay que pensar que un neoyorquino humano, solo y de noche, caminó una milla a campo abierto.

CUANDO Baley terminó su acusación, R. Daniel le dijo:

—Lo siento, compañero Elías, aunque, por el comisario, me alegro de que su historia no explique nada. Ya le he hablado a usted del cerebroanálisis del comisario, que prueba que es

incapaz de cometer un asesinato deliberado.

—Gracias — murmuró Enderby, con voz más firme y llena de confianza —. No sé cuáles son sus motivos, Baley, o por qué intenta acabar conmigo de ese modo; pero...

—Aguarde — dijo Baley —. Todavía no he acabado. Tengo esto.

Y puso el cubo de aluminio en el escritorio de Enderby, procurando sentirse tan confiado como por fuera aparentaba. Durante media hora se había estado ocultando a sí mismo el hecho inquietante de que *no sabía* lo que iba a aparecer en la película. Era un juego arriesgado, pero lo único factible.

Enderby retrocedió ante el pequeño objeto.

—¿Qué es eso?

—No es una bomba — dijo sarcásticamente Baley —. Se trata de un vulgar microproyector.

—Bueno, ¿y qué va usted a demostrar con él? — preguntó el comisario.

—Vamos a verlo.

Con la uña buscó una de las ranuras del cubo. Un rincón del despacho del comisario desapareció, y luego se iluminó con una extraña escena en tres dimensiones. La escena iba del suelo al techo y se extendía más allá de las paredes de la habitación. Estaba iluminada por una luz gris de una clase que los aparatos de la ciudad no producían nunca.

Baley pensó con cierta mezcla de asco y perversa atracción: "Debe de ser esa 'aurora' de la que tanto hablan."

La escena era la cúpula del doctor Sarton. Su centro estaba ocupado por el cadáver de Sarton: un resto destrozado y horrible. Los ojos de Enderby casi se le salieron de las órbitas al mirarlo.

Baley dijo:

—Ya sé que el comisario no es un asesino. No necesitaba que usted me lo dijera, Daniel. Si yo hubiera logra-

do encontrarle una explicación a ese hecho, habría hallado la solución mucho antes. En realidad, sólo encontré la solución hace una hora, cuando, furioso, le dije a usted que una vez le habían inspirado curiosidad los cristales de contacto de Bentley. En ese momento, comisario, se me ocurrió pensar que su miopía y sus anteojos eran la clave de todo. Me imagino que en los Mundos Exteriores no debe de existir la miopía, porque, si no, habrían encontrado casi en seguida la solución del crimen. Comisario, ¿cuándo se le rompieron los anteojos?

—¿Qué quiere usted decir?

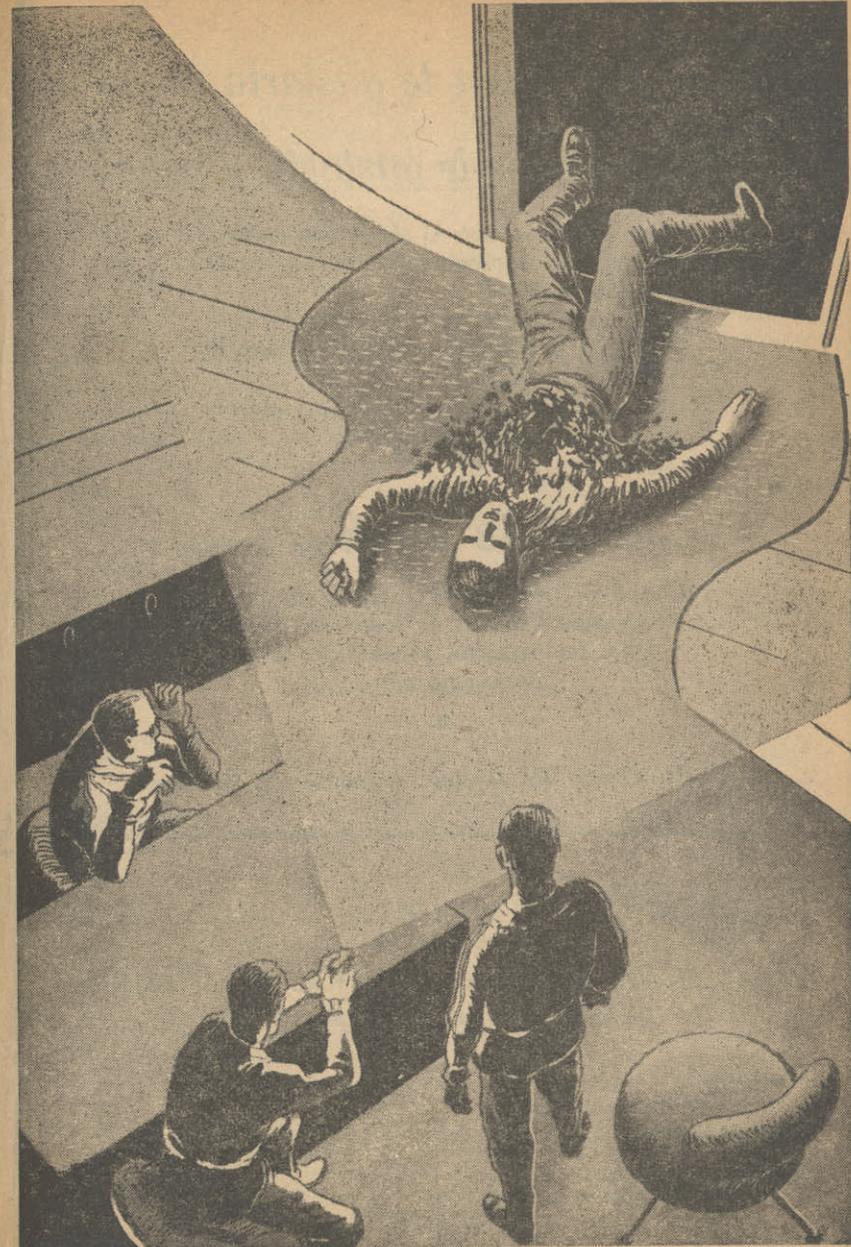
—Cuando me habló por primera vez del caso — dijo Baley —, me dijo usted que se le habían roto los anteojos en Villa del Espacio. Me imaginé que los había dejado caer, en medio de la agitación que le produjo la noticia del crimen, pero *usted* nunca me lo dijo así. En realidad, si fué a Villa del Espacio pensando en el crimen que iba a cometer, su agitación era ya suficiente para que los anteojos se le cayeran y rompieran *antes*. ¿No fué así?

R. Daniel intervino.

—No comprendo adónde quiere ir a parar, compañero Elías.

MIENTRAS hablaba, Baley manipulaba el aparato que reproducía la imagen de la cúpula. Torpemente, la fué ampliando, con dedos vacilantes por la tensión que lo poseía. Poco a poco, el cadáver fué ensanchándose, creciendo, aproximándose. Baley casi podía sentir el hedor de la carne abrasada.

Lanzó de reojo una mirada al comisario. Enderby había cerrado los ojos; parecía enfermo. Baley se sentía enfermo también, pero *tenía* qué mirar. Lentamente fué rodeando la imagen tridimensional por medio de los controles del transmisor; haciéndola girar; acercando la tierra que rodeaba el cadáver, en cuadrantes sucesivos.



¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted puede vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted puede visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 5 usted podrá comprar su pasaje mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios, y con \$ 50 su viaje durará un año...

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: \$ 50 al año.

Más allá

AV. ALEM 884
BUENOS AIRES

Deseo suscribirme por un año a MAS ALLA. Adjunto cheque o giro postal por \$ 50.

Nombre

Dirección

.....

(ESCRIBIR CLARO)

Seguía hablando. Tenía que hacerlo. No podía dejar de hablar hasta haber encontrado lo que buscaba.

—El comisario no puede cometer un asesinato *deliberado*. ¡Es cierto! — dijo —. Pero cualquier hombre puede matar por *accidente*. El comisario no fué a Villa del Espacio para matar al doctor Sarton. Fué para matarlo a usted, Daniel, ¡a usted!... Él es un medievalista de los más ardientes. Cooperaba con el doctor Sarton y sabía para qué fines lo habían diseñado a usted. Temía que el doctor consiguiera sus propósitos: que finalmente los terrestres salieran de la Tierra. Por eso decidió destruirlo, Daniel. Usted era el único robot de tipo enteramente humano fabricado hasta entonces, y el comisario tenía motivos para pensar que, si demostraba hasta tal punto la determinación del medievalismo en la Tierra, los espacianos se desanimarían y no llevarían adelante el proyecto. No digo que la idea de matarlo a usted, Daniel, le resultara agradable. Me

imagino que habría encargado a Erre Sammy de la tarea, si usted no hubiera tenido un aspecto tan humano que un robot primitivo como Sammy, incapaz de ver la diferencia, se habría visto detenido por la primera ley. O el comisario habría enviado en su lugar a otra persona, si él mismo no hubiera sido el único que tenía acceso a Villa del Espacio en cualquier momento. Reconstruyamos ahora el plan del comisario. El convino una cita con el doctor Sarton, pero acudió deliberadamente pronto a ella: al amanecer, en realidad. El doctor Sarton estaría durmiendo, y usted, despierto. Me imagino que usted viviría con el doctor Sarton, ¿no es así, Daniel?

EL robot asintió.

—Efectivamente, así era, compañero Elías.

—Usted, Daniel — dijo Baley —, se habría asomado a la puerta de la cúpula, habría recibido una descarga en el pecho o en la cabeza, y ése habría

Sabotaje radioactivo

LA contaminación de las aguas potables mediante elementos radioactivos plantea un grave problema para una posible guerra. Dejando de lado el caso de la contaminación que resulta como consecuencia de las explosiones (tal como acaba de suceder con los pescadores japoneses), está el otro problema: el de la contaminación deliberada mediante productos lanzados desde aviones enemigos, o por paracaidistas o por saboteadores. La dosis inofensiva que puede contener un litro de agua es variable: depende de la naturaleza química del radioelemento y de su periodo de desintegración. Pero, en general, se necesitarían varios gramos de radioelementos artificiales para envenenar un reservorio de agua de algunos millares de metros cúbicos. Así y todo, el peligro es real y en los Estados Unidos ya se han estudiado los métodos de purificación para el caso de envenenamiento. De los veinte elementos peligrosos, algunos de ellos forman en el agua precipitados coloidales, que se depositan o son absorbidos por las paredes del tanque y de los caños. Por otra parte, el proceso de coagulación, sedimentación y filtración de las aguas de las grandes ciudades están en condiciones de detener todavía una buena parte de los elementos radioactivos. Se puede completar este proceso haciendo pasar el agua a través de una columna que contenga una resina especial que actúa por intercambio iónico.

sido su fin. El comisario habría huído precipitadamente por las calles de Villa del Espacio, desiertas a la madrugada, volviendo adonde lo esperaba Erre Sammy. Le entregaría al robot el revólver atómico, y luego volvería lentamente a la cúpula del doctor Sartón. Si era necesario, el mismo "descubriría" el cadáver. ¿Ando cerca de la verdad, comisario?

—Yo no... —protestó Enderby.

—No —dijo Baley—, no mató a Daniel. Daniel está aquí; y durante todo el tiempo que ha estado en la ciudad, usted no se ha atrevido a mirarlo a la cara ni a llamarlo por su nombre. Mírelo ahora, comisario.

Enderby no se sintió capaz de mirarlo. Se cubrió la cara con manos temblorosas.

—Le diré lo que ocurrió —prosiguió inexorable Baley—. Usted se hallaba

frente a la cúpula cuando se le cayeron los anteojos. Debía de estar nervioso. Lo he visto inquieto otras veces: se quita los anteojos, los limpia... Eso fué lo que hizo entonces. Pero le temblaban las manos, y los dejó caer. Quizá los pisó. Sea como fuere, el caso es que se rompieron. Y, precisamente entonces, se abrió la puerta. Usted se vió ante una figura parecida a la de Daniel; disparó contra él; tomó los restos de sus anteojos, y echó a correr. Ellos fueron los que encontraron el cadáver, no usted; y cuando ellos vinieron a buscarlo a usted, usted se enteró de que no había matado a Daniel, sino al madrugador doctor Sartón. Por desgracia para él, el doctor Sartón había diseñado a Daniel a imagen y semejanza suya. Si quiere una prueba tangible, ¡ahí la tiene!

La imagen de la cúpula de Sartón osciló. Baley enfocó cuidadosamente el transmisor, sujetándolo bien con la mano.

La cara del comisario Enderby estaba alterada por el terror, y la de Baley, por la tensión. R. Daniel, como siempre, seguía impassible.

Baley señaló con el dedo.

—Eso que brilla en el hueco de la puerta, ¿qué era, Daniel?

—Dos pequeños fragmentos de cristal —dijo fríamente el robot—. Para nosotros no significaban nada.

—Ahora sí lo significarán. Son restos de unos lentes cóncavos. Médanlos y comparen los resultados con los de los anteojos que Enderby usa ahora. ¡No los rompa, comisario! —gritó Baley, lanzándose sobre él y arrebatándole los anteojos, que luego entregó a R. Daniel—. Creo que esto es una prueba suficiente de que estuvo en la cúpula antes de lo que nadie creía.

R. Daniel dijo:

—Estoy convencido de ello. Ahora comprendo que me despistó el cerebro-

análisis. Le felicito, compañero Elías.

Baley miró su reloj. Eran las 24 horas: comenzaba un nuevo día.

LENTAMENTE el comisario hundió la cabeza entre los brazos. Sus palabras eran gemidos ahogados.

—Fué un error. Nunca quise matarlo —de improviso, se escurrió de la silla y cayó inerte al suelo.

R. Daniel corrió hacia él, diciendo: —¡Le ha hecho usted mucho daño, Elías!

—No está muerto, ¿no?

—No. Desvanecido.

—Ya volverá en sí. Me imagino que fué demasiado para él. Tuve que hacerlo, Daniel. No tenía ninguna prueba que pudiera presentarse en un tribunal: sólo suposiciones. Tenía que asustarlo e frselo diciendo poco a poco, con la esperanza de que acabaría por confesar. Así fué. ¿Le oyó usted, Daniel?

—Sí.

—Ahora bien, yo le prometí que esto sería beneficioso para el proyecto de los espacianos; así que... Aguarde; está volviendo en sí.

El comisario lanzó un gemido y se quedó mirando a los dos hombres, sin hablar.

—Comisario, ¿mo oye? —dijo Baley.

El comisario asintió abatido.

—Muy bien. Los espacianos están pensando en otras cosas más importantes que castigarlo. Si usted quiere cooperar con ellos.

—¿Qué? ¿Qué? —en los ojos del comisario apareció un destello de esperanza.

—Usted debe de ser un personaje en la organización medievalista de Nueva York; quizá en la de todo el planeta. Instelos a la colonización del espacio. La línea de propaganda es muy sencilla, ¿no le parece? Podemos volver a la tierra, sí..., pero a la de otros planetas.

—No comprendo —murmuró el comisario.

R. Daniel confirmó:

—Elías tiene razón. Ayúdenos, comisario, y nos olvidaremos del pasado. Hablo en nombre del doctor Fastolfe y de nuestro pueblo en general. Claro está que, si accede a ayudarnos y luego nos traiciona, siempre tendremos sobre usted, para castigarlo, la prueba de su delito. Espero que lo comprenderá. Me duele tener que mencionarlo.

—¿No seré enjuiciado? —preguntó el comisario.

—No, si nos ayuda.

Los ojos del comisario se llenaron de lágrimas.

—Lo haré. Fué un accidente. Explíqueno así... un accidente. Hice lo que creía que debía hacer:



—¡Apúrate a limpiar todo bien, que ahí están los de la Tierra; después van a contar por ahí todo lo que vieron!

NUMEROS ANTERIORES de más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 5.— por ejemplar. Pueden obtenerse o adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

Baley dijo:

—Si nos ayuda, *hará* lo que debe hacer. La colonización del espacio es la única salvación posible de la Tierra. Se dará usted cuenta de ello si piensa sin prejuicio acerca del asunto. Si no se siente usted capaz hable con el doctor Fastolfe. Y ahora, empiece a ayudar echándole tierra al asunto de Erre Sammy. Diga que fué también un accidente. ¡Délo por terminado!

BALEY se puso en pie, y agregó: —Y recuerde que yo no soy el único que sabe la verdad, comisario. El tratar de deshacerse de mí, sería su ruina. Todo Villa del Espacio sabe la verdad. Se da cuenta de ello, ¿no?

R. Daniel intervino:

—No hace falta decir nada más, Elías. El comisario es sincero; nos ayudará. Su cerebroanálisis lo demuestra.

—Entonces, ya puedo regresar a mi casa. Quiero volver a ver a Jessie y a Bentley, y vivir de nuevo una vida natural. Y quiero dormir... Daniel, ¿se quedará usted en la Tierra después de que se vayan los espacianos?

R. Daniel respondió:

—Tal vez, con otros más. No está decidido aún. ¿Por qué me lo pregunta usted?

Baley se mordió el labio.

—No créí que yo podría decir a nadie como usted lo que voy a decirle, Daniel; pero... confío en usted, y hasta... lo admiro. Soy demasiado viejo para dejar la Tierra, pero cuando se establezcan finalmente las escuelas emigrantes, ahí está Bentley. Si algún día, Bentley y usted pudieran, juntos...

—Quizá —dijo Daniel impasible.

Después se volvió hacia Julio Enderby, que los miraba con su cara flácida, en la que iba apareciendo poco a poco una nueva vitalidad, y dijo:

—Amigo Julio, he estado tratando de comprender unas frases que me dijo antes Elías. Quizá empiezo a comprenderlas, porque me parece que la destrucción de lo que no debe existir (es decir, la destrucción de lo que su pueblo llamaría el mal) es menos justa y deseable que la conversión de ese mal en lo que ustedes denominan el bien.

Vaciló. Luego, casi como si le sorprendieran sus propias palabras, dijo: —Vete, y no peques más.

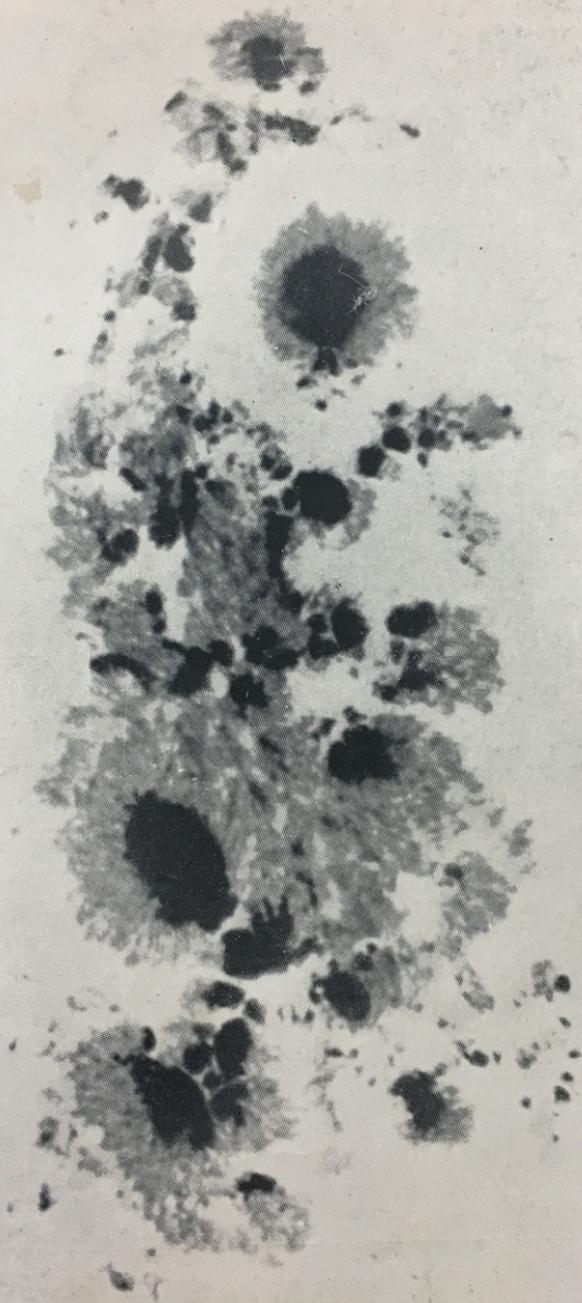
Baley, sonriendo, asió a R. Daniel por el codo, y juntos se marcharon, enlazados sus brazos, el humano y el robot. ✦

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 414.547. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO
ARGENTINO
Central (B)

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta N° 574

INTERES GENERAL
Concesión N° 4923



MANCHAS SOLARES. Las manchas solares aparecen como grandes vórtices sobre la superficie solar. Si bien están más frías que la superficie solar, su temperatura alcanza los 5.000 grados



en este número
más allá presenta:

Uno de los aportes más extraordinarios
de la fantasía científica:

BOBBY TIENE TRES AÑOS
por **Robert Sheckley**

Un desafío a la lógica, una excursión
apasionante en las regiones más desconocidas
de la mente humana.

Un nuevo capítulo de la más apasionante
aventura del pensamiento científico.

LA VIDA EN EL UNIVERSO

...Y ANUNCIA PARA EL PROXIMO
NUMERO UNA COLABORACION
SENSACIONAL de **Hugo Gernsback**

LA EXPLORACION DE MARTE

que responde a todas las preguntas
que la imaginación y la ciencia formulan
sobre el "planeta rojo" y sus habitantes.

MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

\$ 5.-